



*Silvia
García
Ruiz*

*Fugando
con un
granuja*

A close-up photograph of a woman's face, partially obscured by an ornate, gold and white masquerade mask. She has bright red lipstick and is resting her chin on her hand. The background is dark with warm, bokeh light spots. The text is overlaid on the left side of the image.

*Silvia
García
Ruiz*

*Fugando
con un
granuja*

zafiro[♥]

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

PlanetadeLibros



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Cuando apenas era una niña, Jocelyn Hellmon tuvo un encuentro con quien ahora es el hombre más temido de todo Londres, un individuo despiadado que gobierna implacablemente el área nordeste de los suburbios de la capital de Inglaterra. Cuando la joven se ve envuelta en graves problemas, no duda en acudir a él, lo que pondrá el mundo de Clive patas arriba y demostrará que, aunque su presencia sea aterradora, peligrosa y oscura para todos, para ella sólo es alguien con quien poder jugar.

Clive Sin ha encontrado la horma de su zapato en Jocelyn, una pequeña y anodina dama que, pasando desapercibida ante toda la sociedad, guarda enormes secretos. Esa mujer es todo lo contrario de lo que aparenta: taimada, lista, valiente, y tan atrevida como para enfrentarse al máximo pecador de Londres y convencerlo para que se case con ella. Clive trata de recuperar su antigua y solitaria vida hasta que se ve atrapado por las conspiraciones que rodean a su esposa y debe elegir:

¿volver al pasado o luchar por la responsable de que su mundo se haya derrumbado para que todo vuelva a cobrar sentido?

JUGANDO CON UN GRANUJA



Silvia García Ruiz

Capítulo 1

Suburbios de Londres, 1803

Jocelyn, una hermosa niña de apenas nueve años, poseedora de unos bonitos e inocentes ojos azules y unos suaves rizos castaños, intentaba ocultar debajo de una vieja capa marrón su elegante apariencia, que destacaba enormemente en el sucio callejón donde esperaba a su padre.

Hacía poco que éste se había adentrado por la puerta trasera de ese edificio después de haberle asegurado que sólo tardaría unos minutos en finalizar sus negocios. Unos negocios de los que Jocelyn comenzaba a dudar que fueran totalmente honestos. No obstante, seguía esperando obediente a su progenitor mientras su perspicaz mente no podía evitar hacerse una y otra vez la misma pregunta: su padre, ¿era bueno o malo?

—¿Bueno o malo? ¿Bueno o malo? ¿Bueno o...? —musitaba una y otra vez mientras deshojaba los pétalos de una triste flor, intentando hallar una respuesta que la tranquilizara.

El ir y venir de sus pequeños e intranquilos pasos en ese inmundo callejón llamó la atención de los mugrientos vándalos de los alrededores, poseedores de unos ojos que carecían de la inocencia que esa niña tenía y que solamente querían destruirla por haberse adentrado en su territorio recordándoles lo que ellos nunca llegarían a alcanzar.

La vida de los chicos que rondaban las calles no era fácil: habían sido abandonados por la sociedad y vivían en medio de las privaciones, la violencia y la miseria de Londres. Para subsistir, rebuscaban en los contenedores de los mercados en busca de comida podrida y ropas. En ocasiones eran reprendidos o golpeados, sólo por intentar hacerse con lo que había sido desechado por otros como basura. Los más pequeños, que aún soñaban con seguir un digno camino, se ganaban algunas monedas vendiendo leña en las calles o yendo a fábricas y a tiendas donde mendigaban embalajes y cajas de té que luego picaban en tiras para hacer unos manojos de madera que ofrecían a los transeúntes por medio penique.

Su lugar para dormir era la propia calle, y si eran afortunados y tenían padres o algún adulto que los cuidara, podían dormir en el suelo de una habitación, aunque eso siempre les costaba un chelín de sus ganancias. Esa dura existencia hacía que la mayoría de ellos pronto dejara atrás su ingenuidad, y sus intentos de seguir un camino honrado quedaban olvidados cuando de lo

que se trataba era simplemente de sobrevivir.

La candidez de la chica que paseaba por su sucio territorio, sin percatarse de nada, sólo los incitaba a querer enseñarle lo duro que podía ser el mundo a unos ojos que nunca habían visto la crueldad, y mostrarle de primera mano en lo que se habían convertido gracias a la «noble sociedad»

a la que ella pertenecía y para la que ellos únicamente eran basura.

Jocelyn, sin advertir lo que ocurría a su alrededor, siguió maltratando una nueva flor que tampoco

le dio la respuesta que quería, mientras, poco a poco, el peligro se acercaba más a ella.

Pero entre esos sucios niños que un día se convertirían en hombres, siempre habría uno más fuerte que los demás, más peligroso y más intimidante, que se hacía oír por encima del resto, ganándose su obediencia, si bien no a través de sus sabias palabras, sí por la dureza de sus puños.

Clive, un joven de catorce años, de bonitos cabellos rubios e intensos ojos castaños, cuyo nombre era cada vez más temido en los suburbios, dirigió una intimidante mirada a todos los que se acercaban a esa chica que había llamado su atención. Y declarándola su presa, hizo que todos se alejaran de ella, sin excepción alguna. Luego, sin saber qué hacer con el botín que había reclamado para sí, la observó desde lejos con gran curiosidad.

Cuando la niña se apoyó despreocupadamente en el muro de ese mugriento edificio dejando salir un desalentador suspiro, Clive no pudo evitar sustraer una margarita de una roñosa maceta cercana por si su disgusto se debía a que ya no tenía más flores con las que jugar. Tras ello, se acercó silencioso a ella, puso delante de su hermoso rostro esa simple ofrenda y, como si ésta hubiera sido la acción adecuada, ella, en vez de apartarse de él como haría cualquier niña de familia adinerada con la basura de la calle, le sonrió.

—Gracias —dijo, aceptando con alegría ese mustio presente.

—¿Ésta no piensas destrozarla? —preguntó el joven, apoyándose en la pared

junto a ella.

—¡No! —negó, protegiendo ese obsequio entre sus delicadas manos como si Clive acabara de decir algo terrible.

—¿Por qué? —inquirió el joven, confuso, mientras le señalaba los pétalos que yacían a sus pies.

—Porque esta flor es un regalo, y los regalos hay que disfrutarlos.

—Creía que te gustaba deshojar flores.

—No, sólo estaba buscando una respuesta a mis preguntas, pero he llegado a la conclusión de que es inútil preguntárselo a una flor, ¿no crees? —preguntó la niña, haciendo que Clive se sintiera cada vez más confuso ante esa extraña conversación. Y como si la sonrisa que le dirigía exigiera una respuesta, Clive contestó a esa pregunta mostrándole dónde podía hallar la solución a cualquier cuestión, según su experiencia.

—Las flores no hablan. Si quieres respuestas, siempre puedes utilizar la fuerza bruta para obtenerlas, o, si tienes bastante dinero, puedes comprarlas.

—No soy demasiado fuerte, y la verdad, no creo que la respuesta a mi pregunta se pueda comprar con dinero.

—Todo tiene un precio. Dime cuál es tu pregunta y yo se lo pondré.

—Mi padre está haciendo negocios en este lugar y, mientras espero, me pregunto si él es bueno o malo.

—No entiendo tu pregunta —manifestó Clive, confuso.

—Ya sabes: algunas cosas están bien y otras están mal y no se deben hacer jamás.

—Puede que eso sea así en tu mundo..., pero aquí lo bueno y lo malo no existe, sólo importa lo

que puedas hacer para mantenerte en pie un día más —repuso con cinismo

Clive, intentando abrir los ojos de esa princesita.

—Entonces ¿cómo guías tus pasos? ¿Cómo distingues entre lo bueno y lo malo, entre lo blanco y lo negro?

—No todo es blanco o negro. En ocasiones, en esta vida hay muchos matices de gris... —contestó Clive sabiamente, al tiempo que recordaba todas las cosas que no le gustaban y que había tenido que hacer en la calle para poder mantenerse, tanto a él como a su hermano pequeño, Bennet.

La simpática niña, cuyo mundo estaba tan lejos del suyo, lo miraba con la misma curiosidad que él había mostrado segundos antes por ella, Clive intentó hacerle comprender más de su vida. Y mientras lo hacía, tuvo la extraña esperanza de que alguien lo entendiera y, por una vez, no lo juzgara, sino que tan sólo advirtiera que él simplemente hacía lo que tenía que hacer para no perecer en el duro ambiente que rodeaba esas calles.

—No creo que tu padre sea un monstruo, ya que hasta ahora parece haberte cuidado bastante bien y tú parece quererlo —apuntó Clive mientras repasaba el caro vestido que lucía debajo de esa vieja capa y su inocente sonrisa, que no desaparecía de su rostro—. Pero si ha venido a estos sucios rincones de la ciudad para realizar algún tipo de negocio, no puede ser demasiado limpio que digamos.

—Mi padre no ha hecho nunca nada malo... hasta ahora —declaró la niña un tanto desilusionada, perdiendo por unos instantes esa sonrisa que a Clive tanto le gustaba contemplar. Y dispuesto a recuperarla, insistió nuevamente en que viera los matices de una vida que no era tan hermosa como muchos pintaban.

—Creo que tu padre es un hombre bueno que solamente está haciendo lo que puede para subsistir y cuidar de ambos.

—Gris... —susurró la niña con una resignada sonrisa, comprendiendo un poco la respuesta de ese granuja.

—Sí, tú eres un blanco puro y tu padre es un poco, solamente un poco, gris —contestó Clive, acompañando la sonrisa de esa niña con la suya.

—¿Y tú? —preguntó inocentemente la niña, queriendo saber más de su nuevo amigo.

—¡Ah! Eso es sencillo: yo soy negro. Después de todo, me llamo Clive Sin —respondió Clive, mientras no podía evitar reírse cínicamente de sí mismo y del inadecuado apellido que él mismo se había puesto, reclamando ser un escandaloso pecador. Y sin dejar de sonreír ante las ilusas esperanzas de que por un instante alguien pudiera llegar a ser su amigo, exigió su recompensa, mostrando lo granuja que podía ser—. Bueno, quiero mi pago por mi respuesta —reclamó a esa niña, sólo para alejarla un poco más de él.

—No tengo dinero —contestó Jocelyn con la inocencia que la caracterizaba, sin exhibir ninguna señal del miedo que otros mostraban ante Clive. Eso hizo que ese sinvergüenza la apreciara un poco más, y sin poder resistirse a ella, se acercó para reclamar su premio. Clive no tuvo piedad ante la

exigencia de uno de sus pagos, y con un leve roce de sus labios, robó el primer beso de esa dulce niña.

Luego se alejó de ella sin olvidarse de dedicarle la advertencia que había pensado ofrecerle a esa chiquilla desde el principio al verla en ese inadecuado lugar, una que había pospuesto hasta ese momento porque una hermosa sonrisa lo había distraído demasiado.

—Debes saber que este territorio es neutral, por eso hasta ahora te has salvado de verte asaltada por los granujas que rondan en los alrededores. Yo, por mi parte, ya he hecho desistir a los chicos de la zona nordeste de acercarse, pero los del sureste vendrán pronto a husmear. Por tu bien, sería buena idea que no estuvieras aquí cuando ellos lleguen —dijo Clive.

Y sin molestarse en volverse para ver a esa niña con la que nunca le estaría permitido jugar, se despidió despreocupado de ella con una de sus manos para seguir su camino y, posiblemente, para realizar otra buena acción ese día después de convencer con sus puños a otros sucios niños para que no indagaran en ese callejón que, en ese momento, guardaba un gran tesoro que ellos nunca podrían apreciar de forma adecuada.

Mientras Jocelyn veía cómo ese chico, bueno y malo, amable y grosero,

molesto y simpático, se alejaba de ella con su primer beso, no pudo evitar tocar sus labios. Y recordando ese dulce y rápido roce que había recibido en ellos, sonrió a la figura que se marchaba, susurrando contra su mano.

—A pesar de que no puedas verlo, tú también eres gris, Clive Sin.

Luego se quedó esperando a su padre, que en esta ocasión estaba tardando un poco más de lo aconsejable. Tal y como ese niño le había advertido, las alimañas de los suburbios no tardaron en aparecer, pero cuando esto ocurrió Jocelyn no huyó ni gritó en busca de ayuda. No hizo nada que pudiera llamar la atención de alguien hacia los trapicheos que se llevaban a cabo en el edificio cercano en el que estaba su padre, sino que, permaneciendo quieta en ese lugar con toda tranquilidad, continuó exhibiendo la inocencia que tanto atraía a esos harapientos sujetos que, poco a poco, se iban acercando, creyendo de forma errónea que estaba sola y desvalida.

—Ratas... siempre oscuras y sin comprender lo mucho que las apariencias pueden llegar a engañar —susurró Jocelyn a la destartada margarita que sujetaba al tiempo que la guardaba en el bolsillo de su capa.

Y mientras esas sucias sanguijuelas la rodeaban, mostrando con sus maliciosas sonrisas sus perversas intenciones, ella simplemente les devolvió ese amable gesto mientras se decidía a enseñarles por qué la había dejado su padre en ese callejón sin mayor preocupación, y por qué ella no le temía a nada.

* * *

Después de que su mujer muriera y que el padre de ésta le exigiera que le cediera la tutela de Jocelyn, Isaac Hellmon se había obsesionado con demostrarle a ese viejo e intransigente barón que él

podía ganar su propio dinero y cuidar de su hija sin su ayuda.

Incapaz de comprender que el resentimiento de ese anciano no se debía tanto a su aptitud para ganarse el pan de cada día, sino al hecho de que él le hubiera arrebatado a su hija para ofrecerle una modesta vida de plebeyo, en la que el viejo noble nunca tendría lugar, Isaac intentaba enseñarle a su suegro que él

podía, no igualar su fortuna, pero sí conseguir el suficiente dinero como para proteger y cuidar lo que era suyo: tanto su casa como su hija.

Ahora que Charlotte se había ido para siempre, lord Milton, barón de Sourban, había visto la oportunidad de acercar a su nieta Jocelyn a su mundo, utilizando como excusa la simple y vulgar baza del dinero, algo que Isaac no estaba dispuesto a permitir. Y menos aún cuando el único objetivo de ese anciano era alejar a su hija de él.

Isaac era un hombre que había amado fervorosamente a su esposa y que adoraba a su hija, y mientras siguiera en pie nunca consentiría que ese viejo enjaulara a Jocelyn como en una ocasión hizo con Charlotte, porque por muy bonitos que fueran los barrotes de una jaula de oro, éstos siempre coartarían su libertad. Y aunque Isaac en ocasiones tuviera que llevar a cabo algún que otro desagradable recado como el que estaba haciendo en esos instantes, nunca dejaría que ocurriera. Por el bien de su hija.

Él quería que Jocelyn creciera sin perder esa sonrisa que siempre la acompañaba, esa inocencia que la hacía única y esa inteligencia que muchos hombres tratarían de sepultar por miedo a que los superara, algo que, sin duda, Jocelyn lograría algún día.

Cualquiera que se enterase de que había dejado a su pequeña de nueve años esperándolo en un sucio callejón pensaría que estaba loco, pero ninguno conocía la sagacidad de su niña, ni su inigualable talento. Ella había sido bendecida con la belleza de su madre y, para su desgracia, también con la prodigiosa mente de su padre, un hombre adelantado a su tiempo, tremendamente curioso e ingenioso que creaba y desarrollaba novedosos artefactos e inventos.

No obstante, los inventos que mejor se pagaban no eran los que mejoraban la vida de sus semejantes, sino los que acababan con ella; por eso, Isaac, un hombre que valoraba la existencia de cualquier individuo, se había negado desde el principio a realizar ese tipo de trabajos.

Pero la presión por parte de sus patrocinadores, así como su precaria situación económica, se habían aliado para poner fin a sus dudas y reticencias, provocando que silenciara los remordimientos que pudiera

acarrearle cualquier muerte causada por sus invenciones. Aunque su conciencia de vez en cuando le recordaría la sangre que se derramaría porque su ingenua boca lo había llevado a comentar, en una de tantas fiestas de la nobleza, cómo se podrían mejorar las armas de la caballería; Isaac había dejado caer despreocupadamente que, acortando los cañones de sus pistolas y aligerando su peso, serían mucho más manejables y eficientes en su terrible labor. En ese momento, alguien que Isaac no recordaba lo retó a poner en práctica su propuesta y él, inocentemente, aceptó, viéndola más como un satisfactorio desafío intelectual que como el peligroso reto que realmente era.

Sin saber dónde se metía, Isaac utilizó armas rotas, cambiando sus componentes y modificándolas

como él decía. Una vez finalizado su trabajo, les mostró a sus interlocutores, con gran satisfacción y presunción, cómo se podían crear armas más mortíferas y, abaratando, además, los costes de fabricación. Después de esta demostración, los magníficos resultados de sus inventos llegaron a los oídos de más de un sujeto indeseable que, por mucho que en ocasiones se vistieran con los colores del país, unos hombres que sólo deseaban causar más muertes nunca serían dignos de admiración, en opinión de Isaac.

—Isaac, con este gran avance que has hecho tendremos una ventaja decisiva en esta guerra y nuestra caballería saldrá victoriosa —decía con gran satisfacción en ese momento el oscuro personaje que hablaba con el inventor, un individuo cuyos ojos le decían a Isaac que no buscaba sus inventos para salvar la vida de sus hombres, sino para conseguir una nueva victoria en el campo de batalla sin importarle a quien tuviera que arrollar en su camino para lograrlo.

—Nadie gana cuando el resultado es la muerte, general —replicó Isaac.

—¿Lo dices en serio? Entonces ¿cómo quieres que nos defendamos de nuestros enemigos si no les mostramos nuestra fuerza?

—No niego que para ganar tengamos que ser más fuertes, pero si además mostráramos algo de inteligencia, tal vez no serían necesarias tantas muertes en el campo de batalla

—Ya estamos utilizando la inteligencia, querido amigo; concretamente, la tuya —repuso el avaricioso general Delwey, acercándose a Isaac para entregarle una gran bolsa repleta de dinero, tras lo que anunció—: Quiero más. Armas aún más poderosas que éstas. Y no sólo pistolas, sino sables, bayonetas, mosquetones, hachas... Perfecciónalas y tendrás más de esto.

—No creo que pueda hacer mucho más —dijo Isaac mientras sentía que su estómago se removía a causa de ese dinero que, sin duda, mancharía sus manos con la sangre de algún inocente.

—Estoy convencido de que, en tu situación, podrás. Tu suegro reclama la casa que le cedió a tu difunta esposa y la tutela de tu hija. Si quieres comprarle tu hogar a ese viejo avaro, más vale que trabajes y lo hagas tan bien como hasta ahora. De todas formas, he oído que tu hija tiene también una mente prodigiosa y curiosas habilidades, así que, si tú no haces este trabajo... ¿quién sabe? Tal vez esa chiquilla podrá hacerlo igual de bien que tú dentro de unos años, a pesar de que tan sólo sea una mujer —concluyó Delwey, más como una amenaza que como una posibilidad real, sin ser consciente de cuan acertadas acabarían siendo sus palabras.

Isaac salió corriendo de esa mugrienta habitación donde el olor a moho y a suciedad disimulaba el de la pólvora de las armas que allí se escondían. Sin poder evitarlo, corrió cada vez más rápido, huyendo de las pérfidas carcajadas de ese sujeto para ir en busca de su hija, su único consuelo. Y

mientras se acercaba a Jocelyn, se preocupó por la vida que le estaba dando y se preguntó por cómo lo vería ella cuando supiera el tipo de negocios a los que se dedicaba.

En el instante en el que llegó junto a su niña, ella abrió los brazos hacia él. Isaac acogió a su hija en el fuerte abrazo que tanto necesitaba mientras intentaba pedirle perdón, no sólo por su tardanza, sino también por lo que había hecho en esa habitación llena de polvo, armas y destrucción.

—Jocelyn, yo... yo... —intentó explicarse mientras se agachaba sobre el sucio suelo para ponerse a la altura de esos inocentes ojos que siempre lo contemplaban con admiración, aunque en ocasiones no se la mereciera.

Pero como si Jocelyn entendiera más de lo que sería razonable esperar de una chiquilla de su edad, ella se dedicó a acariciar su cabeza, consolándole como Charlotte había hecho en más de una ocasión, para luego conseguir, con sus tiernas palabras de aceptación, que Isaac se arrepintiera aún más de lo que sus manos habían creado.

—No te preocupes, papá, tú no eres malo. Sólo haces lo que tienes que hacer para subsistir —dijo Jocelyn mientras limpiaba con su blanco pañuelo las desconsoladas lágrimas que comenzaban a aparecer en el rostro de su padre.

Cuando Isaac se recompuso un poco, se alzó sobre sus pies. Y mirando detenidamente ese callejón se dio cuenta de que su hija había hecho una de las suyas. Otra vez.

—Jocelyn, cariño, ¿me puedes explicar qué hacen esos niños harapientos inconscientes en el suelo?

—No lo sé papá, tal vez tenían algo de sueño... —intentó esquivar Jocelyn, luciendo esa inocente sonrisa que nunca serviría con él, ya que Isaac sabía lo que ésta ocultaba.

—No habrás utilizado otro de tus inventos con ellos, ¿verdad? —insistió Isaac con aire reprobador mientras comenzaba a buscar por los pliegues de su vestido la nueva arma de su invención.

—Sólo lo hice para protegerme.

—Jocelyn, te ordené que te quedaras en el carro junto a *Brutus*, nuestro gran danés, que habría intimidado y espantado sin ninguna duda a cualquiera que se te acercara. Pero no, tú no podías obedecerme, tenías que esperarme justamente aquí, en este peligroso lugar fuera del refugio y la protección que te había dado.

—Era por si me necesitabas, papá —contestó dulcemente la niña mientras evitaba de nuevo la mirada de su padre.

—No mientas, Jocelyn. Lo hiciste porque querías probar uno de tus inventos. ¿A que tengo razón?

—repuso Isaac, molesto, mientras señalaba la elaborada pulsera que había hallado en la muñeca de su hija que, aunque a primera vista podía parecer una simple joya, en realidad era un arma con la que defenderse.

—Dispara agujas impregnadas con un potente tranquilizante gracias a un resorte oculto. Se me ocurrió cuando vi en el zoo a los cuidadores utilizando unas cerbatanas para lanzarles dardos tranquilizantes a los animales más peligrosos con el objetivo de adormecerlos y manipularlos sin peligro. Tenía que probar el sedante con alguien que no fuera mi perro, ya que la diferencia de peso y resistencia podía suponer un problema en el tiempo de reacción, papá.

Tras mirar reprobadoramente a su hija, Isaac fue a comprobar el pulso de cada uno de los sucios incautos del lugar que habían sido derrotados por las argucias de su hija, y sólo después de

asegurarse de que todos dormían, pudo suspirar con alivio.

—Escúchame bien, Jocelyn: nunca pruebes tus inventos en personas, nunca demuestres hasta dónde llega tu inteligencia y, lo más importante: nunca, ¡pero nunca jamás!, reveles a nadie que tú eres la creadora de estos artefactos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Jocelyn, enfadada—. ¡Si tú siempre dices que tengo que sentirme orgullosa de ser tan lista y de cada nueva cosa que logre crear con mis manos!

—Sí, hija, es cierto que te digo eso, pero necesito que entiendas que siempre habrá personas más poderosas o más fuertes que tú, y sin escrúpulos, que querrían utilizarte si supieran de tus habilidades. Y eso es algo que no debes consentir —respondió Isaac con decisión, sabiendo que con sus palabras le revelaba a su hija muchas de sus debilidades.

—No te preocupes, papá, solamente tenemos que ser más listos que ellos —dijo Jocelyn mientras lo guiaba fuera del oscuro callejón del que él no habría hallado la salida si ella no hubiera estado allí para apoyarlo.

Capítulo 2

Londres 1820

La ciudad de Londres se dividía en tres territorios bien diferenciados. Ya fuera por el dinero, la posición, el título o el nacimiento, uno podía quedar encasillado en uno de ellos para siempre.

Por un lado estaba la City, que pertenecía al casco antiguo. En ella podían encontrarse un gran número de calles estrechas, mal alineadas y mal edificadas, abarrotadas de casas a orillas del Támesis. La mayoría de quienes vivían en esta zona eran simples comerciantes que guardaban con gran celo sus negocios.

Por otra parte, en el West End se encontraban la Corte, la aristocracia, los comercios selectos con extraños y ricos artículos procedentes de otros países, los artistas más alabados del momento y la nobleza de provincias. Las calles estaban bien construidas, perfectamente alineadas y, aunque eran algo monótonas, de vez en cuando las elegantes damas que paseaban por ellas mostrando sus nuevos y caros vestidos las alegraban con su distinguida presencia.

Finalmente, la última zona de Londres, que muchos hacían lo imposible por ignorar, eran los suburbios. Allí, el bajo coste de la vivienda hacía que éstas fueran ocupadas por pobres obreros, prostitutas y personas que, sin trabajo ni esperanzas, se abandonaban a los vicios tan fáciles de encontrar en este lugar. La miseria, el hambre, la mendicidad y la criminalidad eran el pan de cada día para los que vivían allí. Cada noche, las sucias alimañas salían de sus madrigueras para asaltar la ciudad y entregarse al crimen, muy seguros de poder librarse de los policías, ya que éstos eran insuficientes para tan extenso territorio. Pero incluso en esas sucias calles también había leyes y normas que todos debían respetar si querían mantener la cabeza sobre sus hombros y no hacer enfadar a los dos temibles personajes que se repartían el gobierno de este territorio.

Los suburbios de Londres se dividían en dos áreas, la nordeste y la sureste. Cada una de ellas estaba regida por unos poderosos sujetos. El sureste incluía las ruinas del antiguo teatro y alguna que otra zona oscura de los puertos, las áreas más pobres, sucias y descuidadas del lugar, y pertenecían al Serpiente y a sus alimañas, unos tipos que sólo se regían por una regla: el dinero. El

nordeste, por el contrario, estaba gobernado por Clive Sin, un hombre que tenía cabeza además de fuerza, y que hacía que sus negocios turbios no parecieran tan deshonestos, consiguiendo con ello que incluso algunos nobles se interesaran en él a la hora de apoyarlo con su capital.

Con el dinero procedente del contrabando de artículos franceses vetados en Londres durante la guerra contra Napoleón, Clive había ganado una fortuna con la que había apoyado a su hermano pequeño, Bennet, para abrir su casa de juego, Los Siete Pecados, un club tan distinguido y atrayente que todos los nobles de la ciudad se peleaban por adentrarse en él.

En cuanto hubo conseguido llevar a cabo el sueño de su hermano pequeño, que tanto había

significado para él, Clive pasó a intentar hacer realidad el suyo. Para su desgracia, por muchos negocios honestos que realizara o por más buenas acciones que llevara a cabo, su nombre siempre sería reconocido por todos con miedo.

Clive Sin nunca sería un nombre que fuese a perdurar en la historia o que muchos recordarían con el paso del tiempo; no llegaría a ser un nombre adecuado para mezclarse con los nobles. Nunca sería un individuo aceptable para relacionarse con los dignos integrantes de la Cámara de los Lores y hacerles llegar unas propuestas razonables con las que luchar contra las injusticias que había visto a lo largo de su vida y que aún veía en su día a día en esas calles.

Sabiendo que sus sueños nunca podrían cumplirse, Clive había decidido hacerlos realidad a su manera, y con el poder que ostentaba en los suburbios, había creado sus propias leyes para los indeseables que vivían en su territorio, haciendo sus vidas un poco más cómodas con unas reglas que no debían incumplir en ningún momento si no querían enfrentarse a las consecuencias.

Los hombres de Clive eran temidos por lo implacables que podían llegar a ser a la hora de defender su territorio o a las personas que vivían en éste, ya fueran simples trabajadores o meras prostitutas: todo el que deambulara por la parte nordeste de los suburbios estaba bajo su protección, a no ser que fuera a hacer sucios negocios sin su consentimiento o daño a alguno de los

suyos, en cuyo caso lo único que obtendría sería su ira desatada y la de sus secuaces, unos hombres a los que sus adversarios conocían con el sobrenombre de los Perros del Infierno, apodo ante el que Clive Sin simplemente se reía, recordando a sus enemigos que, aunque ni el mismo Lucifer se habría atrevido a apellidarse «Pecado», él sí lo había hecho.

Sus subordinados no eran despiadados si no les daban razones para ello. Eran fuertes, pero nunca utilizarían esa fuerza contra un débil. No eran tan necios como para acatar órdenes sin más, sin pensar en lo que estaban haciendo, pero en ocasiones eran demasiado leales a su jefe y algo efusivos a la hora de intentar complacerlo. Por eso, en un momento u otro del día, siempre acababan metiéndolo en algún problema como en el que Clive estaba inmerso justo ahora.

—¿Me podéis decir qué es esto? —preguntó Clive a Don, un joven pelirrojo de origen irlandés que había recogido de los muelles después de ser maltratado por los secuaces del Serpiente, y a Bill, un conocido matón que había dejado su puesto cuando tuvo la brillante idea de enamorarse de una prostituta, la cual tan sólo lo había utilizado, algo que descubrió cuando su nuevo novio lo recibió con una puñalada en la espalda y lo dejó posteriormente abandonado en uno de los callejones del nordeste, por lo que Clive no tuvo más remedio que quedarse con él.

—Es un saco —contestaron los dos sujetos, como si nada.

—Ya veo que es un saco —suspiró Clive, resuelto a no dejar caer su ira sobre esos dos por muy necios que éstos fueran—. Pero ¿me podéis decir qué hace en mi despacho? —exigió, mientras su furiosa mirada iba del gran saco que habían dejado en el suelo hacia cada uno de sus hombres, pidiendo una explicación.

—Estaba abandonado en territorio neutral, por lo que no hemos roto ninguna regla —se apresuró a

contestar Don cuando vio que los impacientes dedos de Clive comenzaban a repiquetear sobre la mesa.

—Lo quería el Serpiente, así que tiene que ser algo bueno —añadió Bill,

siendo súbitamente interrumpido por la ira de Clive.

—¡O muy malo! ¡¿Acaso nunca os paráis a pensar antes de hacer algo, pedazo de idiotas?!

—Pero es que los hombres del Serpiente comenzaron a acercarse al saco y...
—trató de explicarse nuevamente Don.

—¡O nos lo llevábamos nosotros o lo hacían ellos! —concluyó Bill.

—Siempre he creído que la curiosidad tenía nombre de mujer, pero ahora sé que se llama Don y Bill... Paraos a pensar por un momento: ¿quién dejaría algo de valor en nuestro territorio? Los suburbios son los lugares más adecuados para deshacerse de algo. Y, a juzgar por lo que parece, o bien es un cadáver o alguien que va a serlo.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Lo abrimos o no? —inquirió Don, consiguiendo que Clive lo fulminara con una de sus miradas.

—Lo mejor será dejarlo donde estaba.

Y como si el saco tuviera vida propia, comenzó a moverse mostrando su desacuerdo ante esas palabras.

—¿Le arreo? —se ofreció Bill, alzando su porra hacia el saco, algo que Clive detuvo con una de sus amenazantes miradas.

—Mejor no —le aconsejó Don a su compañero, viendo cómo la ira de su jefe iba en aumento.

—¡Marchaos antes de que abra este maldito saco! ¡No quiero tener a nadie señalando a mis hombres como culpables de secuestro! —y mientras ellos se retiraban con alguna que otra protesta, no pudieron evitar fijarse en que su jefe sí sería señalado y recibiría todo el castigo que merecía la imprudencia cometida por ambos.

—¿Y si es peligroso?

—¿O si está armado?

—No os preocupéis: a mí nada puede dañarme; y si os necesito, os llamaré. Y ahora, hacedme el favor de salir de aquí. Y por lo que más queráis: ¡por el día de hoy no me traigáis más sorpresas!

Cuando Bill y Don se marcharon, Clive se acercó curioso al inquieto saco que se agitaba en el suelo. Le propinó alguna que otra pequeña patada, recibiendo como respuesta una agresiva reacción y, finalmente, guardando bajo su manga uno de sus afilados cuchillos, se apresuró a hacer frente a esa amenaza que ponía en riesgo su pacífica vida. Aunque no fue capaz de imaginar cuánto hasta que desató la burda cuerda que lo cerraba y vio lo que escondía en su interior.

—Hola, Gris —dijo un ángel de delicados rizos castaños y hermosos ojos azules después de quitarse la mordaza que tenía en su boca con sus manos todavía atadas mientras lo observaba con ilusión detrás de unos pequeños anteojos.

—Siento desilusionarte, muchacha, pero yo me llamo Clive Sin, no Gris —replicó Clive. Y

seguro de que, después de revelar su conocido nombre, los llantos y súplicas acompañarían a esa mujer; esperó a que ésta se derrumbara para explicarle su situación.

—Lo sé, pero para mí siempre serás Gris —dijo esa extraña chica a la que no comprendía en absoluto mientras comenzaba a desprenderse de sus ataduras. Luego hizo lo imposible: con una simple sonrisa lo desarmó por completo. Aunque, en realidad y para ser sinceros, la sonrisa iba acompañada de un dardo paralizante.

* * *

—¿¡Que has hecho qué?! —gritó lord Gaylord Fairchild, conde de Pemberton, a su hijo, sin comprender cómo había podido su esposa dar a luz a un descendiente tan idiota cuando él era sumamente inteligente.

—Me deshice de esa mujer, tal y como tú querías.

—¿Qué parte de «cásate con ella» entendiste como «deshazte de ella», pedazo de estúpido?!

—Pero padre, ¡ella carece de cualquier clase de título y es totalmente indigna de mí! Además, no es demasiado atractiva y a sus veintiséis años es toda una solterona...

—¡Esa mujer posee una gran fortuna! ¡Es la nieta de un poderoso barón! ¡Y además es la hija de un gran inventor!

—Sí, padre, pero la verdad es que no sé de qué te serviría que yo me casara con ella. En fin, de todos modos, me rechazó por completo.

—¿Cuáles fueron exactamente sus palabras? Tal vez caiga ante ti si la seduces con las lisonjas adecuadas. Después de todo, pese a tu estupidez, eres algo guapo —declaró el conde de Pemberton, recorriendo con su mirada los bonitos cabellos castaños de su hijo y sus interesantes ojos verdes, tan parecidos a los suyos propios, aunque carecieran de su inteligencia.

—No me prestó la más mínima atención, padre, ni a mí ni a mi declaración. Y su respuesta fue muy vulgar: simplemente azuzó a su perro contra mí. Y cuando su mascota le llevó parte de mis calzones, habló con su chucho como si éste le entendiera, diciéndole que ese trozo de tela formaría parte de su colección. ¡Y acabó premiándolo con una caricia! ¡Esa tal Jocelyn Hellmon está loca, padre, y yo, definitivamente, no quiero casarme con ella! Además, si nos deshacemos de ella nunca sabrá que somos nosotros los que tenemos secuestrado a su padre.

—¡Idiota! ¡Gracias a ti y al estúpido movimiento que has hecho, ahora lo sabe y, sin duda, se estará preparando para hacer algo!

—Pero padre, ¿qué puede hacer una indefensa mujer, y más aún después de lo que he hecho con ella? A pesar de que me suplicara una y otra vez con lágrimas en los ojos que no la dejara abandonada en los suburbios que tanto temía para que otros se aprovecharan de ella, no tuve piedad y la abandoné justamente en la parte neutral, donde ella me dijo que no quería ir por nada del mundo, asegurándome que era la zona más conflictiva de todo Londres.

—¡Pero tú eres idiota! ¡Le has dado un motivo para perseguirnos y el arma para hacerlo al dejarla en ese lugar! ¡Seguro que esa arpía conoce a alguien de los suburbios y te ha manipulado para que la llevaras adonde le convenía! ¡Mierda! ¿Y ahora qué voy a hacer? —se preguntaba el conde mientras se paseaba con inquietud de un lado al otro de la habitación.

—¡Pero padre! ¡Que tan sólo es una mujer! No creo que alguien como ella pueda salir de ese aprieto.

—¡Ojalá hubieras nacido con la mitad del cerebro de esa chica! ¿Es que no te has dado cuenta de que Isaac Hellmon, su padre, no es el afamado inventor que estamos buscando? ¿Que hemos atrapado a la persona equivocada para satisfacer nuestros propósitos? Si queremos copias perfectas de esas armas para traficar con ellas, necesitamos a Joe Hell, y aunque los rumores nos hayan llevado hasta Isaac, éste solamente se dedica a encubrir a ese anónimo inventor delante de nuestras narices.

—Entonces, ¿cómo daremos con Joe Hell?

—¡Ya hemos dado con él, imbécil, y tú, estúpidamente, lo has dejado marchar! ¡Jocelyn Hellmon es Joe Hell, y si alguien puede salir de los suburbios sin una sola herida, esa persona es el mejor inventor de armas de todos los tiempos!

—¡Pero padre, es sólo una mujer! —insistió nuevamente el joven idiota, acabando con la paciencia de su progenitor.

—No, ahora es tu prometida... o eso es lo que diremos públicamente para presionarla.

—Pero padre, en serio... ¿una mujer inventora? —volvió a dudar su hijo, posiblemente como haría cualquier hombre que lo oyera, algo de lo que Jocelyn sin duda se aprovechaba.

—¡Por Dios, Meredith! ¿Por qué no me diste una hija? O, al menos, si me pusiste los cuernos,

¿por qué no lo hiciste con alguien más inteligente? —reclamó el conde de

Pemberton a su difunta esposa, harto de tanta estupidez, mientras se alejaba de su despacho. Y aun así, la estupidez no dudó en perseguirlo.

—¿De verdad lo crees, padre? ¿Una mujer inventora?

* * *

Clive nunca se había sentido tan indefenso como en esos instantes en los que la droga, tras penetrar en su cuerpo, había conseguido adormecer todos sus músculos... excepto uno en concreto, que en esos momentos no le serviría de mucho para defenderse. Tal vez pudiera sentir cierto alivio si la persona que lo había atacado y se encontraba encima de él en esos instantes consiguiera deshacerse de sus pantalones, algo que intentaba hacer desde hacía rato pero que, con su torpeza, sólo lograba avivar el deseo de su erguido miembro y su enfado, dicho sea de paso, ya que la distracción de un bonito rostro lo había entretenido lo suficiente como para que bajara su guardia un instante para dejarse envenenar por una dama. Una que, indudablemente, estaba loca. Primero, porque decía conocerlo, cuando él no recordaba haberse acostado nunca con una mujer como ella; y

segundo, porque después de drogarlo, le estaba intentando quitar los pantalones, cuando eso era algo que habría conseguido más fácilmente si él pudiera moverse.

—Si sabes quién soy, entonces serás consciente de que te estás arriesgando a enfrentarte a mi ira,

¿verdad? Que cuando salga de ésta no dejaré piedra sin remover hasta dar contigo y... —amenazó Clive, intentando hacer entrar en razón a esa damita.

—Y me matarás, mutilarás, violarás, etcétera, etcétera. No me estás diciendo nada que no haya oído ya en más de una ocasión. Para tu desgracia, yo no me dejo atrapar con facilidad. Aunque contigo tal vez me lo piense... —contestó ese diablo disfrazado de ángel mientras acariciaba su duro rostro con tanta suavidad que incluso parecía que le guardaba algo de cariño.

Luego siguió bajando esas dulces manos por su cuerpo hasta que llegaron de nuevo a la cintura de sus pantalones, mostrando que no tenía experiencia

alguna en esos juegos de seducción, o por lo menos, en lo referente a desnudar a un hombre.

—Ahora, ¿podrías cooperar un poco y ayudarme a quitarte los pantalones?

—¡Estoy drogado, mujer! ¿Cómo se supone que voy a ayudarte? Si querías mis pantalones, ¿no habría sido mucho mejor pedírmelos antes de drogarme?

—Sí y no. Los dos habríamos buscado propósitos distintos al quitarte estos pantalones. Y por ahora, los míos son más apremiantes que los tuyos —dijo esa curiosa mujer mientras se acercaba más a su entrepierna acomodándose sus anteojos, sin dejar de buscar algún botón escondido, haciendo que la mente de Clive se desbordara ante la idea del placer que esa sensual boca podía llegar a proporcionarle si consiguiera liberarse de su encierro.

—Creo que el problema está en esta parte de tu cuerpo que se ha inflamado, impidiendo que la prenda se deslice con facilidad —declaró ella, incorporándose triunfante sobre su cuerpo. Y sumida en sus pensamientos, comenzó a deslizar sus juguetones dedos por esa hinchada zona con la idea de hallar una solución.

Clive gimió bajo las caricias de esas inexpertas manos y rogó porque esa chica diera con la forma de desnudarlo para que su tortura acabara, de una u otra manera.

—¡Ya está! Tenemos que hacer que esto baje... —dedujo la muchacha, cesando sus distraídas caricias para dar una palmada mientras exponía su idea, como si ésta fuera la solución a todos sus problemas.

—Yo sé cómo puede bajar esta irritante inflamación —anunció Clive, aparentando una seriedad que no tenía cuando trataba con la inocencia de esa atrevida mujer.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? ¡Espera, espera un momento! —interrogó ella. Y sacando una pequeña libreta de unos pliegues ocultos de su vestido, comenzó a tomar notas.

—En primer lugar, tú te desprendes de tu vestido.

—«Desprenderme del vestido» —anotó, obediente.

—Y a continuación, completamente desnuda, te colocas sobre mi miembro erecto.

—«Colocarme desnuda sobre...» ¡¿Cómo?! ¿En serio? —exclamó Jocelyn, ofendida, mientras

alzaba una de sus cejas para luego soltar la libreta y cruzarse de brazos mientras miraba con reprobación al individuo que se reía de ella debajo de su cuerpo.

—Aún no he terminado, querida: luego tienes que rozarte una y otra vez contra él; y, por supuesto, tienes que dejarme las tetas al alcance de la boca para que pueda degustar tus generosos senos...

—¡Cállate! —ordenó Jocelyn mientras tapaba la boca de ese diablo con sus manos, reclamando su silencio para poder seguir pensando en una solución. Pero cuando dejó de cubrir sus labios, él prosiguió con sus escandalosas palabras a la vez que un malicioso brillo se intensificaba en sus ojos cada vez que la miraba.

—...y entonces, cuando el efecto de la droga desaparezca, yo me bajo los pantalones y te follo como desees: por delante, por detrás, en el suelo, en la alfombra, en el escritorio y en ese sillón que aún no he estrenado porque, definitivamente, ése va a ser el resultado que obtendrás si sigues jugando conmigo —amenazó Clive, consiguiendo que el rostro de su captora se enrojeciera lleno de vergüenza—. Te puedo asegurar que, tras una buena sesión de sexo, mi miembro se calmará y bajará esta inflamación. Aunque tal vez no ocurra así con mi genio, que en estos momentos me reclama que te dé una lección. Harías bien en huir ahora que estás a tiempo, porque luego, cuando me recupere, no habrá lugar dónde puedas esconderte de mí —sentenció Clive, mostrando una maliciosa sonrisa que se ensanchó cuando notó cómo la droga comenzaba a perder su efecto. No obstante, todavía no podía moverse. Aunque tampoco estaba muy claro si quería hacerlo porque esa mujer lo intrigaba, y ella era algo que él estaba dispuesto a reclamar. Después de todo, había sido Clive quien la había visto primero, y de acuerdo con las normas que regían en los suburbios, ahora era suya.

—Gracias por tu advertencia y por tu consejo, pero debo rechazarlos. Básicamente porque se me acaba el tiempo. Y a ti también —y, ofreciéndole de nuevo una radiante sonrisa, volvió a utilizar con él uno de los dardos de esa maldita pulsera.

* * *

Jocelyn paseaba de un lado a otro de ese amplio despacho observando con sus inquietos ojos todo lo que la rodeaba. El lugar predominante en esa habitación lo ocupaba un gran y elegante escritorio de madera noble en el que, como si se tratara de una broma, estaban representados los siete pecados capitales con indecorosos grabados. Tras él, una cómoda y mullida silla semejante a un trono, bastante arrogante para su gusto, lo presidía. Las ventanas que se repartían por la estancia se hallaban sucias y estaban cubiertas con unas rojas y escandalosas cortinas para que nadie supiera lo que ocurría en el interior de esa habitación.

Una de las más caras alfombras persas que había tenido el placer de observar cubría gran parte del suelo de madera, dando fe de la riqueza del dueño de ese lugar. Además, en un apartado rincón, varios estantes repletos de libros demostraban, a quien quisiera verlo, que el gobernante de los suburbios no era tan necio como muchos pensaban. Aunque el gran sofá que permanecía en el lado

opuesto, adornado con llamativos cojines y alguna que otra chillona y olvidada prenda femenina, señalaba en qué le gustaba emplear su tiempo libre a ese sujeto. Finalmente, y por si quedaba alguna duda, los inmorales cuadros que colgaban de las paredes, exhibiendo ilustraciones de comprometedoras posturas sexuales de parejas, tríos y más perversiones, terminaban de confirmarlo.

Caminar siempre ayudaba a Jocelyn a aclarar todos los pensamientos que se agolpaban a la vez en su mente y a concentrarse para resolver sus problemas, centrándose en ellos de uno en uno. Y esta vez eran muchos los que tenía que solucionar, aunque el más apremiante ya estaba resuelto: al fin había conseguido hacerse con los pantalones de Clive Sin. Por desgracia, el hombre que yacía inmóvil sobre la alfombra había acabado en una postura un tanto vergonzosa en el proceso: su rostro se hallaba pegado al suelo, sin que sus

laxas manos pudieran hacer nada para evitar quedar aplastado contra él. Su estómago reposaba sobre unos cuantos almohadones que Jocelyn había tomado prestados del lujoso sofá, y en esta deshonrosa postura, tumbado boca abajo en el suelo con su trasero alzado gracias a los cojines que tenía debajo, Clive permanecía apoyado sobre sus rodillas.

Después de conseguir la prenda que buscaba, Jocelyn podía haberlo colocado en una postura más cómoda, pero decidió que ese tipo no era merecedor de semejante gesto de buena voluntad de su parte tras sus insultantes palabras que aún la hacían enrojecer, aparte de las maldiciones que salían de su boca y, sobre todo, debido a la carencia de ropa interior de ese hombre, hecho que la alteraba y no dejaba de distraerla de lo que tenía que hacer a continuación.

—¿Se puede saber por qué narices no usas ropa interior? —preguntó Jocelyn, un tanto azorada.

—Te juro que en cuanto te pille, te vas a enterar —amenazó Clive como única respuesta.

—Sí, sí... ¿Podrías callarte un ratito y dejarme pensar acerca de cómo voy a hacer para arrastrarte hasta esa silla? —dijo Jocelyn mientras terminaba de esparcir despreocupadamente las prendas de Clive por la habitación—. No sé por qué tiene siempre que resultar todo tan complicado

—se quejó Jocelyn, al tiempo que daba la vuelta a Clive sobre el suelo, recibiendo una mirada de odio de éste que la hizo dudar por unos segundos si seguir adelante con su plan era lo más acertado.

Luego, usando su vieja capa, la colocó alrededor del cuerpo del hombre. Y, como si fuera una cuerda, la anudó y tiro de ella para arrastrarlo por el suelo hasta el lugar donde quería colocarlo.

Finalmente lo apoyó sobre el escritorio, y después de acercar la silla, lo empujó hacia ésta.

—¡Perfecto! —declaró Jocelyn, contenta con que sus planes comenzaran a salir como ella deseaba.

—¿Y ahora qué? —la miró Clive quien, si hubiera podido sonreír, sin duda se hubiera reído de ella—. ¿Sabes que si me hubieras seducido habrías conseguido este mismo resultado sin tantos esfuerzos?

—¡Mecachis! —exclamó Jocelyn, provocando las carcajadas de ese demonio. Unas carcajadas que cesaron en cuanto la vio anotar en su libreta mientras recitaba en voz alta la siguiente frase:

«Seducir... antes... de drogarlo. No después».

—¡Vaya! Esto se pone interesante —murmuró Clive, emocionado, a la espera de esa supuesta

seducción que ella le prometía.

Jocelyn se quitó lentamente sus anteojos para dejarlos con delicadeza encima de la mesa y después, para asombro de Clive, comenzó a desprenderse de su ropa desperdigando las prendas por la habitación. Únicamente dejó sobre su cuerpo una liviana camisola blanca y sus calzones.

La mirada de Clive se llenó de deseo mientras devoraba el hermoso cuerpo que se podía intuir a través de esa escasa ropa, y se excitó más sin poder ocultar su expectación ante la idea de tener ese cuerpo desnudo al alcance de sus manos, aunque no pudiera utilizarlas todavía. Cuando el avergonzado rostro de Jocelyn lo retó, Clive no apartó la mirada de sus hermosos ojos azules. Y sin dejar de observarlo, Jocelyn se quitó atrevidamente los calzones.

El hechizo del deseo que los embargaba se rompió cuando los secuaces de Clive llamaron a la puerta y él, burlonamente, le preguntó a esa taimada mujer que no paraba de embrujarlo:

—Y ahora, ¿qué harás para evitar que pida ayuda a mis hombres?

La respuesta de Jocelyn no se hizo de rogar y, subiéndose a horcajadas sobre su regazo, acalló su boca con un beso. En esos instantes Clive supo por qué razón había querido esa mujer sus pantalones desde un principio: cualquiera que entrara en esa estancia en esos momentos pensaría que estaba

«demasiado ocupado» como para querer ser molestado y nunca sospecharían que en realidad era prisionero de esa mujer. Se sorprendió ante la inteligencia de esa chica, pero la vacilante e inocente lengua que invadía su boca lo distrajo demasiado.

Finalmente, tal y como Jocelyn había previsto, los hombres de Clive, después de asomar sus cabezas por la puerta, desistieron de molestar a su jefe y le concedieron a Jocelyn el tiempo que necesitaba para seguir con su plan. Pero en todos los planes había siempre algún imprevisto, alguna dificultad en el camino, y Jocelyn descubrió que ese sujeto no era tan fácil de manejar cuando las manos que aún no deberían de poder moverse la retuvieron junto a su duro cuerpo y una impulsiva lengua se adentró más en su boca, reclamando su rendición.

* * *

Clive pudo moverse mucho antes en esta ocasión. El tiempo de recuperación ante los efectos de la droga fue menor que en la primera vez, ya que su cuerpo, tras una segunda dosis, la asimiló con más rapidez. Eso fue algo que aprovechó, y cuando esa sagaz damita estuvo en su regazo, no pudo aguantar las ganas de mostrarle lo peligroso que era jugar con él.

Comprendiendo que las acciones de esa mujer no eran tan locas e impulsivas como él había pensado en un primer momento, sino muy inteligentes y calculadas, la retuvo fuertemente contra su cuerpo. Y mientras acallaba sus labios con un arrollador beso donde su lengua buscaba con impaciencia el dulce sabor de su boca y el dubitativo roce de esa tímida lengua que tan afilada podía llegar a ser, no se olvidó de despojarla de la peligrosa pulsera y arrojar la ingeniosa arma al otro lado de la habitación.

—¿Qué más armas escondes en tu cuerpo, mujer? —susurró Clive a su oído mientras apresaba sus muñecas tras su espalda.

—Ninguna que puedas encontrar —respondió la chica, enfrentándose nuevamente a su furiosa mirada. Y sin poder evitar divertirse con la primera mujer que no lo temía, Clive sonrió maliciosamente ante el reto que se le presentaba.

—Será un placer dar con todos tus secretos —anunció Clive a la vez que la mano que no aprisionaba las muñecas de su prisionera comenzó a acariciar esas blancas piernas y a subirle la liviana camisola.

—¡Pero ¿qué haces?! —gritó muy sorprendida su ingeniosa damita mientras su piel temblaba de deseo ante el calor de sus caricias.

—Registrarte, por supuesto... —repuso Clive, haciendo que ella diera un pequeño saltito de sorpresa cuando su fuerte mano apretó enérgicamente sus nalgas, acercándola más a él.

—Así no se lleva a cabo un registro, tienes que... —intentó aleccionarlo esa mujer.

—Yo registro a mis presas como me da la gana —sentenció Clive. Y decidiendo que ya era hora de callar a esa engañosa arpía, rasgó la parte superior de su camisola para dejar expuesto ante él la bella desnudez de sus senos.

—¿Qué haces?! —preguntó de nuevo Jocelyn, cada vez más alarmada, dándose cuenta del peligro que tenía ante sí. Pero ya era demasiado tarde para ella y nada podría librarla del implacable castigo que era capaz de procurar un hombre que se apellidaba «Pecado».

—Voy a cumplir cada una de mis amenazas —le recordó Clive, provocando que esa mujer intentara forcejear con él, pretendiendo conseguir su libertad. Pero cuando sus desnudos cuerpos comenzaron a tocarse y el erecto miembro de su captor se rozó en más de una ocasión con la húmeda cavidad de Jocelyn, ella intentó no moverse y mantenerse rígida entre sus brazos a la vez que trataba de apartarse de él.

—Demasiado tarde para alejarte o para suplicar, querida.

—¡Yo nunca suplico! —anunció orgullosamente la hermosa mujer, enfrentándose beligerante a su mirada.

—¡Oh! En esta ocasión lo harás —prometió Clive de manera maliciosa. Y ocultando su perversa sonrisa entre los jugosos senos que al fin tenía a su

alcance, comenzó a torturar los erguidos pezones con el placer que su inocencia desconocía... hasta ahora.

* * *

Jocelyn sabía que tenía que volver a drogar a Clive si quería que su plan saliera como lo había previsto, pero esa traviesa boca y las sensaciones que le proporcionaba a su cuerpo la distraían.

Mientras una mano de Clive todavía apresaba sus muñecas, la otra acariciaba sus nalgas acercándola más a esa dura zona de Clive que ya no le parecía ningún problema. De hecho, cada vez

que la punta de esa dura vara se rozaba contra el húmedo triángulo de rizos de su entrepierna, la hacía temblar de deseo y no podía evitar moverse sobre él al ritmo que éste le señalaba de la misma forma que le había descrito tan groseramente con anterioridad.

Los pechos le dolían, y eso se debía a que la boca de Clive los torturaba con sus besos, con su boca, con sus dientes. Y cuando ella gemía por el placer de sus caricias, él los soltaba para volver a empezar a torturarla de nuevo con su lengua después de dirigirle una pérfida sonrisa.

—¿Quién te ha enviado contra mí? —interrogó Clive repentinamente, ofendiéndola con sus sospechas.

—Yo misma —contestó Jocelyn con toda sinceridad a pesar de que Clive tal vez no llegara a creerla.

Sin soltar a su presa, Clive la sentó sobre el escritorio. Y tras hacerse con el lazo que adornaba su rota camisola, lo usó para atar sus manos por delante de su cuerpo. Luego, como si ella fuera un festín del que aún no se hubiera saciado, la tumbó sobre la mesa, abrió sus muslos y se hizo un hueco entre sus piernas.

—¿Ha sido el Serpiente? ¿O tal vez alguna de sus alimañas? También podría tratarse de algún noble que me la tenga jurada o de un competidor en los negocios que simplemente quiera deshacerse de mí... —especuló Clive. Y

exponiendo sus sospechas en voz alta tan distraídamente como ella había hecho con él antes, comenzó a acariciarla lánguidamente entre sus piernas con uno de sus dedos

—. Dime, ¿qué pretendes de mí? —preguntó Clive, uniendo otro de sus dedos a sus intensas caricias.

—Sólo... pretendo...hacer... un... hombre honrado de ti, Gris —comentó Jocelyn entre jadeos de placer. Pero una vez más, Clive ignoró sus palabras y siguió prodigándole su tortuoso placer mientras las caderas de su prisionera se alzaban buscando el placentero roce de esos dedos.

—¿Pero es que no te ha dicho nadie, querida, que yo nunca seré un hombre honrado? —se burló Clive. Y poco después de esta advertencia, como si sus palabras no fueran suficiente para demostrarle lo perverso que podía ser, se sentó en la silla desde donde dirigía su oscuro imperio y hundió su cabeza entre los muslos de Jocelyn para comenzar a devorarla con su lengua, con gran lentitud, como si fuera el máspreciado de los manjares que tenía el privilegio de probar.

Jocelyn gritó una y otra vez su nombre. Entre los brazos de ese hombre su mente ya no funcionaba; su cuerpo se movía por sí solo, convulsionándose sobre la mesa, buscando esas caricias que la enloquecían de placer.

Sus manos, aún atadas, se habían movido inconscientemente hasta agarrar con fuerza los cabellos del hombre que se hundía entre sus piernas. Y cuando uno de los rudos dedos de Clive se adentró en ella, Jocelyn se removió inquieta hasta que comenzó a salir y entrar de su cuerpo, imponiendo un ritmo que aceleraba acompañándolo con los roces de su pecaminosa lengua.

Ella, finalmente, se dejó guiar hacia el éxtasis gritando el nombre del canalla que se había hecho con su cuerpo y que le enseñaba todo lo que podía ofrecerle, y se agitó sobre la mesa hasta llegar a la cúspide del goce.

Tras abandonarse al placer, su cuerpo se relajó. Pero volvió a encenderse cuando el granuja que estaba entre sus muslos mostró en su rostro una nueva y maliciosa sonrisa que la informaba de que aún no había terminado con ella.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó Jocelyn, sintiéndose confusa e indefensa.

—¿Tú qué crees? —inquirió sugerentemente Clive, levantándose de su posición mientras señalaba el visible deseo de su erguido miembro, que aún no había sido apaciguado.

—¿Me violarás? —preguntó Jocelyn, temerosa, aunque lo cierto era que ese temor no se debía tanto a la idea de entregarse a Clive Sin como a la manera en la que eso podía alterar sus siempre bien estructurados planes.

—Sí. Y te encantaré... —declaró arrogantemente Clive antes de acercarla más al borde de la mesa.

Jocelyn dejó que sus manos la aproximaran hasta él, y cuando estuvo cerca de Clive, ella reclamó un beso que éste no pudo rechazar.

Dándose cuenta de su error cuando ya era demasiado tarde, Clive cayó desplomado sobre la silla.

Y mirando confuso a la beligerante mujer, que a pesar de tener las manos atadas lo había drogado otra vez, observó que en esta ocasión el artefacto utilizado para ello había sido una simple horquilla del pelo, un mero adorno en el que nadie se hubiera fijado. Asombrado, Clive le preguntó algo que aún le causaba inquietud desde que ella había aparecido en su despacho.

—¿Se puede saber qué es lo que quieres de mí?

—Ya te lo he dicho: quiero hacer un hombre honrado de ti, y creo que la mejor manera para lograr mi objetivo es, simplemente, casándome contigo.

Capítulo 3

Jocelyn nunca se había sentido más ofendida en toda su vida hasta que presenció la respuesta de Clive ante su proposición: éste estalló en estruendosas carcajadas, seguidas de unas ofensivas palabras de incredulidad.

—¡Ya está! Te manda mi hermano, ¿verdad? O tal vez mi cuñada... Se trata de una de sus bromas por burlarme de ellos y de las situaciones que atravesaron hasta que llegaron a casarse ¿a que sí?

—No, voy totalmente en serio —afirmó tajante Jocelyn mientras se colocaba sus anteojos para ver mejor la reacción de su futuro marido, una no demasiado buena, en su opinión. Pero ya se sabía que todos los hombres, ante la posibilidad de perder su libertad, armaban un poco de escándalo de una u otra manera.

—Tú estás loca.

—Tengo que discrepar ante esa afirmación, aunque mucha gente opine lo mismo que tú; yo, simplemente, voy un paso por delante de todos los demás. Por eso ellos nunca ven lo mismo que yo

—repuso Jocelyn mientras acomodaba sus anteojos en su rostro con uno de sus dedos.

—Debo indicarte, muchacha, que por más encantos que puedas tener yo no soy de los que se casan

—declaró Clive mientras sus ojos se clavaban en los desnudos senos que aún seguían expuestos ante él.

—¿Sabes que cuando se mantiene una conversación con un mínimo de educación se mira a los ojos de tu interlocutor y no a sus senos? —lo reprendió Jocelyn, ofendida, mientras tapaba su desnudez con una de sus manos.

—Me has drogado, desnudado, arrastrado por el suelo de este estudio, me has frustrado varias veces y dejado con un deseo insatisfecho que duele como mil demonios... Ciertamente, cuando hable contigo miraré adonde me dé la gana, ya que es lo único que puedo hacer al tener mi cuerpo paralizado por tu culpa —respondió Clive con enfado.

—Creo que estás algo molesto porque sabes que vas a casarte conmigo, pero no te preocupes: cuando nos cansemos el uno del otro te concederé el divorcio. Tal vez tenga que pagar una pequeña fortuna y la sociedad me ignore llevándome al ostracismo, pero no es nada a lo que no esté ya acostumbrada.

—Sólo Dios sabe que ya me he cansado de ti y de tus desvaríos, querida, así que ¿por qué no nos ahorras a los dos el innecesario sufrimiento de charlar acerca de esa supuesta boda y desapareces de mi vista?

—No, eso no puedo hacerlo —negó Jocelyn con la cabeza mientras revolvió los cajones del escritorio de Clive en busca de lo que necesitaba—. ¡Uf! Todo sería mucho más sencillo si tú fueras una mujer y yo un hombre: sólo tendría que comprometerte delante de algunos testigos y ya está, sin embargo, si una dama compromete a un hombre no sirve para nada. ¡La sociedad es un asco!

—Estás como una cabra, definitivamente.

—No lo estoy, pero me viene bien que la gente lo crea —replicó Jocelyn con una sonrisa sarcástica. Y mostrándole una pluma y un papel, le ordenó—: Ahora vas a escribir a un sacerdote cercano solicitando un permiso especial para nuestra boda, y cuando nos case, te dejaré en paz.

La respuesta de Clive fueron más carcajadas, algo que Jocelyn encontraba cada vez más insultante; unas carcajadas que se detuvieron en cuanto Jocelyn revisó sus libros de cuentas y, tras un simple vistazo, comenzó a copiar su letra a la perfección.

—¡Eh! ¡Estás falsificando mi letra! —gritó Clive, indignado.

—No me digas... —contestó Jocelyn irónicamente. Y después de dirigirle una sonrisa burlona, prosiguió con su elaborado plan.

—¿Por qué tengo que ser precisamente yo? —preguntó Clive, confundido, exigiendo una respuesta que ella no le negó, aunque resultó tan poco clara como todas sus palabras.

—Porque todos te temen, porque para la sociedad eres una gran sombra negra de la que se alejan, pero para mí siempre serás gris. Ni bueno ni malo, simplemente haces lo que debes para sobrevivir.

Clive quedó perplejo al ver ante él a una mujer que no lo temía y que lo comprendía a la perfección, como no había hecho nadie nunca. Luego Jocelyn siguió con su explicación, haciendo que Clive llegara a la conclusión

de que sólo los locos podían llegar a entenderlo.

—Si me caso contigo, podré presumir de marido ante la sociedad y nadie podrá obligarme a casarme, porque ya estaré casada con un hombre con el que muy pocos se atreverían a enfrentarse.

—¿Alguna vez dirás algo que pueda llegar a comprender? —preguntó Clive, frustrado con las incomprensibles palabras de esa mujer.

—Posiblemente no, pero no te preocupes; hoy te casarás conmigo, y te aseguro que te encantará —

susurró Jocelyn al oído de Clive, burlándose de él al recordarle la afirmación que éste le había dirigido a ella un rato antes, cuando Jocelyn estuvo tan indefensa ante él como él lo estaba ahora frente a ella.

* * *

—¡Serpiente! ¡Serpiente! ¡Traemos un saco que hemos encontrado en los suburbios! Había dos, pero los Perros del Infierno se acercaron a ese callejón y sólo pudimos traernos éste antes de salir corriendo.

—¿Cómo de grande era el otro saco que os dejasteis atrás? —preguntó el Serpiente, un hombre de hermosa apariencia, fríos ojos azules y bonitos y rubios cabellos que engañaba a todos con su aspecto angelical, especialmente a los necios que osaban darle la espalda sin imaginar que podían ser cruelmente apuñalados.

—Muy grande —musitó uno de los despreciables secuaces, sabiendo que la ira de su jefe podría recaer sobre él.

—Pero al menos traemos el otro, jefe... —murmuró el otro, ganándose una gran sonrisa de su jefe, algo que los atemorizó porque era bien conocido que el Serpiente sólo sonreía cuando estaba a punto de mostrar su crueldad.

—Muy bien, pues en ese caso serás tú el que lo abra —ordenó. Y alejándose de sus hombres, que eran tan necios como para creer que ese harapiento saco podía guardar algún tipo de tesoro, esperó a ver el resultado de sus

irreflexivas acciones.

En cuanto el sucio tipo deshizo el nudo que mantenía cerrado el saco, éste se abrió para mostrar a los presentes lo que ocultaba en su interior: un perro tan negro como el diablo y tan grande como un potro que les gruñó al tiempo que exhibía unos afilados dientes que reclamaban su pellejo.

—Dios, ¡¿qué clase de monstruo es éste?! —exclamó el más temeroso de esos sucios hombres, que recibió la terrible mirada del perro, pues había oído su debilidad.

—¡Puede que los rumores sean ciertos y que los hombres de Clive Sin puedan convertirse en Perros del Infierno!

—¡No seáis tontos, tan sólo es un perro! —apuntó el Serpiente, acabando de lleno con las supersticiosas especulaciones de sus subordinados, que sólo conseguirían que los suyos temieran aún más a su rival.

—¿Eso es un perro? ¡Pero si parece un caballo!

—Tal vez podríamos utilizarlo en las peleas de animales... —reflexionó el Serpiente mientras acariciaba pensativo su barbilla. Y como si ese animal entendiera lo que ese cruel sujeto pensaba hacer con él, cogió carrerilla, y de un solo empujón derribó la destartada puerta que se interponía en su camino para alejarse de esos sucios territorios, donde los hombres posiblemente fueran más animales que él.

—¿Lo seguimos? —preguntaron temerosos los subordinados del Serpiente.

—No, dejadlo. Seguramente ha ido en busca de su dueño, y si éste estaba en el otro saco que se llevaron los Perros del Infierno y, por tanto, lo tienen ellos, ese gigantesco chucho será ahora su problema —anunció el Serpiente con una complacida sonrisa. Hasta que recordó el peligro que esos idiotas habían traído a su escondrijo, tras lo que sacó su afilada espada del elegante bastón que siempre lo acompañaba y preguntó—: ¿Y bien? ¿Quién será el que pierda la mano por tan desafortunado presente?

* * *

El pobre clérigo Tom Filter, un anciano de blancos cabellos, bondadosos ojos azules, afable rostro y amable corazón, era guiado por un sucio malandrín al que, según él, una inocente chica había comprado con unas monedas. Tom había acudido a la dirección que indicaba la misiva que le habían entregado, según la cual el temible Clive Sin le pedía que celebrase una rápida boda con una joven dama de la sociedad. Seguramente se trataría de una delicada y temerosa flor que ese malvado habría

arrancado solamente para escalar a una posición social más elevada, algo que, sin duda, buscaba desde hacía mucho tiempo.

Nada más adentrarse en ese frío y oscuro almacén supo que algo pasaba, ya que no había nadie para recibirlo. No obstante, resuelto a salvar a esa mujer de las manos de ese desaprensivo sujeto, buscó al dueño del lugar.

Normalmente ese escondrijo estaba lleno de granujas o de pobres almas descarriadas que hacían la calle, pero a esa hora las chicas salían a buscar algún cliente y los malandrines iniciaban sus turbios negocios, dejando a solas al despreciable sujeto que gobernaba a todos los pecadores del nordeste de Londres.

—¿Hay alguien aquí? —gritó a pleno pulmón, y cuando una cándida voz le contestó, no dudó en seguirla hacia el piso superior.

Después de subir la escalera y abrir la puerta detrás de la que se escuchaban los murmullos de una conversación, Tom halló ante él a una extraña pareja; por un lado, una joven y delicada muchacha de aproximadamente un metro sesenta y cinco de estatura, con un hermoso rostro de ángel parcialmente oculto tras unos anteojos que le concedían un aire de devota erudita, y por el otro, un hombre grande y oscuro que ni siquiera se había movido del sillón en el que estaba sentado para recibirlo.

Las ropas de ambos estaban arrugadas y mostraban claramente el porqué de la rapidez con la que se quería celebrar esa boda, y mientras la novia sonreía ingenua y radiantemente ante la idea del matrimonio, el novio permanecía serio e imperturbable, sin mover ni un solo músculo de su cuerpo.

—¡Oh, me alegra que haya venido tan rápido, padre! ¿Podría casarnos ahora

mismo? —preguntó la chica. Y colocándose a la espalda de Clive Sin, no dejó de mostrarle su apoyo en ningún momento.

Algo que, a pesar de que un hombre como él debería apreciar, Clive no dudó en rechazar.

—O mejor, dentro de unos siglos... —masculló Clive, siendo reprendido por una mirada de la muchacha.

—No, no podemos esperar tanto —dijo la mujer, preocupada, haciendo que Tom sospechara que tal vez esa damisela había sido ofendida por ese individuo de una u otra manera.

—Hija mía, puede que este hombre te haya hecho algo indecente, pero en algunas ocasiones la mejor solución no es una boda, y aún menos con alguien tan inadecuado como él.

—¡Oh, padre, no se preocupe! Yo nunca permitiría que él se aprovechara de mí antes de nuestra boda, aunque no puedo negar que me ha hecho cosas un tanto indecentes. Pero, aparte de eso, él es enormemente adecuado para mí.

—Chiquilla, puede que el amor por esta persona te ciegue, pero la verdad es que esta alma descarriada no es apropiada para alguien tan dulce como tú.

Tras estas palabras, Tom esperó alguna maldición o algún tipo de gesto violento por parte del perdido Clive Sin por intentar desalentar a la novia, pero para su asombro, lo único que recibió fueron unas estruendosas carcajadas seguidas por palabras de aprobación hacia su opinión.

—Estoy totalmente de acuerdo, padre, no nos case, pues. Después de todo, ella se merece algo

mejor...

—¡Pero yo sólo te quiero a ti! —exclamó con cabezonería la mujer, empeñada en dejarse guiar por su tierno corazón.

—No insistas, ¿no ves que el cura no quiere unirnos? Sin duda cree que te corrompería con mi mera presencia... y es probable que esté en lo cierto —

comentó cínicamente Clive al ver la reticencia del clérigo a realizar esa unión, haciendo que ese hombre de Dios se sintiera culpable al percatarse, tras las palabras de Clive, de que él, como todos los demás, lo había juzgado únicamente por los rumores que corrían acerca de su vida.

—Escúchame bien: ¡tú no eres malo! —dijo la mujer, cogiendo el temido rostro de ese sujeto entre sus manos. Y sorprendiéndolo con su afirmación, logró que pusiera fin a esas palabras de burla sobre sí mismo.

—Entonces, ¿qué soy? —inquirió Clive, esperando una respuesta que ridiculizar.

—Eres mío —contestó ella, haciéndolo sonreír.

—Por ahora —respondió Clive, como si su separación sólo fuera cuestión de tiempo.

Ese simple intercambio de palabras por parte de la pareja convenció a Tom de que finalmente la boda sí podría llevarse a cabo, aunque antes de comenzar la ceremonia, no se olvidó de recordarles algo:

—Tened en cuenta que, siempre y cuando no se lleve a cabo la consumación de este matrimonio, podréis solicitar la anulación de este enlace.

—¡Mecachis...! —susurró la novia, un poco irritada.

Mientras el novio, al contrario de lo que el clérigo pudiera haber imaginado, dijo bastante complacido:

—Padre, no sabe cuánto le agradezco que me lo haya recordado.

* * *

Evelyn era una mujer que, a pesar de sobrepasar los cuarenta años, se conservaba como si apenas tuviera treinta. Sus atrayentes ojos verdes y los hermosos cabellos rubios, que siempre procuraba recoger en un regio moño, la hacían destacar a pesar de que ella sólo quisiera llamar la atención de un único hombre, el hombre para el cual trabajaba como su eficiente ama de llaves, tarea que en esos momentos no podía desempeñar adecuadamente

debido a que la preocupación la llevaba a pasearse de un lado a otro del estudio de la gran casa señorial donde vivía.

Este lugar, al contrario que los burdeles en los que había ofrecido antes sus servicios, se localizaba en la zona más cara de la ciudad, una zona que nunca creyó que pudiera pisar hasta que Isaac Hellmon la salvó de la inmundicia de las calles y, sin juzgarla, la acogió en su hogar al encontrar algo en Evelyn que ni ella misma era capaz de hallar.

Poco a poco, sin exigir nada de ella, Isaac la había convertido en el ama de llaves de una gran

casa, en la mujer que formaba parte de un hogar que nunca había soñado disfrutar, y en la madre de una niña que siempre había deseado tener, sobre todo después de que la paliza de un antiguo cliente le arrebatara esa posibilidad para siempre.

Evelyn se había ofrecido en más de una ocasión a ese hombre por el que sentía algo más que gratitud. No obstante, durante años, él la había rechazado con una sonrisa hasta que, finalmente, cuando había conseguido seducirlo, él lo estropeaba todo dejando que lo secuestraran. Y por si fuera poca desgracia la de perder al ser que amaba, su niña, la chiquilla que había cuidado durante tanto tiempo como si fuera suya, llegaba tarde esa mañana después de su paseo matutino. Y conociendo a Jocelyn y su ingeniosa mente, Evelyn sólo podía temerse lo peor.

Mientras meditaba acerca de a cuál de sus cuestionables amistades debía visitar en los bajos fondos para hallar una respuesta a esas extrañas desapariciones, Bruno, el joven y fuerte criado tan sólo unos pocos años mayor que Jocelyn, y que siempre la acompañaba en sus paseos, entró despreocupadamente en la mansión.

La indiferente sonrisa que solía lucir en su atrayente rostro le otorgaba una apariencia jovial a sus fríos ojos azules, y sus exquisitos cabellos rubios podrían engañar a todo el que no lo conociera y supiera que, en el pasado, ese hombre alto, de casi un metro ochenta y cinco, con un ágil y poderoso cuerpo, había sido un despiadado asesino. Siempre y cuando uno dispusiera del dinero suficiente como para pagarlo, por supuesto.

Se trataba de otro individuo descarriado de la calle que Isaac, o más bien Jocelyn en esta ocasión, había tenido la idea de recoger de un sucio callejón cuando estaba medio muerto y a nadie le importaba lo que pasara con él. Jocelyn, con sus cuidados, lo había convertido en un miembro más de esa extraña familia. Y sin apenas darse cuenta, se había convertido en su fiel guardaespaldas, alguien que nunca se había separado de ella desde entonces. Hasta ahora.

—¿Se puede saber dónde está Jocelyn? —exigió Evelyn, cada vez más preocupada por el paradero de esa niña.

—Creo que un pusilánime petimetre la ha secuestrado después de que rechazara una vez más una de sus penosas proposiciones —dijo indiferentemente Bruno mientras se desplomaba sobre uno de los cómodos sillones del estudio donde Evelyn no dejaba de pasearse.

—¿Cómo?! ¿Me puedes explicar por qué no la has salvado y traído contigo?

—Me dijo que tenía un plan —respondió Bruno, a la vez que decidía levantarse de su asiento para servirse un caro licor con el que acompañar su hastío mientras esperaba el sermón de Evelyn, que no tardaría en aparecer.

—¿Se supone que tienes que proteger a esa niña!

—Sí, y lo puedo hacer de cualquier sinvergüenza que la amenace, pero nunca de sí misma y sus descabelladas ideas.

—¿Le pedí mil veces que no hiciera nada, que yo me encargaría de todo! —repetía Evelyn una vez más, sin dejar de inquietarse ante la ausencia de Jocelyn y de pasear su nerviosismo una vez más por

la habitación.

—No te preocupes, iba bien acompañada por su perro. Aunque, al parecer, a éste también lo metieron en un saco.

—¿Has permitido que alguien meta a mi pequeña en un sucio saco?!

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Cuando fui a ayudarla ella se limitó a

sonreírme indicándome que no quería ser salvada.

—¿En serio? ¿Y me puedes decir cómo demonios interpretaste de esa manera su sonrisa? —

preguntó Evelyn, furiosa, cuestionando las habilidades de Bruno para proteger a Jocelyn.

—Porque ésa es la sonrisa que pone antes de disparar los malditos dardos de su pulsera y, o la dejaba ir, o me sumía en un profundo sueño después de probar uno de esos puñeteros dardos suyos, como en otras ocasiones.

—Por lo menos seguirías a los secuestradores...

—Sí, aunque los perdí cuando comenzaron a rondar por las zonas menos respetables de la ciudad y tuve que esconderme de más de un antiguo conocido.

—Entonces ¿sabes dónde está mi niña o no? —increpó Evelyn, furiosa con ese hombre, sin importarle nada que éste hubiera sido un despiadado asesino en el pasado.

—No, pero Jocelyn sabe cuidarse sola, no te preocupes demasiado por ella. Aunque si para esta noche no ha vuelto, pienso poner patas arriba hasta el mismo infierno para dar con ella. Mientras tanto, déjala seguir con sus planes; después de todo, no pueden ser tan descabellados, sólo es una mujer...

—dijo Bruno irónicamente, recordándole a Evelyn las palabras que Jocelyn solía recitar cuando quería engañar a algún incauto con su aparente inocencia.

—Justamente porque se trata de ella es por lo que me preocupo. A saber lo que estará haciendo en estos momentos o a quién estará provocando para conseguir lo que quiere...

—No te preocupes, Evelyn. Jocelyn no es tan idiota como para provocar a quien no debe —

declaró Bruno, para a continuación comenzar a preocuparse junto a Evelyn cuando ambos recordaron de lo que esa muchacha era capaz con tal de

recuperar a su padre.

* * *

—¡Con lo que me ha costado ponerte esos pantalones, no me digas que ahora tengo que volver a quitártelos! —exclamó Jocelyn bastante molesta, sin dejar de pasearse por la habitación en la que se encontraba de nuevo a solas con Clive después de la partida del clérigo.

—No, porque no pienso ponerte un dedo encima.

—De acuerdo con mis investigaciones, sé que los hombres no pueden resistirse a aprovecharse de las mujeres, y menos aún cuando son éstas las que se les ofrecen —dijo Jocelyn, como si la participación de Clive en esa supuesta seducción no tuviera la menor importancia.

—Sí, cielo: eso suele suceder con todas las mujeres, excepto con la propia esposa —comentó

Clive burlonamente, haciendo que Jocelyn comenzara a dudar sobre su capacidad de seducir a su marido, algo que tenía que llevar a cabo si quería seguir adelante con su plan.

—Vale, dime qué tengo que hacer para seducirte —ordenó Jocelyn con decisión mientras sacaba su libreta para apuntar cada uno de los deseos de su marido.

—Nada, absolutamente nada me convencerá de tocarme ni un pelo, porque eso te ligaría completamente a mí. Y bregar con una esposa es algo para lo que nunca estaré preparado. Tendría que estar ciego de deseo, no tener ninguna salida posible y ser tú la única mujer a mi alcance para que yo decidiera consumir este falso matrimonio... Y aun así, me lo pensaría dos veces antes de follarte.

—Ajá. «Aislado y excitado.» ¡Perfecto! Ya tengo apuntados tus requerimientos para la consumación de este matrimonio... Ahora, ¡pongámonos a ello! —sugirió Jocelyn, obsequiándolo con una ladina sonrisa después de anotar cada una de sus palabras en la libreta.

—¡Pero ¿es que acaso no has oído nada de lo que te he dicho?! —gritó Clive con furia hacia esa alocada mujer, mientras ella, sin prestarle la menor atención, continuó sumida en su mundo.

Dirigiéndose hacia la puerta, Jocelyn la cerró usando la llave que Clive siempre guardaba en el cajón de su escritorio, asegurándose así de mantenerlo encerrado con ella en esa estancia. Luego, sin saber dónde guardar la llave para que él no la alcanzara, decidió arrojarla por la ventana.

—¡Hala! Ya está solucionado lo del aislamiento —dijo Jocelyn, tachando ese requisito de su libreta—. Ahora sólo falta que estés lo suficientemente excitado como para que accedas a acostarte conmigo sin que te importe nada más.

—Estoy impaciente por ver cómo vas a conseguir eso —sonrió Clive desde su silla, con aire retador, pues notaba que los efectos de la droga comenzaban a desaparecer y que los músculos de su cuerpo empezaban a reaccionar.

Jocelyn se acercó a él con una inocente sonrisa en su boca, un gesto que ya no lo engañaba en absoluto. Y tras mostrarle un inusual anillo que portaba en su mano derecha, lo pinchó nuevamente, administrando a su cuerpo alguna nueva droga.

—No creo que te resulte muy fácil seducirme si mi cuerpo sigue estando paralizado —se jactó Clive, recordando su torpeza a la hora de quitarle los pantalones.

—¡Ah! Pero es que en esta ocasión no se trataba de un paralizante, sino de un potente afrodisíaco... —susurró una triunfante Jocelyn al oído de ese hombre cuyo cuerpo comenzó a calentarse por el deseo.

—Mujer, no sabes lo que has hecho... —le advirtió Clive mientras notaba cómo aumentaba su avidez y deseo por esa mujer a cada minuto que pasaba, imposibilitándole el pensar en otra cosa que no fuera tomarla de la decena de maneras distintas que había considerado desde que la había conocido.

—Sólo he cumplido los requisitos que pediste para poder convertirme en tu esposa, Clive —

respondió Jocelyn mientras empezaba a desnudarse delante de él para avivar aún más las llamas de

la pasión.

Cuando Jocelyn quedó desnuda ante él, y cada uno de los músculos de Clive comenzó a volver a la vida, incluido uno que apretaba demasiado sus pantalones, Clive ya no pudo más. Y levantándose abruptamente de la silla donde había sido relegado durante tanto tiempo, se dirigió hacia esa mentirosa, engañosa y embaucadora mujer.

Ella se enfrentó a su furiosa mirada con valentía y no huyó de su lado como habría hecho más de un hombre al provocarlo de esa manera. Cuando Clive llegó junto a su esposa, no pudo evitar cogerla fuertemente entre sus brazos y, alzando sus desnudas nalgas, hizo que enrollara sus piernas alrededor de su cintura mientras se dirigía hacia su escritorio, dispuesto a apagar el deseo que inflamaba su cuerpo, sin importarle demasiado las consecuencias que pudiera conllevar.

—Tal vez a partir de mañana me arrepienta, pero hoy voy a disfrutar como nunca de mi venganza

—dijo Clive, mostrándole a Jocelyn con su maliciosa sonrisa que ella, de una u otra manera, recibiría su merecido.

—¿Me vas a hacer tu esposa? —preguntó Jocelyn con curiosidad, luciendo una gran sonrisa de triunfo en su rostro. Pero eso sólo fue hasta que Clive le arrebató ese maldito anillo, y pinchándola en el cuello como ella había hecho minutos antes con él, le susurró al oído su respuesta.

—Sí, y vas a disfrutar tremendamente con ello —dijo Clive con una pérfida sonrisa mientras la droga comenzaba a actuar sobre el cuerpo de Jocelyn y caldeaba su cuerpo, llenándola del intenso deseo que estaba soportando él mismo—. ¡Oh, sí! Me voy a divertir mucho contigo, querida esposa...

—ironizó Clive mientras veía cómo Jocelyn comenzaba a retorcerse entre sus brazos, exigiendo sus caricias. Y, decidido a demostrarle a esa mujer por qué razón su apellido era «pecado», se dejó llevar en su apasionada venganza.

Capítulo 4

Jocelyn se removía inquieta sobre ese escritorio. Su cuerpo ardía como mil demonios. Su sensible piel anhelaba cualquier tipo de contacto que la apaciguara, y por primera vez estaba considerando que su idea de drogar con un afrodisíaco a su marido para consumir su unión no había sido tan brillante como le había parecido al principio. Sobre todo porque, según había oído de las nobles mujeres casadas, la unión con su esposo debería ser algo rápido y sencillo, tal vez un poco molesto, pero fácil de olvidar. Pero si algo podía asegurar Jocelyn acerca de ese encuentro con Clive era que no sería fácil de olvidar en absoluto.

Si en un primer momento se había extrañado de que Clive utilizara con ella la misma droga que había utilizado con él, ahora que experimentaba en su propia piel esa tortura entendía por qué lo había hecho. Él, acostumbrado al placer, podía aguantar un poco más el deseo que su erecto miembro le reclamaba, pero ella, que no había experimentado nunca las caricias de un hombre hasta ahora, se deshacía con cada roce, suplicando por algo que calmara la pasión que inflamaba su interior.

Clive se desnudó con rapidez, molesto por cada roce de la ropa. No tardó nada en deshacerse de toda su vestimenta y mostrar a Jocelyn cuánto la deseaba.

—¿Quieres que te toque? —preguntó Clive con una sonrisa en los labios, observando cómo se removía Jocelyn sobre su escritorio, inquieta a causa del ardor que comenzaba a consumirla.

—Sííí...

—Tal vez lo haga... si me lo suplicas —exigió Clive, algo que molestó sumamente a Jocelyn, ya que ella nunca suplicaba.

—En algún momento tú también tendrás que calmarte —recordó Jocelyn, señalando su duro miembro mientras se negaba a suplicar.

—Pero querida, yo sé calmar mi propio deseo —declaró Clive. Y como el diablo lujurioso que era, cogió su miembro con una de sus fuertes manos y

comenzó a acariciarse—. Pero tú, mi ingenua mujercita, ni siquiera sabes por dónde empezar.

—Tal vez si me toco yo misma como haces tú... —murmuró Jocelyn. Y deslizando sus manos a lo largo de su cuerpo, las dirigió hacia abajo, sintiendo cómo ardía.

—¡Oh, no! ¡No vas a estropear mi venganza! Si osas tocarme, te juro por Dios que no te pondré encima ni un solo dedo —apuntó Clive, furioso—. Quiero que mantengas esas manos en todo momento sobre el escritorio, quietecitas —concluyó, mientras las colocaba a ambos lados de su cuerpo.

—¡Pero eso es injusto! —se quejó Jocelyn, sin poder dejar de observar el movimiento que la ruda mano de Clive mantenía sobre su sexo.

—¿Crees que es justo que me hayas drogado, desnudado, obligado a casarme y luego incitado a consumar un matrimonio que no deseo? —interrogó Clive.

—No, pero era necesario... —contestó Jocelyn sin mostrar ni una pizca de arrepentimiento.

—¡Pues esto también lo es si quieres calmar mi ira! —reclamó Clive con rabia, consiguiendo finalmente la obediencia de esa mujer, a la que recompensó con suaves caricias que la hicieron estremecerse de deseo.

Sus manos acariciaron los turgentes senos, en especial sus erguidos y sonrosados pezones que, sensibles por la excitación que le proporcionaba el afrodisíaco, exigían el roce de sus dedos. Jocelyn gimió de deseo cuando sintió las leves caricias de Clive, y mientras sus manos jugaban con el ardiente cuerpo que se le ofrecía, su boca no pudo resistir el impulso de acompañarlas.

Delicados besos descendieron por el cuello de Jocelyn, que se estremecía entre sus brazos, y siguieron su camino hasta llegar a los senos que sus manos agasajaban, sustituyendo las leves caricias por los roces de su áspera lengua. Cuando una de sus rudas manos bajó por su cuerpo tentando el calor de su entrepierna con el mero roce de sus dedos, ella se dejó llevar por lo que su excitado cuerpo exigía, y Clive sonrió satisfecho cuando la mujer gritó su

nombre mientras llegaba al clímax a causa de la excitación que le proporcionaban sus caricias.

Sonriendo complacido ante la humedad que sus dedos sentían, introdujo uno de ellos en el interior de Jocelyn mientras su boca no dejaba de atormentar sus suaves pechos con las caricias de su lengua y la tortura de sus dientes, que jugueteaban con sus enhiestos pezones.

En el instante en el que la droga la hizo desear más, ella comenzó a mover sus caderas ansiando su pasión y Clive, sonriendo con malicia, alejó su mano del húmedo interior que lo reclamaba.

Cuando Jocelyn alzó sus manos de la mesa para intentar tocarlo, Clive reprendió su atrevimiento por tratar de darle unas caricias que nunca había pedido.

—Si me tocas, pararé.

Y sólo cuando las manos de esa mujer volvieron a estar sobre la mesa, él continuó con sus caricias.

Clive rozó sus senos con su mano, con su lengua, con sus dientes, con sus besos... Y

aprovechándose de la sensibilidad que le prodigaba ese extraño afrodisíaco a la piel de Jocelyn, hizo que tuviera un orgasmo arrollador sólo con sus caricias. Sus sonrojados pezones, su azorado rostro y su cuerpo, que nuevamente se estremecía entre sus brazos, llevaron a Clive al límite. Y

deseando prepararla para su primera vez, hizo que lo anhelara con desesperación rozando su erecto e impaciente miembro contra la húmeda feminidad de su mujer, acariciando con su verga una y otra vez la dulce entrada de ese cuerpo, consiguiendo que ella se estremeciera de excitación. Y únicamente para probar lo dispuesta que estaba a entregarse a él, Clive le anunció:

—Ya puedes tocarme.

Quizás Clive esperaba que ella lo apartara con miedo, pero como esa mujer le había mostrado en más de una ocasión, no le temía a nada. Y así, cuando sus manos se encontraron con libertad para actuar, ante el asombro de Clive, Jocelyn lo acercó más hacia ella regalándole el tierno abrazo que Clive nunca había recibido junto con la rendición de su cuerpo, haciendo que éste comenzara a

admitir para sí mismo que tal vez ella era la única mujer capaz de estar a su altura y convertirse verdaderamente en su esposa.

Al fin, rindiéndose al ardiente deseo que su cuerpo sentía, en parte por esa mujer, en parte por la droga que le impedía resistirse a la pasión, se hundió sin ninguna piedad de una ruda embestida en ese húmedo cuerpo que tanto lo deseaba, rompiendo así la barrera de su inocencia.

Sin poder detenerse, impuso un abrumador ritmo con el que saciar su ansia sin preocuparse por esa mujer que lo obligaba a comportarse como un canalla.

Ella gimió y maldijo su nombre. Sus puños se tensaron en su espalda mientras lo golpeaba, pidiéndole que parara. Pero él ya no podía parar.

—¡Duele! ¡Duele mucho! ¡Para, esto duele! —exclamó Jocelyn, intentando apartarlo.

—¡Esto es culpa tuya! —se quejó Clive—. ¡Si no me hubieras drogado podría ir más lento y darte algo de tiempo para prepararte! ¡Sin embargo, ahora apenas puedo controlar mi deseo, mujer!

No obstante, tras ver los ojos llorosos de su torturadora, Clive fue disminuyendo la brusquedad de sus arremetidas. Y cediendo finalmente ante ella, la cogió con ternura entre sus brazos para sentarse en la silla mientras ella lo cabalgaba. Jocelyn, sintiendo la rigidez de ese hombre aún hundida en su interior, se sorprendió ante el brusco cambio de posiciones. Luego, su cuerpo fue acomodándose a esa nueva postura y al palpitante miembro que seguía reclamando su satisfacción. A pesar de que sus embates aún le dolieran un poco, cada vez la molestaban menos, y cuando ese hombre, que unos segundos antes la había tratado como un canalla, volvió a ser un

caballero, ella no pudo evitar volver a enamorarse de él.

—No te tocaré —afirmó Clive con decisión, colocando las manos en los reposabrazos de la silla.

Y mientras los apretaba con gran frustración, añadió—: ¡Pero, por Dios, muévete o no acabaremos nunca con este dolor!

Cuando su cuerpo ardió de nuevo por efecto del afrodisíaco, Jocelyn comenzó a moverse sobre él.

Lo cabalgó disfrutando del contacto entre sus cuerpos cuando sus erguidos pezones se rozaban con el fuerte pecho de Clive, cuando la excitada respiración de su amante caía sobre su desnuda piel y, sobre todo, cuando un abrasador placer recorría su cuerpo cada vez que ella se movía y él se hundía en ella.

Jocelyn intensificó el ritmo, y en el momento en el que su cuerpo le exigió más de lo que ella podía conseguir, susurró al oído de ese implacable hombre:

—Por favor, tócame...

Ese ruego fue suficiente para que el deseo de Clive volviera a desatarse, y agarrando fuertemente sus caderas, la guio hacia el placer que ella buscaba alcanzando ambos un orgasmo arrollador.

Jocelyn se desplomó sobre el hombre que se había convertido en su marido, la persona que, sin proponérselo, había desmoronado todos sus planes, porque... ¿Cómo podría ahora alejarse de él y olvidarse de su matrimonio, cuando Clive Sin nunca sería una persona fácil de dejar atrás?

—No creerás que he acabado contigo, ¿verdad? —preguntó Clive socarronamente mientras una

maliciosa sonrisa asomaba a su rostro—. Gracias a ti todavía nos queda una muy larga noche de la que disfrutar —afirmó. Y como si quisiera unirse a las pretensiones de Clive por su cuenta, su propio cuerpo comenzó a calentarse

de nuevo a la vez que el duro miembro que aún tenía en su interior avivaba su rigidez, exigiendo una nueva ronda de placer.

—Sólo por hoy —dijo Jocelyn, mirando apenada los intensos ojos que la observaban con decisión mientras ella desvelaba parte de sus planes a la persona a la que, de manera equivocada, había decidido utilizar.

—¡Qué poco me conoces, mujer! Cuando yo reclamo algo, nada ni nadie me lo arrebatara.

»Y tú, definitivamente, eres mi mujer —anunció Clive mientras se deshacía de uno de sus anillos y lo colocaba en el dedo de Jocelyn, un anillo de intrincado diseño que mostraba una efigie de Cerbero, el perro de tres cabezas que guardaba la entrada a los infiernos tan celosamente como Clive lo hacía con su territorio; y, desde ese momento, con ella.

—No encaja —musitó Jocelyn, mostrándole lo grande que le quedaba ese anillo de hombre en uno de sus finos dedos. Pero como si sus palabras fueran dirigidas a ellos y no a la alhaja que pendía de su dedo, él contestó:

—No te preocupes, yo haré que encajen.

Luego, simplemente alzó sus caderas para mostrarle con sus cuerpos lo mucho que podían llegar a encajar, de una u otra manera.

* * *

Clive se despertó desnudo y solo en el frío suelo de su despacho, algo que descubrió cuando buscó medio adormilado el cálido cuerpo de esa damita para apresarla una vez más bajo él. Pero, para su desgracia, no encontró nada. Al abrir sus ojos se preguntó si esa chica había sido sólo parte de sus fantasías, ya que nunca había conocido a nadie capaz de enfrentarlo como lo había hecho ella, pero pronto salió de su error al hallar junto a él una desgarrada e inútil camisola femenina manchada con la sangre de la inocencia que él mismo limpió la noche anterior de entre los muslos de su mujer cuando terminó con ella.

Queriendo aclarar de una vez por todas quién era la extraña mujer con la que

se había casado y por qué había aparecido en su vida con la única misión de atormentarlo, Clive se apresuró a ponerse sus ropas para ir en su busca. Pero mientras sus acelerados pasos se dirigían hacia la puerta que Jocelyn había forzado en su huida, recordó que no sabía nada de ella, así que cambió de opinión y se dirigió al aparador para servirse una fuerte bebida.

Tras sentarse en su silla, una en la que desde ese día no podría descansar sin que le vinieran a la memoria todos los placeres de los que había disfrutado sobre ella, rememoró todo lo ocurrido el día anterior desde que tuvo la maravillosa idea de abrir aquel saco.

Esa mujer, por muy loca que estuviera, no podía haberse metido ella sola en el saco, así que lo

más seguro era que alguien se hubiera querido deshacer de ella. A juzgar por sus finas vestimentas, seguro que se trataba de una delicada señorita de la alta sociedad, exactamente el tipo de dama de la que él huía como de la peste y que su cuñada Nicole insistía en presentarle. Y recordando las reticencias del cura a casarlos, Clive llegó a la conclusión de que esa chica debía pertenecer a alguna familia importante u ostentar algún tipo de título; su padre, o tal vez su abuelo, seguro que sería un par del reino. Eso lo llevaba a preguntarse por qué estaba sola y dónde narices estaban ellos en esos momentos. Porque, aunque esa damita había mostrado tener gran capacidad para defenderse, sólo era una mujer.

Mientras degustaba su nuevo whisky de importación, a su rostro acudió una sonrisa al recordar cómo se había enfrentado esa chica a él sin ningún temor, algo que muy pocas personas hacían, y había jugado con él desde el principio como le había dado la gana. Aunque al final él también había tenido el placer de jugar con ella de todas las maneras posibles cuando el afrodisíaco actuó sobre ella de la misma forma que en él, avivando su escondido deseo.

Cuando acabó la noche Clive ya no se mostraba tan reticente ante ese matrimonio obligado.

Quería conocer más de esa extraña y alocada mujer que se había atrevido a reclamarlo, cuando la mayoría simplemente huían de su lado.

—¿Quién eres? —preguntó Clive, intrigado, y cada vez más dispuesto a revelar todos los misterios que rodeaban a esa extraña, y más aún cuando se había casado con ella.

Después se acercó al olvidado saco en cuyo interior halló unas cuerdas rotas y una sucia mordaza de las que Jocelyn se había deshecho antes de atacarlo.

—¿Y por qué necesitas casarte conmigo? —se preguntó a continuación, preocupándose al percibir la sangre que había manchado las cuerdas, algo que mostraba cuán desesperada y asustada estuvo en el interior de ese oscuro encierro sin saber quién la sacaría de él.

—Y, sobre todo, ¿por qué demonios te marchas si necesitas mi ayuda? —se preguntó finalmente, apretando las sogas que descansaban en sus manos a la vez que su genio se avivaba al pensar en cómo había sido utilizado por esa chica—. Quieras o no, voy a ayudarte. Y después te enseñaré por qué razón nadie se atreve a jugar conmigo... —concluyó Clive con decisión, tirando las sogas a la papelera. Y mientras intentaba aparentar que esa mujer no le importaba nada y que únicamente la buscaba para llevar a cabo su venganza, no pudo evitar dirigir en más de una ocasión una preocupada mirada hacia donde descansaban las pruebas de que Jocelyn no era tan fuerte como aparentaba.

—No dejes que nadie te ponga un dedo encima, mujer, sólo yo debo tener ese privilegio —

declaró Clive antes de acabar su copa de un solo trago—. Después de todo, tú eres la que me lo has concedido al convertirte en mi esposa, aunque aún me pregunto por qué me elegiste a mí.

* * *

En una de las zonas más respetables de Londres se hallaba la casa de Isaac Hellmon.

Tal vez su nombre no era tan importante como para poder mezclarse con la rica aristocracia, pero sí lo era para codearse con la nobleza pueblerina que en ocasiones visitaba el lugar, o con los ricos artistas que querían acercarse a la

aristocracia sin llegar a insultarlos con una presencia demasiado cercana.

La casa de tres plantas que presidía la manzana era lo suficientemente bonita y acogedora para encajar con las demás, a pesar de los excéntricos adornos que en ocasiones engalanaban sus paredes cuando los Hellmon se sumían en la investigación de algún nuevo pasatiempo, como podía ser la historia egipcia, la botánica de algún extraño país exótico o los secretos de las arquitecturas griega y romana que tanto apasionaban últimamente a los más distinguidos miembros de la sociedad.

En esta ocasión, el tema que fascinaba a padre e hija antes de la repentina desaparición de Isaac eran los dragones que aparecían en la mitología de algunos países de Oriente, algo que se apresuraron a mandar grabar en las columnas que adornaban la entrada.

Tras acariciar con añoranza a los dos entrelazados y míticos personajes que guardaban su hogar, Jocelyn se preparó para enfrentarse a los guardianes reales que la esperaban en el interior para reprenderla y exigirle saber el porqué de unas acciones ante las que aún no podía dar una respuesta.

—¡Jocelyn, al fin vuelves a casa! ¡Por Dios! ¿Qué te ha ocurrido? —exclamó Evelyn, alarmada, mientras abrazaba a su niña con desesperación sin importarle demasiado manifestar toda la preocupación que había sufrido mientras ella no estaba en casa.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Bruno pensativo, que no dejaba de dar vueltas alrededor de Jocelyn, observándola atentamente.

Cuando los brazos de Jocelyn le devolvieron ese efusivo abrazo a Evelyn y tan sólo por unos segundos se reconfortó escondiendo su rostro entre los cariñosos mimos de esa mujer, Bruno se percató de que había algo distinto en ella. Esa inocente sonrisa que Jocelyn siempre exhibía para engañar a todos ahora estaba impregnada de una firme resolución por alcanzar su meta, algo que mostraba que no le importaba a quién arrollara en el camino o lo que tuviera que hacer para alcanzarla. Y, sin ninguna duda, Jocelyn se lamentaba de algo de lo que había hecho la pasada noche, ya que, aunque sus ojos intentaran rehuirle, no pudieron evitar que Bruno captase su mirada culpable.

—¿Alguna muerte? —preguntó Bruno, esperando que Jocelyn no tuviera que cargar en su conciencia con lo que soportaba la suya cada vez que recordaba las innumerables vidas que había arrebatado.

—¡Por Dios, Bruno! ¿Cómo te atreves a preguntar algo así? —se escandalizó Evelyn, apretando un poco más a su niña contra su pecho, casi dejándola sin aire. No obstante, ella no se quejó, tal vez porque necesitaba intensamente ese abrazo.

—Ninguna por mi parte, aunque no puedo saber lo que hizo *Fifi* para llegar a mi lado —respondió Jocelyn, señalando los restos de sangre de la boca de su enorme perro, el último cachorro de la camada de *Brutus*, el viejo gran danés de su padre, que no admitía que nadie lo separara de su lado porque él, como todos los presentes, había sido rescatado por ella y sus caritativas manos cuando fue

desechado por los suyos.

—¿Os separaron? —se interesó Bruno, intentando que Jocelyn revelara un poco más de lo ocurrido, aunque ella, como siempre, sólo le contó lo que quiso.

—Sí, eso no entraba en mis planes, pero no importó. Al final, como siempre hago, improvisé.

—¿Qué has hecho? —preguntó Evelyn, alarmada, al no ver ninguna sonrisa en el rostro de su niña, sino una gran determinación.

—Ahora quiero darme un largo baño y descansar durante todo el día, luego seguiré pensando cómo salir de ésta...

—No puedes —cortó Bruno mientras le informaba de otro de los problemas que últimamente rondaban su vida desde la súbita desaparición de su padre —. El general Delwey te está esperando en el estudio desde hace un buen rato.

—¿Crees que habrá encontrado a mi padre? —preguntó Jocelyn al sagaz Bruno tras soltarse del abrumador abrazo de Evelyn.

—No creo que se haya molestado en buscarlo siquiera, la verdad —opinó Bruno crudamente, sin querer maquillar la verdad.

—Tal y como pensaba... Sólo está aquí para su propio beneficio, aunque tal vez sea posible que en esta ocasión se dé cuenta de que yo no soy fácil de manejar y que, si él no me ayuda, no veo por qué tendría que ayudarlo yo a él.

—¿Crees que sabe quién eres?

—Sin duda. Aunque no se atreverá a decirlo en voz alta porque, después de todo, sólo soy una mujer.

—¿Has pensado en cómo rechazarlo sin incurrir en su ira?

—No te preocupes por eso, Bruno, le diré que no sin olvidarme de obsequiarlo con mi más espléndida sonrisa.

—Cuando sonríes me preocupo más... —replicó Bruno, rememorando lo peligrosas que eran algunas de sus sonrisas.

—Tranquilo, en esta ocasión no voy armada —señaló Jocelyn, mostrándole sus desnudas muñecas, aunque se apresuró a ocultarlas detrás de su espalda al percatarse de las marcas que se observaban en ellas.

—¿Qué ha ocurrido, Jocelyn? —preguntó Bruno, cada vez más preocupado; pero Jocelyn, una vez más, ignoró sus preguntas.

—Evelyn, ¿me harías el favor de servirle algo de té a nuestro invitado y entretenerlo mientras me arreglo tras mi...? Humm... —preguntó Jocelyn, mientras reflexionaba sobre qué excusa ofrecerle a su inoportuno invitado para disculpar su ausencia.

—Tras tu paseo matutino —propuso Bruno, sin dejar de seguirla con su especuladora mirada, intuyendo que lo que le ocultaba en esta ocasión era algo bastante preocupante.

—Gracias, ¡buena idea! Será mejor que suba a cambiarme y a limpiar un poco a *Fifí*, después de

todo, ambos debemos estar presentables para nuestra visita —concluyó. Y tras dedicarles una falsa sonrisa, Jocelyn subió con celeridad la escalera hacia su habitación.

—¡Pero bueno! ¿Es que esta niña no va a contarnos nada? —se quejó Evelyn, bastante molesta.

—Si no nos cuenta nada, tendremos que averiguarlo —declaró Bruno. Y girando uno de los rígidos bustos de uno de los pedestales que adornaban la entrada, le mostró a Evelyn un pasadizo que había en la pared, desde donde podrían ocultarse para espiar la conversación que iba a llevarse a cabo en el estudio.

—¡Vaya! ¿Cuándo pensabas contarme esto? —reprendió Evelyn a Bruno mientras se preguntaba cuántos secretos habría observado desde ese escondrijo.

—No lo creí necesario, todo es bastante aburrido en esta casa: Isaac se pasa horas sumido en sus inventos y Jocelyn en sus libros. Y, por supuesto, cuando tú vas a reunirte con Isaac yo procuro largarme de ahí para no observar nada... inadecuado.

—¡Espiar está mal! —riñó Evelyn a su empleado, aunque su voz no sonó tan firme al sentirse un poco avergonzada a causa de lo que Bruno podría haber visto desde su escondite.

—Isaac me lo mostró un día para que lo utilizara cuando él celebraba sus reuniones con el general. Quería que le guardara las espaldas mientras su enemigo no protegía las suyas.

—¿Desde la pared? —preguntó Evelyn confusa.

—¿Es que acaso no sabes cómo son esos dos? Te puedo asegurar que esa pared tiene los elementos necesarios como para permitirme disparar un arma de fuego o lanzar uno de mis cuchillos.

Como muchas de sus creaciones, ese escondite es un arma que, a simple

vista, parece algo inofensivo.

—¿Por qué me revelas ahora ese secreto? —inquirió Evelyn, sabiendo que si se lo había enseñado era para que ella también escuchara esa conversación.

—Porque Jocelyn ha hecho algo que no debe, algo que se muere por contarnos pero que no está dispuesta a decirnos. Imagino que para protegernos. Y en esta ocasión creo que nos necesita a ambos; a mí para guardarle las espaldas, y a ti para guardar su corazón.

—¡Pobre niña! ¿Qué es lo que habrá hecho para salir de este aprieto? —se lamentó Evelyn, decidida a protegerla de todos los peligros con la misma firmeza que Bruno, incluso de los que ella no quisiera contarle.

Capítulo 5

—¿Cómo que te has casado?! —preguntó un muy sorprendido Bennet a su hermano, quien no cesaba de pasear de un lado a otro de su despacho, cuando lo más normal habría sido que Clive estuviera sentado plácidamente en su sillón, bebiéndose sus licores mientras pensaba una vez más cómo saquear sus bodegas sin que él se enterara.

—En mi defensa, debo añadir que he sido obligado a ello.

—Qué, ¿algún padre receloso te ha pillado por fin con los pantalones bajados y has tenido que casarte a punta de pistola? —especuló burlonamente Bennet.

—No, la verdad es que le costó muchísimo quitarme los pantalones —respondió Clive, resultando tan confuso en sus explicaciones como solía ser su esposa Nicole, ante lo que Bennet maldijo para sus adentros, pero consideró que era normal acabar así cuando una situación de locos comienza a superar a quien la vive. A él le había ocurrido.

—Espera, para. Para un momento y explícamelo todo desde el principio. ¿Cómo has acabado casándote y quién te ha obligado a ello?

—Mi esposa, una pequeña cosita que me encontré al abrir un saco... Una mujer que me distrajo con una sonrisa, me drogó y me desvistió para luego

vestirme otra vez y pasar a drogarme de nuevo en cuanto el cura terminó con las bendiciones —contestó embarulladamente Clive mientras se derrumbaba en una silla frente a su hermano.

—Dime algo, Clive, estás borracho, ¿verdad?

—No, aún no, aunque ésa podría ser la solución a algunos de mis problemas —replicó mientras se dirigía al aparador para servirse una copa.

Luego volvió a tomar su lugar frente a su hermano, y entre suspiros, intentó conseguir su ayuda frente a la situación en la que se hallaba.

—Dime, Bennet, ¿es normal no dejar de preocuparme por mi esposa, a la que acabo de conocer y que ya ha hecho de mi vida un infierno?

—¡Dios, Clive! ¡De verdad te has casado! —exclamó Bennet, asombrado, llegando a esa conclusión después de ver a su hermano portándose tan irracionalmente como había hecho él mismo cuándo conoció a la que hoy día era su mujer—. ¡Vaya sorpresa más inesperada! Bueno, ¿y cómo se llama tu esposa?

—No lo sé —contestó Clive, enfadado por todo lo que no sabía de ella, lo que le dificultaba aún más la labor de encontrarla.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—No lo sé —repitió Clive, apretando con furia el vaso de licor al recordar su abandono.

—¿Sabes siquiera qué hacía dentro de ese saco o por qué te drogó?

—¡No lo sé! ¡No sé nada! —gritó Clive cada vez más furioso, sujetando el vaso con demasiada

fuerza, hasta que reventó el delicado cristal.

—No te preocupes, hermano, yo te ayudaré —finalizó Bennet mientras se acercaba a Clive para recuperar los restos de cristal que depositó sobre su mesa, haciéndose cargo de sus heridas con un improvisado vendaje—.

¿Tienes la copia del registro de tu matrimonio?

—No, creo que se lo llevó ella. En una de nuestras conversaciones me dijo que quería presumir de marido. Fue en esos instantes cuando supe que estaba loca. ¿Qué clase de mujer querría presumir de estar unida a un hombre como yo? ¡Hasta mis amantes han procurado mantener en secreto que se acostaban conmigo para, según ellas, «no manchar su reputación»!

—O es una mujer muy tonta o es demasiado lista para su bien, y según lo que me has contado, me decanto por la segunda opción.

—Es una mujer muy taimada, muy inteligente y muy peligrosa.

—Entonces es perfecta para ti, hermano. ¡Felicidades, has encontrado a la esposa ideal! Ahora sólo te falta aprender a mantenerla a tu lado —se burló Bennet.

—Muy gracioso... Si tan siquiera supiera su nombre, tendría un punto de partida, algo desde donde comenzar a buscar. Pero me sentía demasiado furioso como para prestar atención a cualquier cosa mientras me obligaba a embarcarme en un matrimonio al que era reacio desde el principio, y más aún cuando ella se atrevió a guiar mi mano, mientras me encontraba drogado, para firmar en los registros. Y, por si fuera poco, buscar al maldito clérigo que nos casó no me ha servido de nada; por más ruegos y amenazas que le ofrecí para que me permitiera ver esos documentos, no cedió ni un ápice. El muy cabezota mantiene que los protegerá con su vida hasta que esa dulce mujer cambie de opinión y pida la anulación de nuestro enlace.

—¿Crees que lo hará?

—No. Y si lo intentara, no se lo permitiría —respondió Clive mientras apretaba furiosamente su mano herida, haciendo que su hermano se preocupara por lo que sería capaz de hacer con tal de encontrar a esa mujer.

—Matar al cura está descartado... —indicó Bennet, intentando poner límites a las violentas acciones de las que su hermano era capaz cuando quería conseguir algo.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? Ya sabes que nunca me ha gustado manchar mis manos con la sangre de inocentes.

—Matar a tu esposa también...

—Ella no es tan inocente —contestó Clive. No obstante, a pesar de sus bruscas palabras, su rostro únicamente mostró preocupación por ella.

—¿Crees que estará metida en algún lío?

—Sí, eso seguro. Y en uno muy grande si necesita a alguien como yo para salir de él.

—¡Ah, esa vena protectora siempre ha sido tu debilidad, hermano! —manifestó Bennet, jocoso, mientras recordaba los miles de veces que lo había sacado de algún desastre, metiéndose en innumerables situaciones peligrosas sólo para protegerlo.

—No te equivoques, Bennet, a esa noble damita no quiero protegerla en absoluto, sólo quiero encontrarla para darle su merecido y mostrarle por qué razón nadie se atreve a jugar conmigo. Luego anularé ese matrimonio y me desharé de ella —apuntó Clive mientras se ponía en pie, muy dispuesto a marcharse. Pero a pesar de que sus palabras reclamaban venganza, sus inquietos actos no se mostraban de acuerdo con sus pensamientos.

—¿«Noble damita» has dicho? —preguntó Bennet, provocando que los pasos de Clive se detuvieran cuando continuó con sus palabras—. Entonces ya tengo la solución a tus problemas: sólo tienes que aceptar las innumerables invitaciones que mi esposa y sus hermanas te hacen para asistir a esas aburridas fiestas a las que siempre quieren arrastrarte para hacer un hombre decente de ti.

Seguro que, en un momento u otro, te topas con ella en alguno de esos eventos —dejó caer Bennet. Y

entonces Bennet supo que su hermano haría caso a su consejo, porque escuchó salir de sus labios decenas de injuriosas maldiciones, todas ellas dirigidas a su nueva y flamante esposa a la que Bennet estaba impaciente por conocer.

—¡Maldita mujer! —finalizó Clive, furioso, mientras se alejaba del despacho de su hermano por los intrincados pasadizos de su club. Y cuando ya nadie podía oírlo, se permitió dejar salir su preocupación—: Mantente segura hasta que pueda encontrarte para darte una lección.

* * *

Jocelyn se adentró en el estudio de su padre seguida de cerca por su perro guardián.

Ese estudio era un lugar al que había evitado entrar durante mucho tiempo mientras Isaac no estuviera allí para acompañarla, ya que la asaltaban decenas de recuerdos que la debilitaban ante el enemigo. Sin poder remediarlo, recorrió una vez más con su mirada todos los escondrijos que ocultaban algún raro artilugio que su padre y ella habían descubierto o fabricado, así como los increíbles libros llenos de conocimiento que la sociedad ignoraba porque aún no estaba preparada para ellos.

El gran escritorio de su padre, de un engañoso aspecto sencillo, permanecía a un lado de la estancia; contenía muchos cajones secretos que sólo ellos dos conocían, donde ambos guardaban las fórmulas y los planos de sus inventos, mientras dejaban al alcance de los incautos anotaciones que no servían para nada... Notas que habían sido evidentemente analizadas por su visita, a quien Jocelyn decidió ignorar mientras seguía con su escrutinio de la habitación.

Los tomos de las extensas librerías que ocupaban gran parte de la estancia también habían sido movidos de su lugar, pero ellos no almacenaban ahí sus principales secretos. Las valiosas estatuillas y otros artefactos que adornaban los estantes también habían sido ligeramente cambiadas de posición, según apreció Jocelyn, sin que su visita sospechara que más de uno de esos extravagantes ornamentos eran armas tan letales que podrían acabar con su vida.

Las paredes frente al escritorio y el pequeño e improvisado lugar de descanso habilitado para

tomar el té permanecían desnudos, sin ningún adorno, a pesar de que el resto del estudio estuviera abarrotado de artilugios. Jocelyn sabía que su padre lo había dejado así a propósito, pero no sabía el motivo: siempre que Jocelyn le preguntaba con extrañeza la razón de la falta de adornos en esas paredes, Isaac solamente le sonreía mientras murmuraba, antes de seguir con sus inventos, que era una medida necesaria para su protección.

Jocelyn le dedicó, al fin, una mirada al individuo que invadía su hogar. El general Delwey, un pequeño hombre de aproximadamente la misma edad que

su padre, dotado de unos despiadados ojos marrones y unos cabellos tan negros como su alma, simulaba que no había registrado la habitación mientras permanecía sentado con educación en el elegante y clásico sofá de estilo francés, que hacía juego con las sillas y la pequeña mesita que habían pertenecido a su madre.

Sin embargo, la tetera de fina porcelana y el juego de tazas adornadas con amenazantes dragones de intensos colores que descansaba sobre la mesita era una adquisición de su padre, algo que su invitado miró horrorizado cuando Jocelyn comenzó a servir el té para dar comienzo a esa reunión no deseada.

—¿A qué se debe su visita, general? ¿Acaso han encontrado ya a mi padre? —preguntó Jocelyn, tomando asiento en el sofá lo más alejada posible de su invitado, a la vez que interpretaba el papel de mujer indefensa que todos le habían concedido, incluidos sus necios enemigos que fingían una falsa amistad.

—No, Jocelyn, pero seguimos con su búsqueda. Ya sabes lo mucho que me preocupo por vosotros y que es mi principal prioridad encontrar a tu padre sano y salvo —contestó el general Delwey, mostrando la falsedad de sus palabras cuando intentó desviar la conversación hacia otro tema, uno para el que Jocelyn ya estaba preparada—. Verás, hija, he venido para hablar contigo de un tema de cierta gravedad porque me preocupa que mientras tu padre no esté a tu lado alguien pueda intentar aprovecharse de ti —dijo Delwey, intentando aparentar preocupación mientras se acercaba a Jocelyn para sostener con emoción sus manos entre las suyas.

—¡Ah! ¡No se preocupe, general! Mi padre me enseñó perfectamente cómo administrar sus finanzas por si algún día le pasaba algo —declaró Jocelyn mientras enfrentaba los ojos de ese mentiroso con una de sus más amables sonrisas—. Evelyn y Bruno se encargan de la casa, y luego tengo a *Fifi*, que me guarda las espaldas —recordó Jocelyn, señalando al perro que descansaba a sus pies emitiendo un amenazante y sordo gruñido.

Tras soltar sus manos por miedo a perderlas entre las fauces de ese enorme animal, Delwey se alejó un poco de Jocelyn. No obstante, siguió insistiendo en su preocupación acerca de su seguridad, cuando era evidente que el mayor peligro para ella sería el que representaba él mismo si Jocelyn se dejaba

atrapar.

—Aun así, querida, temo por tu seguridad. Una mujer sola, en una casa tan grande como ésta, que solamente se halla protegida por unos pocos criados... Cualquier desaprensivo podría hacerte daño.

A pesar de tu edad, creo que lo mejor sería que estuvieses bajo mi tutela hasta que tu padre vuelva.

—Le agradezco su preocupación, señor, pero aun con mi edad, sería algo indecoroso trasladarme a la casa de un hombre soltero que, además, no está relacionado o emparentado conmigo.

—Entonces, en ese caso, puede que lo mejor sería prometeros en matrimonio. ¿No te parece, querida Jocelyn? —replicó Delwey, volviendo a tomar sus manos sin dejar de vigilar los gruñidos de ese amenazante can que tenía sus ojos fijos en él—. Sé que sólo me verías como a un sustituto de tu padre, pero tal vez con el tiempo podría surgir algo más... Prometo no presionarte en absoluto; además, a tu edad lo mejor sería que comenzaras a pensar en el matrimonio, y...

—¡Vaya, general! Lo siento, pero debo declinar su propuesta. Casarme con usted sería algo imposible para mí —dijo Jocelyn, intentando alejar sus manos del agarre de ese hombre que, ante su rechazo, se hizo más fuerte, negándose a admitir su derrota y a dejarla escapar con tanta facilidad.

—¿Y eso por qué? Piensa por un momento en lo que estás rechazando, en la posición que te daría mi nombre, en el lugar que obtendrías y, sobre todo, en la protección que podría ofrecerte un hombre como yo, tanto a ti como a tu padre.

—Señor, ya lo he pensado con detenimiento y, aun así, debo rechazarlo —afirmó Jocelyn, deshaciéndose definitivamente de su agarre con un brusco gesto de su mano para luego ponerse en pie e invitarlo a marcharse de su hogar—. Si no tiene nada más que decirme, general, le ruego que no vuelva por mi casa salvo que sea para darme noticias sobre el paradero de mi padre. Yo, por mi parte, no dejaré de buscarlo, pues él es lo más importante para mí —dijo Jocelyn, dejando de lucir en su rostro esa estúpida sonrisa para

demostrarle con su firme mirada de lo que era capaz.

—Te arrepentirás de no haber aceptado mi proposición —amenazó Delwey, acercándose de forma peligrosa a ella, con lo que sólo consiguió que el gigantesco animal que la protegía se pusiera en pie, preparado para el ataque, algo que Jocelyn detuvo con un simple gesto de su mano.

—No me ha entendido bien, general, no he rechazado su propuesta porque no quiera. De hecho, me siento halagada por su interés. Es que, simplemente, no puedo hacerlo —repuso Jocelyn mientras lo obsequiaba con una de sus más radiantes sonrisas.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber por qué motivo no puedes casarte conmigo? —quiso saber el general, tratando de disimular la furia que sentía a causa de su negativa.

—Muy sencillo: porque ya estoy casada —reveló Jocelyn con gran satisfacción.

—¿Cuándo...? ¿Qué...? ¿Cómo...? —preguntó el hombre, confuso con la idea de que alguien se le hubiera adelantado.

—Ayer por la noche. Fue una ceremonia muy rápida, pero muy bonita. Incluso el cuerpo de mi marido se quedó paralizado por unos momentos a causa de la expectación que le causaba nuestro enlace —explicó Jocelyn burlonamente.

—Jocelyn, ya debes saber que tu padre tiene muchos enemigos a causa de su trabajo y que hay hombres que son muy fáciles de eliminar... No deberías haber hecho eso, has puesto en peligro a tu desdichado marido —amenazó sutilmente Delwey, dejando entrever sus verdaderas intenciones.

—Los enemigos de mi padre son bienvenidos a intentarlo, general. Yo nunca sería tan idiota como

para casarme con un hombre fácil de matar —replicó Jocelyn, enseñándole a su enemigo por primera vez una audaz sonrisa que le mostraba que no era tan idiota como todos pensaban. A continuación, puso delante de sus ojos el

certificado de matrimonio donde aparecía la firma de ese hombre, un objetivo muy difícil para todo aquel que quisiera deshacerse de él.

—¡Ni siquiera tú estás tan loca como para casarte con ese peligroso demonio!
—exclamó Delwey, asombrado ante el atrevimiento de esa muchacha.

—Si le apetece, puede usted ir a preguntarle a mi flamante marido por nuestra boda. No obstante, puede que él se encuentre un poco molesto ante cualquier hombre que se interese por su mujer.

Ahora, si me permite, tengo muchas cosas que hacer en mi vida de recién casada —dijo Jocelyn, mostrándole nuevamente la salida a ese despreciable sujeto, una invitación que en esta ocasión él no pudo rechazar.

Tras asegurarse de que ese hombre había abandonado su hogar, Jocelyn regresó sobre sus propios pasos hacia el estudio, preguntándose con cuántos enemigos más tendría que enfrentarse para mantener su libertad y conseguir la de su padre.

Y mientras se acercaba a esa habitación donde guardaba tantos secretos, unos pasadizos secretos se abrieron ante ella, mostrándole dos rostros sumamente preocupados a causa de sus acciones.

—¿Qué has hecho, Jocelyn? —preguntó Evelyn, preocupada, dándole un cariñoso abrazo que, en momentos como éstos, dolía demasiado.

Bruno, sin esperar respuesta, le arrebató el papel que había mantenido inadvertidamente apretado entre sus manos, como si fuera un amuleto que pudiera protegerla de todo.

—¿En serio, Jocelyn? —la reprendió Bruno con furia después de observar el documento, haciendo que Evelyn se preocupara aún más por lo que habría hecho su niña para salvarlos a todos del peligro.

—Evalué detenidamente la situación y decidí que ése era el mejor movimiento que seguir para librarme de mis enemigos.

—¿De verdad? ¿Tu mejor opción era casarte con Clive Sin? —interrogó

Bruno, provocando la alarma de Evelyn, pues hasta ella había oído hablar de ese nombre que causaba terror en los bajos fondos de Londres, y que incluso era temido por muchos miembros de la alta sociedad.

—Pero ¿qué has hecho, Jocelyn? —repitió Evelyn a su dulce niña. Y mientras fijaba su mirada en los tristes y perdidos ojos de ella, recibió la adecuada respuesta que ella misma había ofrecido en alguna que otra ocasión a lo largo de su dura vida.

—Tan sólo lo necesario para sobrevivir un día más.

* * *

Clive llevaba un mes acudiendo a aburridos eventos de la alta sociedad, y ya estaba más que harto de los extensos bufets donde se exhibía la comida que los nobles desaprovechaban dando tan sólo

algún que otro picoteo; de las grandes y espaciosas salas de baile en las que los músicos deleitaban con sus actuaciones los refinados oídos de los presentes con atrevidos valeses o animadas cuadrillas, que sólo servían para que las solteras pescaran a algún que otro incauto marido; de las ornamentaciones estrafalarias como estatuas de hielo representando a algún animal exótico, que acababan derritiéndose bajo las decenas de luces que colgaban de inmensas lámparas de araña...

En cada una de esas ostentosas fiestas, Clive contemplaba la vanidad y la presunción de esas personas que se pavoneaban a causa de unos títulos nobiliarios que habían obtenido por la simple suerte de nacer en una determinada familia, y de los que se enorgullecían sin mérito alguno.

Veía con cinismo los nobles matrimonios que dictaba la sociedad, en los que las mujeres se miraban con envidia unas a otras mientras presumían de joyas y vestidos, pero no de maridos, a los que mantenían a un lado mientras buscaban un nuevo amante. Por su parte, los pomposos esposos, muy acicalados con sus lujosas vestimentas y coronados por sus grandiosos cuernos, se jactaban de sus nuevas amantes, sin importarles demasiado que sus deslices llegaran a oídos de sus esposas, ya que cada una de sus quejas eran acalladas con alguna nueva joya de la que ellas luego no dejarían de

presumir.

Cada vez que una nueva mujer casada se le insinuaba, tenía que hacerla desistir de su empeño con sutileza para que el marido no dirigiera su ira hacia él. Porque cualquier amante sería ignorado con despreocupación por el esposo, excepto uno tan peligroso como él; un hombre que se había hecho a sí mismo y que había escalado desde la más inmunda miseria hasta acabar siendo recibido en su elegante ambiente.

Clive era muy temido por lo que era capaz de conseguir. Ninguno de los presentes se atrevería a insultarlo abiertamente a la cara, aunque Clive no dudaba de que lo harían a sus espaldas. En otras circunstancias, más de uno de esos nobles petimetres lo habrían tachado de basura, como habían hecho en más de una ocasión en su niñez. Pero, en la actualidad, eran muchos los aristócratas que tenían negocios con él, muchos cuyo capital después de la guerra dependía de los negocios, limpios o sucios, que mantenían con un hombre apellidado «Pecado».

Ese apellido, que finalmente había acabado siendo conocido por todos, respetado por la mayoría y temido por muchos, fue una más de las irónicas jugadas del destino. Clive y su hermano, hartos de las burlas y desprecios de los hombres que los condenaban a causa del ambiente en el que habían nacido, sin nombre, sin hogar y sin padres, decidieron dirigir su destino; y ya que nadie se molestaba en darles un apellido a unos simples niños de los suburbios, se lo autoimpusieron ellos mismos, recordándoles con éste a todos de dónde venían; ellos eran el pecado de alguna mujer que los abandonó a las puertas de un orfanato, el desliz de una sociedad que se negaba a ver la pobreza que había en sus calles, y ahora que habían crecido y hecho fortuna, representaban el amargo recordatorio de que el mundo estaba avanzando y que ya no era tan importante el noble origen sino, más bien, el dinero que uno tenía.

Paseándose por esa insulsa fiesta que sólo lograba hastiarlo e irritarlo por igual, especialmente

cuando escuchaba a algún orondo noble opinando con presunción sobre cómo podría erradicarse la pobreza y el hambre que él nunca había experimentado.

Clive decidió calmar su genio buscando una vez más entre la multitud esos esquivos ojos azules y esa melena de rizos castaños que acompañaban a un pequeño cuerpo lleno de curvas y un inocente rostro que lo había conquistado por completo, sobre todo cuando le demostró lo astuta que podía ser para conseguir lo que deseaba. Y una pregunta que Clive no podía dejar de hacerse desde que desapareció de su lado era por qué motivo esa damita lo quería a él, si nadie lo había hecho antes jamás.

Clive era un hombre que las mujeres solían ver como un reto. Tanto para las nobles damiselas como para las rameras, él era algo excitante y sólo les bastaba un simple vistazo para saber que con un hombre como él no se podía jugar, ni fuera ni dentro de la cama. Cuando se acostaba con alguna mujer, Clive le dejaba claro que su corazón solamente pertenecía a los negocios y que ellas nunca tendrían un lugar en él, algo que algunas sólo veían con el tiempo. Si algo tenían claro todas y cada una de sus amantes era que Clive era un ser frío con respecto a los sentimientos y que su compañía únicamente le servía para desahogar sus pasiones, no para hacerlas mayores.

Él nunca había pensado en una mujer más de una vez; nunca había sentido la necesidad de mantener a alguien a su lado más tiempo del que duraba el placer de un súbito encuentro; nunca había deseado dormir junto a una mujer o despertar a la mañana siguiente junto a una, y nunca le había importado demasiado adónde iban éstas después de pasar por su cama. No obstante, mientras sus ojos buscaban una vez más a esa pequeña arpía que lo había obligado a darle su nombre, Clive se preguntó por qué acudían a su mente todas esas cosas que nunca antes se había permitido sentir por ninguna otra ahora que la buscaba a ella, una mujer que ni siquiera le había revelado su nombre después de acostarse con él. O peor aún, después de obligarlo a ser su esposo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos de golpe cuando el que había sido el mayor libertino de todo Londres golpeó jovialmente su espalda mientras lo recibía alegre en su fiesta. O, mejor dicho, en la de su esposa.

—¡Enhorabuena, Clive! ¡Me han dicho que te has casado! —anunció lord Adrian Conrad, más conocido por sus allegados como «el molesto Adrian», mientras se dirigía hacia él con una ladina sonrisa. Una sonrisa que sólo podía significar que quería burlarse un poco de él y de las ataduras que

conllevaba el matrimonio, como él mismo había hecho con Adrian en más de una ocasión desde que éste se había casado.

—Bueno, por lo menos a mí no me han tenido que sacudir con un látigo para llevarme al altar —

dijo Clive, intentando cortar las burlas de un hombre que, contra todo pronóstico, se había casado por amor.

—No, a ti sólo te han drogado —repuso Adrian, luciendo una satisfecha sonrisa.

—Recuérdame que mate a mi hermano por tener la lengua tan larga.

—¡Pero Clive! Si no le cuentas a nadie tus problemas, ¿cómo vamos a ayudarte a encontrar a tu

esposa perdida, de la que ni siquiera sabes su nombre?

Ante las jocosas palabras de Adrian, Clive respondió con un gruñido que mostraba cuan peligroso sería continuar con esa conversación. No obstante, al joven Adrian siempre le había encantado desafiar al peligro, no en vano se había casado con una fogosa española que sabía manejar su afilado látigo con maestría.

—Amigo mío, debo recordarte que la menor muestra de cortesía exige preguntarle a la dama por su nombre antes de llevártela a la cama, y muy especialmente si luego vas a casarte con ella —se rio Adrian.

—Trataré de recordarlo la próxima vez que una mujer me drogue y luego intente quitarme los pantalones sólo para casarse conmigo.

—William y tú perdéis los pantalones con mucha facilidad... —replicó Adrian con una sonrisa, en burlona referencia a su amigo común William Turner, futuro conde de Wilmore.

—¡Ah! Y eso lo dice un hombre que ha corrido en más de una ocasión con el culo al aire por todo Londres debido a la inoportuna llegada de un marido cornudo.

—Algo que, puedo asegurarte, desde ahora sólo ocurrirá en mi casa, con mi esposa. Y también a veces cuando venga mi cuñado de visita, para espantarlo como se merece.

—Te gusta jugar con el peligro, ¿verdad? —preguntó Clive mientras dirigía su mirada a Miguel de la Cruz, el beligerante español hermano de la esposa de Adrian, Carmen, que no dejaba de dirigir a todos una intimidante mirada, sobre todo al hombre que finalmente le había arrebatado a su hermana.

—Por eso soy tu amigo —declaró Adrian con camaradería, sorprendiendo a Clive con unas palabras que nunca habría esperado que salieran de los labios de un hombre que, aunque careciera de un condado como el que ostentaba su hermano, seguía siendo un joven y acomodado lord.

—Y yo que creía que tan sólo eras un engorroso estorbo que se pegaba a mí para divertirse un rato a mi costa, ya que el hermano de tu esposa carece de sentido del humor...

—Bueno, eso también —confirmó Adrian sin perder su socarrona sonrisa mientras se burlaba de la incomodidad de su cuñado en esa fiesta, donde las damitas inglesas pululaban a su alrededor con la idea de probar a un español de sangre caliente en sus lechos, algo que él tal vez hubiera alentado un poco, con malicia, para deshacerse al fin de las desaprobadoras miradas que Miguel le dirigía cada vez que se acercaba a Carmen, a pesar de que ya estuvieran casados—. Y dime, ¿cómo es la mujer que te enredó de esa mala manera para acabar contigo de la peor forma posible, es decir, en un matrimonio?

—Es lista, taimada, maliciosa y no tiene escrúpulos a la hora de conseguir lo que quiere.

—¡Por Dios, Clive! Sé más preciso, o de lo contrario no podré ayudarte: me acabas de describir a casi todas las mujeres de esta fiesta. Excepto a ésa —dijo Adrian, señalando a una apocada y tímida damita con aire intelectual que fue la única valiente que se atrevió a entablar una conversación con el irascible español.

—¿Cómo se llama? —preguntó Clive, con su mirada fija en la muchacha.

—Es Jocelyn Hellmon, nieta de un acaudalado barón. Hasta hace poco era una solterona de veintiséis años que sólo vivía para sus libros, pero los rumores dicen que se ha prometido hace poco con lord Ayrton Fairchild. Aunque, al parecer, se resiste a darle una fecha. Seguramente cederá a la presión de la sociedad y se casará antes de que su reputación caiga en picado —informó Adrian mientras veía cómo su supuesto prometido se acercaba a ella para reclamar su presencia, apretando su brazo tal vez un poco más de lo adecuado, un gesto brusco que hizo que Miguel, el intimidante español de metro noventa de estatura y temibles ojos negros, que nunca permitía que lastimaran a una mujer en su presencia, se tensara.

—Esa mujer no puede casarse con ese hombre —dijo Clive, con sus ojos fijos en la pareja que parecía tener más de una desavenencia.

—No creo que le convenga, pero ya sabes de lo que son capaces las damas con tal de no manchar su nombre o su apellido.

—Su nombre ya está manchado —anunció Clive mientras a su rostro asomaba una pérfida sonrisa

—. Esa mujer se apellida Sin, y es mía —declaró Clive antes de dirigirse hacia su esposa para reclamarle que, a partir de ese momento, debía cumplir con sus votos matrimoniales y permanecer a su lado, pasara lo que pasase.

Aunque mientras seguía su camino para encontrarse con su esposa, un molesto personaje no pudo evitar amargar un poco el sabor de su victoria al preguntarle con sorna mientras lo perseguía:

—¿En serio ésa fue la mujer que te drogó y te obligó a casarte con ella?

—Sí —masculló Clive entre dientes, recordando lo inofensiva que esa arpía podía llegar a parecer.

—¿Esa cosita tan pequeña y apocada?

—Sí —volvió a admitir Clive, mostrándose cada vez más furioso a medida que sus pasos lo acercaban hacia su esposa.

—¿Esa minúscula mujer que parece más una ratita de biblioteca que...?

—¡Sí, Adrian, para ya! —exclamó Clive, furioso, mientras le dedicaba a su molesto amigo una de sus más airadas miradas para hacerlo desistir de su asedio. Para su desgracia, esto era algo que con Adrian nunca funcionaba. Y sin dejar de seguirlo, Adrian manifestó con gran diversión:

—¡Esto no me lo pierdo!

Capítulo 6

Jocelyn exhibía la más falsa de las sonrisas delante de todos los estúpidos asistentes a esa fiesta, a pesar de que lo único que deseaba era acabar con el canalla que había secuestrado a su padre, un hombre que en esos instantes estaba delante ella, reclamándola como una más de sus propiedades y, por si fuera poco, en esta ocasión aludiendo a un falso compromiso que ella nunca había aceptado.

Era sumamente entretenido ir por delante del enemigo y desbaratar cada uno de los planes que éste había organizado contra ella. «Aunque el hecho de que sea tan idiota y apenas se dé cuenta de ello le resta algo de emoción», pensó Jocelyn mientras se acomodaba una vez más sus anteojos y miraba con presunción al estúpido que el conde de Pemberton le había enviado para hacer el trabajo sucio de apabullarla e intimidarla, algo que todavía no habían aprendido que nunca funcionaría con ella.

Lord Ayrton Fairchild, un ocioso noble de unos veintisiete años cuyo único talento era poseer un elegante y atractivo porte, acompañado de un agraciado rostro con hermosos ojos verdes y bonitos cabellos marrones con vetas rojizas, anunciaba ante todo aquel que quisiera escucharlo, y con una falsa alegría, que era su prometido. Tales habladurías se habían propagado bastante en los últimos días, en los que ella había declinado asistir a esas estúpidas fiestas porque estaba terriblemente ocupada mientras intentaba descubrir el paradero de su padre.

Se trataba de unos simples rumores con los que tendría que terminar muy pronto, en cuanto fuera el momento más oportuno, ya que eran muy pocos los que creerían la palabra de una mujer si no iban respaldadas por las de un

hombre poderoso. Y justamente para eso había elegido Jocelyn al más poderoso de todos. No poderoso por ostentar un título importante, sino por su temible reputación, ya que nadie osaría discutir con Clive Sin.

Ahora sólo faltaba que el mayor pecador de todo Londres se decidiera a ir a por ella, algo que Jocelyn tenía previsto de antemano que haría, ya que si por algo era conocido Clive, era por proteger lo que consideraba suyo, y para desgracia de ambos, ella se había convertido en suya por el puro deseo egoísta de obtener su protección.

No es que no le gustara el atractivo sinvergüenza de metro noventa, rubios cabellos e intensos ojos castaños que le había robado su primer beso; es que aquel niño se había convertido en un hombre con un cuerpo fuerte y ágil y un hermoso rostro bastante intimidante que podía llegar a espantarla.

Aunque en esos momentos Jocelyn prescindía de todo miedo simplemente porque no se lo podía permitir. Ante los rugidos de Clive, Jocelyn había dudado en más de una ocasión sobre si era buena idea continuar con su plan, sabiendo que en cuanto se separaran su furia caería sobre ella. Pero si quería seguir manteniéndose con vida, tanto a ella como a su padre, era algo que tenía que hacer sin preocuparse por las consecuencias.

Jocelyn reconocía que era realmente injusto lo que le había hecho a Clive Sin, y que era un juego bastante peligroso el que había comenzado con él, pero lo cierto era que, de todas las personas que conocía, él sería el único capaz de comprenderla si algún día se decidía a contarle las razones por las que había actuado así.

Ignorando una vez más las estúpidas sonrisas que ese pusilánime noble seguía desperdiciando con ella y las tontas amenazas que no dejaba de susurrar a su oído, Jocelyn pensaba en ese hombre con el que no había podido dejar de soñar desde que tomó su cuerpo. Ella no tenía planeado el acostarse con Clive, y si ese clérigo no le hubiera recordado su error, se habría separado de ese temible individuo sin conocer lo que era la pasión.

Pero ahora que la había experimentado tenía miedo, porque en manos de Clive lo había olvidado todo: su mente se había quedado en blanco por unos momentos en los que solamente se dedicó a sentir el éxtasis hacia el que él la

llevaba, y Jocelyn Hellmon desapareció entonces para dar paso a una mujer que buscaba en ese hombre algo que éste nunca podría darle.

Ella no podía permitirse buscar el amor de alguien, porque guardaba demasiados secretos; y Clive no le entregaría su corazón a nadie, ya que hacía tiempo que lo había dejado atrás, bien escondido en los suburbios, donde nunca le permitiría salir a jugar, a pesar de que él sí pudiera hacerlo.

Y como si sus pensamientos hubieran convocado de algún modo a ese despiadado hombre, Jocelyn observó en ese momento a Clive encaminándose hacia ella en medio de la multitud de la fiesta que se abría a su paso, mostrándole con su pérfida sonrisa que había acudido para reclamar su revancha, una para la que tal vez Jocelyn aún no estuviera preparada a pesar de que hubiera sido parte de su plan.

—En fin... empecemos con el espectáculo —murmuró Jocelyn mientras ignoraba al idiota que se atrevía a tocarla para llamar su atención. Un gran error por su parte, ya que los airados ojos que habían estado fijos sobre ella durante todo ese tiempo, ahora encontraron un nuevo objetivo.

—Lady Jocelyn, ¿quiere prestarle de una vez atención a mis palabras para que entienda que su única solución para no caer en desgracia es casarse conmigo? Además, es un gran honor para usted, pues dudo que pueda llegar a conseguir un mejor partido que yo, querida —advirtió nuevamente lord Ayrton Fairchild.

Tras poner los ojos en blanco ante tanta presunción, Jocelyn al fin se decidió a contestar a ese molesto individuo que la acosaba con su fastidiosa presencia.

—Su padre y usted presuponen y creen, erróneamente, que a mí me importa algo el que mi nombre sea manchado, cuando la realidad es que eso es algo que no me quita el sueño en absoluto.

—Pues está usted muy equivocada, lady Jocelyn: esa cuestión es algo que preocupa sobremanera a toda mujer respetable. Si ensucio su nombre, ni usted ni su familia podrán mantener su cabeza en alto. Mi padre dice que es usted sumamente inteligente, pero yo la veo igual de estúpida que cualquier

otra mujer, incluso más aún, ya que ni siquiera ha reflexionado sobre lo que le deparará el futuro si se atreve a rechazar mi propuesta.

Las palabras de los idiotas que la rodeaban siempre la molestaban cuando la infravaloraban, así que, como solía hacer en tales ocasiones, Jocelyn respondió con la más espléndida de sus sonrisas, muy dispuesta a sacar a ese hombre de su error.

—No es que no haya pensado en la posibilidad de que usted y su familia pudieran dedicarse a agraviar mi nombre en cuanto vieran que salía indemne de sus descabellados planes, sino que, simplemente, dado que su padre y usted tratarían de manchar mi reputación con falsedades y mentiras, decidí adelantarme a ustedes con una escandalosa verdad —y dejando de susurrar sus respuestas a ese necio que la escuchaba, Jocelyn alzó su voz para que todos los asistentes prestaran máxima atención a su vergonzoso rechazo—: Lo siento, lord Fairchild, pero como ya le dije en más de una ocasión, no puedo comprometerme con usted por la sencilla razón de que ya estoy casada y la poligamia no entra en mis aficiones —anunció Jocelyn inocentemente ante todos, como si estuviera amonestando a un niño travieso, ridiculizándolo de forma pública.

—¡Eso es mentira! Si está casada, ¿se puede saber dónde está su marido? —exclamó lord Fairchild, sujetando violentamente la muñeca de Jocelyn al sentirse burlado por ella. Y antes de que el amable español con el que había estado conversando hacía unos minutos arrasara con ese tipo, otro aún más peligroso colocó una de sus fuertes manos sobre el hombro de lord Fairchild para, a continuación, comunicar ante todos los reunidos su reclamación con fuerte voz:

—¿Tiene usted algún problema con mi esposa? —intervino Clive, haciendo que el hombre que se volvía furioso hacia él para reprocharle su interrupción palidiera ante una sola de sus terribles miradas. Los cuchicheos que antes perseguían a Jocelyn subieron de intensidad ante tan escandalosa noticia.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —preguntó lord Fairchild, confuso al ver que los elaborados planes de su padre se deshacían por culpa de esa impetuosa mujer.

—¡Oh, querido lord Fairchild! ¿Es que acaso no lo recuerda? Si fue usted

quien nos presentó... —

anunció Jocelyn socarrona, luciendo una encantadora sonrisa mientras se deshacía convenientemente de su agarre para colocarse orgullosamente junto a su esposo.

—Pero si yo nunca...

—Sí los presentaste, ¿recuerdas? —intervino el conde de Pemberton dirigiéndose a su hijo para hacerlo callar antes de que desvelara lo que había hecho ante todos—. Creo que será mejor que desistas de molestar a esta *respetable* mujer casada, hijo mío —finalizó el conde, haciendo énfasis en la palabra «respetable», pretendiendo usarla como insulto, especialmente al tratarse de la esposa de semejante pecador.

—Sí, será lo mejor —convino Clive mientras le dirigía una amenazante mirada al hombre que había insultado a su esposa, para acabar realizando una advertencia—: Ya que los enemigos de mi esposa son también los míos, le advierto de que no tengo clemencia con ninguno de ellos.

Mientras Jocelyn era arrastrada por su esposo hacia la salida, ella no pudo evitar regodearse con una amplia sonrisa cuando escuchó al conde maldiciendo a su espalda.

—¡Por Dios, Ayrton, mira que eres idiota! Ojalá hubieras nacido con un tercio de la inteligencia de esa mujer.

—¡Pero papá! Las mujeres no son inteligentes, y...

—¡Tú tampoco! —zanjó el conde de Pemberton mientras arrastraba a su hijo hacia un rincón, seguramente para continuar maquinando alguno de sus malvados planes.

La sonrisa que Jocelyn lucía en su rostro ante su triunfo no tardó en borrarse cuando una profunda voz le susurró al oído:

—No es de sabios regodearse en las victorias ante el enemigo —dijo Clive mientras le mostraba una gran sonrisa a Jocelyn—. Y menos cuando uno de

ellos todavía se encuentra a tu lado —

concluyó, recordándole la posición que ostentaba junto a él ya que, por más que la hubiera ayudado, ella también seguía siendo la mujer que más lo había agraviado.

—Tal vez..., ¡pero sienta tan bien! —replicó Jocelyn sin ningún tipo de vergüenza mientras echaba presumidamente su melena a un lado, alardeando no tanto de su belleza como de su inteligencia.

Una audacia ante la que Clive contestó con una estruendosa carcajada al percatarse de que él no era el único engañado por esa mujer, ya que toda la estúpida sociedad que la rodeaba la creían inofensiva.

Cuando sus carcajadas cesaron y las miradas curiosas dejaron de perseguirlo, ya que nadie lo había visto nunca reír de esa manera, Clive no pudo evitar efectuar una última advertencia a su esposa antes de arrastrarla a su mundo.

—Te gusta demasiado jugar con la gente. Comprobemos cómo lo haces conmigo, esposa —

declaró Clive mientras la ayudaba a subir a su carruaje para luego, simplemente, tomar lugar frente a ella y comenzar a despojarla despacio de sus abalorios y joyas, entre las que escondería, con toda seguridad, alguna de sus malditas armas—. Pero en esta ocasión será bajo mis propias reglas. Y te aviso desde ya mismo que ninguna de ellas será honorable, hecho de lo que no podrás quejarte pues,

«para lo bueno y para lo malo», has sido tú la que me ha escogido —dijo Clive, recordándole con ironía alguna de las promesas que se habían hecho frente al cura, unas palabras que ella había decidido ignorar hasta ese momento.

* * *

Clive no sabía qué hacer con su esposa ahora que la había encontrado. La había estado buscando con desesperación durante varias semanas, decidido a averiguar por qué razón lo había elegido a él como marido, dispuesto a

averiguar cuál era el peligro que la perseguía para que terminase tomando la decisión de utilizarlo de esa manera y, sobre todo, para mostrarle que él era un hombre con el que nadie jugaba.

Después de encontrarla, Clive había esperado ver lágrimas en sus ojos o escuchar unas palabras

de perdón buscando su clemencia. Lo que jamás podía imaginar en ningún momento era que, tal y como ella le había asegurado cuando se casaron, Jocelyn se dedicara a alardear públicamente de su nuevo nombre ante todos, luciendo una amplia sonrisa llena de satisfacción, sin duda dirigida a sus enemigos.

—Sabes que al aceptar mi apellido sólo has conseguido manchar tu reputación, ¿verdad? —

preguntó Clive a la pequeña mujer que tenía sentada frente a él en el carruaje, una noble dama a la que nada parecía atemorizar.

—Decidí mancharla yo misma antes de que lo hicieran otros. Y ya que tenía que hacerlo, pensé en elegir al mejor candidato para ello.

Clive no pudo evitar soltar una cínica carcajada ante la confesión de Jocelyn.

—Querrás decir el peor.

—Eso dependerá de cómo me trates —respondió tranquilamente Jocelyn mientras hacía frente a los intimidantes ojos de su esposo.

—La advertencia que te hice cuando nos conocimos sigue en pie, Jocelyn. A partir de ahora vas a aprender por qué nadie juega conmigo.

—Yo no juego, Clive; sobrevivo —repuso Jocelyn después de un profundo suspiro, como si estuviera cansada de explicar su situación cuando en realidad no había revelado ninguno de los misterios que la rodeaban desde que la había conocido.

—¿Me explicarás en algún momento qué hacías metida en ese maldito saco cuando te conocí? Y

lo más importante: ¿quién te metió allí? —interrogó Clive, acercando su rostro al de su mujer mientras sus penetrantes ojos reclamaban una respuesta.

—Imaginé que sería el transporte más adecuado para llegar hasta ti cuando estaba en manos de mis enemigos. Yo sabía que cualquier cosa que dejaran abandonada en ese territorio neutral llamaría tu atención, y dado que la otra opción era darme un baño involuntario en el Támesis dentro de aquel saco, no me lo pensé demasiado a la hora de engañar a aquellos hombres para que hicieran las cosas como las planeé.

—¿Pero eras mínimamente consciente de cuántas cosas podían haberte salido mal?! —estalló Clive—. ¡Si mis hombres no se hubieran dejado llevar por la curiosidad ahora estarías en las manos del Serpiente! Y no creo que él hubiera sido clemente contigo... Aunque, ahora que lo pienso, supongo que cualquiera de los dos te hubiese valido para llevar a cabo tu descabellado plan de convertirte en una mujer casada —tras sus amargas palabras, Clive soltó despectivamente el rostro de su esposa para alejarse de su lado y de las sinceras respuestas que ella le daba.

—No, en absoluto. Sólo tú podías ser mi marido, Gris —contestó Jocelyn mientras sus delicadas manos buscaban el rostro de Clive para que no pudiera huir de la sinceridad de sus palabras.

—¿Por qué me llamas «Gris»? —preguntó Clive, confuso a causa de las palabras con las que se explicaba esa mujer.

—Porque tú y yo ya nos conocíamos, Clive. De hecho, fuiste tú quien me explicó hace años que,

en ocasiones, este mundo no es ni blanco, ni negro, sino simplemente gris.

—Si alguna vez dije esas palabras tuvo que ser hace mucho tiempo. Ahora mismo puedo asegurarte que estoy muy lejos de ser ese «Gris», como insistes en llamarme. Más bien soy el negro más oscuro que puedas llegar a imaginar, así que haznos un favor a los dos y no juegues más conmigo poniendo a prueba mi paciencia —declaró Clive, alejando su rostro de las dulces manos de esa mujer y esquivando los esperanzadores ojos que lo perseguían,

intentando hallar en él algo que nunca podría encontrar—. Supongo que alguno de los nobles petimetres que había en esa fiesta es el que te secuestró, ¿no? —murmuró Clive, cambiando de tema.

—Supones bien.

—Quiero sus nombres —exigió Clive mientras la despojaba de los anteojos, detrás de los que escondía unos sagaces ojos azules capaces de engañar a muchos, para guardarlas en el bolsillo de su chaqueta. Después de eso, no pudo evitar acercar su rostro al de ella hasta que sus labios estuvieron tentadoramente cerca.

—¿Por qué?

—Porque nadie toca lo que es mío y sale indemne de ello. Tú, desde ahora, eres mía... —anunció Clive. Y sin poder resistirse más a la tentación que suponía esa atrevida y engañosa mujer que a cada momento lo desafiaba, asaltó nuevamente esos dulces labios cuya ternura no había podido olvidar.

Clive devoró su boca mientras su lengua exigió con impaciencia que Jocelyn correspondiera a cada uno de sus implacables avances. Ella, titubeante, igualó su atrevimiento y pronto exigió más de esa pasión que sólo Clive podía mostrarle. Sin poder evitarlo, Clive la arrastró hacia su regazo, colocándola en una desvergonzada posición donde notara la evidencia de su deseo.

El trasero de Jocelyn rozaba su miembro incitantemente, mientras sus delicadas manos, que tal vez debería de haber mantenido a un lado como cualquier mujer pudorosa, se negaban a dejarlo marchar agarrando fuertemente sus cabellos y exigiendo más de ese beso que hacía arder su cuerpo.

Clive, sintiéndose hechizado por Jocelyn, hizo que su mano descendiera por el tentador cuerpo de su esposa, descubriendo una suavidad en sus caricias que nunca había mostrado con ninguna otra mujer. Sus bruscas manos bajaron con lentitud por el cuello de Jocelyn, sugiriendo apenas una leve caricia con la punta de sus dedos que la hicieron estremecer. Cuando llegaron a su escote, apenas rozó la piel de sus senos que quedaba expuesta antes de seguir acariciando sus suntuosas curvas por encima del vestido.

Las expertas caricias de Clive excitaron los turgentes senos de Jocelyn, haciendo que sus pezones se erizaran mostrando la evidente ausencia del molesto corsé que casi todas las mujeres utilizaban, haciendo imposible a Clive resistirse ante el tentador bocado que se exponía ante él.

Clive comenzó a deshacer con gran habilidad los lazos del vestido hasta lograr que esos exuberantes pechos quedaran libres ante él. Sus manos los acariciaron mientras sus impacientes dedos jugaban con los pezones, obteniendo pequeños gemidos de placer de la boca de Jocelyn.

Finalmente, decidido a probar una vez más las delicias de ese cuerpo, su boca abandonó la dulzura

de ese desenfrenado beso colocando a Jocelyn en una postura más conveniente para poder devorarla como él quería.

Cuando Clive hundió su cabeza entre sus senos, ella gimió extasiada por el placer que recibía de sus atenciones, mientras él, como el canalla que era, le impidió apartarse de sus caricias y mantuvo una de sus manos con firmeza en su espalda, acercándola más a la pasión de sus labios, de su lengua, de sus dientes... que jugaban con ella y con el placer que podían concederle.

Jocelyn, a horcajadas encima de Clive, no se quedaba atrás en demostrar su pasión, y mientras sus inquietas manos se agarraban fuertemente a los hombros de su esposo, sus caderas se movían rozándose con la erección que evidenciaba el deseo de Clive, pidiéndole más.

Perdido en la excitación del momento, Clive apenas se percató de que habían llegado a su destino hasta que la puerta del carromato se abrió súbitamente, interrumpiendo la vergonzosa situación en la que se hallaban y recordándole lo que había decidido hacer cuando la encontrase.

—Hermano, no creo que ésa sea la mejor forma de deshacer tu matrimonio —comentó Bennet irónicamente a su hermano, tras lo que recibió una fulminante mirada de éste mientras intentaba ocultar a sus ojos la desnudez de Jocelyn.

—¡Cierra la maldita puerta, Bennet! —ordenó Clive airadamente, siendo

obedecido al instante.

En cuanto Jocelyn y él volvieron a estar a solas, ella se apartó para recomponer sus ropas sin dejar de mostrarle alguna reprobadora mirada, sin duda a causa de su poco caballeroso comportamiento en el carruaje. O eso al menos era lo que él pensó hasta que oyó las palabras de esa exasperante mujer que se atrevía a jugar con él de nuevo.

—No tienes que molestarte en buscar una forma de deshacerte de mí, ya te dije que te concedería el divorcio más adelante.

—¿Y eso cuándo será? Porque creo recordar que no me escuchaste cuando te repetí una y otra vez que no quería convertirme en un hombre casado.

—Cuando todo el enredo que me rodea haya finalizado, por supuesto —respondió Jocelyn despreocupadamente.

—Dime el nombre de tus enemigos y acabaré con ellos por ti —propuso Clive mientras le ponía sus anteojos para que viera en su expresión cuan sinceras eran sus amenazantes palabras.

—No es conveniente que sepas eso por ahora.

—Cuanto más tiempo tardes en revelarme esos nombres, más me harás enfadar. Y recuerda que, por ahora, tú estás en mis manos —manifestó Clive mientras bajaba del carruaje hacia el indecente club en donde lo esperaba su hermano—. Veamos cómo te sienta conocer tu nuevo hogar, el lugar donde vas a vivir con tu esposo desde ahora —anunció a Jocelyn mientras se despedía de ella con una maliciosa sonrisa antes de dar un golpe a su carruaje y ordenarle a uno de sus hombres—: Lleva a mi esposa a La Guarida.

* * *

La Guarida era un viejo edificio localizado en un lugar nada respetable de Londres. La planta baja parecía servir de almacén para negocios no demasiado legales, como el contrabando de magníficos licores que, Jocelyn no albergaba dudas, debían enriquecer a Clive. La primera planta contaba con un despacho que, a pesar de encontrárselo cerrado, Jocelyn recordaba muy

bien. Además de éste, también había varias habitaciones donde hombres soñolientos entraban o salían poniendo fin a su turno, y al final del pasillo se apreciaba una estancia de grandes dimensiones destinada a zona de ocio en la que decenas de pillastres descansaban dedicándose al juego, la bebida y a otros placeres con mujeres que provenían de la segunda planta, algo que hizo a Jocelyn preocuparse, y más aún cuando comenzó a sospechar que en esa segunda planta era donde podría encontrar la habitación de su esposo.

Los peligrosos individuos que trabajaban para Clive parecían estar bastante organizados. No todos vagaban por ese escondrijo, sino que mientras unos descansaban en cuartos con camastros, otros se mantenían despejados para realizar su trabajo, fuera el que fuese.

Sin duda Clive la había mandado a ese lugar para que comenzara a temerlo. Qué pena para él que Jocelyn, a pesar de su delicada apariencia, conociera de primera mano ese tipo de cuestionables ambientes a los que en alguna que otra ocasión había tenido que acompañar a su padre para guardarle las espaldas.

Representando el papel de tímida y estúpida damita que todos le otorgaban en cuanto la veían, Jocelyn siguió obedientemente a los fieles guardianes que Clive le había designado antes de marcharse. Los dos hombres que la habían acompañado en su carruaje esa noche eran Don, un amable joven de rojos cabellos, y Bill, un hombre de apariencia brusca pero de ojos bondadosos.

Los rudos sujetos todavía la miraban confusos tras el anuncio que su jefe les había hecho, sin saber qué hacer o cómo tratarla a pesar del título de «esposa» que Clive le había concedido, porque, como todos pensaban, ése no era el lugar más adecuado para llevar a una esposa, y menos aún si uno quería conservarla. Razón por la cual, sin duda, Clive había decidido llevarla allí: para ahuyentarla.

—Esto... señorita... ¡uy, perdón! ¿Señora... Sin? —comenzó el joven pelirrojo, titubeando, sin saber cómo dirigirse a la mujer que los acompañaba.

—Con que me llaméis Jocelyn, bastará.

—No, no podemos. El jefe se enfadaría —contestó Bill en lugar de su joven

compañero.

—¿Podríamos llamarla señora Sin? —preguntó Don. Tras contemplar detenidamente su inocente apariencia, ambos llegaron a la conclusión de que ese nombre nunca iría con ella.

—¿Por qué no la llamamos jefa? —sugirió Bill, haciendo que Jocelyn sonriera ante un tratamiento que seguramente provocaría un rechinar de dientes en Clive, pero que a ella le hacía sonreír ya que, por una vez y aunque sólo fuera por error, la posicionaba al mismo nivel que un hombre.

—Sí, ¡me gusta! —anunció Jocelyn, ofreciéndoles una deslumbrante sonrisa que los conquistó, convirtiéndolos de inmediato en sus máximos defensores.

—Verá jefa, puede que esto esté un poco desordenado, pero ya se sabe: sólo somos hombres, y...

—comenzó Don a excusarse, pero se interrumpió en cuanto se escucharon las vivaces risas de varias mujeres—. Bueno, y también hay alguna que otra...

—¡Trabajadora! —se apresuró a añadir su compinche.

—¡Eso es! Trabajadoras a las que nosotros protegemos —concluyó Don, agradeciendo a Bill por su ayuda con un gesto de la cabeza y una sonrisa.

—¡Ah! ¿Y qué tipo de trabajos realizan esas mujeres? —interrogó inocentemente Jocelyn, representando su papel de mujer estúpida.

—Pues, verá... Ellas... —intentó explicar Bill.

—¡Limpieza! Limpian nuestras armas... —apuntó Don, contento por haber encontrado una buena excusa para encubrir el indecente comportamiento de los secuaces de Clive ante esa mujer. Algo que no duró casi nada pues, al abrir la puerta detrás de la que se hallaban los demás hombres, encontraron a algunas de esas afanosas mujeres «limpiando» las «armas» de sus compañeros con la boca.

—¡Ah! Ese tipo de *armas*... Entonces, señores, creo que mi marido es el que está mejor armado de todos —comentó Jocelyn sin inmutarse mientras se

colocaba sus anteojos en una posición más adecuada para contemplar mejor la inapropiada escena que se estaba llevando a cabo ante ella, una escena que sus guardianes trataron de ocultar apresuradamente con sus cuerpos mientras reprendían a todos por su escandalosa actuación.

Por lo que sus protectores le permitieron contemplar antes de ocultarla detrás de sus espaldas, Jocelyn pudo ver que la estancia de esparcimiento de esos truhanes era un espacioso lugar presidido por una gran mesa de juego, alrededor de la que todos los hombres se reunían de una u otra manera, ya fuera sentados en viejas sillas, de pie jugando, o participando en las bulliciosas apuestas.

Las mujeres los animaban, sirviéndoles copas o recompensándolos con sus servicios, según les sonriera la suerte y el dinero. Los tipos más ociosos se encontraban tumbados en grandes y cómodos sofás o en mullidos almohadones repartidos por el suelo donde disfrutaban por igual de la bebida y de las mujeres, unos momentos de lujuria que fueron interrumpidos por el sermón que Don comenzó a dirigirles y que cesó, más por la curiosidad de lo que Don y Bill traían consigo que por el simple hecho de arrepentirse de alguna de sus indecentes acciones.

—¡Eh, Don! ¿Quién es esa inocentona que ocultas ahí? ¿Acaso ha venido a jugar? —se burló uno de los desocupados hombres, acompañado por la risa de otros compañeros antes de ser amonestado.

—Pero ¿qué dices, insensato? ¡Nunca pondría un dedo sobre esta mujer, y si tú sabes lo que te conviene, tampoco lo harás! —respondió Don.

—¡Vaya! ¿Se puede saber qué es lo que tiene esta mujer de especial para que no pueda tocarla?

—preguntó el aludido mientras se acercaba bravuconamente a Don. Y antes de que se desatara algún tipo de absurda pelea entre esos sujetos por ver quién era el más macho del lugar, Jocelyn puso fin a todo cuando introdujo su mano entre los cuerpos de sus dos guardianes y mostró en su mano el anillo que Clive Sin le había dado, anunciando ante todos.

—Que me he casado con vuestro jefe.

En ese momento se produjeron varias respuestas por parte de los presentes en esa habitación: los más lejanos, que no vieron ni reconocieron el anillo de Clive, se rieron ante la idea de que su jefe pudiera caer en la trampa del matrimonio; algo impensable, pero los más cercanos se quedaron mudos al pensar en lo que su jefe podía hacerles si se enteraba de que habían insultado a su mujer.

Por su parte, las mujeres corrieron incrédulas hacia donde se encontraba Jocelyn, decididas a desmentir cada una de sus palabras. Para su desgracia, eso era lo que Jocelyn necesitaba para ser aceptada por cada uno de esos hombres como la esposa de Clive Sin.

—¡Una mujer como tú nunca podría ser la pareja de Clive! ¡Eres una mentirosa! —exclamó una de las chicas más hermosas, creyéndose más importante que las demás, por lo que Jocelyn comenzó a pensar que probablemente habría compartido la cama con su esposo en algún que otro momento.

El insulto de esa mujer, que venía seguida de cerca por todas las demás, hizo que sus guardianes se acercaran un poco más a ella, para protegerla entre sus cuerpos, pero Jocelyn, exhibiendo la más espléndida de sus sonrisas, los apartó y comenzó a desarmar cada una de las protestas de esas mujeres.

—Estoy algo confusa... —comenzó Jocelyn con ironía—. ¿Acaso mi esposo es un hombre que reparte con facilidad sus pertenencias con cualquiera? Si eso es así, entonces a ti, sin duda, también te habrá regalado uno de éstos, ¿verdad?

Tras sus palabras, Jocelyn mostró el pecaminoso sello de Clive que portaba en su mano, algo que provocó que los hombres, que conocían a su jefe y lo poco desprendido que era, comenzaran a creerla.

—¡Seguro que lo has robado! —acusó la muchacha.

—¡Ah, claro! Y por eso, dos de los mejores hombres de mi marido me escoltan y me protegen en todo momento en vez de castigarme, ¿no? —

replicó Jocelyn con una sonrisa, haciendo que los rumores comenzaran a crecer y que todos los presentes creyeran cada vez más en ella.

—¿Por qué iba Clive Sin, el mayor pecador de todo Londres, a fijarse en una mujer como tú? Y

más aún, ¿por qué la convertiría en su esposa...? —preguntó la descarada chica, despreciándola con la mirada.

—Tal vez porque estaba aburrido de que todas las mujeres que pasaban por su cama fuesen iguales: los mismos ojos avariciosos, la misma ansia de poder y ningún afecto hacia el hombre que se esconde detrás de un nombre que atemoriza a todos.

—¿Es que acaso tú no lo temes?

—No —contestó Jocelyn con firmeza, haciendo que todos admiraran su valor.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque sé que los pecados de Clive siempre tendrán un motivo —anunció ante todos, confirmando que ella era la persona que más conocía a su jefe y logrando con sus palabras que los

hombres la aceptaran y felicitaran.

Pero la molesta mujer no quería rendirse, y mientras pasaba por su lado y golpeaba uno de los hombros de Jocelyn con uno de los suyos, le preguntó burlonamente:

—Entonces, si Clive peca de lujuria con alguna otra mujer tú lo perdonarás como si nada, ya que él tiene una razón para pecar, ¿no es así?

—No, en ese caso tendré que acompañarlo en sus pecados: él cometería infidelidad al caer en la lujuria mientras que yo cometería un doble asesinato —respondió Jocelyn mientras fijaba sus fríos ojos sobre esa chica, que no dudó en evitar su sanguinaria mirada huyendo hacia la salida.

—¡Muy bien hecho, jefa! —la alabó efusivamente Don, intentando darle unos ánimos que no necesitaba.

—¡Ése sí que ha sido un buen farol, señora! —añadió Bill mientras la acompañaba al centro de la habitación.

—¿Y qué te hace pensar que era un farol, Bill? —inquirió Jocelyn, dejando entrever a esos dos hombres la sagaz inteligencia que sus ojos solían ocultar ante todos. A continuación, zafándose hábilmente de sus dos protectores, cogió del brazo con amabilidad a uno de los secuaces de Clive y comenzó a conversar con él.

—Será mejor que me presentéis a todos los chicos; después de todo, debo aprenderme sus nombres. ¿Y por qué no me entretenéis con algún juego, tal vez de cartas o unos dados? Siempre he querido saber cómo se usan esas cosas, aunque, para mi desgracia, Clive ha entregado todas mis pertenencias a Bill para que las guardara, por lo que no tengo nada con lo que apostar. Tal vez, si lo convencéis, me podría devolver alguna de mis cosas y podría apostar con ellas... —dijo Jocelyn en voz alta.

Los hombres, ante la posibilidad de recuperar algo de su diversión interrumpida, no dudaron en ofrecerse a enseñarle sus sucios juegos mientras acribillaban a los dos desaprensivos que intentaban alejar a esa inocente incauta de la mesa de apuestas. Unas miradas fulminantes que se intensificaron cuando escucharon en qué consistían esas pertenencias que, según esa mujer, sólo eran «meras bagatelas»:

—Se trata de baratijas antiguas que tal vez no tengan ningún valor más que el sentimental: una pulsera de esmeraldas, unos pendientes a juego, unos anillos de zafiros, unas horquillas con incrustaciones de diamantes... Nada de lo que no pueda prescindir de buena gana si pierdo. ¡Pero bueno! No puedo desobedecer las reglas de mi esposo, ¿verdad? —terminó Jocelyn, haciéndose la inocente hasta que su pequeña pausa terminó y añadió, con una mirada igual de decidida que la del resto de los presentes, dirigida hacia los guardianes de sus objetos—: A menos que... no se entere, claro está.

Sólo cuando los hombres se rebelaron ante el mandato de su jefe para apoyar a su esposa se percataron Don y Bill de la razón por la que esa mujer se había

convertido en la compañera de Clive Sin.

—O es una mujer muy tonta... —comenzó a murmurar Don mientras se alejaba de la decidida muchedumbre que los acorralaba.

—O demasiado lista para su bien —terminó Bill por su compañero, cediendo finalmente ante la presión de los demás, que le exigían que le entregase a Jocelyn sus joyas, con las que podría participar en las apuestas.

Al final de la noche no quedó duda alguna por parte de los demás hombres del motivo por el que Clive Sin se había casado con esa mujer, aunque sí del porqué se la había ocultado a todos hasta entonces.

—Sin duda Clive quería sorprenderos... —anunció Jocelyn felizmente, respondiendo a la silenciosa pregunta de los tipos que la rodeaban, boquiabiertos y confundidos, mientras ella contaba las numerosas ganancias que había conseguido desplumando a los incautos que trabajaban para su marido.

Capítulo 7

Desarmada, sin dinero, sin un aliado. Sola, en un entorno desconocido y aterrador, donde las burlas y la desconfianza hacia su posición la harían temer por su vida... Jocelyn debía estar temblando de miedo en esos momentos y rogando para que él regresara pronto junto a ella para llevarla de vuelta a su hogar. Después de pasar por eso sin duda habría aprendido la lección y dejaría de gritar a los cuatro vientos que él era su marido.

Cuando volvieran a encontrarse, ella dejaría de buscar excusas a su comportamiento haciéndolo parecer más noble de lo que era y él podría volver a ser un granuja para todos, sin ninguna excepción. Inexplicablemente, eso lo desanimó un poco, por lo que dio un nuevo sorbo a la exquisita bebida que estaba compartiendo con su hermano, aunque esta vez apenas la degustó antes de que bajara por su gaznate.

—¿Estás seguro de que quieres deshacerte de tu esposa? —preguntó Bennet mientras observaba detenidamente la expresión perdida de su hermano mientras miraba su reloj.

—¿Acaso no has escuchado cómo me obligó a casarme con ella? —preguntó, cerrando bruscamente la tapa de su reloj de bolsillo para volver a guardarlo en su chaqueta.

—No has contestado a mi pregunta, Clive. Y te recuerdo que tu esposa no te obligó a volver a por ella; podrías haberla dejado estar, haber acallado los rumores que surgieran con tus propias palabras o haberla dejando en ridículo simplemente diciendo que era mentira.

—Tenía que saber por qué razón me necesitaba.

—O tal vez eras tú el que necesitaba que alguien te eligiera.

—¡Sandeces! ¡Ella sólo me quiere porque está en peligro y usa mi nombre para protegerse! Y tal vez también porque está medio loca, ya que tiene la absurda idea de que hay algo bueno en mí.

—Y lo hay, hermano, aunque en ocasiones hasta a mí me cueste verlo entre tus turbios negocios.

Pero la duda que me surge es: ¿cómo ha podido verlo esa mujer?

—Ella mantiene que nos conocimos en una ocasión y que yo le hice ver los distintos matices de este mundo... Pienso que es algo demasiado trascendental como para que se tratara de mí —comentó Clive mientras jugaba nuevamente con su bebida, sin disfrutar de ella.

—Y dime, querido hermano, ¿qué piensas hacer ahora con tu esposa? —interrogó Bennet, confuso, sin poder creerse que la apocada mujer que había visto por unos instantes en ese carruaje fuera la despiadada arpía que su hermano describía como su esposa.

— La verdad es que... no lo sé —respondió Clive, frustrado, mientras mesaba sus cabellos, para luego añadir con una maliciosa sonrisa—: Lo único que tengo claro es que pienso darle una lección.

Y jugar con Jocelyn tan despiadadamente como ella ha hecho conmigo —concluyó Clive, demostrando lo complacido que estaba ante el hecho de

tenerla finalmente entre sus manos.

—Entonces, ¿tú también la drogarás con una sustancia paralizante para obligarla a casarse

contigo? —se burló Bennet, recordándole lo que le había hecho esa mujer.

—No —negó tajantemente Clive, dirigiéndole una mirada amenazante a su hermano—. Tan sólo la asustaré un poco dándole lo que ella quería, mostrándole el tipo de vida que tendría si fuera de verdad mi esposa. La introduciré en mi ambiente y, cuando esté bastante atemorizada, la dejaré correr de nuevo hacia los brazos de su noble y protectora familia. Por supuesto, no la tocaré mientras esté a mi lado. Aunque hayamos tenido un desliz, no veo por qué no podría rehacer su vida cuando se decida a abandonarme.

—¿Por qué crees que te abandonará?

—Porque ya lo hizo en una ocasión. Al fin y al cabo, como todas las mujeres, sólo pretende utilizarme.

—Normalmente no dejas que las mujeres te utilicen tan descaradamente, y a ésta incluso le has permitido lucir tu nombre. ¡Ay, hermano, veo muchos fallos en tu plan de venganza! Entre ellos, tu intención de mantener tus manos lejos de Jocelyn, ya que, por lo poco que he visto, hay algo en ella que te atrae irremediabilmente.

—¡Tonterías! Si así fuera, ¿por qué estaría aquí perdiendo el tiempo contigo en vez de estar con ella? —replicó Clive, mirando nuevamente su reloj.

—Eso mismo me pregunto yo: ¿por qué dos honorables hombres casados como nosotros estamos perdiendo el tiempo en mi estudio conversando despreocupadamente, cuando podríamos estar en nuestros respectivos lechos pervirtiendo a nuestras mujeres?

—¡Bah! No sé para qué me molesto en hablar contigo... Después de todo, eres un hombre locamente enamorado y no creo que ninguno de tus consejos me pueda servir para esta situación —

dijo Clive. Y permitiéndose hacer lo que deseaba desde el comienzo de esa reunión, se dirigió hacia la salida para reunirse con Jocelyn.

—Tal vez no pueda darte consejos sobre esos negocios sucios y trapicheos que tú conoces tan bien, hermano, pero sí puedo ofrecértelos sobre el matrimonio y sobre cómo tratar a tu mujer. Por ejemplo: si cumples de manera satisfactoria alguno de sus deseos, serás recibido agradablemente cuando regreses a casa y gratificado con múltiples recompensas, tanto fuera como dentro del lecho

—manifestó Bennet, alzando victorioso su copa antes de disfrutar de nuevo de su licor.

—Un consejo excelente, en el supuesto de que quisiera conservar a mi esposa... —contestó Clive despreocupado mientras se alejaba de su hermano, cerrando la puerta tras de sí con un sonoro portazo que mostraba su descontento.

—Y, aun así, todavía no te he oído decir que no deseas que esté a tu lado. ¡Oh, hermano! Al fin has caído por una mujer, tan profundamente que aún no te has percatado de ello... —murmuró Bennet con una sonrisita en sus labios —. Ahora sólo espero que no la espantes antes de que te des cuenta de que te has enamorado —finalizó Bennet en la solitaria habitación que guardaría ese secreto, alegrándose de que su hermano, que tanto atemorizaba a todos, hubiera encontrado a una mujer que le hiciera frente, algo que Clive necesitaba desde hacía algún tiempo.

* * *

—¡Sola, aterrada y sin un aliado, mis narices! —gruñó Clive entre dientes mientras miraba cómo Jocelyn permanecía dormida sobre la mesa de juegos junto a la mitad de sus hombres, que la protegían—. Sin dinero y desarmada... —añadió irónicamente cuando la vio luciendo de nuevo todas y cada una de sus joyas, así como las cuantiosas ganancias que había a su lado.

Clive cogió en brazos a Jocelyn con una delicadeza de la que nunca se había creído capaz, y en ese momento ella respondió rápida y violentamente al sentir cómo alguien la cargaba: medio dormida, Jocelyn se puso rígida entre

sus brazos y apuntó su peligrosa pulsera hacia la garganta de Clive.

—Tranquila, Jocelyn, soy yo.

—¿Gris? —preguntó Jocelyn, todavía aturdida por el sueño.

—Sí —confirmó Clive, permitiéndose por una vez adoptar ese estúpido apodo con el que ella lo trataba—. ¿Cuántos enemigos tienes, pequeña mía, para que ni en sueños te dejen descansar? —

preguntó Clive, confuso, mientras besaba con cariño la cabeza de esa mujer cuando finalmente bajó el arma con el que lo apuntaba.

—Demasiados. Siempre son demasiados —susurró Jocelyn. Y tras esta afirmación, la pequeña mujer que llevaba entre sus brazos buscó el cobijo de su cuerpo, y acurrucándose junto a él, volvió a quedarse plácidamente dormida.

—¿Por qué confías tanto en un hombre tan poco adecuado como soy yo?

—Mi Gris —dijo Jocelyn entre suspiros, acercándose más a la protección que únicamente él podía darle.

—Sí, sólo por hoy seré tu Gris —declaró Clive a los oídos de esa exasperante mujer que confiaba en él más de lo que él mismo podía hacer.

Mientras la pareja salía de la estancia, los adormilados hombres de Clive Sin se iban despertando. Ellos no tuvieron ninguna duda de que la noble damita que su jefe cargaba era su esposa, ya que los brazos que la rodeaban protectoramente y la airada mirada que sus ojos mostraban, dejaba bien claro a todos lo peligroso que podía ser si alguien intentaba arrebatársela.

* * *

Isaac se paseaba entre las mohosas paredes de la celda de una antigua fortaleza, «¿O tal vez de un aislado castillo?», se preguntó una vez más el sagaz inventor, intentando averiguar su paradero.

Dado que no oía el ensordecedor ruido de Londres, dedujo que estaba muy

apartado de la bulliciosa ciudad, y la pequeña rendija en esos muros que dejaba pasar a duras penas un tenue rayo de sol a su celda le mostraba que la libertad para él se hallaba muy lejana.

Para matar el aburrimiento, Isaac había contado uno a uno los ladrillos de su prisión, les había puesto nombre e incluso había llegado a ser capaz de diferenciar a la perfección cada uno de ellos.

Buscando la liberación, había ideado mil y una formas de salir de ese lugar, pero los fuertes barrotes de acero, y su curiosidad por saber qué buscaba su captor, lo retenían allí.

Su secuestrador había provisto a esa lúgubre habitación de todas las comodidades posibles para un invitado forzado: un viejo camastro con gruesas mantas y mullidos almohadones que hacían su estancia algo más cómoda; un bacín para sus necesidades; una silla y una mesa de robusta madera que nunca carecía de papel y pluma y, cómo no, una vela que reponían una y otra vez, tal vez con la esperanza de que el aburrimiento lo llevara a crear algo que les sirviera.

Y mientras Isaac se decidía a hacer algo que no fuera contar las motitas de polvo del suelo, su anfitrión lo distraía con libros que ponía a su alcance y con inusuales historias y habladurías de la sociedad con las que intentaba entretenerlo.

—Creo que debería darte la enhorabuena, Isaac, pues tu hija Jocelyn nos ha sorprendido enormemente a todos anunciando su boda —informó el conde de Pemberton a Isaac con gran regocijo.

—Con Jocelyn nunca se sabe lo que puede pasar, mi niña es muy impredecible —declaró despreocupado Isaac, luciendo una satisfecha sonrisa que borró la de su interlocutor, exponiendo lo satisfecho que se sentía ante la grata noticia con la que su hija, una vez más, le demostraba que nadie podía manejarla a su antojo. «Aunque quizá ella sí pueda llegar a manejar a los demás», pensó el inventor mientras observaba los inquietos andares de su guardián.

—Tal vez dejes de sonreír cuando te comunique quién es el hombre que ha

elegido como esposo...

—murmuró el conde de Pemberton, dejando entrever una perversa sonrisa a su rostro.

—Cualquier hombre que haya escogido Jocelyn sin duda será adecuado —contestó imperturbable Isaac, sin dejar que su enemigo detectase la preocupación que había comenzado a sentir a causa de sus palabras.

—Ah, ¿sí? ¿Incluso el perverso Clive Sin? —inquirió el conde, riéndose de su preso y de las inquietudes que acarreaba este nombre para cualquier padre cuya hija estuviera relacionada con tal pecador.

—¿Clive Sin? ¿En serio? —repuso Isaac, pensativo. Y sin dejar de obsequiar a ese pérfido noble con una burlona sonrisa mientras recordaba los descabellados planes que el conde le había contado que tenía para Jocelyn, que ella había desbaratado con el simple anuncio de su boda, añadió irónicamente —: Me pregunto por qué lo habrá hecho...

—¡Lo ha hecho para fastidiarme! Isaac, tienes una hija demasiado lista para su bien...

—Gracias —contestó orgulloso Isaac al ver cómo Jocelyn era capaz de jugar con todos a su antojo, incluso con los más peligrosos.

—Todo sería mucho más fácil si dejaras de negarte a fabricar esas armas para mí.

—Ya te he dicho mil veces, conde, que yo no soy Joe Hell.

—Puede que me estés diciendo la verdad, Isaac, en ese caso... ¿Quién es ese Joe Hell? ¿Quién es ese prodigioso inventor? Si insistes en afirmar que tú no eres ese individuo, eso me lleva a pensar que la otra opción que queda es... tu inteligente e ingeniosa hija —manifestó el conde, mostrando a Isaac que el secreto que con tanto celo había guardado al final había sido desvelado.

—¡No digas tonterías, conde! Mi hija sólo es una mujer y nunca podría crear algo tan complicado o peligroso como las armas que me reclamas —dijo

Isaac, tratando de desviar la atención del conde de Pemberton respecto de Jocelyn.

—Sí, ésa sería una excusa bastante razonable si no hubiera sido yo mismo testigo en persona de cada una de sus artimañas. Sólo una mente tan prodigiosa como la suya puede llegar a crear algo tan complicado y sutil como esas inusuales armas con las que la Corona ha provisto a nuestros espías durante años.

—¡Fui yo quien proveyó a la Corona de esas armas!

—Sí, amigo mío, pero no fuiste tú quien las creó, ¿verdad? Tal vez te hubiera creído antes, pero ahora que conozco a tu hija no tengo ninguna duda de que lo que afirmo es cierto. Y ahora mi pregunta es: ¿estás dispuesto a arriesgarte a que la identidad de tu hija sea desvelada, o prefieres ceder a mis deseos y desarrollar esas armas que te pido? Porque, aunque la mayoría de la gente dude de ese rumor, basta con que unos pocos deseen confirmar si Jocelyn Hellmon es Joe Hell para ponerla en peligro.

—¡Está bien, deja a mi hija en paz! Fabricaré esas malditas armas... — exclamó Isaac, furioso, mientras apretaba sus puños, lleno de ira, sabiendo que no tenía otra opción más que dejarse manipular por su enemigo para proteger a su hija.

—¡Papá, ya he solucionado todos nuestros problemas! He dejado caer sobre todo Londres el rumor de que Clive Sin tiene entre sus manos a Joe Hell. Estoy seguro de que ese hombre muy pronto se deshará de su esposa, ya que no querrá meterse en problemas —anunció despreocupadamente Ayrton en ese momento mientras iba al encuentro de su padre en aquella desolada mazmorra.

—Humm... En ese caso creo que mejor me esperaré un poco antes de comenzar a trabajar —

anunció Isaac, luciendo una divertida sonrisa ante semejante novedad que cambiaba por completo la situación.

—¡Pero tú eres idiota! —gritó con furia el conde de Pemberton hacia su

vástago—. ¿Quién demonios te ha pedido que intervengas, y menos aún de esa manera? ¿Acaso te paras a pensar alguna vez antes de hacer algo? ¡Con tus acciones sólo has conseguido que ese despiadado de Clive Sin sea aún más peligroso! ¿Qué te hace pensar que querrá deshacerse de su mujer después de averiguar todo lo que podría ganar quedándose con ella? ¡Con esta estúpida acción tuya, cuando sepa su identidad, la protegerá con mayor celo aún que antes, idiota!

—Pero papá, yo sólo quería ayudar...

—¡Será mejor que te apartes ahora mismo de mi vista! No estoy de humor para tratar con tus sandeces, especialmente cuando he perdido todo lo que había conseguido hoy por tu culpa —

manifestó el conde de Pemberton, señalándole a su hijo la salida. Cuando Ayrton se hubo marchado, el conde volvió a hostigar a su preso con sus amenazas—. Más tarde o más temprano conseguiré tenerte entre mis manos, Isaac. Encontraré algo verdaderamente importante para ti, y cuando eso ocurra, no podrás negarte a fabricarme esas armas.

—Jocelyn nunca ha sido una niña fácil de atrapar. Y ahora, menos aún — replicó Isaac a su enemigo, recordándole que, gracias a su hijo, Jocelyn recibiría un poco de protección extra por parte de su marido. La respuesta del noble fue un simple gruñido de disgusto antes de alejarse de la celda donde permanecía recluso Isaac.

—Conde... —lo llamó Isaac antes de que su enemigo se alejara de él sumiéndolo en un profundo sentimiento de aburrimiento y soledad, para dirigirle unas provocativas palabras—: A ti no puedo felicitarte por la inteligencia de tu vástago...

El conde respondió a Isaac con una mirada de odio y un nuevo gruñido de disgusto mientras se daba la vuelta para alejarse airadamente de su preso, acompañado por sus carcajadas. Cuando el conde desapareció, Isaac volvió a destapar la roca bautizada como Liberty, que se localizaba debajo del viejo camastro, y sacando de su bolsillo una cuchara, siguió con la ardua tarea de abrirse una estrecha vía de escape hacia la libertad.

—Mantente a salvo, Jocelyn, mantente a salvo sólo un poco más... —recitó Isaac para darse ánimos y huir de la desesperación que embargaba su mente al pensar que su hija se encontraba en manos del más peligroso canalla de Londres, tan sólo para librarse de todos los demás.

* * *

Tras despertar abrazado a su esposa y ver como ésta, en sueños, no dejaba de buscar la protección de su cuerpo, Clive se apartó de ella. Abandonando su lecho decidió alejar a Jocelyn de él y mostrarle el granuja que realmente era y que ella se negaba a reconocer. Tal vez si asustaba a esa damita lo suficiente con su inadecuado comportamiento, ella acabaría por revelar el nombre de sus enemigos con tal de alejarse de él, mientras que Clive, por su parte, podría dejarla marchar con la seguridad de que, tras destruir a esos hombres, nada malo volvería a pasarle a esa alocada mujer que le hacía sentir demasiado.

Mientras paseaba inquieto por una indecente habitación en la que la inocencia de su esposa no encajaba en absoluto, Clive se fijó en cada una de sus perturbadoras posesiones que deberían escandalizar a una dama como ella: en primer lugar, la enorme cama que presidía la estancia. Había sido creada para satisfacer más de una bulliciosa orgía y exhibía unos grabados en su cabecera y en sus patas representando el pecado más placentero de todos: la lujuria. En esos intrincados diseños, mujeres desnudas se retorcían en busca del placer en brazos de un hombre o dos.

Junto a la cama, unas caras alfombras que cubrían el suelo representaban el pecado de la pereza con la imagen de algunos ociosos individuos holgazaneando en diversas posiciones. Además, una

pequeña y elegante mesa, que se encontraba apartada a un lado de la estancia complementada por dos refinadas sillas, pasaba desapercibida hasta que alguien se sentaba junto a ella y podía observar unas tallas en la madera en forma de varios amantes entrelazados en una complicada postura, abandonados al placer. Ni siquiera los cuadros que colgaban de las paredes se libraban de su indecencia, pues en siete lienzos distintos se mostraban los siete pecados capitales, recordándoles a todos cuál era su apellido.

Tras adentrarse en su vestidor, Clive cubrió su desnudez con una llamativa bata de seda de un color rojo tan intenso como el infierno que él mismo gobernaba, y sin poder evitarlo, se acercó a Jocelyn para sentarse junto a ella en la enorme cama y admirar la belleza que ocultaba detrás de su anodino aspecto que conseguía engañar a todos, incluso a los más falsos de la alta sociedad que la infravaloraban.

—Cuan peligrosa puedes llegar a ser, Jocelyn... —murmuró Clive a la vez que una de sus manos atrapaba uno de los rebeldes mechones del cabello de esa mujer para besarlos con suavidad antes de dejarlos escapar entre sus dedos.

Los rizos castaños de Jocelyn se desbordaban por su cama tentándolo a hundir sus dedos entre ellos para acercarla nuevamente a él, a pesar de que era Clive quien deseaba poner distancia entre los dos. Su boca de jugosos labios lo llamaba y le recordaba la pasión que se desataba entre los dos cada vez que se tocaban. Y esa liviana camisola que dejaba entrever unas tentadoras curvas lo hacía arder cada vez que recordaba la noche de pasión que había disfrutado con Jocelyn, algo que parecía ser insuficiente para calmar su deseo.

Aunque Clive quería ser de nuevo el independiente soltero que no se preocupaba por nadie, no podía dejar de inquietarse por esa mujer que lo había buscado, retado y enfrentado sin que le intimidara lo más mínimo su temible reputación y que, finalmente, le había entregado el regalo de su inocencia sin importarle lo inadecuado que él pudiera ser.

Era la primera vez que Clive deseaba con desesperación a una mujer que ya había tenido, la primera ocasión en la que no se sentía aburrido ante la idea de pasar un día más junto a ella o que esperaba con impaciencia las respuestas que Jocelyn le daría ante una de sus jugarretas, tan sólo porque ella era impredecible.

Por desgracia, sentir eso por ella era demasiado peligroso para ambos. Jocelyn, a pesar de sus taimados engaños, era una mujer demasiado inocente para permanecer a su lado. Esos ojos que se llenaban de esperanza cada vez que lo miraban así se lo confirmaban, mientras que él era un hombre que hacía mucho tiempo que había dejado atrás esa ingenuidad que no quería corromper en Jocelyn, algo que, sin duda, ocurriría cada día que ella

permaneciera a su lado.

Él no era bueno para nadie. Había aprendido desde pequeño que, para subsistir, había que dejar la piedad a un lado, por lo que había guardado el tierno corazón que tuvo una vez en su infancia en un lugar en donde no le molestara para llevar a cabo lo que tenía que hacer.

Para cumplir el sueño de su hermano y evitar que Bennet se convirtiera en un hombre tan oscuro

como él, Clive había hecho cosas de las que se arrepentiría siempre. Un niño de las calles no se convertía en el hombre más temido de los suburbios porque sí; había robado, golpeado a gente hasta casi la muerte, unos pobres diablos cuyo único pecado era deberle dinero a la persona inadecuada, y por supuesto, había matado, manchando sus manos con la sangre de más de un individuo.

Aunque ante el resto del mundo tuviera que aparentar que nada le importaba, su conciencia le pesaba por las noches. Tal vez por eso siempre buscaba acallarla con alguna cara botella de licor antes de caer en la inconsciencia. Unas manos como la suyas no se merecían tocar a una persona como Jocelyn. Sin embargo, cada vez que ésta se hallaba cerca, sus pecadoras manos no podían evitar desear acariciar a la única mujer que lo había reclamado sin importarle ninguno de los pecados que hubiera cometido hasta entonces.

Cuando Clive acercó casi involuntariamente una de sus manos hacia Jocelyn para acariciar su angelical rostro, se dijo que ésa sería la última vez antes de espantarla de su lado. Pero en ese instante, su mujer abrió los ojos y él trató de disimular intentando mostrarle lo peligroso que podía ser, alzando la barbilla de Jocelyn para enfrentarla a sus fríos ojos castaños y reprocharle que hubiera jugado con él y con sus hombres, haciéndolos parecer inofensivos.

—Creo recordar que te despojé de tus armas antes de dejarte con mis hombres. ¿Me puedes explicar cómo han llegado de nuevo a tus manos?

—Yo nunca me separo de mis armas, Clive. Si querías que permaneciera desarmada, deberías haberte quedado a mi lado —respondió Jocelyn, afrontando impasiblemente esa mirada de la que muchos hombres poderosos

habían huido.

—¿Por qué debería creer que junto a mí permanecerías desarmada? — preguntó Clive, fijándose en que las armas de las que la había desprendido la noche anterior permanecían muy cerca de Jocelyn, en una pequeña mesita junto a la cama.

—Porque tú me protegerías —respondió, sin dudar ni un segundo de su afirmación, algo que hizo que Clive la deseara un poco más.

—Confías demasiado en mí... —repuso Clive, acercando su rostro al de Jocelyn para luego susurrarle al oído—: O tal vez piensas que yo soy un arma más efectiva que las que tienes, pero te olvidas de una cosa, Jocelyn: yo no soy tan fácil de manejar como ellas.

—Podría decirte que siento mucho haberte utilizado de la manera en la que lo he hecho para escapar de mis enemigos, pero sería una mentira descarada que tú no creerías, así que prefiero decirte la verdad —dijo Jocelyn. Y acortando la distancia que los separaba, se acercó a su esposo y lo sorprendió colocándose a su altura para, a continuación, cogerlo de las solapas de la bata y arrastrarlo hacia ella hasta que sus labios se encontraron peligrosamente cerca para susurrarle una verdad que, como siempre, lo desarmaba.

»No me arrepiento de nada.

Para acallar las palabras que salían de esos labios y que tanto lo alteraban, o tal vez porque no podía resistirse más al atrevimiento que exhibía esa apasionada mujer, Clive silenció su boca con un

apasionado beso con el que mostró el deseo que lo abrumaba.

Ella no lo apartó de su lado como habría hecho cualquier mujer racional ante el peligro, sino que sus manos lo abrazaron con un cariño que Clive nunca había recibido por parte de nadie. Sin poder resistirse más a tomar esa dulzura que era nueva para él, Clive acercó el cuerpo de su esposa al suyo mientras profundizaba ese beso, intentando ser tan delicado en su pasión como ella merecía, algo en lo que falló por completo, ya que la suavidad de Jocelyn era adictiva para su ávido apetito.

Los delicados besos que sólo rozaban su boca exigieron más de ella y de esa pasión que podía darle. Clive mordisqueó sutilmente su labio inferior, haciéndola gemir. Y, mientras su lengua se adentraba en la boca de Jocelyn, reclamando una respuesta que lo igualara, sus bruscas manos alzaron las piernas de Jocelyn hasta enredarlas en torno a su cintura.

Tras acercarla más a él, Clive le mostró a Jocelyn la evidencia de su deseo y rozó su erguido miembro a través de la ropa contra la zona más sensible de ella, haciéndola gemir una vez más entre sus brazos. Jocelyn no lo decepcionó y, ante sus avances, respondió atrevidamente moviendo de forma insinuante su cuerpo sobre el de Clive, buscando más de ese placer que la avasallaba.

En el momento en que tuvo a su mujer entre sus brazos exigiéndole más, poco le importó a Clive que Jocelyn hubiera jugado con él. Desaparecieron de su mente los motivos para alejarse de ella o cualquier idea de venganza por haberlo obligado a casarse. Sólo quedó en Clive el deseo de adentrarse en ese cálido cuerpo que lo recibiría dándole algo que nunca le habían concedido ninguna de sus amantes: un cariño que hasta entonces había sido desconocido para él y que únicamente Jocelyn se había atrevido a mostrarle.

Sin poder resistirse más a lo que Jocelyn le ofrecía, Clive la sujetó fuertemente mientras se introducía en su lecho. Y dejándola en medio de la cama, besó sus labios una vez más antes de separarse de ella para devorar esas curvas que no podía olvidar. Sus impacientes manos no fueron delicadas cuando quiso deshacerse de la liviana camisola que ocultaba las exquisiteces de ese cuerpo: simplemente la desgarró.

Sin darle tiempo a Jocelyn a ponerle pega alguna a la brusquedad de sus acciones, Clive acogió entre sus manos los turgentes senos para jugar a placer con las delicadas cumbres y sus erguidos pezones. Pasando su lengua con delicadeza por uno de ellos, la hizo removerse inquieta debajo de él, más aún cuando sus labios soplaron sobre uno de sus erizados pezones mostrando una pérfida sonrisa que la advertía de lo que le esperaba. La boca de Clive se deleitó con el jugoso fruto que sus manos sujetaban, y sus dedos no perdieron la oportunidad de avivar su deseo acariciando los pechos tentadoramente.

Los movimientos de Jocelyn lograban aumentar el ansia que Clive sentía por

ella, ya que, cada vez que se movía, rozaba su duro miembro con la húmeda cavidad entre sus piernas, que lo esperaba cada vez con más impaciencia. Mientras ella se dejaba llevar por el placer exigiéndole llegar a la culminación de su deseo con cada uno de los gemidos que dejaba salir de su boca, Clive acarició una de las piernas de Jocelyn. Y subiendo lentamente su camisola, buscó el húmedo cuerpo que lo

reclamaba y acarició sin piedad la zona más sensible de Jocelyn, haciéndola gritar su nombre sin dejar de degustar golosamente sus senos con su atrevida boca. Finalmente, cuando uno de sus dedos se adentró en ella marcando un ritmo, Jocelyn se desbordó entre sus manos sucumbiendo al goce que tanto había buscado.

Incapaz de aguantar ni un instante más, Clive dirigió su erguido miembro hacia el apretado interior de su esposa. Y justo cuando iba a adentrarse en el cálido cuerpo que lo esperaba, unos molestos golpes le recordaron quién era y por qué razón él nunca sería digno de tocar a esa mujer, por más que ella lo deseara.

—¡Jefe, lo necesitamos! ¡Los hombres del Serpiente han cruzado a nuestro territorio, sin duda en busca de pelea, aunque dicen que el Serpiente quiere mantener una reunión con usted!

—No sé si mataros o premiaros por esta interrupción... —suspiró Clive mientras recomponía su aspecto.

Y admirando a la dulce mujer que aún lo tentaba, respondió en voz alta a sus hombres para que a Jocelyn no le quedara duda alguna de que su encuentro había terminado.

—Enseguida estoy con vosotros.

—¿Gris? —preguntó tímidamente Jocelyn, alzando sus manos hacia el duro rostro de Clive, una caricia que Clive rechazó, tras lo que se apartó y le anunció:

—Hoy no puedo ser tu Gris.

* * *

Jocelyn, tan confusa como siempre a causa de la pasión que ese hombre despertaba en ella, se dejó arrastrar por él. Y hasta que Clive se apartó de su cuerpo no pudo volver a pensar con coherencia. La decisión que mostraba en su rostro al rechazar sus caricias le revelaba que se estaba castigando a sí mismo al oponerse a esa muestra de cariño que sus ojos anhelaban segundos antes. Y

la contundente afirmación de que él no podía ser el hombre que ella reclamaba le decía que intentaba alejarse de ella volviendo a esconder su corazón de todo aquel que quisiera tocarlo.

—¿Y qué se supone que debo hacer mientras tú resuelves tus asuntos? — preguntó Jocelyn desde la cama mientras su marido se vestía para acudir a sus apremiantes negocios.

—Por lo pronto, vestirse —gruñó Clive ante el desnudo cuerpo que lo tentaba.

Y como osada respuesta hacia ese hombre, la atrevida Jocelyn dejó caer la sábana que ocultaba su camisola desgarrada, revelando otra vez la desnudez de su cuerpo, gesto ante el cual recibió un nuevo gruñido de parte del inquieto Clive, que apretó fuertemente sus puños intentando resistirse a la tentación que ella representaba.

—¡Tápate! —ordenó Clive, molesto, mientras le arrojaba el batín rojo del que minutos antes se había desprendido.

—La verdad es que no tengo demasiada ropa con la que vestirme, ya que me arrastraste hasta aquí

sin darme la oportunidad de hacerme con mi guardarropa o de informar a mis inquietos criados de mi partida. Te agradecería que me permitieras escribir una nota a casa, o mejor aún, regresar a ella para traer mis pertenencias y...

—No te preocupes, ya me he encargado yo de notificar tu marcha de tu hogar —anunció Clive luciendo una maliciosa sonrisa en su rostro que delataba el

tipo de nota que habría dejado a los suyos

—. Creo que muy pronto tendremos a uno de esos petimetres de la alta sociedad reclamando mi cuello y exigiendo tu regreso, tal vez tu padre o tu abuelo —dejó entrever Clive, algo que formaba parte de su plan para deshacerse de ella y de ese molesto matrimonio.

—Lo dudo mucho —repuso Jocelyn, levantándose de su lecho. Y con la misma impertinencia con la que se manejaba Clive, le sonrió mientras se vestía, comenzando por ponerse primero sus armas

—. ¿Podrías permitirme traer aquí a algunos criados hasta que te decidas a dejarme marchar?

—¿Traer unos criados a La Guarida? —preguntó Clive con incredulidad ante la idea de que Jocelyn quisiera mostrarle su nuevo hogar a alguien, incluso aunque tan sólo fueran unos simples sirvientes.

—Sí. Hay cosas que no puedo hacer por mí misma y dudo mucho que quieras que les pida ayuda a tus hombres para esas labores —contestó Jocelyn mientras le daba la espalda a Clive para que le abrochara los numerosos botones de su vestido.

—Sí, de acuerdo, puedes traer a tus malditos criados. ¡Pero sólo permitiré que entren dos! —

rugió Clive, mientras se peleaba con los minúsculos botones.

—Eso será suficiente. ¡Ah! ¿Y podríamos traer a mi perrito *Fifí* también? Lo echo mucho de menos y seguramente se morirá de pena si no estoy a su lado... —pidió dulcemente Jocelyn, mostrando una radiante sonrisa que le hizo sospechar que su mujer planeaba algo con cada una de sus peticiones. No obstante, ¿qué daño podían hacer unos simples criados y un pequeño y latoso perro de esos a los que las aristocráticas damitas adornaban con estúpidos lacitos, salvo molestar un poco con sus lamentables ladridos?

—Haré llegar una nota a uno de tus criados para que te los traiga a todos aquí. Pero que quede claro: no me hago responsable de lo que mis hombres

puedan hacerle a ese saco de pulgas que pretendes introducir en mi hogar.

—No te preocupes, *Fifí* les encantará... —respondió Jocelyn, sonriendo gratamente, complacida con su marido. Y cuando éste abrochó el último de sus botones, Jocelyn se volvió rápidamente hacia él para besarlo en la mejilla, sorprendiéndolo con ese desprendido gesto de cariño, algo ante lo que Clive no supo cómo responder—. ¿Y bien? ¿Dónde me dejarás hoy? —inquirió Jocelyn en cuanto estuvo lista para partir, llena de expectación ante la idea de descubrir algo más de la vida de ese hombre. Una expectación que no tardó en desaparecer ante las palabras de su esposo.

—Como veo que puedes manejar a mis hombres a tu antojo, he decidido que hoy deberías de probar a quedarte con las mujeres que descansan en La Guarida —dijo Clive mientras la guiaba hacia una de las habitaciones de esa planta con una perversa sonrisa asomando en su rostro, al

tiempo que abría la puerta detrás de la que se ocultaban unas bulliciosas mujeres que no tardaron en dirigirle airadas miradas a la mujer que les había robado a Clive.

—Espero que con esta reunión acabes con tu aburrimiento mientras yo no estoy en casa, querida.

Después de todo, aquí podrás mantener una entretenida charla de mujeres —manifestó irónicamente Clive, haciendo que todas las mujeres de la habitación se rieran de la refinada damita con la que nada tenían en común.

—No te preocupes, Gris, me las apañaré bien. Después de todo, soy tu esposa —replicó Jocelyn luciendo su mejor sonrisa. Y ante la sorpresa de todas esas mujeres, Jocelyn tiró del pañuelo que adornaba el cuello de Clive y lo atrajo hacia ella para besar sus labios, reclamándolo como suyo.

Las furiosas miradas de esas mujeres, que sin duda la envidiaban, se clavaron aún más en ella cuando vieron al siempre firme Clive. Sin algo confundido ante esa muestra de cariño. Y en cuanto Clive cerró la puerta, la llamativa mujer que se había enfrentado a ella la noche anterior se acercó con presumidos andares hacia Jocelyn, para notificarle burlonamente:

—Bienvenida a La Guarida, señora Sin...

Jocelyn sonrió ante su evidente y sarcástica hostilidad, ya que esas mujeres que pretendían intimidarla nunca podría sospechar cuan peligrosa podía llegar a ser si la provocaban. Por algo era la esposa de Clive Sin...

Capítulo 8

—¡Me vas a decir dónde está mi niña, y vas a hacerlo ya! —exigió Evelyn al hombre al que habían maniatado sobre la gran mesa del salón, y sobre cuyo cuello pendía la afilada hoja de uno de los puñales de Bruno.

—Yo... Yo... ¡Yo sólo traje la nota! ¡No sé nada más! —tartamudeó el aterrado mensajero, un hombre que había aceptado realizar ese trabajo porque se suponía que era lo más sencillo del mundo: entregar una simple nota en una casa de la nobleza, cuyos criados serían inofensivos. Esa tarea no debía conllevar ningún riesgo, pero la realidad le demostraba que se había equivocado por completo.

—Sí, yo te creo —dijo el joven del cuchillo mientras golpeaba levemente su rostro para llamar su atención a la vez que exhibía una burlona sonrisa—, pero esta de aquí tiene complejo de madre de la muchacha y puede llegar a ser mucho, pero mucho peor que yo. Así que te recomiendo, por tu bien, que le digas todo lo que sabes si no quieres que me ordene cortar tu cuello, algo que tendría que hacer porque ella es la que manda en esta casa.

—¡Si ni siquiera sé lo que pone la nota! —se quejó asustado el individuo.

Evelyn intervino en ese momento, leyéndole a su prisionero el mensaje que les había llevado sin lograr disimular la ira que la embargaba ni apartar su penderciera mirada de los temerosos ojos del hombre:

Estimados señores:

Les comunico que Jocelyn se encuentra en su nuevo hogar disfrutando de todas las comodidades que conllevan su nueva situación. Si quieren recuperarla, sólo han de venir a por ella, se la cederé con mucho gusto después de la pertinente anulación de nuestro enlace.

Atentamente,

CLIVE SIN, MARIDO DE JOCELYN

Tras escuchar atentamente a Evelyn, el mensajero respiró aliviado y expuso su opinión:

—Ah, bueno...Entonces no creo que deban ustedes preocuparse, ya que está con su esposo.

—¡Uf! Una muy mala elección de palabras... —musitó Bruno mientras alejaba su puñal del cuello de ese pobre tipo para afilarlo. Una amenaza que no era realmente necesaria porque Evelyn, muy molesta con las palabras que había oído a pesar de que fueran ciertas, abrió la puerta del comedor para dejar entrar al personaje que estaba más molesto con la desaparición de Jocelyn: un perro negro como el infierno y tan grande como un caballo pequeño entró con decisión en el estudio, y saltando sobre la mesa, se colocó amenazante sobre el mensajero para mostrarle sus afilados dientes sin dejar de gruñir.

—¡Por Dios! ¡Quítenme esta bestia de encima o me devorará! —exclamó el aterrado hombre entre

lloros.

—Mira que te lo advertí. Ahora será mejor que cantes por esa boquita la dirección de ese tipo y todo lo que sepas sobre él y su hogar —dijo Bruno despreocupadamente sin dejar de afilar su arma.

Los sollozos de ese penoso individuo pidiendo perdón y clemencia fueron súbitamente interrumpidos por una repentina llamada a la puerta de la casa.

—¿Quién demonios será ahora? —se quejó Evelyn. Y deseando averiguar cuanto antes el paradero de su niña se dirigió hacia la entrada para deshacerse de la inoportuna visita.

—Tú, calladito... —ordenó con calma Bruno mientras introducía un viejo trapo en la boca del mensajero para prevenir que pudiera llamar la atención

de quien quisiera que fuese el visitante.

En cuanto vio entrar a otro incauto en el comedor seguido por una muy furiosa Evelyn, Bruno supo que el nuevo invitado forzoso debía traer otro mensaje del ofensivo hombre que los retaba.

—¿Y ahora qué, Evelyn? —inquirió Bruno mientras dejaba inconsciente de un golpe al recién llegado, obedeciendo a una señal de Evelyn.

—Ese despreciable de Clive Sin nos invita a su Guarida «para que, junto con el equipaje de Jocelyn y su dulce perrito, vayamos a hacer su estancia un poco más cómoda» —leyó irónicamente Evelyn.

—Eso sólo puede ser cosa de Jocelyn —sonrió Bruno, complacido al saber que esa chica podía hacer bailar a su son hasta al más peligroso de los hombres—. Una cosa, Evelyn: si este hombre te ha dado la dirección en la que se encuentra Jocelyn, ¿se puede saber por qué me has ordenado que lo dejara inconsciente?

—Muy fácil: porque quiero saber con todo detalle cómo está mi niña y, por supuesto, cómo es el lugar al que nos dirigimos. Creo que en esta ocasión tendremos que utilizar una de las sillas —señaló la temible mujer, que demostraba en todo momento que sabía dirigir a la perfección una casa tan peculiar como aquélla.

Después de atar a la nueva víctima a una silla, y tras conseguir que el hombre custodiado por *Fifí* se manchara los pantalones, Bruno se compadeció de ese indeseable y se acercó para comentarle, amistosamente:

—No te preocupes; si su niña está bien, y en un ambiente adecuado, ella no se enfadará.

Y en cuanto vio el rostro de ese hombre palidecer, Bruno dedujo que Jocelyn podría estar protegida de los enemigos que su padre había hecho con el paso de los años, pero que sin duda no lo estaba de ese granuja que ahora llamaba «esposo», un tratamiento que muy pronto desaparecería. Así pensaba Bruno mientras afilaba su puñal para hacer lo que se juró que nunca volvería a hacer: adentrarse de nuevo en los barrios bajos de Londres, en donde todos

creían que él estaba tan muerto como parecía cuando lo dejaron abandonado en el frío y sucio callejón donde Jocelyn lo encontró.

—¡Démonos prisa con esto, Jocelyn nos necesita! —apremió Bruno por primera vez. Y dejando de mostrar su despreocupada sonrisa, pasó a ser el despiadado asesino que había sido en el pasado.

* * *

La habitación donde descansaban las mujeres de La Guarida parecía el interior de un pequeño harén. Los suelos de madera noble estaban cubiertos por cálidas alfombras, en los rincones se extendían grandes cojines y almohadones de chillones colores sobre los que más de una chica permanecía lánguidamente acomodada. Las prendas que vestían eran insinuantes negligés con finos batines y estrechos corsés que alzaban sus atributos, llamativos ligeros y medias caladas o vestidos con grandes escotes que no dejaban demasiado a la imaginación.

Escandalosas prendas femeninas se desperdigaban sin ningún orden a lo largo de toda la estancia, mostrando que no sentían vergüenza alguna ante lo que hacían, y menos aún cuando ése era su territorio.

En el centro de esa extravagante habitación alguien había colocado un elegante sofá con unas elaboradas sillas a juego y una pequeña mesita sobre la que un delicado juego de té la esperaba para ser servido, como si pretendieran burlarse de ella.

Jocelyn no tuvo duda de quién había introducido esos repentinos cambios en el mobiliario, y negándose a dejarse ridiculizar por ese granuja de Clive, tomó asiento en el sofá presidiendo la velada mientras mostraba a esas mujeres lo buena anfitriona que podía ser.

—¿Y bien, señora Sin? ¿De que podríamos hablar? ¿Del tiempo quizá, de las fiestas en las que, indudablemente, coincidiremos a partir de ahora? ¿O tal vez preferiría que comentáramos las preferencias de su esposo en la cama? —dijo burlescamente la más descarada de esas mujeres, Lili, mientras se paseaba por la habitación intentando reírse de esa noble mujer que tenía todo lo que ella nunca llegaría a alcanzar y que incluso le había arrebatado al

hombre en el que tenía puestas sus miras, si bien no para casarse, sí para ganar un buen dinero a su costa.

—Espera un momento —pidió Jocelyn, que, sin inmutarse lo más mínimo ante sus burlas, extrajo una libreta de algún escondido bolsillo de entre los pliegues de su vestido y, tras abrirla y para asombro de todas las presentes, comenzó a tomar notas—. Bien, ya estoy lista. Podéis empezar a relatarme las preferencias de mi marido.

—¿Se puede saber para qué narices quieres saber eso? —preguntó Lili, molesta porque sus insultos fueran ignorados tan fácilmente.

—Para tomar nota de todos los gustos de Clive.

—¿Y qué piensas hacer después de conocer todos los pecaminosos gustos de tu hombre en su cama? ¿Culparlo por lo que otras mujeres pueden darle y que tú nunca le darás?

—No, para nada. Cuando sepa lo que le gusta, practicaré con Clive cada una de sus fantasías y luego las perfeccionaré para que él nunca pueda olvidarme y ninguna mujer llegue a superarme.

—Ah, ¿sí? Pues muy bien, en ese caso, comencemos —repuso Lili. Y con una maliciosa sonrisa comenzó a relatar con todo lujo de detalles las escandalosas e impúdicas actividades que había realizado en su vida.

Animadas por las burlas de Lili, todas las demás se unieron a ella para escandalizar a esa mujer, pero cuando llevaban cerca de una hora y esa mujer no se sonrojaba con nada, ni se inmutaba con ninguna de sus obscenidades, las chicas comenzaron a pensar que Jocelyn era o bien demasiado estúpida o no tan inocente como aparentaba.

En el momento en el que esa anodina señora terminó de anotar sus escandalosos relatos, se colocó los anteojos y entonces, mirándolas sumamente interesada, comenzó con sus preguntas, algunas tan indecorosas que incluso las más experimentadas entre ellas llegaron a sonrojarse.

Con su atrevimiento, sin apenas darse cuenta, Jocelyn se ganó las simpatías

de muchas de esas chicas que, en un principio, la habían tomado por una insulsa dama de la alta sociedad. Terminó de ganárselas a todas en cuanto Jocelyn hizo frente a un indeseable matón que las tenía atemorizadas, una rata despreciable que se había hecho sitio en La Guarida sin que Clive se hubiera percatado de la alimaña que había introducido en su hogar.

Elías era uno de los nuevos hombres de Clive, uno del que aún no se había ganado su lealtad, y sin que Clive lo supiera, estaba cobrándose más de lo que debía de las mujeres que tenía que proteger, unas chicas a las que él atemorizaba cada vez que el temido Clive Sin dejaba su hogar.

Sin preocuparse porque las mujeres descansaran del inclemente trabajo de la noche, Elías entró en la estancia que compartían para reclamar sus favores una vez más. Con lo que nunca esperó encontrarse fue con la animada reunión que estaban celebrando, en la que todas rodeaban a una chica nueva, bastante simple para su gusto, pero una que todavía tenía que probar.

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí! —exigió Elías con voz firme a esa apocada mujer. Y mientras todas las demás se alejaron temerosas de él, ésta le hizo frente. Tras colocarse los anteojos en su lugar, Jocelyn presumió de unos modales de los que ese hombre carecía.

—No he tenido el placer de oír su nombre, señor. Yo, por lo pronto, me presentaré debidamente y le haré saber que mi nombre es Jocelyn Sin.

—¡Sí, claro! ¡Y yo soy el rey de Inglaterra! —se burló Elías.

—Encantada de conocerlo, señor rey de Inglaterra. ¿O tal vez debería de utilizar el tratamiento de

«Su Excelencia»? —replicó Jocelyn irónicamente, burlándose del personaje que tenía delante y que, como muchos otros hombres que la rodeaban, pensaba que ella era estúpida. Porque pensar que una mujer podía ser más inteligente que ellos siempre dañaría sus delicados egos.

—¡Pero mira que eres estúpida! ¡Ni yo soy el rey de Inglaterra ni tú eres la mujer de Clive Sin!

—¡Oh! Sí, le puedo asegurar que sí soy la esposa de Clive —insistió Jocelyn con voz suave, intentando que ese hombre dejara de ser tan obtuso o se vería obligada a utilizar algún que otro método de persuasión con el que a lo mejor su marido se molestaría.

—¡Basta de tonterías! —gritó Elías antes de dirigirse hacia ella.

Pero antes de que llegara a tocarla, todas las mujeres que antes se habían burlado de Jocelyn se interpusieron en su camino.

—Elías, aunque me pese decirlo, dice la verdad: esta mujer es la esposa de Clive, así que será

mejor que no la toques si sabes lo que te conviene.

—¿En serio? ¿Acaso quieres tú tomar su lugar, Lili? —amenazó el horrible matón, acariciando el rostro de Lili con sus sucias manos, ante lo que ella intentó apartarse. Pero Elías no se lo permitió.

—No lo entiendo. ¿Acaso estas mujeres no están descansando de su larga jornada mientras que tú eres uno de los hombres que deben protegerlas en lugar de abusar de ellas? —inquirió Jocelyn, confusa, recordando la información que había sonsacado a los hombres de Clive la noche anterior acerca de algunos de los turbios negocios de su esposo.

—¡Ese estúpido de Clive sólo las protege y les da un refugio! ¡Ni siquiera prueba la mercancía o les cobra algo por su ayuda! Las trata como reinas, ¡pero sólo son putas! ¡Incluso cuando quieren abandonar esta vida las ayuda a encontrar otro trabajo! Aunque ¿quién podría querer que una mujer como ellas trabajara en una casa respetable? ¡Bah! Yo sólo me aprovecho de lo que ese tonto deja escapar —respondió Elías, mostrando lo miserable que era. Y tras apartar a Lili de un fuerte empujón, se acercó a Jocelyn—. Y hoy me apetece probar a su mujer, algo que ese estúpido no podrá impedir porque no está aquí para protegerte.

—Yo que tú, no lo haría —advirtió Jocelyn despreocupadamente, manteniéndose impassible pese a la amenazante presencia que se le acercaba. Y antes de que la mano de ese sujeto se acercara a ella, Jocelyn exhibió la

más hermosa de sus sonrisas y, a continuación, disparó su pulsera.

El mastodonte de metro noventa de estatura cayó inconsciente al suelo al instante, y entonces las mujeres que permanecían a un lado se fueron acercando poco a poco al hombre desvanecido y a esa extraña mujer que seguía ocupada con su libretita y sus anotaciones sin inmutarse lo más mínimo ante lo ocurrido.

—Bueno, ahora quiero que me expliquéis detenidamente qué es eso que se puede hacer con la boca al... ¿pepino? —preguntó Jocelyn, dudando de qué apelativo concederle al miembro de un hombre para que no sonara demasiado obsceno.

—¿Qué coño ha sido eso? —interrogó una de las más veteranas, acercándose a Elías para patearlo.

—¡Ah! Sólo es un dardo somnífero. Ese hombre era demasiado molesto para mi gusto. Podría haberle disparado uno que sólo lo paralizara, pero la verdad, no tenía ganas de que se enterara de nuestra conversación o pudiera protestar sobre su lamentable situación.

Las mujeres comenzaron a interrogarla con enorme curiosidad, todas a la vez:

—Pero ¿cómo lo hiciste?

—¿Cómo lo drogaste?

—¿Con qué le disparaste?

—¡Señoras, un poco de orden, por favor! Yo siempre voy armada, aunque no lo parezca —

anunció Jocelyn mientras les mostraba las joyas que portaba—. Aunque, sin duda, el arma más poderosa de todas es que te crean inofensiva, algo que, por desgracia, en esta sociedad podemos simular muy bien todas las mujeres.

—¿Dónde podemos conseguir una de estas joyas? ¿Quién las fabrica? —se interesó una de las chicas, recordando lo desprotegidas que estaban en las calles.

—¡Oh! Señoras mías, eso es un secreto... Pero estaré encantada de enseñarles a armarse para la ocasión, aunque antes que eso... ¿No creen que este hombre tan despreciable se merece una lección?

—sugirió Jocelyn, haciendo que todas las mujeres que antes habían temido a ese matón perdieran su miedo hacia él mientras lo ataban a una silla para resarcirse por cada una de sus malas acciones.

—Ahora que le hemos quitado su arma más poderosa, este hombre ya no es nada —susurró Jocelyn mientras veía satisfecha cómo esas mujeres volvían a sonreír y a bromear entre ellas.

—¿Y cuál era esa arma tan poderosa? —preguntó Lili, la única que estaba lo suficientemente cerca de ella para escuchar sus divagaciones.

—El miedo —respondió Jocelyn.

Y mientras esa mujer dirigía a todas las demás en su venganza contra Elías, Lili no tuvo la menor duda de que únicamente Jocelyn podía llegar alguna vez a ser la mujer de Clive Sin, ya que los dos se parecían mucho a pesar de los distintos mundos de los que procedían: ambos eran demasiado peligrosos para su bien, aunque uno de ellos lo ocultara mejor que el otro.

* * *

—¿Y bien? ¿Para qué me has mandado llamar, Serpiente? —preguntó Clive mientras tomaba asiento en una de las sucias tabernas que permanecía en la zona neutral del territorio que siempre se disputaban.

—¡Ah! Directo al grano, ¿eh? Ni un triste saludo, ni interesarte por mi familia, ni charlar sobre el tiempo... Muy mal, Clive. Poco civilizado, y más viniendo de un hombre que se codea con la nobleza.

—No tengo tiempo que perder contigo, Serpiente. Si tienes algo que decir, dilo.

—Pues verás, hace más de un mes recogimos un mugriento saco de un callejón, y por lo que he oído tú te hiciste con otro y tuviste más suerte que

yo.

—En ese saco no había nada de tu interés —declaró Clive, dispuesto a apartar a su mujer de las miras del Serpiente.

—¡Oh! Siento discrepar, querido amigo, pero a juzgar por los rumores que me han llegado es muy posible que en él se hallase ese magnífico inventor de armas que en ocasiones usa la Corona y que ahora tienes en tu poder.

—No sé de qué me hablas —manifestó Clive, verdaderamente confuso ante las acusaciones de ese sujeto.

—¡Vamos, vamos! No te hagas el tonto, Clive... Ya corre el rumor por todo Londres de que has conseguido atrapar a Joe Hell.

—Te puedo asegurar, Serpiente, que en ese saco no había ningún hombre —dijo Clive, sin mentir

en absoluto—. Y como esta conversación me parece demasiado absurda como para perder más de mi valioso tiempo con ella, pienso que será mejor que nos despedamos aquí —concluyó Clive mientras se levantaba despreocupadamente de la mesa, intentando acabar con el desagradable asunto de tratar con su enemigo.

—Pero sí que había algo de valor en él, ¿verdad? —apuntó el Serpiente, con sus avariciosos ojos clavados en Clive, mostrándole que ambicionaba lo que tenía.

—Sí, pero es mío —declaró Clive amenazante, queriendo poner fin a esa conversación.

—¡Venga, seamos razonables! Podemos compartir a Joe Hell y su talento creando novedosas armas. Si nos unimos, con tus contactos y con los míos, podemos enriquecernos muchísimo.

—No necesito de tus contactos, Serpiente, y vuelvo a repetirte que yo no tengo a ese hombre en mi poder —repitió Clive, declinando la ayuda del Serpiente, un hombre que era conocido por las puñaladas traperas que

propinaba por la espalda a todo aquel incauto que tratara con él.

—Me desprecias a mí y a mis contactos y te crees un hombre mucho más honrado y honorable que yo... Tal vez deba recordarte que tanto tú como yo hemos cometido las mismas malas acciones, ninguno de los dos tendrá las manos limpias nunca, por más que tú intentes expiar ahora tu culpa y acallar tu conciencia.

—Eso ya lo sé —replicó Clive al sujeto que le recordaba su tortuoso pasado mientras apretaba airadamente los puños, sin poder negar ninguna de las palabras que arrojaba ese canalla sobre él, ya que todas y cada una de ellas eran ciertas.

—Y a pesar de ello, aún intentas aparentar ser mejor. Incluso he llegado a escuchar que te has casado, cuando eso, para hombres como nosotros, sólo representa una debilidad... Una esposa abandonada descuidadamente en su hogar, un hogar tan indecente como es tu Guarida, y un poco sucio... Ya que de vez en cuando se puede colar alguna indeseable alimaña en él —comentó despreocupadamente el Serpiente, algo que no engañó a Clive, ya que en sus ojos se podía intuir una velada amenaza.

—Cualquier amenaza sobre mi esposa me la tomaré como si fuera dirigida hacia mí mismo, ten eso en cuenta antes de hacer alguno de tus estúpidos movimientos, Serpiente.

—Lo siento, querido amigo, pero no puedo hacer nada con los hombres que ya no me pertenecen, sobre todo con aquellos a los que, neciamente, acoges bajo tu ala. Tal vez esto te sirva para recordar que en nuestro mundo no se puede tener piedad y que, cuando juegas con una serpiente, más tarde o más temprano acabas envenenado.

—Te alabas demasiado, Serpiente. Lo único que puede causarme tu veneno es picor de huevos —

repuso burlonamente Clive ante su enemigo, para luego añadir con despreocupación—: Y antes de congratularte tanto por mandar a una de tus ratas a infiltrarse en mi casa, tal vez deberías preguntarte por qué razón la dejé pasar. En cuanto a mi esposa, te puedo asegurar que ella nunca será tan

tonta como para acercarse al peligro o para jugar con él tanto como para quemarse —mintió Clive descaradamente, queriendo apartar el interés de su rival por su mujer.

Luego, dándole la espalda al Serpiente sin ninguna preocupación, Clive se marchó del lugar declarando ante todos con su gesto que él no consideraba a ese hombre un peligro, un insulto que el Serpiente no pensaba dejar pasar por alto.

—Jefe, se larga... —apuntó estúpidamente uno de sus hombres, al que el Serpiente se juró cortarle la lengua.

—Sí —respondió el Serpiente, mientras sus venenosos ojos seguían fijos la marcha de su enemigo, reclamando venganza por las ofensas que había recibido—. Dejémosle marchar. Por ahora...

* * *

Clive caminaba despreocupadamente por la calle cuando detectó a los espías que el Serpiente había puesto tras él, ojos curiosos de infelices que querían ganar algo de dinero, sin importarles espiarlo a cambio de unas monedas y seguirle hasta el final del territorio neutral que el Serpiente y él mismo habían establecido.

Para despistar a todos los que seguían sus pasos y acabar con los rumores que afirmaban que su esposa era su debilidad, caminó junto a sus hombres con total indiferencia, y aunque Clive llegó a engañar a los espías con su tranquilo caminar, Don y Bill notaron su impaciencia por correr hacia su mujer.

—¿Aún nos siguen? —preguntó en voz baja a sus hombres.

—Sí —contestó Bill, espantando con su mirada a alguno de los curiosos que los perseguían.

—¡Mierda! ¿Cuánto queda para que abandonemos este apestoso lugar? —maldijo Clive con impaciencia.

—Tranquilo, jefe, la jefa estará a salvo. Como usted dijo, ella no será tan tonta como para acercarse al peligro —señaló Don inocentemente.

—Don, para enfrentarte a tus enemigos tienes que aprender a mentir con bastante descaro y de manera convincente, algo que he hecho desde el principio en esa reunión.

—Entonces, ¿quiere decir que...? —comenzó a preguntar Don, exhibiendo en su rostro la preocupación que su jefe no se permitía mostrar.

—Si hay algún problema en La Guarida, Jocelyn estará en medio de éste sin ninguna duda.

—¡Pero no debe preocuparse, jefe! Su mujer sabe defenderse bastante bien —repuso Don, recordando la habilidad con la que había manejado Jocelyn a todos los hombres de La Guarida.

—Sí, pero me necesita —manifestó Clive. Y justo cuando llegaban a su territorio, sus pasos se aceleraron poco a poco hasta terminar en una desesperada carrera por llegar junto a Jocelyn.

—¿Crees que esa mujer es Joe Hell? —preguntó Don a su compañero, rememorando la inusual conversación que su jefe había mantenido con el Serpiente.

—Eso, amigo mío, es algo que no nos corresponde a nosotros saber. Será nuestro jefe quien tenga

que averiguar qué hay detrás de las palabras del Serpiente. Aunque, sinceramente, no creo que esté pensando en eso en estos momentos —respondió Bill, acelerando su paso para tratar de mantenerse a la par de un hombre que no esperaba a nadie con la única idea en mente de alcanzar su objetivo antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 9

—¡Más rápido, más rápido! ¡Maldita sea! ¿Por qué no puedo ser más rápido? —murmuraba entre resuellos Clive mientras su mente no dejaba de

atormentarlo con la decena de torturas a las que podrían someter a Jocelyn por el mero hecho de llevar su apellido—. ¡Estúpido, estúpido y mil veces estúpido! ¿Es que todavía no has aprendido que la piedad sólo es para los idiotas? —se reprendía, recordando cómo había acogido a Elías, un hombre aparentemente arrepentido de haber formado parte de las filas del Serpiente que sus hombres había encontrado apaleado y casi muerto de hambre en un callejón.

Clive le concedió su perdón, pese a que hubiera entrado en su territorio sin su consentimiento, y le permitió entrar en su casa, un error que acabaría pagando su inocente Jocelyn, ya que, por muy bien armada que estuviera su mujer, nada podría hacer contra un enemigo inesperado que atacase en un lugar supuestamente seguro como era el propio hogar de Clive Sin.

¿Cómo había podido tener la horrible idea de dejarla entre unas mujeres indefensas que nada podían hacer para protegerla? Si al menos hubiera dejado a uno de sus hombres más leales con ella...

Puede que en esos instantes Jocelyn estuviera sintiendo los golpes de ese indeseable sobre su piel, o tal vez esas sucias manos la estuvieran tocando y obligándola a someterse a una repugnante situación que nunca habría sufrido de no haberse mezclado con él.

—¡Estás muerto, Elías! —maldijo Clive. Y dándose fuerzas para afrontar las pesadillas que su fantasiosa mente había formulado acerca del destino de Jocelyn, abrió la puerta donde había dejado a su esposa, preparándose para la perversidad que podía encontrar tras ella.

* * *

Clive nunca había visto un acto tan despiadado y perverso como el que encontró tras esa puerta.

Las «indefensas» mujeres a las que él siempre protegía estaban armadas hasta los dientes con objetos de lo más inusuales, mientras Jocelyn, sin un solo rasguño, las aleccionaba sobre cómo debían utilizar sus nuevas armas para defenderse. Y para que sus alumnas aprendieran con la práctica usaron como conejillo de indias a Elías, un hombre de complexión fuerte y aspecto muy

intimidatorio que, sin embargo, no lucía tan aterrador como solía, ya que las mujeres, además de maniatarlo a la silla y amordazarlo, se habían dedicado a vestirlo con las llamativas prendas que ellas utilizaban. Y

como extra, lo habían maquillado cuidadosamente. El resultado no podía ser más grotesco.

—Bueno, tal y como os he mostrado antes, sustituyendo el hilo interior de vuestras boas de plumas por uno de este tipo que, a pesar de su delicada apariencia en realidad, es muy fuerte y resistente, seréis capaces de defenderos estrangulando a vuestro agresor —explicaba Jocelyn mientras se desprendía de la boa de plumas que llevaba sobre sus hombros, y realizaba una pequeña

demostración asfixiando al hombre que se encontraba a su lado—. Los enormes anillos que lleváis como abalorios pueden servir para hacer mucho daño con vuestros golpes si os los colocáis en vuestros nudillos... —continuó, tras lo que golpeó con fuerza el rostro de Elías, provocando que murmurara alguna amenaza a través de su mordaza—. Pero lo mejor para nosotras, que no somos tan fuertes ni tan rápidas como la mayoría de los hombres, son las armas sutiles, llenas de diferentes tipos de sustancias con múltiples efectos distintos, armas que podemos disimular con mucha facilidad... —seguía Jocelyn mientras sacaba de su pelo un adorno; una enorme aguja que mostró a las mujeres, asombrándolas con su audacia, y atemorizando a su sujeto de experimentación, temiendo lo que le pudiera ocurrir a continuación.

»¿Sabéis una cosa? En cierta ocasión, mi padre trajo a casa un libro de medicina oriental en el que se mostraban imágenes de una técnica milenaria. Según este manual, clavando una aguja en algunos lugares indicados del cuerpo, una persona podía quedar paralizada... ¡Siempre he querido comprobar si eso era cierto! —exclamó Jocelyn con excitación mientras observaba la aguja con algo de malicia—. ¿Probamos? Aunque debo advertiros de que también se me puede ir la mano y dejarlo más idiota de lo que es, o incluso matarlo —finalizó Jocelyn, ante lo que las mujeres que la rodeaban la animaron a que siguiera adelante con la venganza que ellas no habían podido llevar a cabo.

—¡Suficiente! —tronó Clive, adentrándose en la estancia para acabar con las

beligerantes acciones de esa mujer. Y para su asombro, todas las mujeres que esa mañana habían mirado a Jocelyn con desprecio, ahora la defendían. Incluso se atrevían a ponerse en su camino para resguardarla de él.

—¡Sólo nos ha defendido!

—¡Ese malnacido nos chantajeaba para que accediéramos a sus deseos!

—¡Y nos intimidaba para que no te contáramos nada!

Así continuaron varias mujeres más, confirmándole a Clive el tipo de sucia rata que había acogido en La Guarida. La rabia que mostraban sus puños por haber sido tan idiota y por lo que podría haberle pasado a Jocelyn fue confundida por quienes lo rodeaban por enfado hacia la valiente mujer que lo enfrentaba, cuyas manos se negaban a soltar el arma que portaba.

—¿Qué estás haciendo, Jocelyn? —preguntó Clive, dirigiéndose hacia la mujer que más lo necesitaba mientras apartaba de sí a todo aquel que se interpusiera en su camino.

—Limpiar tu casa, algo que tú, al parecer, has olvidado hacer antes de marcharte, —le recriminó Jocelyn.

—No te preocupes, ya estoy aquí para terminar con esa tarea. Déjame a mí el trabajo sucio y no manches más tus manos —indicó Clive mientras le arrebatava a Jocelyn esa amenazante aguja. Y tras besar esas manos temblorosas, detalle que ella había ocultado a todos los presentes salvo a él, no le quitó su arma como en otras ocasiones, sino que la colocó nuevamente dentro de la horquilla que adornaba su cabello.

Luego, simplemente la abrazó con fuerza, y para asombro de todos, la cogió entre sus brazos y la

alejó de ese lugar que nunca sería adecuado para ella.

El temido Clive Sin, un hombre conocido por su frialdad y carencia de escrúpulos y de compasión, se habría convertido en una persona totalmente diferente para todos gracias a ese cariñoso gesto de no ser por la gélida

mirada y las amenazantes palabras que le dedicó al hombre que había osado intentar tocar lo que era suyo.

—¡Eres hombre muerto, Elías! —sentenció el despiadado gobernante de los suburbios, recordándoles a todos por qué debían temerlo. Sólo unas temblorosas manos se atrevieron a reclamar a ese hombre el cese de su venganza.

—Gris, no ensucies más tus manos —pidió la dulce mujer. Y cuando el sentenciado suspiró de alivio ante su clemencia, añadió—: Deja que otros lo hagan por ti.

—Que así sea —decidió Clive. Y señalándoles a Don y a Bill la alimaña que se encontraba entre ellos, les ordenó que la devolvieran a su lugar—. Sacad a Elías por la puerta principal de La Guarida, a la vista de todos. Y luego difundid el rumor de que parte con mi agradecimiento por revelarme todo cuanto sabía de sus anteriores camaradas y que, siempre que tenga algo interesante que contarme, será bienvenido a mi territorio —dispuso Clive, dejando a esa rata sin un lugar donde esconderse.

—¡Con esos rumores corriendo por las calles me matarás! —exclamó un asustado Elías mientras apelaba a la clemencia de Clive, algo de lo que en esos instantes éste carecía.

—¡Oh, no te preocupes por eso! No seré yo quien apriete el gatillo o empuñe el puñal, tal y como me ha solicitado mi esposa... —contestó Clive con una maliciosa sonrisa en su rostro.

Luego, siguiendo su camino, ignoró las súplicas de esa sabandija que, por un fatal instante, había olvidado quién era el hombre al que se había enfrentado.

* * *

A pesar de haber representado el papel de una mujer valiente ante todos, las manos de Jocelyn todavía temblaban de miedo porque, mientras su prodigiosa mente había analizado múltiples opciones para determinar cómo enfrentarse a sus problemas, también había considerado las posibles situaciones en las que todo podría salir mal. Y no era sencillo disimular el

desasosiego que eso le generaba.

La única persona ante la que se permitía mostrar su inquietud, el único que descubriría cada una de sus debilidades, era el hombre que en esos momentos la acogía entre sus brazos, un sujeto que, a pesar de haberse declarado su enemigo por las malas pasadas que le había jugado, la trataba como a un preciado tesoro que debía proteger de todo lo malo que lo rodeaba, incluido él mismo.

—Mañana mismo te mudarás —anunció Clive mientras la depositaba en su lecho y se alejaba de ella.

—¿Me dejarás volver a mi casa? —preguntó Jocelyn, decidida a seguir con su plan de encontrar a

su padre en cuanto pudiera deshacerse de la vigilancia de su marido.

—No, hay demasiados peligros cerniéndose sobre ti como para dejarte marchar. Me quedaré mucho más tranquilo si permaneces a mi lado.

—Ya has comprobado de primera mano lo bien que sé defenderme —afirmó arrogantemente Jocelyn, acabando con la poca paciencia de Clive.

Sin dar la menor muestra de cuál sería su reacción, Clive pasó de moverse intranquilo por la habitación a saltar repentinamente sobre su mujer, y capturando sus manos por encima de la cabeza, la apresó debajo de su cuerpo demostrándole lo indefensa que se encontraba frente a un hombre decidido.

—¡Libérate de mí! ¡Muéstrame lo despiadada que eres, lo fuerte que eres sin tus juguetitos!

¡Enséñame qué harías si un hombre que no fuera yo te acorralara de esta manera! —gritó Clive con desesperación, recordando lo cerca que había estado de que algo así le ocurriera.

—No puedo —respondió con franqueza Jocelyn, sin intentar deshacerse del agarre de Clive, una sinceridad que lo desarmó por completo.

Y tras soltar sus brazos, pero sin apartarse de ella, le reclamó:

—Dame esos nombres, Jocelyn. No utilices sólo mi reputación para mantener a raya a esos tipos, sino también a mí.

—No puedo... —dijo Jocelyn mientras utilizaba sus manos para acariciar ese rostro cuyos fríos ojos azules en ocasiones eran demasiado despiadados para su bien.

—¡Di más bien que no quieres! —exclamó Clive, molesto, alejándose de esa irracional mujer que era su esposa.

—Está bien: no quiero.

—¡Deja de ser condescendiente conmigo, mujer, y dame una maldita razón para que no puedas revelarme los nombres de tus enemigos!

—Son demasiados —declaró Jocelyn, alzando uno de sus dedos para enumerar sus razones—.

Son poderosos, juegan más sucio que tú y, por último, no quiero que dejes de ser mi Gris.

—¿Se puede saber qué parte de mí ves de esa manera? ¿Es que acaso no te das cuenta de que un hombre como yo no tiene ni una pizca de bondad en su cuerpo, que apiadarme de alguien solamente me haría parecer débil y sería letal para mí y mi gente? ¿Es que no ves todos los sucios negocios que llevo a cabo y los vicios que me rodean? —gritó airadamente Clive, intentando hacer entrar en razón a esa mujer. Y ya fuera porque deseaba volver a tenerla entre sus brazos o porque necesitaba mostrarle que él nunca sería ese Gris que ella buscaba en su persona, se arrojó de nuevo sobre su cuerpo para arrastrarla al pecado.

Sus rudos besos devoraron sin clemencia alguna la boca de Jocelyn, sin mostrar una pizca de ese cariño que había manifestado siempre hacia ella, aunque no quisiera. Su lengua se adentró en la boca de su esposa, exigiendo, reclamando, sin esperar una respuesta a sus avances.

Las manos de Jocelyn, que normalmente lo acercaban a ella, esta vez intentaron apartarlo. Pero

Clive no lo permitió, y ocultando en lo más profundo de su ser cualquier tierno sentimiento que sólo ella podía sacar a la luz, se convirtió en el despiadado señor de los suburbios que nunca se permitía sentir nada por nadie.

Sus manos fueron bruscas cuando bajaron su vestido, aprisionando con él los brazos de Jocelyn, reteniendo las débiles manos que pretendían alejarlo. La desnudez de su cuerpo quedó expuesta ante él y Clive no dudó en marcar la blanca piel con furiosos besos.

Clive buscó en ella la dulzura que siempre lo embriagaba, pero en esta ocasión sólo lo recibió frialdad. Sus manos excitaron los turgentes senos de Jocelyn. Sin piedad, Clive pellizcó los erguidos pezones haciéndola sentir el placer y el dolor de sus caricias; sus dientes castigaron las cumbres que se exponían ante él, mientras sus manos descendieron rudamente por su cuerpo.

Jocelyn se sintió indefensa y confusa, porque mientras una parte de ella quería apartar de su lado a ese hombre que desconocía, la otra quería consolar a Clive, un hombre que le mostraba esa rudeza con la que nunca la había tratado únicamente para alejarla de él.

Jocelyn dejó de forcejear con Clive, y su cuerpo, que siempre respondía ante los avances de ese hombre, se mantuvo frío entre sus brazos.

Ante esos ojos acusadores que lo observaban fijamente, Clive probó una vez más los labios de Jocelyn. Pero en esta ocasión ella no respondió a su pasión, de modo que, abandonando esos fríos labios, se dispuso a hacerle ver la verdad de su nombre y alzó su vestido para adentrarse en ella.

Pero esos ojos, en los que aún brillaba la esperanza, se fijaron en Clive mientras se inundaban de lágrimas. Y de los labios de Jocelyn no salió ningún insulto o reproche hacia sus malos actos, sino tan sólo unas palabras que lo sumergieron en un mar de confusión, provocando que comenzara a dudar de quién era él.

—Sólo haces esto para protegerte un día más, tanto a ti como a tu corazón, ¿verdad, Clive?

Las manos de Clive se paralizaron cuando observó ante él unos ojos que no lo juzgaban, sino que lo comprendían de forma plena.

Finalmente, asqueado por lo que había estado a punto de hacer, le dio la espalda a esa mujer a la que sólo había intentado asustar porque su corazón se encogía al pensar en todo lo que le había podido ocurrir por el hecho de permanecer a su lado.

—Mañana te irás de aquí, éste no es un sitio adecuado para ti —declaró Clive, decidido a apartarla de todos los pecados que la rodeaban en ese ambiente, incluido él.

Después trató de alejarse de ella, pero unos suaves brazos rodearon su espalda en un tierno abrazo, y una sugerente voz le hizo una invitación que nadie se había atrevido a hacerle hasta ese momento.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó Jocelyn, queriendo convertirlo en ese hombre digno de perdón que ella siempre veía en él.

—No —contestó Clive después de besar tiernamente las manos que lo retenían antes de apartarse de Jocelyn—. Éste es un lugar que nunca podré

abandonar —afirmó categóricamente antes de poner

distancia con la única mujer que lo había tentado tanto como para querer convertirse en un hombre mejor de lo que su destino le permitiría llegar a ser.

* * *

El licor, una vez más, lo acompañó a la hora de calmar sus pesadillas, algo difícil de amortiguar con una simple bebida, ya que no eran monstruos ficticios los que él enfrentaba en sus intranquilos sueños, sino recuerdos del pasado, los rostros de sus víctimas que lo perseguían para reclamarle todo lo que había hecho para llegar adonde había llegado.

Clive había pisado a otros para subsistir, para ganar lo suficiente para que su hermano sobreviviera, para poder protegerlo y que Bennet no tuviera que introducirse demasiado profundamente en las maldades de los suburbios, en las que él se había adentrado de lleno.

Clive había ensuciando sus manos en más de una ocasión para darle a su hermano un nuevo hogar y un sueño que perseguir, y había amasado todo el poder que era capaz de manejar con tal de ayudarlo a ser feliz y alejarlo finalmente de esas sucias calles de las que él nunca podría escapar.

Clive nunca sería un hombre adecuado para nadie. Sus raíces eran las propias de un niño abandonado en un orfanato junto a un bebé desnutrido al que juró proteger con su vida. Seguramente, tanto él como su hermano procedían del desliz de alguna prostituta, unos niños cuyos nombres fueron elegidos al azar de un listado del hospicio y cuyo apellido se lo habían otorgado ellos mismos, jurándose que alguna vez llegarían a ser alguien de importancia.

Cada uno de ellos había trepado por ese mundo a su manera: Bennet, al que siempre sonreía la suerte, había acabado convertido en el aprendiz de un buen jugador quien, enseñándole todo lo que sabía, le había dado la oportunidad de defenderse y de llegar a cumplir su sueño de poseer y regentar una casa de juego famosa e importante. Ahora eran muchos los nobles que visitaban su establecimiento y lo alababan tan sólo para poder jugar una partida en sus espléndidas mesas de juego.

Él, por su parte, había tenido también un mentor: el más despiadado señor de los suburbios. Su antecesor le enseñó duras lecciones a base de dolor, tanto del suyo como del de otros. De este modo aprendió lo que necesitaba saber para sobrevivir, y Clive siguió obediente cada una de sus órdenes, hasta que se sintió demasiado perdido como para volver atrás. Sin embargo, ese hombre que le había hecho olvidarse de todo sobrepasó sus límites cuando le exigió que acabara con la vida de su hermano, ya que el único motivo por el que Clive soportaba convertirse en un granuja sin corazón era precisamente para cuidar de Bennet, y si su hermano desaparecía, nada en la vida de Clive habría tenido sentido.

Después de recibir la orden de su mentor para que asesinara a su hermano, Clive cogió el cuchillo de manos de su maestro. Y cuando todos esperaban que lo obedeciera, Clive, mostrando la misma piedad que él le había enseñado, se rebeló y le hundió el arma directamente en el corazón, poniendo

fin a su vida. A continuación, preguntó a quienes lo rodeaban si alguno más quería probar a darle alguna orden, y desde ese instante se convirtió en el despreciable sujeto que los gobernaba.

Únicamente cuando pasaron varios años pudo salir de la sombra de su predecesor para comenzar a hacer las cosas a su manera.

Ahora, las prostitutas no eran apaleadas por no pagar su protección. De hecho, él no les cobraba y les proporcionaba un lugar para descansar argumentando que «todo aquel que trabajara en su territorio le pertenecía». Sus negocios dejaron de ser sucios robos donde el resultado más habitual era la muerte de la víctima para pasar a ser algo más distinguidos y menos sangrientos, como el contrabando de alcohol y de algunos productos franceses con los que los ingleses se habían negado a comerciar durante la guerra contra Napoleón. Esa actividad llenó mucho sus bolsillos. Hasta tal punto que, en esos momentos, la mayoría de sus negocios eran totalmente legales. La mayoría...

La situación era tan diferente respecto a sus comienzos que Clive incluso se permitía el lujo de pasear entre los nobles en ciertas ocasiones, aunque nunca podría salir de esas calles del todo cuando reflexionaba sobre qué tipo de hombre sería su sucesor y qué habría tenido que hacer para llegar hasta donde

él llegó.

Una de las botellas de licor que robaba de vez en cuando del club de su hermano permanecía vacía a su lado, descansando sobre el escritorio de su estudio. Decidido a acallar a todos sus demonios, Clive terminó el contenido del vaso que sujetaba. Luego se dirigió hacia su lecho, recordando en el último instante que éste estaba ocupado.

Tras despojarse de sus ropas, Clive, desnudo y de pie junto a la cama, observaba a Jocelyn, la engañosa mujer que lo tenía cautivado y que ahora era su esposa. Esa mujer era toda una contradicción que lo fascinaba; tímida pero audaz, inocente para algunas cosas, como era la intimidad con un hombre, pero no tanto para otras. Era tan fuerte para defenderse como débil para echarse a temblar cuando todo había acabado. Era muy lista, pero le encantaba que la tomaran por tonta. Era apasionada, pero sólo entre sus brazos. Era una incauta, porque insistía en ver una parte de él que no existía, pero realista, ya que no excusaba sus malos actos.

Quizá ella era la única mujer hecha para él. No obstante, Clive no podía aceptar el regalo que Jocelyn representaría en su vida porque acabaría mancillándola con sus pecados.

Mientras observaba a Jocelyn, Clive comprobó que seguía armada, tal y como le había prometido que haría cuando él no estuviera a su lado. En su muñeca podía apreciar la peligrosa pulsera de su esposa, mientras el resto de los abalorios con los que se defendía permanecían a un lado en la pequeña mesita que había junto a la cama.

Resuelto a alejarse de la tentación, se dirigió hacia el vestidor para hacerse con algo de ropa antes de decidirse a dormir en su estudio, pero de repente, Jocelyn se movió inquieta en el lecho, sumida en un sueño intranquilo.

Clive se acercó a ella y le susurró palabras de consuelo mientras la cobijaba entre sus desnudos brazos para darle la protección que ella había buscado desde el principio al llevar su nombre.

—Tranquila, ya estoy aquí —susurró Clive, haciendo que su cuerpo se relajara y que Jocelyn poco a poco superara sus pesadillas.

Cuando Jocelyn lo abrazó, él decidió disfrutar por unos instantes del placer de su cálido cuerpo.

Y cerrando los ojos, dejó atrás las pesadillas para introducirse en un plácido sueño donde él era digno de amar a esa mujer.

Capítulo 10

—¡Ya estamos aquí! —anunció la molesta voz de un hombre con un tono burlón, despertándolo, lo que hizo que Clive se pusiera en guardia y abriera rápidamente sus ojos buscando a su mujer.

En cuanto el cuerpo de Jocelyn se movió junto al suyo supo que ésta se encontraba a su lado, y maldijo entre dientes su mala suerte, ya que el afilado cuchillo que ese tipo esgrimía sobre su garganta le impedía hacer nada.

—Deja que mi mujer se marche, ella es totalmente inofensiva —pidió Clive, decidido a alejar cuanto antes a Jocelyn de esa peligrosa situación.

—Ya sólo por eso te has ganado algunos puntos, aunque... que Dios te ayude con lo que me pueda ordenar Evelyn que te haga si bajo esas sábanas estás desnudo —repuso sonriente el despiadado asesino para, a continuación, sorprenderlo aún más al gritar a plena voz—: ¡Jocelyn, despierta! ¡Ya es de día!

—¡Humm! ¡Déjame dormir un poquito más, Bruno! —se quejó su soñolienta mujer, cobijándose más debajo de las sábanas.

—¿Qué relación tienes tú con mi esposa? —inquirió Clive mientras fulminaba a ese hombre con la mirada, decidido a apartarlo de su camino y, sobre todo, del de su mujer.

—¿Te importa mucho la relación que yo tenga con Jocelyn?

—Sí, porque, sea cual sea, desde ahora se ha terminado —anunció abruptamente Clive. Y sin importarle dañar su mano, apretó con ella el cuchillo que amenazaba su garganta para hacerlo a un lado y abalanzarse sobre el tipo que pretendía arrebatarse a Jocelyn.

Después de derribar a ese individuo al suelo, sus puños tomaron el relevo en su contienda. Una lucha que tal vez habría ganado de no haber sido interrumpido por los ofendidos gritos de una mujer que consiguieron desestabilizarlo, terminando con una nueva arma amenazando su garganta.

—¡Está desnudo! —gritó esa arpía de mediana edad que se había adentrado en sus aposentos como si le pertenecieran.

—¡Joder! ¡Pues claro que estoy desnudo, si estaba durmiendo! —replicó Clive, molesto por la presencia de esos dos extraños individuos que parecían conocer a Jocelyn.

—¡Por tu bien espero que mi niña esté dignamente vestida! —amenazó esa alocada mujer. A continuación, se acercó al lecho para anunciar su presencia a Jocelyn mientras tiraba bruscamente de las sábanas que la resguardaban.

—¡Jocelyn, a despertarse, que ya es de día! —ordenó, haciendo que su mujer al fin comenzara a desperezarse.

—Evelyn, no tenías que ser tan brusca... Sólo quería dormir un poquito más —dijo Jocelyn, respondiendo como una niña caprichosa, algo que Clive nunca había visto en ella.

Pero mientras se desperezaba inocentemente, enseñó a todos la desnudez de su pecho, que había

quedado marcado la noche anterior.

—¡Eres hombre muerto! —sentenció la beligerante mujer que Clive no dudó en catalogar como la madre de Jocelyn, ya que reclamaba cada gota de sangre que había en él a causa de sus acciones.

—¡No! —gritó Jocelyn antes de que Bruno acabara con él, deteniendo su daga junto al cuello de Clive. Y para asombro de éste, el asesino suspiró con frustración mientras le comentaba:

—Y ahora escucharemos una insufrible charla sobre por qué razón debo acabar con tu vida o no, cuando todo sería mucho más fácil para mí si te

matara primero y discutiéramos después...

—¡Te ha deshonrado, Jocelyn! ¡Mátalo, Bruno! —exclamó la airada mujer, señalando el desnudo cuerpo de Jocelyn.

—A sus órdenes... —respondió el impaciente Bruno, dirigiendo de nuevo el cuchillo hacia el cuello de Clive.

—¡Pero Evelyn, es mi esposo! —recordó Jocelyn mientras cubría la desnudez de su cuerpo con las sábanas de su cama.

—En eso tiene razón —opinó el asesino, volviendo a apartar su arma.

—¡Este hombre no es adecuado para ti! —rebató Evelyn, volviendo a ordenar a Bruno con un gesto que acabara con su objetivo.

—¡Pero yo lo he elegido! —insistió Jocelyn, consiguiendo que el cuchillo se alejara de Clive otra vez.

—¿Cómo puedes haber escogido a este tipo? De entre todas las opciones que tenías para escapar,

¿por qué lo elegiste a él? —preguntó desaprobadoramente Evelyn. Y antes de que Jocelyn le diera una respuesta que Clive no quería oír, con un rápido movimiento desarmó al asesino que tenía sobre él y lanzó el cuchillo para clavarlo en la pared, tras lo que exigió una respuesta que explicase qué estaba ocurriendo allí.

—¡Basta ya! —rugió Clive, exigiendo silencio—. ¿Se puede saber quiénes son ustedes y qué hacen en mi Guarida? Y lo más importante, ¿cómo narices han podido entrar aquí?

—Muy fácil: porque tú nos has invitado... —respondió altivamente la protectora mujer mientras le mostraba la nota que él mismo había mandado a la casa de Jocelyn para requerir la presencia de dos de sus criados.

—Algunos de mis hombres saben leer, pero eso sólo explicaría cómo entraron en mi casa...

¿Cómo diablos les han dejado pasar hasta mi dormitorio?

—¡Oh, muy fácil! Se han entretenido jugando con *Fifí*...

—¿Qué diantres significa eso? —repuso Clive, cada vez más confuso, preguntándose por qué motivo se pondrían sus hombres a jugar con un perro, cuando lo que tenían que hacer era defender su hogar.

—¡Oh, no! —exclamó Jocelyn alarmada. Y arrojándose hacia los objetos que había sobre la mesita de noche, cogió un pequeño collar, se lo llevó a los labios y sopló con fuerza. Pero, pese a su esfuerzo, ese extraño silbato no emitió sonido alguno.

Clive, cada vez más extrañado, oyó gritos procedentes de sus hombres que sonaban desde la planta de abajo. Y en cuanto se escucharon los atronadores pasos de lo que debía ser una bestia inmensa, a juzgar por el ruido que hacía, el asesino se rio de él mientras le anunciaba con sorna:

—Prepárate para conocer a *Fifí*...

Cuando una bestia negra tan grande como un pequeño caballo derribó la puerta, Clive se puso en guardia. Pero después de ver cómo cambiaba su agresivo rostro, que le dedicaba amenazantes gruñidos, a otro de aspecto dócil y juguetón en cuanto oyó el sonido de la voz de Jocelyn, no tuvo dudas de que *eso* era *Fifí*.

El animal pasó por su lado sin dejar de amenazarlo con la visión de sus afilados dientes, para después subirse en el lecho que ocupaba Jocelyn. Y dejando a su lado los trozos de ropa que le colgaban entre las fauces, se tumbó boca arriba para recibir su recompensa en forma de caricias.

Clive se quedó asombrado al observar cómo ese demonio se convertía en un angelito entre los brazos de su mujer.

—¿Qué cojones es eso, Jocelyn? —preguntó Clive, furioso ante las mentiras de su esposa.

—Mi perrito *Fifí* —respondió ella la mar de tranquila para seguir con sus

caricias sobre el monstruoso animal.

—¿Y éstos? —volvió a preguntar Clive, señalando a los dos extraños personajes que habían asaltado su habitación.

—Mis criados.

—Y si contabas con este nivel de protección, ¿para qué demonios me necesitabas? —indagó Clive. Y nada más hacer esta pregunta intuyó las respuestas a las intrigas que rodeaban a esa mujer.

No obstante, ella rehusó darle una respuesta, una vez más.

—A eso no puedo contestarte.

Despreciando su situación de desventaja en esa habitación, Clive se acercó a Jocelyn. Y a pesar de los gruñidos que ese amenazante animal le dirigía, Clive se atrevió a alzar el rostro de su mujer hasta que sus miradas se encontraron para hacerle una última pregunta con la que esperaba solventar todas sus dudas.

—Jocelyn, ¿me puedes aclarar por qué corre el rumor por todo Londres de que yo tengo en mi poder al famoso fabricante de armas Joe Hell, cuando nunca he tenido el placer de conocer a ese hombre? ¿O tal vez debería decir «mujer»? —interrogó Clive, dejando entrever una maliciosa sonrisa que revelaba que él ya sabía la respuesta a esa intrigante pregunta.

—¡Mecachis! —contestó Jocelyn, molesta con la jugada de sus enemigos—. ¡Se suponía que no debías averiguarlo tan pronto! —dijo, confirmando finalmente lo peligrosa que era. Aunque él siempre lo sería más.

—Entonces, ¿puedo cargármelo ya?—intervino en ese momento el molesto hombre que aún reclamaba su cuello, algo que Clive ignoró.

—Encantado de conocerte, Joe Hell —dijo Clive burlonamente. Y en respuesta a ese asesino

cuyos ojos no lo perdían de vista, Clive besó con ansia los labios de Jocelyn, recibiendo una cálida aceptación por su parte que dejó a todos los presentes

muy claro que, por muchos nombres que ella tuviera, Jocelyn era su mujer.

* * *

El nuevo hogar de Clive y Jocelyn era una respetable residencia cercana al West End, uno de los distritos más lujosos de Londres, donde muchos aristócratas tenían sus casas. Se hallaba lo suficientemente lejos de los nobles como para que éstos no se quejaran ante la presencia de Clive, pero al mismo tiempo se encontraba lo bastante próxima para que todos ellos recordaran lo poderoso que era él y todo lo que podía comprar con su dinero, por más sucio que pudiera ser su origen.

La lujosa vivienda estaba provista de todo lo necesario para llevar una confortable y relajada vida en su interior. Contaba con una grandiosa biblioteca repleta de numerosos y exóticos tomos que a Jocelyn le encantaba ojear, un espléndido estudio donde Clive llevaba a cabo sus negocios, una ostentosa habitación principal con su vestidor y una recámara que comunicaba con otra, la estancia de la esposa, con su típico cambiador que, de un día para otro, había sido atestado de preciosos vestidos procedentes de las más caras modistas de Londres.

Los dormitorios de los criados eran más simples. No obstante, al contrario que muchos nobles, Clive había hecho que los diseñaran más amplios y acogedores, proveyéndolos de ventanas que permitieran la entrada de la luz a raudales, un detalle del que carecían las estancias del servicio en las casas señoriales de los nobles londinenses, que eran básicamente unos pequeños y miserables cubículos oscuros.

Esta noble residencia era una digna vivienda de la que ninguna dama podría tener motivo de queja. Sin embargo, Jocelyn se había sentido más a gusto en la sucia Guarida llena de granujas que en ese lugar en el que vivía desde hacía varias semanas, ya que, fuera adonde fuese, se sentía vigilada bajo la estricta mirada de su marido o de los guardianes que éste designaba cada día cuando salía por la puerta para encargarse de sus negocios, de los honrados y de los que no lo eran tanto.

Cada vez que Clive salía por la puerta y ella intentaba huir para buscar el paradero de su padre, era interceptada por los hombres de ese granuja, que

insistían persistentemente en acompañarla. Con su presencia se le hacía imposible pasar desapercibida o tratar de preguntar nada, ya que allá donde fuese, todos se cuidaban de no ofender al hombre que se apellidaba «Pecado».

Harta de sus infructuosos intentos, y desesperada porque su padre todavía no hubiera dado señales de vida, cuando volvía esa mañana de su paseo matutino con *Fifi*, Jocelyn decidió hacer lo que hacía tiempo había pospuesto: aclarar con su esposo lo que ambos esperaban de ese matrimonio. Él, sin duda, una anulación; y ella, la libertad que se le negaba, como cuando era una solterona.

—Quiero que me quites a esos moscones de encima, y lo quiero para ayer...
—exigió Jocelyn, entrando precipitadamente en el estudio donde Clive estaba ocupado con su libro de cuentas.

—No —se limitó a contestar Clive, dedicándole una simple mirada antes de volver a su tarea.

—Te advierto que, si no me los quitas de encima, yo misma me desharé de ellos... —amenazó Jocelyn, consiguiendo entonces captar toda la atención de su atareado marido quien, con una maliciosa sonrisa, dejó a un lado sus cuentas para explicarle cómo serían las cosas a partir de ese momento en ese endemoniado contrato que muchos llamaban «matrimonio».

—Si te deshaces de esos dos, mañana te pondré cuatro; si te deshaces de esos cuatro, te pondré ocho, y así sucesivamente hasta que te hagas a la idea de que, después de reclamar mi apellido, no puedes andar por ahí tan despreocupadamente como antes.

—Se suponía que llevar tu nombre me daría más libertad...

—Pues suponías mal, Joe Hell —replicó irónicamente Clive, recordándole quién era y los peligros que la acechaban, y más en la actualidad, cuando algunos de sus enemigos sospechaban de su identidad.

—Nadie se atreverá a decir en voz alta que yo soy Joe Hell —dijo Jocelyn, enorgulleciéndose de la tapadera que se había creado tantos años atrás.

—Cierto —convino Clive, dándole la razón, pero cuando ella comenzó a sonreír con satisfacción creyéndose vencedora de esa disputa, añadió—: No obstante, eso no impedirá a mis enemigos perseguirte por ser mi esposa.

—Sé defenderme sola —afirmó Jocelyn, exigiendo su libertad.

—Me parece bien, pero yo protejo todo lo que es mío y tú, desde el momento en el que te casaste conmigo, me perteneces.

—¡No soy una maldita posesión! —gritó airadamente Jocelyn.

—¡Ni yo un maldito pelele, pero así es como me has tratado desde que nos conocimos, arrastrándome de un lado a otro sin darme ninguna explicación sobre tus alocados actos! Y como todavía te niegas a dármela, he decidido obtenerla a mi manera.

—¿Y cómo lo harás? ¿Acosándome hasta que decida confesar todo de puro aburrimiento? —

ironizó Jocelyn.

—No, simplemente esperaré a que alguno de tus enemigos se impacienta lo suficiente como para acercarse demasiado y entonces atraparlo entre mis garras. Y cariño, aunque tú no me tengas miedo, te puedo asegurar que son muchos los que cantan como un pajarito tan sólo con oír mi nombre, y ni te digo lo que pueden llegar a contar cuando pasan toda una velada a mi lado.

—¿Por qué no me puedes dejar manejar esto a mi manera? —reclamó Jocelyn, golpeando bruscamente la mesa con sus puños mientras se enfrentaba a su marido.

—Porque, para lo bueno y para lo malo, ahora eres mi mujer.

—¿Es que no te das cuenta de todo lo que hay en juego para mí? —exigió Jocelyn, desesperada.

—No, porque tú no me lo explicas... —repuso Clive, exigiendo saber la verdad que ocultaban esos ojos mentirosos que siempre aparentaban la mayor inocencia.

—No puedo... —dijo Jocelyn, apartando su mirada de los ojos de Clive, que le exigía más de lo

que podía llegar a dar.

—¿Por qué no puedes confiar en mí, Jocelyn? —preguntó Clive. Y apenas hubo hecho esa pregunta, él mismo supo la respuesta que Jocelyn se negaba a darle—. Te creí valiente, osada, distinta a todos los demás, ya que te acercaste a mí, tal vez demasiado. No obstante, en realidad eres como todos los demás, ¿verdad? ¿Quién podría confiar en un hombre que se apellida «Pecado»? —

se burló Clive amargamente de sí mismo.

—No es eso, Clive, yo... no puedo confiar en nadie —confesó Jocelyn mientras intentaba acariciar ese frío rostro que la observaba, pero al contrario que en otras ocasiones, esta vez Clive detuvo la dulzura de esas caricias que sólo le hacían más daño.

—Yo no soy «nadie», Jocelyn: soy la persona que tú elegiste voluntariamente —le recordó Clive, apretando esa osada mano entre las suyas antes de dejarla marchar—. Cuando te decidas a explicarme en qué lío nos has metido a ambos tal vez pueda permitirme bajar la guardia y dejarte la suficiente libertad como para que andes a tus anchas. Mientras tanto, seguirás escoltada por mis hombres, estés o no de acuerdo con ello —concluyó Clive antes de cerrar abruptamente el libro de cuentas, dando por zanjada esa conversación y sus asuntos en esa casa.

—Y dime, Clive, mientras tú vigilas mis espaldas, ¿quién vigilará las tuyas? —preguntó Jocelyn, molesta con la libertad de la que ese hombre disfrutaba. Hasta que recibió una respuesta que le encogió el corazón.

—Pues como siempre, Jocelyn: nadie lo hará. Por eso tengo todas estas marcas en mi cuerpo que me recuerdan que nunca debo darles la espalda a mis enemigos, y mucho menos a aquellos que dicen ser mis amigos... Perdóname si me niego a que las tengas tú también —respondió Clive antes de alejarse una vez más de ella y de todas las mentiras que la rodeaban.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —quiso saber Jocelyn antes de que ese frío hombre se marchara de su lado.

—Porque me perteneces... —contestó Clive, arrogante, con la intención de enfurecerla. Y

mientras se alejaba de ella, no pudo evitar susurrar la verdad a esa pregunta, una respuesta que tal vez nunca dejaría salir de sus labios delante de esa mujer—: Porque no quiero que nadie dañe a la única mujer por la que siento algo. Algo demasiado fuerte para mi bien...

* * *

—¿Cómo hago para que mi esposo acceda a lo que le pido? —murmuraba Jocelyn, confusa, mientras golpeaba distraídamente su lápiz contra la pequeña libreta que siempre llevaba con ella para anotar cada una de sus ideas, ideas que, en lo referente a Clive, ya se le habían acabado.

—Pensaba que hasta ahora lo habías manejado bastante bien —dijo Evelyn mientras limpiaba el polvo de las estanterías.

—Ese hombre nunca ha sido fácil de manejar, y desde que conoció mi identidad menos aún. Me

sobreprotege demasiado.

—¡Ya era hora de que alguien lo hiciera! ¡Tu padre te da demasiada libertad y Bruno te deja a tu aire a pesar de que debería guardarte en todo momento! El único que no se separa de ti es ese chucho que lo llena todo de pelos... —comentó Evelyn, enfadada, mientras fulminaba a *Fifí* con una de sus miradas, algo ante lo que el molesto animal contestó desperezándose a los pies de su ama—, y claro está, ahora también tu querido esposo.

—No. A pesar de que sus hombres me tengan vigilada en todo momento, Clive no está a mi lado en absoluto. Por las noches duerme en su apartada recámara y durante el día está demasiado ocupado con sus negocios como para prestarme atención.

—Estoy confusa, querida: ¿te quejas porque tu marido no te presta atención o porque te presta demasiada para llevar a cabo tus propósitos?

—Por ambas cosas...

—Me encanta que tengas tan claras tus ideas sobre lo que quieres —suspiró Evelyn, frustrada, ante los deseos de su pequeña que, a cada día que pasaba junto a ese cuestionable esposo, eran más y más confusos—. Si fueras como cualquier otra mujer casada te recomendaría seducir a tu esposo para conseguir lo que deseas...

—Seducir a mi marido... Humm—musitó Jocelyn mientras comenzaba a apuntar en su libreta con decisión, sin permitir que Evelyn terminara su sabio consejo.

—... pero dudo que ese método funcione con Clive Sin.

—¿Por qué? —preguntó Jocelyn, cesando sus anotaciones.

—Porque imagino que decenas de mujeres se habrán arrojado a sus brazos e intentado seducirlo para obtener algo de él con anterioridad. No le pillaría de sorpresa.

—«Ser diferente a todas sus amantes» —apuntó Jocelyn, para asombro de Evelyn.

—No es a eso a lo que me refería... —dijo Evelyn, masajeando sus doloridas sienes mientras intentaba que Jocelyn comprendiera sus palabras—. No creo que debas utilizar un método así, y aún menos cuando careces de experiencia o de la osadía necesaria para llamar la atención de ese hombre.

—«Adquirir más experiencia, ser más osada» —siguió anotando Jocelyn en su inseparable libreta.

Tras comprender que Jocelyn no entendería el motivo por el que Clive Sin no se dejaría manejar con tanta facilidad ante la simple seducción de una mujer, y mucho menos por la de su inocente esposa, Evelyn le arrebató la libreta a su niña para aconsejarle.

—Escúchame bien, Jocelyn: en lo referente a ese hombre, no hagas nada. Nada en absoluto.

—Está bien, Evelyn, no haré nada —respondió Jocelyn tranquilamente mientras alzaba una mano exigiendo que su preciada libreta le fuera devuelta.

Cuando ésta estuvo en su poder, Jocelyn la cerró dejando a un lado el lápiz y parte de esas alocadas ideas que habían venido a su mente. O eso al menos era lo que Evelyn pensó hasta que,

antes de salir de la estancia, pudo ver asomar al rostro de esa pícara muchacha una hermosa sonrisa que le hizo saber que esos descabellados planes no habían sido descartados en absoluto, sino que estaba esperando al momento más oportuno para llevarlos a cabo.

—No sé a quién temer más, Jocelyn, si a ti cuando comienzas a maquinare nuevos planes o a ese endiablado hombre al que todos temen —anunció Evelyn, haciéndole saber a esa chica que era como su propia hija que nada de lo que hiciera podría llegar a engañarla.

* * *

—¿Cómo hago para que mi esposa acceda a lo que le pido? Después de todo, son cosas muy razonables: que se quede donde le digo, que no se meta en ningún lío, que se aleje del peligro en el que siempre se mete de lleno y, sobre todo, que me revele de una maldita vez los nombres de los que la persiguen... —se quejó Clive, bastante molesto, mientras paseaba de un lado a otro por el despacho de su hermano.

—¡Vaya! Creí que lo que querías era deshacerte de ese matrimonio... Después de todo, tu esposa parece ser una de esas damitas de la alta sociedad de las que siempre has huido como de la peste,

¿no, hermano? —repuso Bennet mientras miraba cómo su desesperado hermano apenas había probado la copa de licor que le había ofrecido para sosegar sus intranquilos pasos.

—Y lo quería... ¡Lo quiero! —se corrigió Clive de inmediato, sin dotar a sus

palabras de demasiada convicción.

—¡Ajá! Lo que tú digas —declaró Bennet, burlándose de esas dudas que Clive nunca había tenido hasta que empezó a rondar a esa mujer.

—Aún quiero deshacerme de ella, pero no puedo dejarla sabiendo que podría estar en peligro y que, en parte, es por culpa mía. Mi apellido crea demasiados enemigos y ella ya tenía algunos con anterioridad, por lo que me preocupa aún más su seguridad.

—Te preocupas por una mujer de la que, según tú, quieres deshacerte. Piénsalo, hermano, ¿no sería mejor seguir casado con ella?

—¿Cómo podría una mujer como Jocelyn vivir con un hombre como yo, Bennet? —preguntó Clive, afligido, mientras su mirada se perdía una vez más en recuerdos que nunca le contaría a su hermano.

—No lo sé, Clive, pero mi mujer lo hace conmigo cada día y no permite que nadie la aleje de mí a pesar de lo inadecuado que pueda llegar a ser para ella.

—Bennet, tus manos nunca han estado tan manchadas como la mías. Tú puedes salir de este mundo. Yo no —manifestó Clive, observando en sus desnudas manos los pecados que su hermano nunca vería.

—Me gustaría que algún día me contaras todo lo que hace que tu conciencia te aflija tanto para que te desahogaras y pudieras dormir en paz, pero, por lo que veo, no estás preparado para ello a

pesar de los años que han pasado. Me pregunto cuándo lo estarás... — comentó Bennet a su apenado hermano. Y una vez más, protegiéndolo de todo, Clive le contestó simplemente con una irónica sonrisa.

—Si te contara todo lo que he hecho seríamos dos quienes no podríamos conciliar el sueño, y eso es algo que no le agradaría a mi cuñada —repuso Clive burlonamente, acabando de un solo trago con esa copa que apenas había tocado—. Tal vez deba pedir consejo a otra de mis cuestionables amistades, a una que esté menos enamorado de su esposa o que tenga una opinión más realista de mí.

Yo, pese a lo que piensas, hermano, no tengo salvación —concluyó Clive, riéndose de sí mismo mientras se alejaba de Bennet y hacía oídos sordos de las palabras que le dirigía su hermano.

—Mi único consejo para ti, querido hermano, es que sigas casado con Jocelyn. Ella te hace un poco más humano.

—No, Bennet, con ella sólo soy un poco más gris —replicó Clive, riéndose del confuso rostro de su hermano ante su respuesta, copiada de las palabras que Jocelyn le dedicaba habitualmente.

* * *

Si Clive esperó en algún momento que sus otras cuestionables amistades le ofrecieran algún consejo de valor, comprobó rápidamente lo equivocado que estaba al acudir a exponer sus dudas ante ese sinvergüenza, lo que quedó plenamente confirmado con la respuesta que su amigo le dio ante sus preocupaciones.

—Es muy sencillo: seduce a tu esposa —aconsejó Adrian Conrad con toda tranquilidad.

—Adrian, lo que pretendo es que Jocelyn me obedezca. Además, no sería adecuado aprovecharme de ella si luego pretendo deshacerme de este matrimonio.

—Si pretendes obtener la cooperación de una mujer, la mejor forma de conseguirla es manteniéndola satisfecha. Y no se me ocurre otra manera mejor que complaciéndola en el lecho —

afirmó Adrian despreocupadamente mientras rebuscaba entre los libros de su biblioteca—. De todos modos, si ya te aprovechaste en una ocasión de ella, no veo la razón de tu reticencia a llevártela a la cama.

—No soy el hombre adecuado para quedarme con mi mujer.

—¿Acaso lo somos alguno? —preguntó Adrian al tiempo que hallaba el libro que buscaba.

—¡Por Dios, Adrian! ¡Mi nombre es conocido por todos en los suburbios, la gente teme la mera mención de mi apellido, mis manos están manchadas de sangre y mis negocios nunca serán lo bastante honorables para ninguna esposa que pudiera tener!

—En ese caso, la pregunta más apropiada que se me ocurre en este momento es: ¿quién sería más adecuado que tú para cuidar de ella y protegerla? —apuntó Adrian mientras buscaba en ese viejo tomo algún dato importante.

—Quiero mantenerla a salvo, pero también quiero estar lo suficiente alejado de Jocelyn para no

afectarla con mis pecados. Por ese motivo quiero conseguir cuanto antes los nombres de los hombres que la persiguen y encargarme de ellos.

—¿En serio? Querido Clive, tu situación me aburre. Sobre todo, porque tiene una fácil solución que te niegas a aceptar —dijo Adrian. Y cerrando bruscamente el libro que llevaba en sus manos, le dio la solución que Clive se negaba a escuchar—: Tú la deseas, y ella ya es tuya. Pues es muy simple: quédate con ella y haced frente a todos los problemas. Juntos, no separados.

Tras pronunciar estas sabias palabras, el joven Adrian no dudó en excusarse para llevar a cabo el apremiante asunto que la presencia de Clive había interrumpido y que demostraba que, a pesar de estar casado, nunca podría dejar de ser un sinvergüenza.

—Ahora, querido amigo, si me disculpas... Tengo que ir en busca de mi mujer para susurrarle al oído algunas frases indecentes de este libro que la hagan sonrojar. ¡Ah, Clive! Un último consejo: la única forma de conseguir que una mujer te escuche es ganándote su confianza, y, para ello, tiene que ser mutuo: debes arriesgarte a confiar en ella también.

Capítulo 11

Confiar no era fácil para Clive, y aún menos cuando él llevaba marcadas en su cuerpo las consecuencias de cada una de sus equivocaciones, unos errores en los que su único pecado había sido ser clemente con alguien. «De todos modos, acercarse a Jocelyn tampoco es demasiado fácil en estos momentos»,

pensó Clive tras abrir la puerta que comunicaba su estancia con la de su esposa y encontrarse en la cama de Jocelyn a un peligroso sujeto que ocupaba gran parte de la misma.

—En serio, ¿a quién narices se le ocurrió llamarte *Fifi*? —susurró Clive al amenazante cánido en cuanto éste gruñó una nueva advertencia hacia su persona. No obstante, el animal permaneció tranquilo en su lugar, como respetando una tregua tácitamente establecida entre ellos, ya que hasta ese perro sabía cuan débil era ante esa mujer.

Como Clive suponía, Jocelyn se encontraba durmiendo en su cama, y como todas las noches, veló sus sueños para que no fueran tan inquietos como los suyos. Y cuando estuviera seguro de que nada la atormentaba, Clive volvería a su habitación donde las pesadillas, fueran reales o no, lo perseguirían sólo a él.

Clive se acercó lentamente a Jocelyn, acarició sus sueltos cabellos y la besó en la cabeza con la misma delicadeza con la que no se permitía tocar sus labios. Tras ello, susurró a su provocativa mujer.

—Si supieras lo que me cuesta resistirme a ti...

Como si sus palabras hubieran sido escuchadas y su mujer solamente quisiera tentarlo, Jocelyn se removió inquieta entre sus sueños para acabar apartando las sábanas de su cuerpo y mostrar lo que vestía su insinuante cuerpo bajo sus cobijas. La atrayente tela translúcida de un pecaminoso negligé negro que le llegaba hasta las rodillas le reveló las apetitosas curvas que no había podido olvidar, y lo tentó a hundirse en ese apasionado cuerpo que nunca lo había rechazado.

Clive, excitado, acercó una de sus manos al calor de ese adorable cuerpo. Y rozando levemente su piel por encima de la suave tela con la yema de uno de sus dedos, comenzó un lento camino de insinuantes caricias. Desde el ombligo, que quedaba expuesto entre los pliegues de la sugerente prenda, su dedo fue subiendo por la piel de Jocelyn, haciéndola estremecerse con cada uno de sus roces. Juguetonamente, Clive rodeó sus pechos hasta hacer que los pezones se alzaran excitados.

Cuando Clive vio cómo se agitaba Jocelyn, y que de sus labios salía algún que otro alentador gemido, supo que su mujer estaba jugando con él de nuevo. Decidido a torturarla tanto como ella hacía con él en esos momentos, Clive subió sus caricias por el cuello de su esposa hasta llegar a sus labios, y después de rozarlos con sus dedos, aproximó su boca a la de Jocelyn con la grata promesa de un beso que no podía volver a repetirse entre ellos.

Luego se concedió el placer de susurrarle al oído todos sus pecaminosos deseos para observar cómo subía un delicioso sonrojo a su rostro, desvelando que no estaba tan dormida como aparentaba.

—Me matas, Jocelyn, y en esta ocasión las armas que utilizas no son otras más que tu propio cuerpo. Si tan sólo imaginaras cuánto deseo probar de nuevo el tacto de tu cálida piel, lamer cada parte de tu cuerpo hasta hacerte gritar mi nombre, hundir mi lengua entre tus piernas para devorarte y abrirte a mí para hundirme profundamente en tu apretado interior con el único deseo de hacerte suplicar clemencia... Primero iría despacio, hasta que tu humedad me apretara reclamándome más.

Entonces aumentaría la fuerza y la profundidad de mis acometidas para que me sintieras tan unido a ti como sólo un hombre y una mujer pueden estar. Y cuando el placer nos embargara a ambos, reclamaría tu boca para acallar tus gritos que, sin duda, pedirían más. Pero éstos son placeres a los que tengo que negarme porque si tú no confías en mí para revelarme esos nombres, ¿por qué debería hacerlo yo y acercarme a ti más de lo aconsejable? —dijo Clive. Y apartándose de su mujer, le dio un leve beso en la cabeza antes de susurrar, como despedida—: Buenas noches, Jocelyn, que tengas felices sueños o, al menos, unos muy cálidos —ironizó Clive antes de alejarse de la tentación que representaba para él esa mujer que, como muchas otras antes que ella, había decidido seducirlo para obtener algo de él. Una sucia táctica que nunca le había funcionado a ninguna otra mujer, pero que, en el caso de Jocelyn, a punto había estado de hacerle caer para probar una vez más la dulzura de sus caricias.

* * *

—¡Mecachis! —exclamó Jocelyn, furiosa y frustrada porque su plan de seducción no le hubiera servido de nada, salvo para provocar que Clive

hiciera arder su cuerpo, dejándola terriblemente insatisfecha con sus caricias —. Se supone que los hombres no pueden resistirse a este tipo de prendas, o eso al menos me aseguraron las chicas de La Guarida. Creo que tendré que repasar mis notas —reflexionó Jocelyn en voz baja. Tras ponerse los anteojos que descansaban en la mesita junto a ella, sacó la pequeña libreta que guardaba debajo de su almohada para repasar sus anotaciones.

Después de leer durante unos minutos y poner sus ideas en claro sobre los pasos a seguir a continuación en la seducción de su marido, guardó de nuevo su libretita y sonrió hacia la puerta donde dormía Clive.

—Estoy deseando ver bajo cuál de mis armas te rindes en esta ocasión, porque ten una cosa muy clara, Clive Sin, tarde o temprano caerás bajo mi seducción.

* * *

En el despacho de su residencia, Clive paseaba nerviosamente de un lado a otro mientras intentaba hacerles ver a su hermano y a su amigo Adrian los problemas que representaba para él tener una esposa.

—Estoy desesperado, creo... Bueno, no; sé con certeza que mi esposa quiere seducirme —

confesó un alterado Clive a su hermano y a su amigo Adrian, quienes habían decidido hacerle una visita, seguramente para burlarse de su vida de casado, como Clive había hecho con anterioridad con ellos.

—Ni se te ocurra... —advirtió Bennet al joven Adrian cuando éste estaba a punto de realizar alguna de sus jocosas observaciones sobre el comentario de Clive, por lo que Adrian, aburrido por tener que guardar silencio, se dedicó a ojear todos los libros que había en los estantes en busca de alguno lo suficientemente indecente que lo entretuviera.

—Cada mañana, Jocelyn se las apaña para que sus criados dejen a la vista la provocativa ropa interior que usará esa noche, y os juro que son modelitos que avergonzarían hasta a la meretriz más experimentada. Me ha sido impuesto un menú a base de ostras, chocolate y demás apetitosos manjares

afrodisíacos. Los escotes de sus vestidos son cada vez más pronunciados y yo, que sólo intento evitarla para no abalanzarme sobre ella, no dejo de encontrármela allá donde vaya. ¡Joder, no soy de piedra! Juro que mis buenas intenciones están a punto de esfumarse...

—Clive, en serio, creo que deberías dejar de jugar al gato y al ratón con tu mujer y sentarte a hablar con ella —opinó Bennet.

—¿De verdad crees que, tal y como estoy, podría llegar a hablar más de dos palabras con ella sin echarme encima de su cuerpo?

—Creo, querido amigo, que ambos seríais más felices si eso ocurriera... Por cierto, Clive, ¿qué es esto? —intervino en ese momento Adrian, dándole vueltas a una libreta que Jocelyn había dejado olvidada en su estudio unos minutos antes.

—Creo que Jocelyn está aprendiendo a cocinar o algo parecido, ya que la última vez la vi anotando alguna que otra receta en ese cuaderno —respondió Clive sin darle importancia, intentando deshacerse de su molesto amigo y sus inútiles preguntas.

—¡Vaya! Esto parece interesante... —anunció Adrian. Y olvidándose por completo de los problemas de Clive, se acomodó en uno de los sillones para comenzar su lectura mientras Clive continuaba con sus quejas.

—Creo que necesito algo de espacio e irme a algún lugar donde no puedan seguirme Jocelyn ni sus intentos de seducción, ya que incluso ha llegado a atreverse a irrumpir en La Guarida. Y para mi desgracia, en unos pocos días se ha hecho con la confianza de mis hombres y mis mujeres.

—¿Y por qué no te desahogas con otra mujer y pones fin a tu frustración? —preguntó Bennet a su hermano mientras disfrutaba de su copa.

—¿Tú lo harías, hermano? —preguntó Clive a Bennet.

—No, pero yo amo a mi esposa y nunca huiría de ella, más bien la perseguiría hasta el fin del mundo.

—Yo no la amo, pero me siento inquieto al pensar en lo que pueda opinar Jocelyn de mí si me comportase así.

—Tal vez ésa sea la clave para alejarla de ti —apuntó Adrian desde su relajada posición—. A no

ser, claro está, que a pesar de tus innumerables quejas no quieras deshacerte de ella en realidad.

—Yo no quiero que se separe de mí antes de que se encuentre a salvo y que nadie le haga daño.

—Clive, ¿de verdad crees que Joe Hell estará a salvo de todos en algún momento? —preguntó Bennet, recordándole el peligro que acechaba a esa mujer.

—Yo de ti me quedaría al lado de mi esposa, me dejaría seducir por ella disfrutando lo máximo posible del momento y pondría en claro mis ideas —dijo Adrian—, porque lo que está claro es que sientes algo por esa mujer a pesar de que quieras alejarte de ella constantemente.

—No puedo quedarme con Jocelyn, necesito alejarme de ella... ¡A saber con qué tiene planeado tentarme en la próxima ocasión, y si podré resistirme a ello! —respondió Clive, frustrado, mientras mesaba nervioso sus cabellos, sin dejar de pasearse por la estancia.

—¡Amigo mío, tu esposa piensa alegrarte el pepino!

—¿Pero qué mierda estás diciendo, Adrian...? —gritó Clive con furia ante las burlas de su amigo.

—¡Eh, tranquilo! Eso es lo que pone aquí, y muy detalladamente. Por lo que estoy leyendo puedo asegurarte, querido amigo, que tu dulce esposa no está recibiendo clases de cocina en absoluto. Aquí pone que piensa poner en práctica alguna de sus anotaciones antes de llevarlas a cabo contigo. Me pregunto con quién... ¿Tú no? —preguntó Adrian, consiguiendo que Clive le arrebatara bruscamente la libreta de las manos para, sin decir palabra alguna, precipitarse fuera de esa habitación hacía donde estuviera Jocelyn.

—¿Qué has hecho, Adrian? —se interesó Bennet, con curiosidad por la reacción de Clive que había desencadenado su irreflexivo amigo.

—Darle la excusa perfecta para hacer lo que realmente desea —replicó Adrian, perdiendo por unos instantes el eterno tono risueño que siempre acompañaba su voz, como si él mismo se hubiera encontrado alguna vez ante ese mismo dilema—. Además, así nos libramos de que nos incordie con sus quejas y podremos aprovechar ese tiempo para otras cosas mucho más importantes.

—¿Como qué? —quiso saber Bennet, alzando con escepticismo una de sus cejas.

—Como, por ejemplo, seducir a nuestras propias esposas.

—En eso estoy totalmente de acuerdo contigo —contestó Bennet, decidiendo dejar la visita a su hermano para otro momento—. ¿Crees que Clive estará bien? —preguntó, aún preocupado por su hermano, al desvergonzado Adrian mientras salían por la puerta. Y como siempre, éste respondió tan atrevidamente como era habitual en él.

—Después de lo que he leído que piensa hacerle su mujer a su... bueno, eso, cuando termine con él, será el hombre más feliz del mundo.

—Sólo si se deja conquistar —recordó Bennet, preguntándose si el mal humor de su hermano cesaría si se dejara seducir por su mujer.

* * *

—¿Se puede saber dónde narices está mi esposa?! —gritó Clive al perro guardián que siempre la vigilaba y que, en esos momentos, se encontraba dándole de comer a *Fifí*.

—Con Jocelyn nunca se sabe —respondió Bruno, que aún no había decidido si dejar a ese hombre con vida era lo más conveniente para Jocelyn.

—¡Maldita mujer! ¿Podría dejar de meterse en problemas por una vez?

—No, eso siempre será algo habitual en ella. Creo que es debido a la

curiosidad innata que tienen las mujeres y que, en ella, es mayor de lo habitual —repuso Bruno distraídamente, preguntándose qué habría hecho en esta ocasión Jocelyn para inquietar tanto a su malhumorado esposo.

—Debería confiar más en las personas que la rodean.

—Tanto tú como yo sabemos que eso, en ocasiones, es un error —manifestó Bruno, dejando entrever el peligroso pasado que lo perseguía—. No obstante, no sé por qué ella confía en ti.

—No, no lo hace. Si así fuera, yo ya conocería los nombres de sus enemigos y habría comenzado con mi venganza.

—Te confundes tanto como lo estuve yo cuando la conocí: si Jocelyn no te revela esos nombres no es porque no confíe en ti, sino porque quiere protegerte.

—¿A mí? ¡Pero eso es ridículo! ¿Es que aún no comprende lo peligroso que soy? ¿Lo mucho que todos temen mi nombre? —exclamó Clive, sorprendido de que esa ridícula idea rondara la mente de su inteligente esposa.

—Jocelyn ve el mundo de otra manera. Para ella, esta peligrosa bestia es un animalito indefenso, una exprostituta es una adorable madre, un antiguo asesino es un adecuado guardián y el hombre más temido de los suburbios, un esposo aceptable.

—Ella no puede tener la intención de protegerme... —musitó Clive, asombrado con la idea de que la pequeña dama que rondaba por su casa intentara defenderlo de todos sus enemigos.

—No, es peor; pretende protegernos a todos.

—Está loca, definitivamente. Voy a encerrarla y a sonsacarle cada uno de esos nombres... —

murmuró Clive, paseándose con intranquilidad por la habitación, intentando llegar a una conclusión

—: No serviría de nada, ¿verdad? —preguntó al hombre que conocía tan bien

a Jocelyn y que, en parte, guardaba un pasado tan oscuro como él.

—No.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme a ver cómo esa mujer se pone en peligro una y otra vez?

—Amigo mío, a eso no puedo contestarte ya que es lo que yo tengo que hacer cada vez que consigue escaparse de mi vista.

—Yo no pienso dejar que Jocelyn arriesgue su pellejo estúpidamente por mí, y menos cuando no me lo merezco —afirmó Clive con decisión antes de marcharse dispuesto a remover cielo y tierra hasta encontrar a su inocente esposa para acabar con cada una de sus estúpidas ideas.

—Yo tampoco, por eso lo he dejado todo en tus manos —susurró Bruno a la vacía habitación,

viendo cómo el único hombre que podía convencer a Jocelyn se dirigía hacia su encuentro.

Y mientras acariciaba distraídamente al enorme animal que Jocelyn siempre adoraría a pesar de su aterrador aspecto, no pudo evitar recordarle a *Fifi*:

—¿Crees que estará igual de confuso que nosotros la primera vez que Jocelyn nos protegió? Sobre todo cuando se dé cuenta de que, a pesar de que todo esté en su contra, ella siempre logra salirse con la suya.

Y como si ese animal entendiera sus palabras, *Fifi* emitió un animado gemido mientras lamía la mano del hombre que lo acompañaba.

—Lo suponía. En cuanto la encuentre estará perdido.

* * *

Cuando Clive consiguió dar con el paradero de Jocelyn, éste no resultó ser otro más que su propia Guarida, el lugar más despiadado y desagradable en opinión de todo el mundo. Ese territorio, donde pocos hombres se atrevían a poner sus pies, se había convertido en un segundo hogar para esa extraña

mujer que, según sus hombres, lo visitaba cada día para tomar el té con las mujeres.

Si las mujeres hubieran sido damas, o caras meretrices, tal vez lo comprendería, pero que una noble señorita tomara el té con unas simples prostitutas de la calle era algo que Clive no podía llegar a entender. Confuso, llegó a la puerta detrás de la que se reunían las mujeres y suspiró aliviado al comprobar que esas chicas a las que él siempre había protegido nunca harían nada que pudiera poner en peligro a su esposa.

Dudando si interrumpir o no esa reunión, se quedó esperando detrás de la puerta hasta que llegara el momento oportuno para llevarse a su esposa del lugar y reprenderla una vez más por sus imprudencias. Pero sus dudas se resolvieron en el instante en el que escuchó la conversación que tenía lugar tras ella.

—¡Esto es demasiado grande!

—¡Venga ya, Jocelyn! Si ya has aprendido a cogerlo lo único que te falta por saber es cómo menearlo... —replicó una de las mujeres.

—Además —añadió otra—, no rechaces tan fácilmente a nuestro sujeto de... ¿cómo dijiste antes?

—Sujeto de experimentación —dijo Jocelyn.

—Es un voluntario muy duro —añadió otra voz con tono burlón.

—Y está muy bien dotado, todo sea dicho... —opinó otra mujer entre risitas.

—Bueno —convino Jocelyn, con dudas en su voz—, pero ¿estáis seguras de que eso cabe en mí...?

—¡Ya he tenido suficiente, Jocelyn! ¡Olvídate de experimentar con otro que no sea yo! —gritó Clive mientras entraba violentamente en la estancia a la vez que recordaba las anotaciones de la pequeña libreta de Jocelyn, preguntándose quién sería el individuo del que debería deshacerse por

haberse atrevido a aceptar las proposiciones de su mujer.

Y una vez más, Clive quedó sorprendido ante la inquietante escena que se encontró detrás de la puerta.

—¿Se supone que ése soy yo? —inquirió Clive en medio de las risitas de las mujeres al ver ante él varios almohadones vestidos con sus ropas, en uno de los cuáles se apreciaba un rostro pintado que pretendía imitar su huraño gesto cuando algo lo molestaba, como en ese preciso momento—. ¿Y

eso es mi...? —continuó Clive, sin poder terminar su frase al observar a Jocelyn sosteniendo un gran pepino entre sus manos, que, con mirada titubeante, su esposa intentaba comerse de un solo bocado.

Finalmente, harta de todo y un poco fastidiada por la interrupción de su marido, que la había sorprendido en una situación vergonzosa, Jocelyn abrió su boca lo máximo que podía para, a continuación, darle un gran mordisco al pepino.

—¡Auch! —exclamó Clive, emitiendo un dolorido gemido en solidaridad con el pepino. Y

acercándose a Jocelyn, se dispuso a sacarla de ese inadecuado ambiente para llevarla a un lugar más respetable. Mientras la acompañaba de vuelta a casa, no pudo evitar comentarle:

—Tienes mucho que practicar, sí... Pero lo harás únicamente conmigo.

* * *

El conde de Pemberton paseaba una vez más junto a la celda de su prisionero, mostrándole su disgusto mientras su cautivo lo recibía como si se tratase simplemente de una molesta visita que lo apartaba de sus libros en vez del peligroso individuo que lo había secuestrado.

—La paciencia se me está agotando, Isaac. Tu hija no ha hecho ningún movimiento para buscarte y recuperarte, y ahora que está casada con ese maleante, se encuentra muy bien protegida y ningún hombre se atreve a aceptar mi encargo de secuestrarla. Y encima, los lacayos de ese delincuente

no cesan de revolotear a su alrededor haciéndome imposible acercarme... Como padre responsable, deberías ceder a mis deseos y correr a salvar a tu hija de las despiadadas garras de ese truhan, pero tú sólo te pasas los días leyendo en tu maldita celda mientras acabas con todo mi buen humor.

—Hay algunas cosas que deberías saber de mi hija... —manifestó Isaac con orgullo, mientras cerraba su libro y le dedicaba un poco de su tiempo a su secuestrador—: Jocelyn sólo se mueve cuando todo está perfectamente planificado, y en cuanto lo haga, querido conde, será tu perdición.

—¡Ninguna mujer es más lista que yo!

—Creo que Jocelyn ya lo ha sido, de lo contrario no estaríamos manteniendo esta conversación —

apuntó Isaac, luciendo una satisfecha sonrisa hacia su enemigo.

—Tiene que haber algo que pueda borrar esa irritante sonrisa de tus labios, alguien que te importe tanto como tu hija y que esté a mi alcance.

—No, no hay nadie más importante para mí que Jocelyn —respondió Isaac con convicción.

Hasta que las palabras del conde dieron con una verdad que él intentaba ocultar a todos, incluso

hasta a sí mismo.

—Tal vez una mujer, una amante a la que visites asiduamente. Pero no se te ha visto salir de tu casa demasiado, así que... tal vez debamos buscar dentro de ella —especuló el conde de Pemberton, inquietando a Isaac con sus palabras—. ¿Podría ser una criada? No lo creo; demasiado jóvenes para un hombre tan digno como tú, que nunca osaría fijarse en una mujer de la edad de su hija... Pero ¿y la mujer que gobierna tu casa? ¿Será acaso también la que hace lo propio en tu corazón? —preguntó en voz alta el conde. Y al observar que la burlona sonrisa del rostro de Isaac había desaparecido, supo dónde buscar lo que necesitaba para hacer bailar a ese hombre a su propio son—. Muy bien, pues.

Puede que tu hija sea inalcanzable por lo bien protegida que está, pero ella no puede proteger a todos los que la rodean.

—¡Qué poco conoces a Jocelyn y las artimañas que puede inventar para mantenernos a todos a salvo! —se burló nuevamente Isaac de su enemigo.

—Por muy grandioso que te creas, Isaac, tanto tú como tu hija sólo sois humanos y, por lo tanto y como todos, tenéis una debilidad. No tengas dudas de que voy a encontrar cada una de ellas para que hagas lo que quiero.

—Mi hija no tiene ninguna debilidad —se jactó Isaac.

—¿Y tú? —interrogó el conde de Pemberton, enfurecido por la actitud de su cautivo.

—Todas de las que ella carece. Eso sí: si quieres chantajearme, primero tendrás que dar con ellas. Y eso te será tan difícil como llegar hasta mi hija. Mucha suerte, la vas a necesitar —se burló Isaac mientras su furioso carcelero se alejaba maldiciéndolo una vez más.

»¡Por Dios, Jocelyn, utiliza todo lo que esté a tu alcance para protegerte! —susurró Isaac, desesperado, mientras volvía a planear cómo escapar de su encierro en la oscuridad de su celda.

* * *

—¡¿En serio, Jocelyn?! ¡¿Un pepino?! —se quejó Clive mientras arrastraba a su esposa hacia su habitación—. Creo recordar que estoy mucho mejor dotado que eso.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Jocelyn, avergonzada, cuando Clive comenzó a desnudarse frente a ella sin pudor alguno.

—Convertirme en... ¿cómo le dijiste antes a las mujeres? ¡Ah, sí! ¡Tu sujeto de experimentación!

—¡Pero es de día! —se quejó Jocelyn mientras intentaba taparse los ojos con las manos para no ver la desnudez de Clive. Aunque la curiosidad por observar de nuevo a su esposo la llevaba a curiosear entre los abiertos dedos

de sus manos.

—Para tu información, y para que lo anotes en esa maldita libretita que ha acabado con toda mi buena voluntad, te comento que también se puede hacer de día.

—¡Aún no estoy preparada! Creo que tengo que investigar un poco más, y...
—comenzó a titubear Jocelyn mientras las avasalladoras manos de Clive, después de quitarle bruscamente su calzado y

arrojarlo a un lado de la habitación, comenzaban a desabrochar su vestido.

—Cariño, siento informarte de que tu tiempo para escapar de mi lado se ha acabado. Ahora, nada ni nadie podrá separarme de ti —afirmó Clive, a la vez que le quitaba los anteojos, depositándolos a continuación en una mesita cercana a la cama.

—Yo nunca quise escapar —repuso Jocelyn. Y dejando atrás sus miedos, acarició con cariño el decidido rostro de ese hombre que la reclamaba.

—Ni yo que escaparas —dijo Clive, dejando ver al fin los mayores deseos que guardaba su esquivo corazón.

Luego acalló todas las posibles protestas de esa mujer con un ardiente beso que la silenció por completo. Su exigente lengua enseñó a la de Jocelyn a igualar su pasión cuando ambos iban en busca del deseo. Las impacientes manos de Clive, que intentaron comportarse con la suavidad que Jocelyn se merecía, rompieron su vestido haciendo que se deslizara hasta el suelo para poder acariciar la piel que lo provocaba con su dulzura.

Las manos de Jocelyn no interrumpieron sus avances, sino que lo atrajeron junto a ella, haciéndolo arder más al vislumbrar la impaciencia del deseo de su mujer. Después de apartar el desgarrado vestido, Clive contempló ante sí la nueva prenda con la que Jocelyn pretendía provocarlo en esta ocasión, y sus manos, que tanto habían evitado tocar esa dulce tentación, no pudieron evitar acariciarla deleitándose con cada una de las delicias que exhibía su cuerpo.

Un medio corpiño negro, de una tela transparente adornada con unos incitantes lazos rojos, alzaba sus senos hasta casi desbordarlos de su encierro. De las insinuantes ligas que iban unidas al corpiño descendían unas medias de seda negra con intrincados bordados. El conjunto le permitía ver el incitante vértice de rizos castaños en el que, sin duda, Clive deseaba hundirse hasta hacerla gritar su nombre.

—¡Dios, Jocelyn! ¡Me matas! —exclamó Clive, haciendo sonrojar a su esposa ante la apremiante cuestión que le preguntó a continuación—: ¿Cómo me deshago de esta cosa?

—Creo que... tienes que... deshacer los lazos del corpiño... —contestó Jocelyn entrecortadamente mientras las manos de Clive acariciaban con sutileza la piel de sus senos que quedaba expuesta ante él.

—Hoy no tengo paciencia para eso —replicó Clive mientras una de sus manos bajaba lentamente por su costado hasta introducirse entre sus piernas para comprobar su deseo.

Jocelyn jadeó sorprendida con las atrevidas caricias de su marido, y sin saber qué hacer, se sujetó a los fuertes brazos de Clive, quien la arrastró hacia la cama.

Cuando sus besos reclamaron sus labios de nuevo, Jocelyn se perdió en el ardiente deseo que su cuerpo experimentaba. En el instante en el que Clive se apartó de ella, Jocelyn lo buscó sintiéndose vacía, pero Clive únicamente había ido en busca de uno de los cuchillos que guardaba en la mesita para cortar el incómodo corpiño que la ocultaba.

—Ahora quédate quieta para que pueda jugar contigo... —advirtió Clive, luciendo en su rostro

una ladina sonrisa que le mostraba a Jocelyn que el tipo de juego que quería comenzar con ella empezaría y terminaría en esa cama.

Clive cortó lentamente los lazos del corpiño acariciando con el leve roce del frío metal su piel.

Jocelyn aguantaba la respiración bajo el arma con la que Clive pretendía desvestirla, pero lo que la mantenía quieta bajo ese fuerte cuerpo que la reclamaba no era el cuchillo que ese peligroso hombre llevaba entre sus manos, sino la intensa mirada con la que devoraba su cuerpo y le prometía una infinidad de placeres que estaba dispuesta a volver a experimentar entre sus brazos.

En el momento en el que el último lazo fue cortado, Clive, sin dejar de mirarla, arrojó su arma por encima de su hombro, clavándola en la puerta, para no perderse la desnudez que se exponía ante él cuando la prenda que ocultaba el cuerpo de su mujer se deslizó hacia la cama.

Jocelyn observó avergonzada la penetrante mirada con la que su marido no dejaba de admirarla.

Su cuerpo temblaba expectante debajo de él, a la espera de unas caricias que Clive no tardó en prodigarle con sus dedos. Las dulces caricias ascendieron por el cuerpo de Jocelyn, desde su desnudo ombligo hasta sus enhiestos pezones que exigían algo más que el leve roce de esos dedos.

Como si Clive supiera cuáles eran cada uno de sus indecentes deseos, acogió los turgentes senos entre sus manos para luego pasar a devorarlos con el ardor de su boca, haciéndola gemir ante el contacto con esa intransigente lengua que exigía todo de ella.

Jocelyn alzó su cuerpo, reclamando más de la pasión con la que Clive lograba que su cuerpo ardiera. Y su esposo no la decepcionó cuando una de sus atrevidas manos abandonó sus pechos para deleitarse con la calidez de su entrepierna. Acariciando tenuemente su húmeda feminidad, Clive se dejó guiar por los gemidos de placer que salían de su boca, y la guio en el deseo que ella desconocía hasta hacerla rendirse a él.

Jocelyn se movió con inquietud sobre la mano de su amante, buscando su propio placer, pero pronto esas manos abandonaron su cuerpo, tan sólo para torturarla.

—Di que me deseas... —susurró atrevidamente Clive a su oído, queriendo ver más de ese rubor y de esa inocencia que ninguna de sus amantes había

mostrado en su lecho. Y mientras lo hacía, no dejaba de acariciar su cuerpo desnudo, que temblaba de impaciencia junto a él.

—Te deseo, Clive Sin —dijo Jocelyn con firmeza, sin ninguna señal del miedo que otras personas dejaban entrever al pronunciar su nombre, haciendo que algo se removiera en el pecho de Clive, deseando más de esa mujer.

—¿Tanto como para revelarme esos nombres? —preguntó audazmente Clive, intentando conseguirlo todo de ella a través de la pasión.

—No. No tanto como para eso —se negó Jocelyn, enfrentándose a él, molesta ante el desvergonzado intento de Clive de aprovecharse de ella.

—No te enfades, Jocelyn —dijo Clive, besando levemente sus labios—. A pesar de los líos en los que puedes llegar a meterte, todavía no sabes cómo juegan los más granujas. Pero no te inquietes, pronto lo sabrás... —anunció Clive antes de comenzar a descender por su cuerpo con ardientes

besos que la hicieron volver a temblar de deseo entre sus brazos.

—Por nada del mundo... pienso... decirte... esos nombres... —murmuró Jocelyn entre gemidos cuando esas avasalladoras manos volvieron a jugar con sus senos y los labios de Clive descendieron por su ombligo hasta llegar a sus muslos.

—Entonces tendré que esforzarme más por conseguirlos —declaró Clive con una ladina sonrisa antes de que sus manos descendieran por ella hasta llegar a sus piernas, las cuales separó con brusquedad para hundir profundamente su lengua en su húmedo interior.

Jocelyn dejó de pensar en otra cosa que no fuera la pasión cuando la lengua de ese hombre acarició sin clemencia la parte más sensible de su cuerpo. Una y otra vez lamía su clítoris hasta hacerla removerse inquieta entre las sábanas y que alzara sus caderas en busca de más. Cuando estaba a punto de llegar a alcanzar ese placer que tanto añoraba, Clive detuvo sus traviesas caricias, y alzando su rostro hacia ella, le preguntó una vez más:

—¿Me dirás ahora esos nombres?

—¡No! —negó Jocelyn, frustrada y enfadada por la persistencia de su marido.

Y ante su negativa, Clive comenzó a torturarla de nuevo acelerando los roces que su lengua le prodigaba, añadiendo en esta ocasión uno de sus rudos dedos en su interior, con el que marcaba un arrollador ritmo que la llevaría a gritar una y otra vez su nombre.

—¡Sí...! —gritó Jocelyn mientras se convulsionaba sobre esa lengua en busca del éxtasis.

—Entonces... ¿me darás esos nombres? —insistió Clive con maldad, cesando de golpe sus caricias.

—¡No! —exclamó Jocelyn de nuevo enfadada, algo que sólo consiguió que Clive prosiguiera con sus maliciosos juegos.

Clive la torturó una y otra vez llevándola cerca del éxtasis para luego detenerse y realizarle una y otra vez la misma pregunta que ella se negaba obstinadamente a contestar. Sólo cuando el cuerpo de Jocelyn se encontró lo suficientemente excitado por sus caricias, y Clive ya no pudo aguantar más esa tortura, cogió sus caderas y dirigió su duro miembro hacia su húmedo interior, adentrándose en ella de una profunda embestida con la que la reclamó en cuerpo y alma. Porque, por más que Clive lo negara, esa mujer era la única que había conseguido atravesar las barreras que había construido en torno a su duro corazón.

Enlazando las piernas de Jocelyn en torno a su cintura, Clive profundizó cada una de sus embestidas, haciéndola gritar de placer. Tras aumentar el ritmo de sus embates, la llevó a un éxtasis al que él mismo no tardó en seguirla, gritando su nombre. Por unos minutos, ambos descansaron en brazos del otro, dejando atrás todos los problemas que los rodeaban.

Jocelyn, tan confiada como siempre, se adormeció entre sus brazos. Y Clive, acostumbrado a alejarse de todas las mujeres con las que se acostaba, bien porque éstas lo echaran de su lecho o bien porque tras conseguir su placer él simplemente desaparecía, comenzó a apartarse de Jocelyn. Hasta que unas dulces manos recorrieron con suavidad las cicatrices que había en su espalda

y unos cálidos

labios besaron con cariño cada una de ellas, mostrando que Jocelyn no estaba tan dormida como él pensaba.

—No quiero que tengas más heridas en tu cuerpo de las que ya tienes, Clive, y mucho menos que alguna sea por mi culpa.

—Entonces, ¿por qué me elegiste a mí? —preguntó Clive a su esposa, negándose a mirarla a los ojos.

—Porque estaba desesperada, porque eras mi último recurso, porque tenía miedo y porque nunca creí que me enamoraría de un hombre como tú... —confesó Jocelyn mientras lo abrazaba con ternura, mostrándole que sus palabras eran ciertas.

Clive, absolutamente sorprendido ante su confesión, apartó esas cálidas manos de su cuerpo y se enfrentó a esos sinceros ojos para indicarle lo que no debía sentir su corazón.

—Tú no puedes amarme, Jocelyn, no soy adecuado, no soy un hombre digno, ni siquiera tengo un nombre aceptable o un pasado, y mis manos están tan manchadas que...

—No obstante, te amo —afirmó Jocelyn con firmeza, poniendo sus manos sobre las de Clive, mostrándole que esa mancha que él siempre veía en ellas había desaparecido hacía tiempo.

—¡Ah! Y si tanto me quieres, ¿por qué no me dejas encargarme de lo único que puedo hacer por ti, la razón por la que me buscaste desde el principio, que no es otra cosa que protegerte?

Jocelyn, como respuesta, esquivó sus ojos y sonrió irónicamente ante la pregunta que Clive le hacía. Y éste, recordando las palabras del asesino que ahora trabajaba como criado para ella, más asustado que nunca, increpó a su mujer:

—¡Tú no puedes pretender protegerme, Jocelyn!

Y Clive no tuvo duda de cuál era la respuesta de su esposa cuando, ante sus protestas, ella solamente le ofreció una de esas maravillosas y falsas sonrisas con las que deleitaba a todos cuando pretendía hacer lo que le daba la gana.

Capítulo 12

Evelyn estaba muy preocupada por Jocelyn y por todo lo que le podría suponer un matrimonio y una vida junto a un granuja como Clive Sin. Ello solamente podía acarrearle a su pequeña una existencia plagada de peligros y desgracias, aunque lo cierto era que, con ese hombre o sin él, Jocelyn siempre estaba metida en algún que otro lío, como tuvo que reconocer Evelyn para sí misma.

En cualquier caso, negándose a dejar de vigilar a Jocelyn, había decidido invadir la residencia de ese sujeto esperando encontrarse con algo tan indecente como lo que vio en la primera ocasión en la que los encontró juntos en su vulgar Guarida. Pero, al parecer, ese escenario con el que los recibió en su hogar tan sólo había sido un desafortunado plan de Clive para intentar espantar a su esposa, sin saber que Jocelyn no era fácil de asustar; cuando a ella se le metía algo en su ingeniosa cabecita no cedía ante nada. Y, por lo visto, su última idea descabellada había sido hacerse con el nombre de ese peligroso individuo. Aunque, a juzgar por las miradas embobadas que Jocelyn lanzaba hacia él, parecía que también se había propuesto hacerse con su corazón; otra muy mala idea, ya que Evelyn sabía que los tipos como Clive Sin carecían de éste.

Dividiendo su tiempo entre la desorganizada mansión de Clive y la casa de Isaac, Evelyn corría de un hogar a otro intentando mantener ambos en perfecta armonía. Y mientras lo hacía esperaba recibir alguna señal de que la persona que amaba estaba a salvo, de que sus malditos secuestradores no se habían deshecho de él en algún oscuro callejón creyéndolo inservible.

Esas manos que tanto amaba eran capaces de crear las más mortíferas armas, pero cada vez que lo hacía una parte de Isaac se quebraba porque, al contrario que otros, él no carecía de conciencia y era consciente de las muertes que podían causar cada una de sus creaciones.

Esa parte de Isaac era la que la había conquistado. Y también esa forma que

tenía de ver el mundo, donde a sus ojos todos podían tener el mismo valor, incluida ella, una vieja prostituta que, con el transcurrir de los años en las calles, probablemente hubiera muerto de alguna enfermedad contraída a partir de alguno de los bastardos que la buscaban.

Que Isaac la hubiera dejado acercarse a él y a su hogar cuando la había recogido lo convirtió en un hombre admirable a sus ojos, pero que después permitiera que ella estuviera junto a su hija, la persona que él más adoraba en el mundo, había hecho a Evelyn darse cuenta de que ese hombre siempre sería el único para su corazón, y que esa familia a la que tanto cuidaba era la que ella siempre había deseado tener.

Jocelyn la había medido de la misma manera que su padre y nunca le había dirigido una mirada de desprecio o un mal gesto, a pesar de haber averiguado con los años a lo que se había dedicado en el pasado, al contrario; esos ojos siempre la habían observado con cariño y Jocelyn la había convertido en una sustituta de esa madre que había perdido tan joven. Se trataba de una desprendida muestra de cariño ante la que Evelyn intentaba corresponder tratando de convertirse en una mujer de la que esa

pequeña siempre estuviera orgullosa.

Tras darles las últimas directrices a los criados de la casa de Isaac sobre cómo debían actuar para mantenerlo todo en orden mientras ella estuviera ausente, se dirigió de nuevo a la casa de ese indeseable que nunca sería adecuado para Jocelyn, por más que ésta lo hubiera aceptado, y distraídamente, olvidó vigilar sus pasos o esperar a Bruno que, una vez más, se encontraría entre las faldas de alguna de las criadas, porque lo único que tenía Evelyn en mente era llegar lo más pronto posible junto a su pequeña por si ésta la necesitaba.

Cuando notó que unos apremiantes pasos la seguían, aceleró su caminar tratando de alcanzar la seguridad del carruaje de alquiler más próximo. Ante la sorpresa de Evelyn, en cuanto ella se adentró en el vehículo, el cochero se puso en marcha sin esperar siquiera a oír su destino.

El traqueteo del carruaje hizo que Evelyn cayera en su asiento, para darse cuenta de inmediato de que enfrente de ella ya había un pasajero. Éste, como cualquier otro hombre de los que formaban parte de su pasado, la miró por

encima de su hombro y sonrió satisfecho al verla acorralada. Evelyn, decidida a no concederle una victoria, se dirigió hacia la puerta dispuesta a saltar en marcha del vehículo, pero el desconocido fue más rápido que ella y, adelantándose a sus movimientos, echó el pestillo para luego devolverla bruscamente a su lugar.

Los ondulados cabellos de Evelyn se soltaron del regio recogido que siempre llevaba para ocultar parte de la belleza de la que había presumido en el pasado, un pasado que no tardó en volver a recordar cuando las sucias manos de ese noble tocaron sus cabellos y sus ávidos ojos se fijaron en ella.

—Me preguntaba quién podría ser la amante de Isaac. De hecho, la idea de secuestrar a su ama de llaves solamente obedecía a mi afán de conseguir información sobre el paradero de esa misteriosa mujer, pero ahora que te tengo frente a mí..., no tengo ninguna duda de que ya he encontrado lo que buscaba.

—No sé de lo que me está hablando, señor, Isaac Hellmon únicamente es el hombre para el que trabajo.

—Te creería si no fuera por dos pequeños detalles, querida: uno, Isaac no es idiota; y dos, no creo que ningún hombre pueda resistirse a llevarte a su cama, ¿verdad? —murmuró el cruel noble mientras tiraba rudamente de sus cabellos para conseguir una respuesta. Y mientras lo hacía creyó reconocer en ese rostro una belleza de la que una vez disfrutó—. Tu cara me suena mucho... Dime, mujer, ¿acaso hemos coincidido en alguna ocasión?

—Yo nunca he trabajado para usted, y dudo de que nuestros ambientes se hayan mezclado alguna vez.

—¡Oh, sí! Lo han hecho. Y de una forma muy placentera que me agrada recordar... Eva —susurró ese hombre a su oído, recordándole el antiguo alias que usaba para trabajar mientras esas rudas manos sujetaban su rostro ante él—. Definitivamente, a pesar de los años transcurridos, aún puedes ser la perdición de un hombre. Y, en concreto, del que yo tengo bajo custodia... —dijo el conde de

Pemberton mientras se reía, sabiendo que por una vez llevaba la delantera en

ese peligroso juego que había comenzado con Joe Hell.

* * *

—¿Cómo que Evelyn ha desaparecido?! ¡Evelyn no puede haber desaparecido! —exclamó nerviosamente Jocelyn mientras se paseaba de un lado al otro de la biblioteca.

—Evelyn no me esperó, se apresuró a salir de la casa de tu padre para llegar cuanto antes junto a ti y ya hace horas que debería de haber llegado —dijo Bruno con tono preocupado, para añadir a continuación—: Sólo hay una cosa que pueda impedirle a Evelyn estar a tu lado: que alguien la esté reteniendo. Algo me hace sospechar que nuestros enemigos se nos han adelantado en esta ocasión.

—¡Tú no tenías que dejarla sola! ¡No tenías que separarte de ella ni un segundo! ¿Por qué permitiste que se alejara de tu lado? —gritaba Jocelyn entre lágrimas de dolor mientras zarandeaba a Bruno con desesperación, algo que éste le permitió, ya que sabía cuánto significaba Evelyn para ella.

—Me confié. Nuestros enemigos no habían hecho ningún movimiento hasta ahora y bajé la guardia creyéndonos a salvo.

—¡Nunca hay que bajar la guardia, Bruno! ¡Ellos siempre están ahí, esperando a que les mostremos nuestras debilidades! ¡Nuestros enemigos nunca descansan!

—Jocelyn, ¿no crees que eso es algo que ya sé? —replicó Bruno, recordándole su pasado. No obstante, sus manos no le reprocharon sus recriminaciones, sino que la abrazaron para consolar a la niña pequeña que, después de tantos años, al fin se mostraba ante él.

—No puedo perderla a ella también, Bruno... Primero papá, y ahora ella. No puedo perder a nadie más... —musitó Jocelyn, dejando entrever las preocupaciones que siempre guardaba en su interior.

—No te preocupes: yo la encontraré —prometió Bruno, con la decisión asomando a sus ojos.

—¿Y cómo lo harás? Ya sabes lo bien que han encubierto el paradero de mi padre, no dudo de que serán igual de meticulosos con el de Evelyn.

—Tengo conocidos a los que aún no he hecho una visita...

—¡No, Bruno! ¡Ni se te ocurra! ¡Tú estás muerto para esos hombres y así debe seguir siendo! —

exigió Jocelyn, cogiendo ese decidido rostro entre sus manos para hacerlo cambiar de opinión—. No puedo permitirme perderte a ti también... — suplicó Jocelyn mientras mostraba ante sus ojos por primera vez unas lágrimas que la hacían parecer tan perdida como él mismo se encontraba en ocasiones.

—¿Qué soy para ti, Jocelyn? ¿Por qué no acudiste a mí en busca de ayuda en vez de reclamar la de ese siniestro hombre que ahora es tu esposo? — preguntó Bruno, esperando con impaciencia una respuesta que lo guiara hacia un camino u otro.

—Eres mi familia, Bruno, como un hermano mayor que siempre me protege y al que no deseo ni

quiero perder.

—Eso es suficiente, Jocelyn. No perderás a tu familia —afirmó Bruno. No obstante, esquivó su mirada abrazándola fuertemente junto a su pecho, como si ése fuera el último momento que se permitía junto a ella—. Sin embargo, debo confesarte que yo nunca te vi como a una hermana y que, desde que te casaste, he estado tentado en más de una ocasión de deshacerme de tu esposo —

manifestó Bruno, haciendo que el sorprendido cuerpo de Jocelyn se tensara entre sus brazos al comprender finalmente lo que sentía por ella—. Pero no te preocupes por mí, yo sé cuál es mi sitio...

Esta despedida es algo que debería haber tenido lugar hace tiempo... — declaró Bruno. Y tras besar cariñosamente la frente de Jocelyn, se despidió de ella para pagar de una vez la deuda que siempre tendría con esa mujer.

—¿Bruno? ¿Qué vas a hacer? ¡Bruno! ¡Bruno! —gritó Jocelyn, intentando seguirlo. Pero él, como el furtivo asesino que era, ocultó cuidadosamente sus pasos, que sólo podrían ser vistos por aquel a quien quisiera mostrarse antes de llevárselo consigo al infierno.

* * *

Hacía tiempo que su hermano no visitaba su pecaminoso club para quejarse de su esposa, y como en la última visita que Bennet había realizado a la residencia de Clive quedó bastante intrigado por los resultados de los juegos de seducción que éste llevaba a cabo con su mujer, o mejor dicho, que su mujer intentaba llevar a cabo con él, Bennet había decidido que ése era el momento perfecto para adentrarse en el oscuro ambiente de Clive y ofrecerle alguno de sus sabios consejos de hombre casado.

—Bueno, hermano, ¿cómo te va la vida de casado? Veo que estás más calmado por lo que, o al fin te has deshecho de tu esposa o ese absurdo plan de seducción con el que ella te perseguía ha sido llevado a cabo con gran satisfacción para ambos. Por tu cara de felicidad, yo me decantaría por la segunda opción —declaró alegremente Bennet mientras entraba en el despacho de su hermano, tomando asiento en una de las sillas que se encontraban frente a él, distrayéndolo de sus trapicheos.

—Todo hombre tiene un límite, Bennet, y sólo Dios sabe cómo fue puesto a prueba el mío desde que conocí a Jocelyn. En un momento u otro tenía que caer —replicó Clive, mientras se dirigía hacia su aparador para servir unos tragos de su nuevo licor de contrabando.

—No te veo demasiado disgustado por haber caído en las garras del matrimonio, a pesar de lo reacio que fuiste en un principio.

—Aún no sé si debo quedarme con ella. No obstante, deseo obtener los nombres de todos sus enemigos para protegerla, algo que todavía se niega a contarme. ¡Pero bueno! No hay manera de obligar a Jocelyn a que haga lo que no quiere, y ante eso solamente puedo rendirme y esperar a que ella comprenda por fin que sería lo mejor. Como es muy inteligente, confío en que no tardará mucho en darse cuenta de ello; y si no lo hace, te puedo asegurar que me divertiré mucho intentando

sonsacarle esa información una y otra vez —manifestó Clive, luciendo una ladina sonrisa en su rostro que hizo comprender a su hermano cómo llevaría a cabo Clive esos interrogatorios a su esposa.

—¿Y sabes por qué motivo no quiere entregarte esa información?

—Pues, aunque te resulte increíble, ella piensa que me protege al no revelarme la identidad de sus enemigos —declaró Clive ante su hermano, sorprendiéndolo mientras le entregaba su copa y volvía a tomar su lugar detrás del escritorio.

—Humm... Eso me lleva a pensar que los nombres que hay en esa lista corresponden a gente importante y poderosa.

—Si algo he aprendido con el tiempo, hermano, es que, por más poderosos que sean, todos los hombres pueden caer. La única diferencia entre ellos y nosotros es que los nobles no dejan de protestar en el proceso.

—Si caen por tu mano, es indudable que no se volverán a levantar jamás —manifestó Bennet, brindando con su vaso hacia su despiadado hermano.

—¡Cómo me conoces, hermano! —rio Clive—. Estoy impaciente por conseguir esa información y demostrarle a mi mujer cuan absurda es la idea de que ella pretenda protegerme.

—Suenan bien eso de que alguien quiera protegerte, para variar. Aunque sea algo innecesario. ¿No crees, Clive? —preguntó Bennet a su hermano, recordando con cariño cómo su mujer también intentaba hacerlo con él cada vez que alguien cuestionaba su nombre o la razón por la que estaban juntos.

—Sí, tienes razón... —contestó Clive, sorprendiendo a su hermano, que no esperaba contestación alguna a esta cuestión, y aún menos una afirmativa que demostrara cuánto había necesitado Clive que alguien estuviera ahí para él.

—Tal vez si la sorprendes con algún bonito obsequio consigas ablandarla un poco —propuso Bennet, cambiando a un tema menos delicado que no les recordara lo solos que habían estado en el pasado.

—Un regalo para Jocelyn... —musitó Clive mientras fruncía el ceño, reflexionando—. Sería algo complicado, pues sus gustos son algo... extraños, por decirlo de alguna manera —dijo Clive a su hermano mientras recordaba los extravagantes personajes que solían rodearla.

—¡Venga ya! ¡No puede ser tan difícil! Después de todo, tan sólo es una mujer; alguna joya lujosa, un bonito vestido, tal vez un nuevo carruaje o algún dulce exótico que la deleite... ¿Qué más puede pedirte tu esposa? —preguntó Bennet, siendo súbitamente interrumpido por la persona de la que estaban hablando quien, sin prestarle la más mínima atención a su presencia, se dirigió hacia su esposo exigiéndole un presente de lo más inusual.

—¡Clive! ¡Necesito que me encuentres a un asesino!

—¡Claro! ¿Cómo no he pensado en eso antes? —ironizó Clive, dirigiéndose a su hermano, para luego encaminarse hacia su esposa para exigirle una explicación, algo que olvidó en cuanto vio ese bello rostro manchado por las lágrimas que había derramado—. ¿Lo quieres vivo o muerto? —

preguntó Clive, decidido a eliminar al responsable de su llanto.

—¡Es Bruno! ¡Evelyn ha desaparecido y él ha ido en busca de información, poniéndose en peligro! —respondió Jocelyn, mostrándole el porqué de esas lágrimas.

—Entonces supongo que lo querrás vivo —suspiró Clive, resignado a volver a recuperar a ese molesto hombre que siempre rondaba a su mujer.

—Supones bien —afirmó Jocelyn, decidida.

—No te preocupes, querida, yo lo encontraré. Pero mi ayuda tiene un precio, Jocelyn, y tú ya sabes lo que quiero —exigió Clive sin perder la oportunidad de hacerse con esos nombres cuando tenía una ventaja.

—Éstos son los nombres de todos los enemigos que recuerdo —anunció Jocelyn mientras depositaba una extensa lista ante él. Y sin esperar su respuesta, se dirigió hacia la salida.

—¿Por qué me los das ahora, Jocelyn? —preguntó Clive, percatándose de que ella había acudido a su encuentro con ese listado de nombres que él siempre le reclamaba con la intención de entregársela.

—Para que estés preparado y nadie te pille por sorpresa. ¡No pienso perderte a ti también, y menos aún, permitir que alguien te hiera mientras yo esté a tu lado! —respondió Jocelyn con gran decisión antes de dejarlo a solas con sus pensamientos.

—En verdad quiere protegerte, hermano... —apuntó Bennet, asombrado ante la osadía de esa mujer.

—Sí... Si me disculpas, hermano, tengo que alcanzar a mi mujer para recordarle una vez más lo peligroso que puedo llegar a ser. Aunque creo que ella es la única que no me ve de esa manera.

Tras salir rápidamente de su estudio, Clive persiguió a su esposa por La Guarida y consiguió alcanzarla antes de que se alejara nuevamente de él.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó. Y a pesar de lo que sus duras palabras expresaban, la atrajo hacia sus brazos para calmarla entre ellos.

—Los he perdido a ellos también, Clive... —susurró Jocelyn entre desgarradoras lágrimas que escondía en su pecho.

—¿A quién has perdido, Jocelyn? —inquirió Clive, confuso ante las palabras de su mujer, preguntándose si había alguien que ya ocupara su corazón antes de que corriera hacia él.

Pero Jocelyn apenas oyó su pregunta mientras dejaba salir todo el dolor que había en su interior.

—Tú no puedes desaparecer también... ¡Prométeme que nunca dejarás que nadie te haga daño! —

exigió Jocelyn mientras se agarraba a su camisa, reclamándole un imposible que Clive estaba dispuesto a cumplir tan sólo por ella.

—Ya deberías saber que no soy un hombre fácil de matar, Jocelyn —alardeó

burlonamente Clive, calmando esas exaltadas lágrimas.

—Sí, lo sé —confirmó Jocelyn. Y como si ésas fueran exactamente las palabras que necesitaba oír, se calmó entre los fuertes brazos que la protegían de todo—. Si tú me dejas, estaré sola... —

anunció Jocelyn, revelando uno de sus mayores miedos.

—No, eso no ocurrirá. Nunca te dejaré —afirmó decididamente Clive a pesar de que unas cuantas horas antes aún no sabía si lo más aconsejable era quedarse al lado de esa mujer o lo contrario—.

No te haré más preguntas, Jocelyn, tan sólo dime qué tengo que hacer para acabar con tu llanto y así lo haré; por más crueles que sean esas acciones, yo soy tu hombre, sin ninguna duda —declaró Clive fríamente, convirtiéndose en el personaje que todos temían y que ella aún se negaba a ver.

Y observando la distancia que marcaban esos fríos ojos castaños que tanto adoraba, totalmente decididos a llevar a cabo su misión, Jocelyn buscó con sus dulces manos el duro rostro de ese decidido hombre. Y acariciándolo con cariño, confesó cada uno de sus secretos para que él no cruzara esa línea y dejara de ser su Gris por su causa.

—Mis enemigos secuestraron a mi padre. Si comencé este estúpido juego contigo fue únicamente para que no me atraparan con tanta facilidad como a él, pero no tengas dudas de que, si me he quedado a tu lado, es porque quiero estar junto a ti. Ahora también tienen a Evelyn, y Bruno se ha adentrado en donde no debía para tratar de salvarlos. No quiero perderte a ti también... — susurró Jocelyn ante el impasible personaje que tenía frente a ella.

—A mí no vas a perderme, Jocelyn —sentenció Clive, mostrando una perversa sonrisa en su rostro que anunciaba que ya estaba pensando en cuál sería el destino de sus enemigos.

—Hay muchas formas de perder a una persona, Clive —respondió Jocelyn mientras atraía su rostro hacia ella—. Y yo no quiero hacerlo de ninguna de ellas... —añadió antes de acariciar sus labios con un leve y dulce beso con la intención de hacerle recordar quién era—. No dejes de ser mi Gris... —

terminó Jocelyn, pidiéndole lo imposible en un mundo tan oscuro como el que lo rodeaba.

No obstante, Clive aceptó ese beso, y aferrándose a él, prometió convertirse en ese hombre que siempre sería digno de ella, aunque aún estuviera muy lejos de llegar a serlo.

* * *

Bruno se internó en el escondite del sucio personaje que gobernaba la parte sureste de los suburbios de Londres. Si Clive Sin aún no sabía nada sobre los enemigos de Jocelyn y no había oído ningún rumor del secuestro de Isaac, sin duda se debía a que alguien ocultaba muy bien esos secretos.

Y sabiendo que ese despreciable conde de Pemberton necesitaría la ayuda de algún peligroso tipejo si quería llevar a cabo sus trapicheos, Bruno no albergaba ninguna duda de que el Serpiente tendría algo que ver, por lo que decidió visitar su cubil.

La escasa seguridad de ese escabroso almacén le hizo sentirse intranquilo. No obstante, no retrocedió, pues estaba resuelto a hacerle algunas preguntas al Serpiente, unas que éste no se negaría a contestar en cuanto el afilado cuchillo que tenía entre sus manos amenazara su cuello. Bruno finalmente alcanzó el oscuro estudio, y moviéndose con el mayor sigilo del que era capaz, se colocó a la espalda del Serpiente.

Sentado a su escritorio, el temido personaje revisaba sus planes bajo la leve luz de una lámpara de aceite, y mientras Bruno lo contemplaba, no pudo evitar recordar que ese sitio del que había salido le traía muchos recuerdos, y ninguno de ellos agradable: la lucha constante por la comida, por sobrevivir un día más en esas calles, por hacerse más fuerte y eliminar sus debilidades para que nadie las explotara y acabara con él, el olvidarse de los sentimientos, de la familia, de la amistad, y ser el más fuerte, el más listo y el más rápido para no ser pisoteado...

Bruno nunca había sido demasiado bueno a la hora de luchar cuerpo a cuerpo, pero pronto aprendió a ser rápido con los cuchillos, una habilidad que le proporcionó el sobrenombre de «el Cuchillas», un apelativo algo vulgar

para un sucio chiquillo, pero no para el asesino en el que llegó a convertirse.

Y mientras sus manos se manchaban cada vez con más sangre derramada, él dejaba a un lado esos remordimientos que su alma podía llegar a albergar, hasta convertirse en un hombre demasiado peligroso para aquellos que lo mandaban, unos despiadados sujetos que lo obligaron a blandir sus armas contra su propio hermano, a lo que él se negó para luego llevarse la sorpresa de que a su hermano no le importaba alzarlas contra él y apuñalarlo por la espalda.

Después de ser traicionado, Bruno se negó a levantarse y contempló desde el suelo cómo su hermano, un hermano al que ya no reconocía, lucía una cínica sonrisa en su rostro mientras lo veía aproximarse a la muerte.

Los hombres que tanto lo habían temido, al ver su debilidad, se echaron sobre él para apalearlo su cuerpo herido y finalmente, dado por muerto, fue abandonado en un callejón como la basura que era y de la que siempre habían querido deshacerse.

Creó que se pudriría entre la basura hasta que una joven de una edad cercana a la suya, sin importarle manchar su vestido, taponó y trató de curar cada una de sus heridas. Cuando él le preguntó entre susurros por qué lo hacía, ella lo miró con decisión y le concedió la oportunidad que nadie le había dado nunca, le ofreció su mano y le susurró:

—Por lo que puedes hacer, y no por lo que has hecho.

Con esa confianza que depositaron sus inocentes ojos en él, le dio un nuevo nombre y una nueva vida que él decidió aceptar, tan sólo para protegerla. Y ahora que otro la guardaba tan bien como él había hecho hasta el momento, no había ninguna razón para que permaneciera a su lado, pero sí muchas para que, con un arriesgado movimiento, intentara resarcir la gran deuda que tenía con Jocelyn. Aunque le costara la vida.

Moviéndose sigilosamente a la espalda del despiadado sujeto que había ido a atrapar, Bruno colocó su cuchillo sobre su garganta, y a pesar del paso de los años se sorprendió de que, una vez más, sus manos dudaran cuando el Serpiente hizo frente a su asesino.

—¿A qué se debe tu visita, hermano? —preguntó fríamente el Serpiente, sin inmutarse en absoluto por su presencia en ese lugar.

—He venido a verte, por supuesto, *hermano*...—ironizó Bruno, remarcando su última palabra

ante su enemigo.

—¿Sabes? No suelo desperdiciar mi tiempo recibiendo visitas que no me ofrecen ninguna gratificación, y aún menos a personas que han vuelto repentinamente de la muerte, ya que puede que lleguen a importunarme con algún aburrido reproche —manifestó el Serpiente con despreocupación mientras apartaba el cuchillo de su cuello.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Bruno, sin dejar de apretar con fuerza su arma entre sus manos.

—¿Por qué? ¿De verdad me lo preguntas? Es sencillo: eras un obstáculo en mi camino, un estorbo del que debía deshacerme. Y ahora que has vuelto, tendré que volver a matarte para recordarles a todos que cuando el Serpiente acaba con alguien, éste tiene que quedarse bien muerto, como un niño bueno... —replicó burlonamente el Serpiente. Y ante el asombro de Bruno, el cuchillo de un hombre que no había detectado antes atravesó su costado, recordándole demasiado su pasado. A continuación, mientras el silencioso asesino del Serpiente lo desarmaba, su hermano lo abrazó, y susurrándole al oído su destino, se rio de él una vez más.

»Pero antes de despedirnos para siempre, tal vez debamos mantener una conversación entre hermanos en la que me confieses todo lo que sabes, ¿no te parece? Después de pasar algún tiempo en compañía del temido Clive Sin, imagino que sabrás sin lugar a dudas quién es ese tal Joe Hell...

Bruno sonrió cínicamente ante su enemigo, y escupiéndole a la cara la falta de lealtad que tenía hacia él, le dijo:

—Es una persona por la que estoy dispuesto a morir.

* * *

—¿Me podéis explicar por qué estoy aquí? —preguntó Adrian, algo confuso, mientras arrastraba su caro traje por las sucias tablas de un viejo almacén.

—Porque tú te ofreciste a acompañarnos cuando te cruzaste en nuestro camino —susurraron los hermanos Sin al unísono, intentando acallar las quejas de su amigo.

—Se supone que cuando vais a por un regalo para vuestras esposas debéis ir a tiendas selectas, no a sucios callejones —los reprendió Adrian.

—Esto es lo que Jocelyn me pidió —replicó Clive, silenciando por unos instantes a su amigo, algo que con Adrian no duraba demasiado.

—Bueno, pero... ¿Se puede saber qué hace él aquí también? —inquirió Adrian ante los molestos gruñidos del furioso español que lo seguía y que no era otro que Miguel de la Cruz, su cuñado.

—Sabía que te meterías en algún lío, y no estoy dispuesto a que otro que no sea yo acabe contigo... —contestó Miguel, tan beligerante como siempre.

—Aprecio lo cariñoso que eres conmigo, querido cuñado, pero ¿no podrías dejar de atosigarme cuando vienes a ver a tu hermana?

—No —negó categóricamente Miguel. Y antes de que esos dos comenzaran con una de sus

interminables disputas, Clive los interrumpió para exigir silencio con una furiosa mirada.

—¿Podéis callaros de una maldita vez? ¡Se supone que nos estamos infiltrando en este peligroso lugar mientras mis hombres distraen a los secuaces del Serpiente que vigilan fuera! Nosotros tenemos que encargarnos de los del interior para llegar hasta el hombre que retienen.

Y antes de que Clive terminara de explicar su plan, Miguel se levantó. Y usando rápidamente su látigo, hizo que una de las lámparas de aceite que iluminaban tenuemente el lugar cayera sobre la peligrosa mercancía que los hombres del Serpiente transportaban, provocando que todos los matones del

lugar acudieran rápidamente a apagar el fuego, sin percatarse de su presencia.

Ante la osadía de Miguel, todos se volvieron hacia él, sorprendidos y bastante molestos por el peligro que había añadido a ese rescate con sus impetuosas acciones.

—¿Qué? Nunca me ha gustado manchar mis trajes sin una buena razón. Y siempre he preferido entrar por la puerta —anunció Miguel mientras se dirigía despreocupadamente hacia la puerta del almacén que ahora estaba vigilada sólo por un par de hombres. Con un rápido movimiento de su látigo, seguido de un brusco puñetazo, se deshizo rápidamente de ellos, dejándolos inconscientes.

—Recordadme que la próxima vez lo deje en casa... —musitó Adrian mientras se unía a su cuñado.

—¿Y se supone que esos dos son nobles? Pues la verdad, sus métodos se parecen demasiado a los que usamos nosotros para conseguir lo que queremos —murmuró Clive, asombrado.

—¿Por qué crees que encajo tan bien en esa familia, hermano? —se rio Bennet mientras seguía los pasos de sus amigos.

—Y pensar que se supone que aquí soy yo el más granuja... —musitó Clive para sí, negando con la cabeza mientras sus despiadados ojos se fijaban en el regalo que su esposa le había reclamado.

* * *

Bruno sabía que ése era su final, que nadie iría a salvarlo en esta ocasión, ya que Jocelyn se arriesgaría demasiado. Pero por más que esos hombres lo torturasen con sus golpes o hundieran sus afilados cuchillos en su piel, nunca traicionaría a la única persona que había confiado en él. Y si para ello era necesario que muriera, moriría con su secreto sellado en los labios. Uno que, aunque algunos sospecharan, nunca se habían atrevido a verificar hasta ahora.

—¿Quién es Joe Hell? —preguntó nuevamente el Serpiente mientras ordenaba a uno de sus hombres que utilizase su cuchillo sobre su piel.

—Un hombre orondo, viejo, feo... ¡Y también tuerto y jorobado! —se rio nuevamente Bruno, ofreciéndole otra descripción equivocada a su hermano mientras en su mente permanecía el hermoso rostro de la mujer que una vez había deseado.

—No puedo creer que todavía tengas ganas de bromear conmigo, hermanito. ¿Qué es lo que hace tan especial a esa persona para que, incluso ahora, quieras protegerla?

—¡Espera! ¡Espera! Ahora me acuerdo mejor: es una vieja con verrugas y un gato que siempre me maldice cuando paso a su lado —se burló Bruno de nuevo, provocándolo, sabiendo que su final estaba muy cercano.

—¡Bah! Deshaceos de él. Este estúpido no me sirve para nada... —ordenó despreocupadamente el Serpiente mientras le daba la espalda.

—¿Es que en esta ocasión no piensas hacerlo tú mismo, hermano? —preguntó Bruno, sin poder creer que sus manos, después de tantos años, hubieran temblado ante la idea de deshacerse de ese bastardo tan sólo porque una vez fue parte de su familia.

—No mereces la pena, te has convertido en alguien inútil, un asesino que ni siquiera puede alzar su arma. ¿Qué clase de chiste es ése? —se burló el Serpiente—. ¿Quién es el loco que te querría a su lado? —se jactó. Y como si estuviera esperando el momento adecuado para darle la merecida contestación, el temido Clive Sin entró por la puerta acompañado por unos extraños personajes que no dudaron en golpear a todo aquel que se interpuso en su camino.

—¡Tienes algo que me pertenece! —exigió Clive al Serpiente, haciendo que Bruno se riera de lo absurdo de la situación, ya que sólo Jocelyn era lo suficientemente atrevida y alocada como para pedirle a su esposo el favor de rescatar a un asesino.

—¿Acaso éste es uno de tus hombres? —inquirió el Serpiente, señalando a Bruno con un gesto de la cabeza.

—Sí, lo es —confirmó Clive sin dudar.

—Entonces has roto nuestro acuerdo de paz —anunció el otro con una despiadada sonrisa en los labios, sabiendo que al fin tenía la excusa perfecta para adentrarse libremente en el territorio de su enemigo.

—¿No lo haces tú continuamente cuando tus hombres entran en mi terreno sin mi permiso? Dame lo que me pertenece antes de que me enfade.

—Sí, por supuesto que te lo daré... —contestó el Serpiente con la intención de deshacerse de Bruno, dirigiendo su cuchillo hacia su garganta. Pero el puñal que Clive lanzó veloz hacia él provocó que se le cayese el arma de entre sus manos. Luego, sorprendentemente, el Serpiente se desplomó en el suelo, quedando paralizado por completo a causa de una pequeña herida.

Confuso y sin poder hacer nada, ya que su cuerpo no reaccionaba, el Serpiente observó impotente cómo su presa era liberada delante de él, tras lo que el jocoso asesino al que una vez traicionó se acercó hacia él para jactarse de su victoria.

—El veneno que corre por el interior de tu cuerpo es un pequeño regalo de Joe Hell. Imagina lo mortífero que puedo llegar a ser para que él me quiera a su lado, y lo peligroso que es para que Clive Sin cumpla sus mandatos sin rechistar... Te lo advierto, hermano: no vayas a por él, no sabes a lo que te enfrentas —advirtió el despiadado asesino para luego recoger el arma con la que su hermano lo había traicionado. Y clavando ese cuchillo en el costado del despiadado hombre en el que una vez confió, le confirmó que ésa era la última vez que sus manos dudarían ante él—: Te lo devuelvo,

hermano. Pero no intentes jugármela de nuevo porque, en ese caso, no dudaré en dirigirlo contra tu garganta —finalizó Bruno antes de alejarse de su pasado.

Mientras caminaba apoyado en un hombre en el que tal vez no debería confiar y en otro al que no conocía pero que, a pesar de ello, se permitía bromear con él, Bruno no podía dejar de sonreír ante el nuevo rescate que esa increíble mujer, a pesar de tenerlo todo en contra, había logrado. Y

recordando lo implacable que Jocelyn podía mostrarse ante las personas que dañaban a los que ella consideraba su familia, preguntó a Clive:

—¿Te ha dado Joe Hell algo para mí?

La respuesta de Clive fue un gruñido molesto con el que éste se quejaba de la preocupación que su esposa habría mostrado hacia él. Tras ello, le pasó una extraña esfera metálica que guardaba en sus bolsillos. Bruno sonrió de nuevo y cogió el objeto. Sólo cuando estuvieron alejados del lugar, decidió Bruno accionar el dispositivo que ponía en funcionamiento ese artilugio y arrojarlo despreocupadamente hacia el almacén del Serpiente, prosiguiendo luego su camino con toda tranquilidad.

La gran explosión que tuvo lugar a su espalda sorprendió a todos, excepto a Bruno, que se rio con ganas cuando uno de los desconocidos le preguntó con asombro:

—En serio, ¿quién demonios es Joe Hell? —inquirió el irascible español. Como respuesta, quienes conocían la verdad de ese secreto simplemente guardaron silencio y sonrieron.

Capítulo 13

—¡Isaac! ¡Al fin he encontrado a alguien adecuado para que te haga compañía! —se burló el conde de Pemberton mientras introducía violentamente a Evelyn en la celda de Isaac.

Éste, sin poder resistir las ganas de proteger a la mujer que amaba, se apresuró a acogerla entre sus brazos para alejarla de esa malévola mirada que la medía de arriba abajo, pensando en cómo podría utilizarla.

—Y pensar que tenías muy bien cubiertas todas tus necesidades en esa casa, incluso las más pecaminosas delante de las propias narices de tu hija... Eva siempre ha sido un excelente bocado que, la verdad sea dicha, añoro volver a probar —señaló el conde, dejándole claras cuáles eran sus intenciones.

—Si deseas que tus armas funcionen, conde, harías bien en no poner ni una sola de tus manos sobre esta mujer o podría ocurrir que, cuando alguno de tus socios quisiera probar una de ellas, le estallara en la cara —amenazó Isaac, cediendo finalmente a los requerimientos de su captor.

—No puedo creer que te hayas enamorado de una prostituta... Sé de buena tinta que es muy buena en la cama, pero no tanto como para arriesgarlo todo por alguien como ella —se burló el conde, mirando a Isaac con superioridad.

—Es extraño lo distinto que tú y yo vemos el mismo mundo: cuando yo miro a Evelyn lo único que veo es a una hermosa y bondadosa mujer —replicó Isaac, admirando el hermoso rostro de la bella mujer que amaba. Y haciéndose con sus labios, le enseñó a ese arrogante lo que él nunca había conseguido de ella pese a todo su dinero.

—No te pongas demasiado cómodo, Isaac. Si no veo resultados, esa «hermosa y bondadosa mujer» será el entretenimiento de todos mis hombres. Y te puedo asegurar que eso no es algo que no haya hecho con anterioridad —manifestó el conde de Pemberton, estropeando aquella apasionada muestra de cariño cuando Evelyn, avergonzada, se apartó de sus brazos—. Ahora te dejo para que disfrutes de tu turno. Claro está, mientras puedas... —añadió el conde socarronamente a la vez que se alejaba de la celda, sintiéndose por primera vez victorioso frente al inventor.

—Isaac, yo... —comenzó Evelyn, dubitativa, intentando explicarse. Pero, como siempre, entre ese hombre y ella las palabras sobraban.

—Los hombres suelen ser muy necios y no comprenden que lo importante de los amantes de una mujer no es quién fue el primero, sino quién será el último en disfrutar de ese privilegio, querida mía

—dijo Isaac antes de dar un cálido beso a esos labios para calmar sus miedos.

—Lo siento. No tuve cuidado, tal vez debería haber prestado más atención...

—comenzó a disculparse Evelyn mientras Isaac, sumido en sus pensamientos, comenzaba a urdir un plan.

—No te preocupes, saldremos de ésta. Y dime, ¿cómo está Jocelyn? Y lo más importante, ¿cómo es su marido?

—¿Lo sabes?! —exclamó Evelyn con sorpresa, alarmada e inquieta a causa de la terrible preocupación que habría asaltado a Isaac después de conocer el nombre del temible personaje que se había casado con su hija.

—¿Que mi hija se ha casado con el hombre más temido de Londres? Sí, lo sé. El conde no iba a dejar pasar la oportunidad de regodearse de ello, aunque el muy necio me permitió saber por qué razón había hecho Jocelyn semejante jugada, lo cual me tranquilizó.

—Ni Bruno ni yo pudimos detenerla, Isaac, nos enteramos cuando ya era demasiado tarde. No obstante, ese hombre aterrador se muestra inofensivo cuando está con tu hija, y ella parece haber comenzado a sentir algo por él.

—¡Maldición! Entonces no podré deshacerme de él... —suspiró Isaac, resignado, mientras destrozaba una de las caras y lujosas almohadas que le había llevado el conde para hacerle más plácida su estancia en ese lugar.

—¿Es que acaso estabas planeando la caída de ese hombre mientras estabas en esta celda?

—He tenido demasiado tiempo libre —contestó Isaac mientras le señalaba las decenas de fórmulas matemáticas y extraños símbolos que adornaban la pared.

—Isaac, ¿qué haces? Éste no es el momento adecuado para jugar —se quejó Evelyn al notar cómo Isaac acariciaba sutilmente su rostro con una larga pluma que había conseguido del interior de la almohada que había desgarrado.

—Al contrario, querida es justamente el momento más adecuado para ello. ¿Te acuerdas de cómo nos conocimos?

—Sí, yo había sido abandonada por uno de mis clientes en un sucio callejón, medio desnuda y víctima de una enfermedad que manchaba todo mi cuerpo. Gracias a Dios que me recogiste y me curaste. No sé cómo hiciste para dar con el remedio, pero siempre te estaré agradecida de que me salvaras de ese horrible padecimiento.

—Era alergia a las plumas de ganso —apuntó Isaac.

—¡¿Qué?! ¡Pero si me dijiste que se trataba de una enfermedad derivada de acostarme con tantos hombres y que, posiblemente, no habría cura!

—Y así lo creí cuando observé que no mejorabas a pesar de los cuidados del médico. Hasta que un día una criada cambió tus mullidas almohadas por otras y tú comenzaste a sentirte mejor.

—¿Y se puede saber por qué no me lo dijiste entonces? —preguntó Evelyn, enfadada con las manipulaciones de Isaac.

—Pues muy simple: soy un hombre muy egoísta y te quería sólo para mí.

—Entonces... ¿por qué me has rechazado durante tantos años?

—Porque quería que sintieras por mí algo más que gratitud, querida.

—Yo no...

—Tú estabas acostumbrada a saldar tus deudas con tu cuerpo, y la que habías adquirido conmigo era muy grande. Yo quería que, si te acostabas conmigo, fuese porque lo desearas realmente y no

porque te sintieras obligada a ello —explicó Isaac, acallando cada una de las protestas de su amante con la verdad.

—A pesar de todo, estoy enfadada —dijo Evelyn, alejándose de las caricias de esa pluma que comenzaba a irritar su piel.

—Sí, lo sé. Y aún lo vas a estar más. Pero créeme: esto es necesario para que te dejen en paz.

—¡Isaac! ¿Qué estás planeando? —y en cuanto Evelyn vio cómo su astuto y juguetón amante daba vueltas alrededor de ella con la pluma en su mano, dedujo la maliciosa idea de ese hombre—. ¿De qué es esa pluma? —preguntó, no obstante, para confirmar sus sospechas.

—Por suerte para nosotros, de ganso —respondió Isaac mientras se acercaba de nuevo a ella para dar comienzo a su descabellado plan.

* * *

Jocelyn se paseaba de un lado a otro de la mansión de Clive, de donde éste no

le había permitido salir, haciéndole prometer que no intentaría nada hasta que él regresara con Bruno. Pero lo cierto era que la paciencia nunca había sido uno de sus puntos fuertes y ya estaba ideando cómo liberar a Bruno ella misma si Clive no volvía pronto con él.

No estaba dispuesta a perder a nadie más por culpa de la avaricia de su enemigo, y si tenía que remover cielo y tierra con sus armas y su ingenio y gritar a los cuatro vientos su secreto para hacer salir a sus enemigos de sus escondrijos, así lo haría.

Mientras comenzaba a armarse con sus inventos y a meter en su insignificante e inofensivo bolso algún que otro mortífero artilugio, su guardián, uno que había sido sobornado vilmente por Clive, no dejaba de perseguirla mordiendo su falda para retener sus precipitados movimientos que ya se dirigían hacia la puerta...

... Hasta que, cuando ya se disponía a poner su mano sobre el pomo, la puerta se abrió de golpe y Clive apareció en el umbral, reprendiéndola con una severa mirada mientras se adentraba en la casa con Bruno.

—¡Bah! ¡Mujeres! Siempre tan impacientes cuando tienen que esperar para recibir sus regalos...

—se burló Bruno antes de ser llevado a su habitación y depositado en su cama con bastante brusquedad, especialmente después de haber anunciado, en dirección a Jocelyn—: ¡Cariño, ya estoy en casa!

—¡Se puede saber adónde ibas! —regañó Clive enfadado a Jocelyn mientras la arrastraba hacia su estudio. Y sin esperar su respuesta, cogió su bolso y comenzó a vaciarlo, dejándola sin excusas ante su intento de fuga una vez que Clive pudo observar todo lo que había en su interior.

—Veamos que tenemos aquí... ¡Ajá! Varias de esas bolitas metálicas cuya utilidad y efectividad ya he visto en el almacén del Serpiente, un abanico... —continuó Clive mientras probaba dónde estaba el resorte que convertía ese aparentemente inofensivo objeto en una contundente arma— ...

que, ¡cómo no!, se convierte en un puñal... —dijo Clive con ironía mientras

continuaba su registro

—. Aquí una boa de plumas, unos extraños polvos que... ¿qué hacen?

—Explosivos —confesó Jocelyn mientras ocultaba su mirada culpable de su marido.

—Algo que, por supuesto, toda mujer debe llevar consigo, ¿no crees, querida?

—¡La tuya sí! Y con más razón aún si iba a buscarte... —añadió Jocelyn, demostrando que no se lamentaba por ninguna de sus acciones.

—¿Qué parte de «quédate segura y a salvo en esta casa» no entendiste, Jocelyn? —interrogó Clive, dejando salir su furia a causa de la imprudencia que Jocelyn había querido cometer.

—No lo sé. Quedarme quieta en un lugar es algo nuevo para mí.

—¿Es que no comprendes lo peligroso que es todo esto? ¿Lo preocupado que habría estado si, después de recuperar a ese idiota, no te hubieras encontrado en casa?

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —preguntó Jocelyn, confusa, ya que Clive siempre le había negado esa parte suya donde guardaba su corazón.

—No lo sé, Jocelyn, lo único que sé es que cada vez que no estás a mi lado me siento intranquilo y mi corazón se encoge cuando pienso lo que puede llegar a pasarte, los peligros que te rodean...

Eres la única mujer que me hace sentir este desasosiego y la única por la que me preocupo —confesó Clive, acercándola hacia su cuerpo para rodearla con esos protectores brazos que no querían dejarla marchar.

Jocelyn se dejó resguardar por ese hombre, y cobijándose en el firme cuerpo de Clive, se sintió segura, a salvo y protegida de todos los peligros que la acechaban.

—Gracias —dijo Jocelyn, agradeciendo lo que Clive había hecho por ella,

unas palabras que desde su aterradora posición Clive apenas había oído nunca —. No sé qué hubiera hecho sin ti —

finalizó Jocelyn, recordando su impotencia ante ese movimiento de su enemigo.

—Sin duda, como siempre, meterte en un sinfín de problemas —contestó Clive, apretándola más fuertemente contra su pecho, cerca de ese intranquilo corazón que sólo latía por ella. A continuación, depositó un tierno beso en su cabeza antes de dejarla marchar—. Anda, ve a ver cómo está ese quejica. ¡Ah! Y Jocelyn... Luego tenemos que hablar acerca de qué manera vamos a enfrentarnos a nuestros enemigos, porque, para lo bueno y para lo malo, yo siempre estaré a tu lado —afirmó Clive, recordándole la obligada promesa que le hizo frente al sacerdote que los desposó, y que nunca había dejado de cumplir desde aquel momento. Algo ante lo que Jocelyn simplemente sonrió para luego alejarse de su lado y seguir su camino para ver a su amigo herido.

* * *

—¿Puedes decirme qué demonios pretendías hacer infiltrándote en el escondrijo de ese asesino?

—protestó Jocelyn mientras revisaba las heridas de su amigo después de que un médico hubiera remendado su maltrecho cuerpo.

—Querida, el término «asesino» es más adecuado para mí que para mi hermano. Sus manos nunca estarán tan manchadas de sangre como las mías.

—Que él no se ensucie las manos deshaciéndose de otros no significa que no sea responsable de esas muertes, sino que es doblemente culpable al hacer que la conciencia de otro cargue con ello.

—Cielo, dudo de que esos despreciables a los que mi hermano manda tengan conciencia alguna.

—Por eso tú nunca serás un asesino para mí, Bruno, porque tú sí la tienes.

—No sé qué actos buenos pude haber realizado en otra vida para tener a mi

lado a una amiga como tú, Jocelyn, pero doy gracias por ello porque, te puedo asegurar, que en esta vida no he hecho nada para merecerte — manifestó Bruno mientras besaba tiernamente la mano de Jocelyn.

—Déjate de tonterías, Bruno, ¡y prométeme que no volverás a adentrarte en ese lugar!

—Sabes que nunca prometo lo que no puedo cumplir. No obstante, te puedo asegurar que ya no me hará falta hacerle una nueva visita a mi hermano, ya que he conseguido todo lo que deseaba de ese encuentro. Aunque me llevara alguna que otra puñalada como recompensa.

—¿Qué es lo que has averiguado, Bruno?

—Mi hermano siempre ha sido muy descuidado con sus asuntos dejándolos libremente al alcance de sus hombres sólo porque éstos no saben leer. Pero yo no soy como ellos; el Serpiente tenía entre sus manos los planos de un viejo castillo y estaba buscando la manera de introducirse en él para trasladar un gran cargamento hasta uno de sus almacenes. También pude observar resguardos de alquiler de algunos carros, así como de unos cuantos elegantes disfraces de cochero junto con una invitación a una fiesta que ofrecerá un noble que tú y yo conocemos muy bien.

—¡Ah! ¿El conde de Pemberton? —preguntó Jocelyn, muy interesada, mientras su mente comenzaba a maquinarse algún descabellado plan—. Sin duda, una fiesta sería la excusa perfecta para que las idas y venidas de decenas de carruajes no levantaran sospechas.

—Sí, también pensé en ello. Y como la fiesta se celebrará dentro de un mes, deduje que las mercancías que querrían transportar serían, probablemente, las armas que el conde consiguiera que tu padre le fabricase.

—¿Crees que podríamos intentar infiltrarnos en ese castillo antes que él? ¿O tal vez el Serpiente sospecha que sabemos algo?

—No lo creo. Mi hermano es demasiado vanidoso como para sospechar que fui a verlo por otra cosa que no fuera acabar con él. Sin embargo, el conde nos conoce demasiado bien como para que pasemos desapercibidos debajo de

cualquier disfraz, y la vigilancia será muy estricta hasta el día de la fiesta, ya que mi hermano se encarga de ello. No sé cómo vamos a lograr entrar en ese lugar sin que nos atrapen —opinó Bruno, preocupado.

—Muy fácil: lo haremos por la puerta principal —afirmó Jocelyn mientras lucía en su rostro una de esas hermosas sonrisas que le hacían temblar, pues era la antesala de algún descabellado y peligroso plan que ella habría ideado —. Simplemente conseguiremos una invitación del conde para esa fiesta, algo que nunca podrá negar a la nieta de un acaudalado barón. Y menos cuando pretende

regocijarse ante mí de su victoria.

—No te será fácil conseguir una invitación para ese evento —musitó Bruno, recordando la precaria situación que mantenía Jocelyn ante la alta sociedad londinense después de que acompañase su nombre con el apellido de su marido.

—¡Oh, no te preocupes! ¡Eso será sencillo! Lo difícil será separarme de mi esposo... —apuntó Jocelyn antes de marcharse de la habitación intentando ocultar a Bruno que, tal vez, abandonar a Clive sería muy complicado. Simple y llanamente porque, una vez más, arriesgaba demasiado para salvarlos a todos. Y en esta ocasión lo que peligraba sería su corazón en el momento en el que le dijera adiós al hombre al que finalmente se había permitido amar.

* * *

Clive paseaba preocupado por la habitación de su mujer. Le había concedido suficiente tiempo a Jocelyn para que pusiera en orden sus sentimientos y se diera cuenta de que lo mejor era que confiara completamente en él. Tenía entre sus manos la prueba de que ella comenzaba a creer que él podría protegerla, y cada vez que leía esa lista de nombres se sentía más inquieto al saber con lo que había tenido que enfrentarse su mujer hasta entonces. Si Clive Sin tenía enemigos peligrosos, Joe Hell tenía aún más, y posiblemente más despreciables, pues eran de esos que pretendían hacerse pasar por sus amigos.

Por lo visto, las traicioneras cuchilladas por la espalda tan típicas de los suburbios también abundaban entre la nobleza. Jocelyn había tenido entre sus conocidos muchos personajes que pudieron ayudarla a encontrar a su padre; no obstante, éstos también habían sido tachados como enemigos por el ojo crítico de su mujer, en el que Clive confiaba por completo.

Cansado de esperarla, había ido a su habitación para hablar con ella, pero la encontró vacía.

Preocupado e impaciente, no dejó de pasearse por la estancia durante un rato hasta que resolvió ir en su busca. Para su asombro, Clive sólo tuvo que cruzar la puerta que separaba sus habitaciones para hallar a Jocelyn cobijada en su propia cama, esperándolo con uno de esos indecentes trozos de ropa que él siempre quería arrancar de su cuerpo.

—Supongo que no has venido aquí para hablar —dedujo Clive, sin dejar de devorar con la mirada el atrayente cuerpo de su esposa, que se revelaba a través del camisón que, pese a ser de un blanco puro y virginal, no por ello era menos insinuante.

—Supones bien —repuso Jocelyn con una sonrisa. Y apartando a un lado su libro de notas que tanto lo molestaba, Jocelyn se desprendió de sus elegantes anteojos, para luego dirigirse con decisión hacia él y atraerlo hacia ella tirando levemente del pañuelo que colgaba de su cuello.

—Jocelyn, tenemos que hablar —apuntó Clive, decidido a dejarle las cosas claras a esa mujer y hacerle comprender que no podía seguir jugando con él como hasta ahora, algo bastante difícil de realizar mientras se veía arrastrado hacia la cama.

—Después —contestó ella para, a continuación, subirse a horcajadas sobre su cuerpo y tentarlo con cada una de sus deliciosas curvas que se transparentaban a través del sugerente camisón.

—¿Qué pretendes, Jocelyn? —preguntó Clive, confuso al ver cómo su mujer tomaba la iniciativa.

—Seducirte —dijo Jocelyn con sencillez y descaro, sin adornar sus palabras,

mostrándose igual de sincera que siempre a pesar de que sus actos solieran ocultar algo.

—¿Por qué? —quiso saber Clive, sonriendo ante el atrevimiento de su esposa.

—¿No es obvio? Porque ya he aprendido a quitarte los pantalones —respondió Jocelyn, haciéndolo reír al recordar su primer encuentro.

—No, todavía no has aprendido —confirmó Clive, sin poder dejar de reír cuando la vio forcejear de nuevo con su prenda.

—Así es como me gusta verte: sonriéndole al mundo —comentó Jocelyn mientras le acariciaba el rostro.

—Para mí el mundo no es un lugar donde poder sonreír, Jocelyn —dijo Clive, llevándose la dulce caricia de esos dedos hacia sus labios, para besarlos con adoración.

—No obstante, sonrías.

—Sólo por ti —afirmó Clive, mordiendo atrevidamente esos dedos que pretendían jugar con él. Y

sin poder resistirse más al encanto de esa mujer que le hacía ver la vida de otra manera, guio las traviesas manos hacia su pecho para que comenzaran con su seducción.

Jocelyn lo desnudó con delicadeza y timidez. Cada vez que una parte de Clive quedaba expuesta, ella se sonrojaba más, haciéndolo sonreír ante esa refrescante inocencia que nunca había formado parte de su vida hasta ese momento. Cuando hubo desabrochado todos los botones de su camisa intentó quitársela, algo imposible ya que los puños aún permanecían firmemente cerrados con sus respectivos gemelos.

—¡Mecachis! —maldijo Jocelyn mientras tiraba con impaciencia de la camisa de Clive para desnudarlo, haciéndole soltar estruendosas carcajadas en el proceso.

Ninguna mujer había sido tan atroz a la hora de seducirlo. Sin embargo, Jocelyn tenía algo que lo tentaba como ninguna otra y lo hacía desearla cada vez más. Sus risas cesaron en cuanto su esposa lo dejó un momento para acercarse nuevamente a su libreta y a sus anotaciones, algo que Clive impidió atrayéndola hacia sus brazos.

—¡Espera! ¡Déjame un segundo! Si me permites un momento, podré revisar lo que tengo que hacer y... —comenzó a explicarse Jocelyn. Pero Clive acabó con sus protestas acercando sus labios tentadoramente a los de ella para susurrarle justo antes de besarla:

—No hay tiempo.

Luego se apoderó de esa boca, exigiéndole más y más mientras la distraía con el sabor de sus besos. Clive se desprendió de su camisa de un simple tirón, arrancando los botones de los puños, provocando que los caros gemelos se perdieran por el lugar. Después, se tumbó sobre la cama y colocó el atrayente cuerpo de Jocelyn sobre sí, esperando el siguiente paso de la seducción que su

esposa llevaría a cabo sobre él.

—¿Y bien, Jocelyn? ¿Qué viene ahora? —preguntó Clive cuando abandonó ese cálido beso que dejó a Jocelyn un tanto confusa. Y sin perder la oportunidad de alterar un poco más a su seductora esposa, los dedos de Clive acariciaron sutilmente los hinchados labios de Jocelyn, en los que aún persistía el recuerdo de su beso, para ir descendiendo poco a poco por su cuerpo a través de ese fino camisón.

—Yo... yo... tengo que tocarte —musitó Jocelyn débilmente mientras ponía sus manos sobre el cuerpo de su marido y acariciaba lentamente su musculoso torso, torneado por el duro trabajo. Y a la vez que se deleitaba con el atrayente cuerpo de ese hombre, Jocelyn no pudo evitar preguntar con extrañeza a Clive—: ¿Por qué tu pecho no muestra ninguna herida?

—Porque soy demasiado bueno defendiéndome y nadie consigue herirme, a no ser que me apuñale por la espalda... —respondió él mientras sus ojos se nublaban al perderse por un momento en oscuros recuerdos del pasado. Tan

sólo las caricias de su mujer lo hicieron volver al presente, unas caricias acompañadas por unos sutiles besos que descendieron por su cuerpo, como si quisiera borrar con cada uno de ellos sus heridas más profundas, que eran aquellas que no podían verse.

—No sé cómo, a pesar de todo, aún puedes seguir siendo mi Gris... — murmuró Jocelyn sin dejar de acariciarlo y besarlo como ninguna mujer había hecho.

Clive quiso sacarla nuevamente de su error, decirle a Jocelyn que él no era el hombre con el que ella soñaba, que en ese oscuro mundo él nunca podría ser lo que ella quería... pero por una vez, guardó silencio. Tal vez porque en esos instantes deseó convertirse en el individuo que ella buscaba en él.

Sus manos y su boca siguieron bajando por el cuerpo de Clive y, en esta ocasión, Jocelyn sí supo apañárselas con sus pantalones. Para sorpresa de Clive, esa sabionda boquita y esas delicadas manos habían aprendido, tal vez demasiado, de las atrevidas mujeres de La Guarida.

Las manos de Jocelyn se movieron sobre su duro miembro, haciéndolo desear más de esas caricias, marcando un ritmo que inundó su cuerpo de deseo. Y cuando Jocelyn acogió atrevidamente su dura erección con la boca, Clive no pudo resistirse más y la apartó de él, la tumbó debajo de su cuerpo y, de un brusco movimiento, desgarró la escueta tela que le impedía saborear la dulzura del cuerpo de su esposa.

Jocelyn gimió de placer cuando la boca de Clive degustó los erectos pezones que se exponían frente a él usando su lengua, sus labios e incluso sus dientes, con los que la torturaba con sutiles y placenteros roces. Una de sus expertas manos la hizo delirar ante las ardientes caricias que dedicaba a sus senos, mientras la otra descendió hasta adentrarse entre sus piernas y notar el húmedo deseo que lo esperaba, reclamándolo.

—Se... se... supone... que tengo que ser yo... la que te seduzca... —recordó Jocelyn entre entrecortados gemidos de goce. Algo ante lo que Clive sólo pudo sonreír maliciosamente. Y

cambiando su postura, elevó el desnudo cuerpo de su esposa sobre él,

adentrándose en su interior de

una profunda embestida que la llevó a gritar su nombre.

—¿Así está mejor? —preguntó Clive perversamente al tiempo que no dejaba de adentrarse en ella una y otra vez mientras la veía retorcerse de placer sobre él.

—Sí... —gimió Jocelyn cuando una de esas rudas manos acarició la zona más sensible de su cuerpo para aumentar su deleite.

Jocelyn colocó sus manos sobre el duro pecho de Clive mientras dejaba que éste guiara su cuerpo hacia la cima del éxtasis. La implacable mano que agarraba sus caderas marcaba un duro ritmo que acompañaba a las fuertes acometidas que le exigían que lo siguiera hasta el fin.

Su cuerpo tembló expectante sobre el de Clive, y cuando éste le dedicó una maliciosa sonrisa antes de que su boca saboreara nuevamente sus enhiestos pezones, ella se rindió totalmente a él. Y

gritando su nombre, se dejó llevar hasta la cúspide del placer.

Clive agarró de manera implacable las caderas de Jocelyn para imponer un ritmo más firme y acelerado en sus acometidas. Y exclamando el nombre de la única mujer que lo volvía loco, dejó que su cuerpo llegara al clímax.

Cuando ella se dejó caer exhausta sobre él, Clive la abrazó hasta que sintió unas silenciosas lágrimas cayendo sobre su torso y se dio cuenta de que unos dulces besos se posaban sobre las heridas que las afiladas uñas de Jocelyn habían dejado sobre su pecho.

—No te preocupes, sanarán —dijo Clive, riéndose de la inexperiencia de su esposa. Hasta que oyó entre susurros apagados su respuesta y ya no estuvo tan seguro de ello.

—Sí, pero ¿a qué precio? —susurró Jocelyn antes de volver a besar su pecho y quedarse dormida sobre él sin ofrecer ninguna explicación por sus extrañas palabras.

—Mañana... Mañana me lo explicarás todo... —dijo Clive antes de ceder al sueño sin saber que, para ellos, tal vez no habría un mañana.

Capítulo 14

Antes de abrir los ojos, Clive ya sabía que el cálido cuerpo de Jocelyn se había alejado de él una vez más. El lecho permanecía frío sin la presencia de su revoltosa esposa que tanto lo tentaba y no pudo evitar ir en su busca para devolverla a su cama. Clive cubrió su desnudez con un simple batín y se apresuró a buscar a su mujer para que continuaran con sus juegos bajo las sábanas. No obstante, se extrañó al percibir que el bullicioso hogar en el que se había convertido su casa desde que Jocelyn llegó, ahora permanecía en silencio.

Temiéndose lo peor, abrió las habitaciones una detrás de otra, intentando localizarla en alguna de ellas, pero solamente encontró estancias limpias y vacías donde todo rastro de la presencia de su esposa había desaparecido. Para confirmar sus temores de que Jocelyn se había marchado, Clive corrió hasta las dependencias de los criados para entrar en la habitación de Bruno, donde acabó comprobando que, a pesar de sus heridas, éste también había huido. Eso era todo lo que necesitaba para constatar que, efectivamente, Jocelyn lo había abandonado.

Caminando lentamente por su ahora solitario hogar, Clive cogió una de las botellas del más fuerte licor que guardaba en su estudio y se dirigió al dormitorio de Jocelyn para intentar encontrar la razón de su abandono. Mientras caminaba en busca de alguna respuesta, no olvidó enturbiar sus sentidos con el licor, por si la hallaba y no le agradaba.

En la habitación de Jocelyn todo permanecía igual de impoluto que en el resto. Ni un solo objeto fuera de lugar que indicara que ella había estado allí, ni una sola prenda olvidada que le recordara su presencia. Aquella casa, al igual que su corazón, ahora estaba vacía.

Desolado al sentirse utilizado una vez más por una de esas damas de la alta sociedad, se tumbó en esa cama donde todavía perduraba el aroma de su esposa. Él había creído que Jocelyn no era como las demás mujeres que sólo lo utilizaban para su propio provecho para luego desecharlo sin más.

Creía que, en esta ocasión, esa mujer se quedaría a su lado y no huiría, ya que no temía enfrentarlo.

Pero, una vez más, estaba equivocado.

Cuando uno de sus temerosos criados tocó a la puerta, Clive quiso lanzar algo contra ella para espantarlo y alejarlo de su presencia. Pero sabiendo que probablemente se trataría de un asunto importante, entreabrió la puerta para recibir una carta de unas temblorosas manos que no tardaron en huir de su presencia.

Reconociendo la fina letra de la misiva, que únicamente podía pertenecer a esa taimada mujer, Clive bebió un gran trago de su botella mientras, irónicamente, se acomodaba en la cama para averiguar cuál era el emotivo mensaje que Jocelyn le dejaba antes de decirle adiós.

—Adiós —leyó Clive con sorpresa, tras lo que siguió buscando algo que le ofreciera una respuesta a la actuación de su mujer. Y cuando Clive observó que esa simple nota iba acompañada por los documentos que reclamaban la anulación de su matrimonio, él no pudo evitar gritar

desconsolado—: ¡¿Es que tanto me odias, mujer? ¿O es que ya has terminado de utilizarme a tu antojo y, ahora que no te sirvo para nada, me desechas?!

Más furioso que nunca por una situación que no podía cambiar porque, una vez más, desconocía dónde se encontraba Jocelyn, Clive arrasó con todo lo que se cruzaba en su camino. Destrozó los muebles, arrojó al suelo los caros objetos con los que había adornado ese lugar con ánimo de hacer más confortable la estancia de su esposa, arrancó las hermosas cortinas, desgarró las sábanas de la cama... Y aun así, su furia por lo que había perdido no disminuyó.

Finalmente, abatido y agotado tras su frenesí de destrucción, se sentó en el suelo junto a esa cama donde había velado los sueños de su esposa decenas de veces y disfrutó de la única compañía que nunca lo abandonaba: su botella. O eso pensaba hasta que un lastimoso animal, igual de patético que él, salió de debajo de la cama. Tras lamerle la mano, se sentó su lado para quejarse junto a él de su abandono.

—No me puedo creer que también te haya dejado atrás a ti —manifestó Clive en voz alta. Luego recordó el valor que Jocelyn le otorgaba a esa pequeña bestia y su mente comenzó a hacerse preguntas—. ¿A quién intentabas proteger dejándolo aquí, Jocelyn? ¿A él o a mí? —se preguntó Clive, angustiado por las dificultades en las que podría verse sumida su esposa en esta ocasión.

* * *

—¿Una fiesta? ¿De verdad me estás pidiendo que interceda por ti para que te inviten a una fiesta de esa envergadura? Deberías ser consciente de lo afortunada que eres si esa distinguida familia te devuelve el saludo siquiera, después de que los dejaras en ridículo rechazando su proposición para acabar casándote con ese rufián de los suburbios.

—Lo sé, abuelo, pero he recapacitado y ahora sé cómo debo comportarme con esa familia —dijo Jocelyn, ocultando el brillo malicioso de sus ojos, que reclamaban venganza.

—Lo intentaré, Jocelyn, pero no te prometo nada. Has mancillado imprudentemente tu nombre al unirte a un sujeto despreciable. Gracias a Dios que al final has recuperado la cordura y has vuelto a tu hogar.

—Sí, abuelo, éste es el único lugar al que podía ir —comentó Jocelyn, luciendo en su rostro una hermosa sonrisa.

—Deberías haber acudido a mí en cuanto tu padre desapareció, en lugar de permanecer sola a la espera de que un don nadie como Clive Sin se aprovechara de ti. No sé ni cómo llegaste a conocer a ese hombre siquiera.

—Creo recordar que todo empezó con un saco... —divagó Jocelyn, sin dejar de sonreír.

—Jocelyn, en serio, hay momentos en los que no comprendo tu comportamiento ni tus confusas palabras.

—Lo siento, abuelo. Intentaré explicarme con más claridad en la próxima ocasión o, por lo menos,

con toda la claridad que tú puedas llegar a comprender —contestó Jocelyn, ofreciéndole una cálida sonrisa.

—Hay ocasiones en las que pienso que te burlas de todos con tus palabras.

—¿Yo, abuelo? ¿Por qué crees eso? —ironizó Jocelyn ante el regio individuo que se alzaba ante ella y que mostraba a su nieta el mismo cariño que había mostrado en el pasado hacia su hija: ninguno.

—Te pareces demasiado a tu padre. Hazme un favor: en mi presencia, y delante de los miembros de la alta sociedad, no hables demasiado. Que las mujeres muestren su inteligencia es sumamente molesto.

—Sólo para aquellos que, como tú, querido abuelo, no saben sobrellevarlo. Pero no te preocupes, haré lo que tú quieras.

—Al menos has aprendido a ser más obediente que tu madre... Si consigo esa invitación para ti, espero que sepas comportarte y que no me avergüences delante de todo el mundo. Y, sobre todo, no cometas el error de rechazar otra digna proposición de algún pretendiente decente por la de un granuja —exigió el altivo barón antes de despedir a su nieta con un rígido gesto de su mano.

—Cómo echo de menos a ese granuja... —suspiró Jocelyn, apoyándose en la robusta puerta que acababa de cerrar.

—Y dime: ¿hasta cuándo serás así de obediente? —se burló Bruno, el único hombre que se había permitido llevar consigo para su protección.

—Hasta que deje de convenirme serlo —replicó Jocelyn, sonriendo irónicamente a su amigo, de quien no tenía la menor duda de que habría escuchado toda su conversación.

—Sabes que se te acaba el tiempo para llevar a cabo tu plan, sea el que sea, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso, Bruno? —preguntó Jocelyn, confusa.

—Porque, según lo que he oído, tu esposo te está buscando. Sólo es cuestión

de tiempo que dé contigo y, cuando lo haga, no creo que nada pueda impedirle que te lleve de vuelta a su hogar.

—¡Mecachis! —maldijo Jocelyn, algo molesta por no haber previsto el inconveniente de que su esposo la quisiera de vuelta.

—¿Por qué no lo rechazaste de una forma cruel para que le quitara las ganas de volver a verte?

—Le dejé una nota de despedida bastante insultante —se excusó Jocelyn.

—Sí, claro, acompañada por ese perro, que Clive sabe perfectamente que nunca se separa de ti, para que lo protegiera.

—Únicamente dejé a *Fifí* con él porque en casa de mi abuelo se habría sentido incómodo.

Además, le había cogido algo de cariño a Clive y no quería separarse de él.

—¿Tanto como tú? —preguntó Bruno, acercando su rostro al de ella para que Jocelyn viera que a él no podía engañarlo.

—Yo no puedo permitirme quererlo —dijo Jocelyn, negándose a contestar a sus preguntas.

—Entonces, ¿por qué no le hiciste daño suficiente como para lograr que te odiara?

—Porque no quería convertirme en una más de las heridas que lleva grabadas en su alma.

—Y sin embargo lo serás, si sigues negando lo que sientes por ese hombre.

—No te preocupes, Bruno, soy una mujer fácil de olvidar —declaró Jocelyn, alejándose de esos profundos ojos que exigían más de lo que ella quería contar.

—No, no lo eres —acabó susurrando Bruno mientras ella se alejaba, dándole una vez más la espalda a sus sentimientos mientras Bruno se preguntaba qué

nuevo plan maquinaba Jocelyn ahora y a quién quería proteger en esos momentos.

* * *

Indignado tras averiguar el paradero de su esposa, Clive acudió al despacho que Bennet poseía en su pecaminoso club para desahogar su pesar y robarle algún caro licor mientras pensaba cómo podría recuperar a esa mujer que había vuelto a huir de él.

—Ha vuelto con su abuelo... ¡¿Cómo se atreve a regresar con su familia y a hacerme llegar este insultante papel?! —exclamó Clive, furioso, poniendo los documentos que solicitaban la anulación de su matrimonio frente a la cara de su hermano.

—Estoy desconcertado, hermano; hace apenas un par de meses querías deshacerte de esa mujer y ahora estás desesperado por recuperarla.

—¡Es mi esposa! —gruñó Clive—. Y seguro que anda metida en problemas de nuevo.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó Bennet, confundido ante la reacción de su hermano a pesar de haber sido abandonado.

—¿En serio me haces esa pregunta? —cuestionó Clive, alzando irónicamente una de sus cejas hacia Bennet para luego dirigir su mirada al atemorizante can que no dejaba de perseguirlo allá donde fuera—. ¡Porque es obvio que aún pretende protegerme! —dijo Clive, mientras señalaba a ese molesto perro que, una vez más, enseñó los dientes a Bennet—. ¡Quieto, *Fifí*! —ordenó Clive—.

Fifí... En serio, hay que cambiarte ese nombre.

—¿De verdad esa mala bestia se llama *Fifí*? —preguntó Bennet, sorprendido.

—A mí no me mires, era el perro de mi esposa hasta que se fue y después, no sé por qué, se convirtió en el mío.

—Sí lo sabes, tú mismo lo has dicho hace unos segundos: recuerda que

protegemos con más celo a las personas que más amamos.

—Jocelyn me ha dicho en más de una ocasión que me quiere, pero luego va y me abandona, lo cual me lleva a dudar de esa afirmación.

—No me refería a tu esposa, hermano, sino a ti: ¿o acaso no llevas semanas acabando con los oscuros personajes de tu lista y ahora vienes a mí para intentar llegar a los que están fuera de tu alcance?

—Si no puedo estar a su lado tendré que protegerla de otra manera...

—¿Y qué pretendes hacer para acabar con tantos enemigos? ¿Amenazarlos para que se exilien?

¿Chantajearlos después de atraparlos entre tus redes con alguno de tus negocios turbios? ¿O

simplemente matarlos?

—Tú mismo lo has dicho, hermano, yo no... —murmuró Clive, luciendo en su rostro una perversa sonrisa.

—No creo que a tu esposa le gustara que actuases de esa manera.

—Entonces que venga a reprenderme —replicó enfadado Clive, poniendo sobre la mesa del estudio de su hermano el listado de nombres de sus objetivos, reclamándole en silencio a Bennet su ayuda antes de marcharse.

* * *

Isaac observaba cómo Evelyn, acurrucada en un frío rincón de su celda, lo fulminaba con su mirada deseando matarlo a causa de los insoportables picores que tenía por todo su cuerpo desde que él había comenzado a restregarle las plumas de ganso de su almohada.

—Deja de rascarte, sólo vas a conseguir empeorarlo.

—¡Te juro, Isaac, que cuando salgamos de ésta te voy a matar! —anunció Evelyn sin dejar de rascar su cuerpo por encima de la áspera manta que la

cubría.

—Si salimos de ésta... —respondió Isaac irónicamente—, porque creo que, en cuanto se enteren de que esas armas que les he entregado se desmontan a la menor oportunidad, estarán algo molestos conmigo.

—¡Por Dios, Isaac! ¿No podías evitar molestarlos hasta que consiguiéramos salir de aquí?

—Me he contenido bastante, querida. Pensé en fabricarlas con un defecto que las hiciera explotar en cuanto las accionaran, sobre todo después de que los hombres del conde bajaron para intentar llevarte con él. ¡Menos mal que a los nobles no les gusta arriesgar sus ilustres cuerpos y sus hombres fueron lo bastante listos como para no tocarte!

—¡No puedo seguir así toda la vida! ¡Estos picores me van a volver loca! ¡Y encima tú te juegas el cuello a cada segundo que pasas negándote a hacer lo que ellos dicen! Llegará un momento en el que se cansarán de ti, y entonces...

—Entonces irán a por Jocelyn. Lo sé. Como también sé que hoy es el día en el que escaparás de esta prisión.

—¿Por qué has dicho «escaparás» en vez de «escaparemos»?

—Muy fácil, querida: porque los dos no cabemos por aquí y alguno tendrá que asegurar la huida

—anunció Isaac, mostrando el túnel que se hallaba oculto bajo el empedrado del suelo.

—¿Se puede saber por qué no me has mostrado ese túnel hasta ahora? ¿Y por qué demonios no nos hemos escapado antes por ahí?

—Porque para salir hay que hacer mucho ruido, y esa suntuosa fiesta y su música nos vienen de

maravilla para amortiguarlo. Además, la vigilancia a los prisioneros será más liviana, ya que lo más importante será custodiar las armas. Así que, querida

mía, ¿me concedes el honor de este último baile? —pidió Isaac antes de atraer a Evelyn hacia sus brazos y comenzar a danzar por la sucia celda como si de una majestuosa pista de baile se tratase.

»¿Sabes? Cuando te conocí no esperaba volver a enamorarme de nadie, estaba tremendamente destrozado por la muerte de mi esposa —reveló Isaac—. No obstante, no tardaste en conquistarme con tu fuerza, tu coraje y tu cariño; y no sólo a mí, sino también a mi hija, a la que trataste como si fuera tuya y a la que, en ocasiones, has sabido proteger mejor que yo.

—Isaac... —interrumpió Evelyn cuando se dio cuenta de que su discurso se trataba de una despedida.

—¡Chsss! Déjame terminar —rogó Isaac, silenciando los labios de Evelyn con uno de sus dedos

—. Todos los días doy gracias a Dios por haberte puesto en mi camino, y aunque sé que al final de mi vida tendré muchas cosas de las que arrepentirme y numerosos pecados a mi espalda, tú nunca serás una de ellas, porque lo mejor que ha podido pasarme es enamorarme de una mujer como tú por la que no me importa morir —concluyó Isaac, besando los hinchados labios de Evelyn.

—¡Isaac! ¡No puedes pretender que yo salga de aquí y te deje en esta celda a tu suerte! ¡Y aún menos después de estas palabras! —increpó Evelyn, zafándose de ese beso.

—Evelyn: uno de los dos tiene que cuidar de nuestra niña —recordó Isaac, haciendo que las protestas de Evelyn cesaran y dieran paso a sus lágrimas.

—Te amo —dijo Evelyn antes de darle un último beso a su amante. Y al contrario de lo que otros hombres habrían hecho con una mujer que en esos momentos lucía un aspecto tan espantoso como el de Evelyn, Isaac no la apartó de su lado y le devolvió ese cálido beso con el que separaban sus caminos, quizá para siempre.

—Tus besos son tan dulces como recordaba —susurró Isaac, despidiéndose de su amante con una pícaro sonrisa que, como siempre, la animó a seguir

adelante con la esperanza de que un día él la alcanzaría.

* * *

La fiesta a la que Jocelyn había logrado ser invitada era como tantas otras a las que había asistido desde que llegó a casa de su abuelo, con la esperanza de concurrir a esa majestuosa mascarada.

El pequeño antifaz que llevaban apenas cubría el rostro de los asistentes a este evento social; no obstante, todos ellos se jactaban de su anonimato felizmente, sin pensar que cada uno de sus gestos podían revelar descaradamente su identidad. Por ello, Jocelyn, como siempre hacía, observaba y escuchaba con atención todo lo que la rodeaba antes de planificar su siguiente movimiento.

En esta ocasión había decidido enfrentarse sola al enemigo y para ello había tenido que dejar a Bruno en casa, debidamente drogado y encerrado en su habitación. No quería que ninguno más de sus

seres queridos resultara dañado por inmiscuirse en sus maquinaciones, ya que sabía que ahora que Joe Hell había salido a la luz, ella tendría que hacerlo desaparecer.

Jocelyn no tardó demasiado en hallar a uno de sus muchos enemigos que habían acudido a esa reunión: sólo tuvo que buscar al hombre que más se vanagloriase de su grandeza para dar con el joven Ayrton Fairchild, aunque tuvo que pasar varias veces por su lado para que éste se percatase de su presencia en ese lugar. Al fin, a la décima vez que pasó junto a él, Ayrton la detuvo cogiéndola bruscamente de un brazo.

—¡Vaya! ¡Por fin te tengo entre mis manos! —susurró el joven lord, intentando presumir de la inteligencia de la que sin duda carecía.

—Sí, por fin... —repitió Jocelyn desapasionadamente mientras se dejaba arrastrar por ese idiota predecible hacia el interior de la casa, alejándose de la bulliciosa fiesta que los rodeaba.

—¡Voy a encerrarte con tu padre en esas sucias mazmorras, y luego te

obligaré a seguir los planes de mi padre! —afirmó su enemigo. Y después de accionar el mecanismo que permitía la apertura de una entrada secreta que comunicaba con un pasadizo, la arrastró por una angosta escalera hasta su destino.

—¿A qué estamos esperando? —apremió Jocelyn al joven papanatas para que la llevara adonde ella quería estar.

—¡Pero mira que eres idiota! ¿Es que ni siquiera eres consciente del lío en el que te has metido como para tener un poco de miedo? —musitó Ayrton, mientras abría las puertas de la mazmorra.

—Me abstengo de mostrar sentimientos inútiles que no me servirían para nada, si acaso, sólo servirían para que mi enemigo se regocijara con ellos. Y perdóname, pero no quiero que te deleites con un miedo que no te tengo.

—¡Aprenderás a temerme! —declaró Ayrton con furia. Y harto de la insolencia de esa mujer, alzó su mano para golpearle el rostro.

Esperando ver la respuesta habitual ante su amenazante gesto, consistente en lágrimas y llantos llenos de disculpas y arrepentimiento, tan propios de toda mujer de rango inferior al suyo que recibiera su castigo, Ayrton se sorprendió enormemente cuando Jocelyn lo miró con un insultante aire de confiada superioridad, y tras sonreírle, le dijo:

—Esa mano la vas a perder, lo sabes, ¿verdad?

—¡¿Cómo te atreves?! —chilló Ayrton, volviendo a alzar su mano. Pero ésta se detuvo cuando escuchó las advertencias de esa mujer. Tras oírla, fue él quien comenzó a sentir el miedo que le exigía a su cautiva.

—¿Recuerdas con quién he estado casada, Ayrton, y lo que podría llegar a hacerte si se entera de que me has tocado?

—Tú has terminado con tu esposo.

—Pero él no ha terminado conmigo, y algunos hombres pueden llegar a ser muy celosos con sus posesiones, especialmente con sus mujeres.

—¡Baja! —ordenó Ayrton bruscamente, manteniendo sus manos lejos de su prisionera.

Cuando llegaron al lugar donde retenían a su padre, Isaac la obsequió con una de sus sonrisas.

Mientras que para cualquier otra persona este gesto habría sido algo tranquilizador, para Jocelyn era la señal de que estaban metidos en problemas, lo que confirmó al oír las primeras palabras que le dirigía su padre después de meses sin tener noticias de él:

—Pero mira que eres inoportuna, Jocelyn...

Por supuesto, Ayrton era bastante idiota, pero no tanto como para no darse cuenta de que en esa celda faltaba una persona y que había un gran agujero abierto en el suelo, por el que habría escapado la prisionera ausente.

Sacando furiosamente a Isaac de esa celda que ya no servía para su propósito, lo colocó junto a su hija antes de anunciar, exasperado:

—¡Estoy harto de vuestra familia y sus locuras! ¡Ya es hora de deshacernos de uno de sus miembros para siempre! —chilló Ayrton para, a continuación, después de llamar a uno de los hombres de su padre, ordenarle que apuntara a Isaac para deshacerse de él. O eso, al menos, es lo que el joven lord pensaba que ocurriría hasta que vio cómo el arma del tipo que disparaba a Isaac explotaba entre sus manos, matándolo en el acto.

—Con ése no me contuve, pero es que tocó a Evelyn —anunció Isaac mientras se encogía de hombros y se reía de sus captores.

—Algo muy razonable —contestó Jocelyn, siendo la única que comprendió las palabras de Isaac.

—¡Vosotros dos! ¡Buscad a esa maldita criada! Y vosotros, ¡deshaceos de él y encerradla a ella!

¡Luego limpiaréis esto! —ordenó Ayrton a gritos a sus secuaces, pateando el cadáver del estúpido que había alzado un arma contra ese endemoniado

inventor.

Después, bastante seguro de su victoria, Ayrton se marchó decidido a volver a la fiesta en donde sus invitados lo esperaban para alabar sus hazañas y proezas. «Qué pena que no pueda presumir de todas ellas», pensaba el joven lord mientras se alejaba. Los restantes hombres se miraron entre sí mientras decidían quién intentaría probar suerte con su arma en esta ocasión.

—¿De verdad estáis pensando en intentarlo de nuevo? Conozco demasiado bien a mi padre y os advierto de que el resultado será el mismo, una y otra vez, hasta que os elimine a todos —avisó Jocelyn—. Si yo fuera vosotros, me desharía de él de otra manera. Una en la que no quedase rastros de vuestra intervención: tened en cuenta los importantísimos contactos que tiene mi padre. Yo, tal vez, lo metería en un saco y lo dejaría en mitad de los suburbios para que los maleantes del lugar hicieran el trabajo sucio por mí... Pero allá vosotros...

—Jocelyn, cariño, no les des ideas —masculló Isaac mientras veía cómo los hombres de Ayrton iban en busca de un gran saco.

—No te preocupes, papá, no conozco a ninguno de esos hombres, así que todo debería ir según lo planeado —susurró Jocelyn.

—¿Se supone que tus palabras deberían tranquilizarme? —murmuró Isaac mientras se ponía en

guardia para luchar contra esos sucios granujas que se dirigían hacia él con una mordaza y unas cuerdas.

—Papá...

—¿Qué, cariño? —preguntó Isaac, distraído, intentando calcular de dónde vendría el primer ataque de sus adversarios.

—Saluda a mi esposo de mi parte cuando lo veas —volvió a susurrar Jocelyn mientras colocaba disimuladamente su pulsera en la muñeca de su padre y la ocultaba con las mangas de su chaqueta.

Luego, para asombro de Isaac, Jocelyn lo empujó hacia esos sujetos que iban a su encuentro.

Isaac se resistió violentamente, negándose a dejar a su suerte a su pequeña. No obstante, cuando lo golpearon en la cabeza sumiéndolo en la inconsciencia ya no pudo hacer nada más por ella. Al final acabó metido en un sucio saco.

Después de que varios de los hombres se marcharan para abandonar el saco en los suburbios, los restantes encerraron a Jocelyn en una de las celdas vacías. No dejaron de mirarla con ojos avariciosos, deseando divertirse un rato con ella, y ya que nadie les había indicado que no podían disfrutar de esa prisionera, decidieron turnarse para su deleite. Pero sus decididos pasos para obtener su preciado momento de diversión cesaron en cuanto vieron cómo una mujer sin miedo alguno se burlaba de ellos.

—Os aconsejo que no me toquéis, eso puede hacer que mi marido se enfurezca. Y no querréis ver a mi marido enfadado, os lo prometo...

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es tu marido para que debamos temer su enfado? —se burló uno de esos indeseables.

—Clive Sin —reveló Jocelyn, haciendo que todos palidecieran al recordar los rumores sobre ese nombre. Pero como alguno aún dudaba de su palabra, Jocelyn no tuvo piedad a la hora de utilizar una de sus armas.

»Y no penséis que soy menos peligrosa que él... —dijo ella antes de accionar uno de sus últimos inventos, dejando caer una pequeña bolita al suelo. Un segundo después, la bolita propagó una densa nube de humo que dejó inconscientes a todos los que lo aspiraron. Jocelyn mantuvo su boca y su nariz debidamente tapadas con su ropa mientras aguantaba la respiración durante unos momentos.

El humo se fue disipando poco a poco, pero su oportunidad de huida se esfumó cuando el conde se adentró en la vieja mazmorra y apareció frente a ella sonriendo victoriosamente tras observar a los hombres que se hallaban inconscientes a sus pies, pues así obtuvo al fin la confirmación de quién era ella.

Tal y como había aprendido de su padre, Jocelyn no lloró, no protestó ni puso excusas a la verdad: simplemente se enfrentó a su enemigo con la cabeza bien alta, y debido a que no le agradaba ver esa cara de regocijo en el semblante de su enemigo, le anunció con ironía:

—Enhorabuena, conde de Pemberton: al fin tiene entre sus manos al temible Joe Hell. Espero sinceramente que sepa sobrellevarlo y, sobre todo, que no se arrepienta de ello...

Capítulo 15

Clive llevaba semanas intentando acercarse a Jocelyn, para lo que no había dudado a la hora de pedirle ayuda a su hermano, pues sabía que para encontrar a su esposa y poder exigirle una explicación a su abandono tendría que sumergirse una vez más en el falsamente jovial ambiente de la alta sociedad que tanto le desagradaba. Bennet ya le había conseguido más de una invitación para acceder a ese tipo de eventos en el pasado, y ahora sólo era cuestión de adivinar a qué eventos podría asistir Jocelyn.

Mientras se devanaba los sesos sobre cuál de esas invitaciones debía aceptar y descartaba algunas otras, no pudo evitar oír la molesta conversación que sus hombres mantenían acaloradamente delante de la puerta de su despacho en La Guarida.

—¡Deberíamos habernos hecho con él! ¡Estaba más cerca de nuestro territorio que del lado del Serpiente! —recriminaba Don a su compañero.

—¿Acaso no recuerdas la reprimenda que nos soltó el jefe en la última ocasión? ¡Esta vez hemos hecho lo correcto! —replicó Bill, orgulloso de su decisión.

Clive negó con la cabeza intentando ignorar a sus hombres y a alguna de sus nuevas meteduras de pata, y pretendiendo concentrarse en su tarea volvió a revisar las cartas que tenía sobre la mesa.

—¡Para qué narices me traes esta invitación, Bennet! —murmuró Clive mientras negaba con la cabeza ante el tipo de festejos para los que su hermano había conseguido que lo aceptaran. A continuación, arrojó al fuego

la deshonesta proposición de una viciosa condesa que lo invitaba a participar en una orgía—. ¿Y ésta? ¿Y ésta otra? ¡Joder! ¿Es que no has podido conseguirme nada decente? —maldijo Clive, malhumorado, hasta que recordó que con su apellido no tendría demasiados eventos decentes a los que asistir—. Ojalá todo fuera tan fácil como la primera vez que te conocí, Jocelyn... —suspiró Clive, recordando cómo le había sido entregada su esposa por parte de sus hombres: en un saco.

Frustrado, se recostó en su mullida silla. Y mientras mesaba con desesperación sus cabellos preguntándose cómo podría recuperar a su mujer, la molesta conversación de sus hombres volvió a llegar a sus oídos.

—Te lo digo en serio, Bill, deberíamos habernos hecho con ese saco. Después de todo, ¿quién sabe lo que guardaba en su interior? Recuerda cómo encontramos a la jefa... —insistió Don, haciendo que Clive se levantara de su asiento como un resorte al sospechar lo que podía haber en ese saco del que hablaban Don y Bill y se dirigiera hacia la puerta.

—La verdad es que un saco tan grande como el otro que trajimos es algo insólito... No obstante, el jefe nos dijo que...

—¡Quiero ese saco y lo quiero para ayer! —ordenó Clive a sus hombres tras abrir bruscamente la puerta de su despacho.

—Pero jefe... ¿no nos advirtió usted la última vez que no recogiéramos ese tipo de cosas de los callejones? —recordó Bill.

—Sí, es cierto. Nos dijo que podía ser peligroso para nosotros y que por nada del mundo lo volviéramos a hacer.

—Bueno, ¡pues ahora os ordeno que me traigáis ese saco!

—Pero...

—¡Pero ya! —gritó Clive con furia ante sus subordinados, que no tardaron en obedecer sus órdenes. Cosa que, por supuesto, hicieron, pero no sin rechistar.

—¿En serio? ¡Primero nos reprende por coger algo del callejón y ahora por

no cogerlo! ¿Quién puede acertar con ese hombre? —se quejó Don mientras se alejaba para cumplir los mandatos de su jefe.

—No te preocupes, amigo —dijo Bill, animándolo mientras pasaba amigablemente uno de sus brazos por encima de sus hombros—. Creo que su mal humor se debe a que ha perdido a su esposa otra vez.

Y mientras su jefe los acribillaba con una de sus airadas miradas, los dos llegaron a la misma conclusión.

—Sí, sin duda echa de menos a su mujer —coincidieron ambos antes de acelerar sus pasos hacia la salida.

—Jocelyn, cuando te atrape... —murmuró Clive, apretando los puños, furioso porque sus sentimientos quedasen tan expuestos ante sus hombres— ... no te dejaré escapar... —declaró más calmado, recordando cuánto echaba de menos a la única mujer que lo hacía parecer más humano.

* * *

Cuando, varias horas más tarde, sus hombres dejaron ese inquieto saco en su despacho, Clive no tuvo duda alguna de que en su interior había una persona. Descartando el ofrecimiento de sus secuaces de dejar inconsciente al sujeto que se hallase en su interior, los hizo salir de la habitación con una orden, y decidido a reprender a su esposa por su comportamiento, comenzó su áspero discurso con el que se quejaba de su abandono sin molestarse en sacarla del interior de ese sucio saco.

—Jocelyn, estoy realmente enfadado, y en esta ocasión no sé si debería quedarme contigo o arrojarte al Támesis —comenzó Clive, muy molesto, mientras se paseaba alrededor del inquieto saco

—. Sé que me he portado mal contigo al utilizar a mis hombres más peligrosos para asustarte o al dejarte a cargo de mis mujeres para escandalizarte. Sé que en ocasiones he sido algo rudo contigo,

¡pero es que me desquicias! ¡No haces más que meterte en problemas y me arrastras hacia ellos, una y otra vez! —continuó Clive mientras pasaba con

nerviosismo sus manos por sus cabellos, sin saber cómo hacer para que sus palabras no le transmitieran tan sólo su enfado, sino también que la había echado terriblemente de menos.

Clive decidió terminar su discurso con una tosca orden mientras abría el saco, dispuesto a enseñarle a su mujer con sus caricias lo que no podía llegar a expresar con sus bruscas palabras.

—Jocelyn, cuando te digo que te quedes quieta en un sitio, deberías hacer lo que te mando, y...

Tras abrir el sucio fardo, Clive descubrió que había errado en cada una de sus palabras al observar a un hombre de mediana edad, amordazado y atado de pies y manos que lo miraba muy enfadado, con unos ojos azules y unos cabellos castaños muy similares a los de su esposa.

En cuanto Clive desató a ese individuo no tuvo dudas de que se trataba del padre de Jocelyn, y aún menos cuando lo primero que hizo como agradecimiento por su liberación fue apuntarlo con una maldita pulsera que él conocía demasiado bien para, a continuación, drogarlo. Y mientras Clive yacía paralizado en el suelo, el hombre lo miró con enfado, tras lo que comenzó a recriminarle cada uno de los inadecuados comportamientos que había tenido con su hija.

—¡Ésas no son formas de tratar a una mujer! ¡Eres un granuja y debes aprender a comportarte!

Pero no te preocupes, para eso estoy aquí, para enseñarte cómo convertirte en un marido adecuado para mi pequeña... —dijo su suegro, luciendo en su rostro una maliciosa sonrisa, y añadiendo justo después—: Y mientras te instruyo, pensaremos en cómo encontrar a mi hija, querido yerno.

* * *

Jocelyn había sido trasladada por su enemigo en varias ocasiones, casi todas ellas porque sus peligrosas armas acababan destruyendo parte de su celda o dejando fuera de combate a sus carceleros. Y cada vez que el conde creía

haberla desarmado por completo, se encontraba con que esa mujer únicamente se estaba burlando de él.

—Conde, ¿de cuantos más de sus hombres tengo que deshacerme para que capten la indirecta de que yo no soy uno más de sus juguetitos? —preguntaba Jocelyn desde su nueva celda, un lugar bastante inestable con el que el conde se aseguraba de que Jocelyn no utilizaría ninguno de sus inventos explosivos. Su carcelero no dudaba en visitarla una y otra vez para jactarse de su captura, y esta vez no fue diferente.

—Lo siento, querida, pero actualmente es muy difícil encontrar personal competente para este tipo de trabajos. Sin embargo, creo que hoy habrán aprendido al fin la lección —señaló el conde sin dejar de observar a los nuevos incautos que, habiendo desobedecido sus órdenes de limitarse a vigilar a su cautiva y nada más, habían recibido su merecido y yacían desplomados en el suelo junto a la celda de esa mujer—. Me pregunto cuántas armas más escondes...

—¿Quiere entrar a comprobarlo usted mismo, conde? —inquirió Jocelyn, dedicándole una retadora sonrisa.

—No, prefiero mantenerme a una distancia prudencial. ¡Oh! Ya que estoy aquí quisiera anunciarte las últimas noticias sobre tu desaparición: se rumorea que, durante mi fiesta, fuiste raptada por el

despiadado Clive Sin, un cruel y sanguinario individuo que no tardó en deshacerse de ti por haberte atrevido a abandonarlo. Ahora tu abuelo ha exigido una investigación y, por supuesto, la policía no tardará en poner precio a la cabeza de tu esposo.

—Unos rumores muy convenientes para usted, conde. Me pregunto quién los habrá instigado —

ironizó Jocelyn, dirigiendo su mirada hacia el hombre que la observaba con un gesto de superioridad desde el exterior de su celda, ya que creía realmente que él era quien manejaba la situación.

—Con tu padre muerto, los únicos obstáculos que me quedaban por superar

para quedarme contigo eran tu temible esposo y tu molesto abuelo. Enfrentándolos a los dos mataré dos pájaros de un tiro. En cuanto a la criada fugada no me preocupa en absoluto, ya que nadie creerá sus palabras, además de que la enfermedad que sufría no tardará en acabar con ella. Aunque lo cierto es que me habría gustado orquestar las cosas de otra manera y que tú hubieras acabado formando parte de mi familia, algo que ahora es imposible, ya que los dos sabemos que con lo lista que eres y con lo estúpido que es mi hijo, no habrías tardado en manejarlo a tu antojo para venir a por mi cabeza. Y, para serte sincero, prefiero seguir manteniéndola sobre mis hombros.

—Un gesto muy precavido por su parte, el desistir de casarme con su hijo, conde. Pero ahora me pregunto con qué intentará chantajearme para que fabrique sus armas, si todas las personas que me importan están fuera de su alcance.

—¿Todas, querida? ¿Estás totalmente segura de tu afirmación? —preguntó el conde, acariciando astutamente su barbilla—. Creo recordar que no te desagradaba demasiado ese esposo del que te encanta presumir.

—¿Clive? ¡Bah! Lo abandoné... —le recordó Jocelyn a su enemigo, quitándole valor a lo que sentía por su esposo.

—Sí, pero eso lo hiciste solamente cuando querías llegar hasta a mí, lo que me lleva a pensar que puedes haberte encariñado de él. Así que hagamos un trato: yo dejo caer algún cotilleo apropiado sobre tu huida con otro hombre y calmo los aires de venganza de tu abuelo hacia tu esposo, y tú a cambio me ayudas con esas armas.

—Un rumor muy ventajoso para usted, que acabará con las ganas de mi esposo de buscarme y me impedirá encontrar ayuda en algún lugar si consigo escapar de aquí —analizó Jocelyn, viendo a través de los planes de su enemigo.

—Humm... En ocasiones me olvido de lo lista que eres y te subestimo; no obstante, ya que eres tan inteligente, comprenderás que la única salida para ti es fabricar esas armas que te pido.

—Las haré —dijo Jocelyn, cediendo ante los deseos de su carcelero,

provocando que el conde hinchara su pecho de orgullo ante la idea de haberla vencido.

—¡Buena decisión! Empezarás mañana mismo. Y asegúrate de que las armas estén en condiciones, ya que las probaré todas y cada una de ellas haciendo que las utilicen algún niño inocente o alguna estúpida criada, y sus muertes recaerán en tu conciencia si estas armas llegan a explotar.

»Si te das prisa, podremos tener unas cuantas listas para efectuar una pequeña demostración a nuestros compradores para finales de esta semana. Después de todo, no tienes nada más que hacer para matar el tiempo —se burló el conde—. Me alegro de que al fin hayas entrado en razón.

—Sí, al fin he entrado en razón y ya sé lo que tengo que hacer: he de acabar con Joe Hell —

susurró Jocelyn con firmeza mientras su mirada se perdía en un nuevo y descabellado plan, a la vez que a su rostro asomaba una ladina sonrisa.

* * *

Hacía semanas que Clive buscaba a Jocelyn con desesperación. Después de que Isaac lo hubiera informado de la captura de su mujer por parte de su enemigo, Clive había conseguido infiltrar algunos hombres para que revisaran hasta la última piedra de ese castillo abandonado sin resultado alguno. Y acercarse al conde estaba descartado, ya que éste se había cubierto la espalda al difundir rumores que hacían que la policía siguiera los pasos de Clive en todo momento, tomándolo como el culpable de la desaparición de su mujer.

Finalmente, desesperado por hallar a Jocelyn, Clive había utilizado los contactos de su hermano, tanto los honrados, que disponía al estar Bennet emparentado con la nobleza, como otros menos honorables. Pese a ello, no había recabado información alguna sobre el paradero de su esposa, cosa que lo inquietaba cada vez más porque sólo podía deberse a dos posibilidades: o bien al miedo de sufrir represalias si alguien se iba de la lengua o a que alguien sacaba una jugosa tajada de ello.

El resultado de la búsqueda de una mujer que tenía compañías de lo más extrañas, ya que en su camino hacía amigos de lo más cuestionables, fue que su pacífica Guarida se había convertido en un completo caos. A cada instante, las mujeres le preguntaban por su esposa con inquietud, al tiempo que mantenían sus oídos atentos a cualquier rumor que pudiera surgir en los sucios callejones que frecuentaban. Algunas de ellas incluso se habían atrevido a interrogar a sus clientes poniendo en práctica algunos de los consejos de Jocelyn, consiguiendo con ello perder a los interesados en sus favores.

Sus hombres, por otra parte, se habían vuelto más diligentes en su labor y buscaban continuamente a los granujas que lo habían ofendido al secuestrar a su esposa. Alguno de ellos se lo tomaron tan en serio que llevaban días sin dormir, obligando a Clive a ordenarles que se retiraran a descansar.

Pero sin duda, las personas más molestas de todos cuantos lo rodeaban eran aquellas que siempre habían protegido a Jocelyn y que, ahora que ella había desaparecido, no dejaban de intentar hacer lo mismo con él, algo a lo que un hombre como Clive Sin no estaba acostumbrado.

Evelyn, la ama de llaves de Jocelyn, se dedicaba a reorganizar su casa y su Guarida, y quisiera él o no, mandaba sobre todos sus empleados con una autoridad que nadie cuestionaba, ni siquiera sus hombres más duros.

Luego estaba Bruno, el asesino al que salvó el pellejo por el simple hecho de que su mujer así lo quería, que no dejaba de guardarle las espaldas. Y a pesar de que Clive le había asegurado más de una docena de veces que no necesitaba de sus servicios, él sencillamente lo ignoraba y seguía protegiéndolo. Además de Bruno, el perro de Jocelyn, al que Clive se negaba a llamar *Fifí*, también había decidido protegerlo y lo seguía a todos lados como una sombra.

Y por último, pero no menos molesto, Isaac, su nuevo pariente, que no dejaba de atosigarlo con pedidos de lo más extraño para desarrollar sus inventos. Y mientras fabricaba sus artilugios mantenía largas conversaciones con él, donde lo sermoneaba sobre cómo debía tratar a una mujer, en especial a la suya, recordándole con cada una de sus lecciones a ese padre que él nunca tuvo.

—Nunca debes dar órdenes a tu esposa, mejor transfórmalas en una sutil sugerencia si no quieres que caigan en saco roto. En cuanto a cómo tratarlas, las mujeres son de lo más delicadas, unas dulces y tiernas flores a las que nosotros debemos cuidar con cariño, devoción y...

—¿Estamos hablando de la misma mujer? No creo que «delicada» sea el adjetivo más adecuado para describir a Jocelyn, una mujer que me drogó, me obligó a casarme con ella y me engañó en más de una ocasión... —manifestó Clive, cuestionando las palabras de su suegro mientras alzaba una de sus cejas.

—Todas son delicadas, Clive, aunque unas lo demuestren más que otras. Y, por lo tanto, hay que tratarlas con devoción, cariño, dulzura y... —declaró Isaac, reanudando una explicación que no tardó en ser interrumpida por la impertinente e irónica ceja que se alzó de nuevo ante él mientras ponía en duda sus afirmaciones.

—¿De verdad? Pues no recuerdo que trataras con mucha dulzura a Evelyn ayer noche cuando discutías con ella a gritos debido a que ella quería volver a visitar algunos sitios de su pasado para recabar información sobre el paradero de Jocelyn.

—Las mujeres son... las mujeres... —intentó explicar nuevamente Isaac hasta que, con un gran suspiro, confesó—: Habrá ocasiones en las que tu mujer te saque de quicio, pero a pesar de las desavenencias que podáis tener, no te olvides recordarle cada día que pases a su lado cuánto la quieres, porque no sabes cuándo puedes perderla —dijo Isaac, recordando la pérdida de su primer amor.

—Así lo haré. Cuando la recupere —anunció Clive con decisión mientras su corazón se encogía al recordar que Jocelyn no estaba junto a él para confesarle esas palabras de amor que nunca salieron de su boca.

Tras estas palabras, ambos hombres guardaron silencio y volvieron a dedicarse a sus quehaceres, intentando ignorar lo que les faltaba.

El silencioso trabajo en el que se sumergían con la única idea de recuperar a Jocelyn fue súbitamente interrumpido por dos visitas que trajeron novedosas

noticias que los hicieron volver a albergar esperanzas.

Por un lado, uno de los contactos de Isaac le trajo una extraña misiva, y por otro, Bennet Sin visitó

a su hermano para contarle los rumores que había sobre él entre la alta sociedad.

—¿Sabes, querido hermano, que ahora eres tachado de cornudo y no de asesino secuestrador? —

comentó burlescamente Bennet, tomando asiento frente a su hermano.

—¿Se puede saber quién te ha dicho semejante tontería?

—Un ocioso noble se lo comentó a Adrian en una fiesta para burlarse de su amistad contigo, y él, como siempre, se rio en su cara asegurándole que ningún hombre tendría lo que hay que tener para acostarse con tu esposa. También se jactó de que él habría sido el único capaz de tal proeza, pero que como ya estaba retirado de dichas perversiones, eso sería mentira. En fin, ya conoces a Adrian y su boca... —recordó Bennet a su hermano después de oír uno de sus gruñidos.

—Sí, lo conozco. Quizá demasiado para mi propio bien... —musitó Clive mientras negaba con la cabeza al recordar alguno de los líos en los que podía meterse su amigo.

—¿Sabes una cosa? Esos rumores me llevan a preguntarme quién quiere hacer que se desvíen de tu persona las sospechas de secuestro y asesinato que últimamente te rondaban... Y, lo más importante, ¿por qué?

—Nadie hace nada sin recibir nada a cambio. Ésa es una dura lección que aprendimos en la calle pero que, sin duda, se puede ajustar también al comportamiento de la nobleza. ¿Conseguiste que Adrian te diera algún nombre?

—Después de jactarse durante horas de algunas de sus proezas me dio un nombre que tú y yo conocemos muy bien: el conde de Pemberton.

—Nada bueno puede venir de él —comentó Clive, recordando al mayor enemigo de su esposa, que la tenía en su poder.

—¿Por qué lo hará? —preguntó Bennet. Y antes de que alguno de los dos hermanos pudiera hallar una respuesta, Isaac, que hasta hacía poco había estado sumido en sus pensamientos mientras leía una y otra vez la carta que tenía entre sus manos, anunció:

—Chantaje.

Los dos hermanos se volvieron hacia él esperando que ofreciera una explicación a sus palabras, algo que, por supuesto, Isaac no hizo. En lugar de eso, ignorándolos a ambos, tan sólo se quedó un rato observando al infinito mientras su puño apretaba con fuerza el papel que tenía en su mano.

—Y ahora seguramente me hará alguna petición imposible que no podré rechazar... —apuntó Clive a su hermano mientras ponía los ojos en blanco ante el extraño comportamiento de los miembros de esa alocada familia a la que ya estaba acostumbrado.

—Quiero que me consigas todas las remesas de las nuevas armas de contrabando que circulen por el mercado negro.

—Algo de lo más sensato, sí señor... ¿Y para cuándo lo quieres, Isaac? —ironizó Clive, burlándose del extraño pedido de su suegro.

—Para esta noche —exigió Isaac. Y en el instante en el que éste fijó sus apremiantes ojos sobre él, Clive se dio cuenta de lo serias que eran sus palabras.

—Las tendrás —aseguró con seriedad Clive. Y borrando la sonrisa de su boca, se puso manos a la obra dirigiendo a cada uno de sus hombres a completar esas turbias transacciones.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Bennet, extrañado, sin comprender el comportamiento de Isaac, y aún menos el de su hermano.

—¡Jocelyn! —dijeron los dos al unísono, explicándolo todo con el mero

nombre de una mujer por la que ambos hombres serían capaces de recorrer el mismo infierno, algo que, sin duda, estaban muy dispuestos a hacer esa noche.

* * *

Delacroix, un viejo traficante de armas de canosos cabellos, oronda figura y suspicaces ojos verdes, nunca había tratado con unos compradores tan difíciles como los que en esa ocasión habían requerido sus servicios. Por los bajos fondos de Londres corría el rumor de que Clive Sin ya se había deshecho de más de un vendedor, y no todos habían sido despedidos de buenas maneras, precisamente. No obstante, con las generosas cantidades que ofrecía ese sujeto, todos los tratantes de armas probaban suerte esa noche, por si acaso tenían en su posesión lo que fuera que el señor Sin estuviera buscando.

Cuando Delacroix entró en La Guarida, la maliciosa sonrisa de un imponente personaje cuyo rostro era de sobras conocido entre los de su calaña, le advertía que no debía jugar con él.

Silenciosamente, con un gesto de su mano, Clive Sin le indicó que debía depositar sus mejores mercancías sobre la mesa. Tras hacer lo que le indicaban, Delacroix dio un paso atrás y esperó a que el gobernante de los suburbios se acercara a él o a sus armas, pero, sin embargo, fue un desconocido de mediana edad y rostro de erudito quien se aproximó a estudiar el material.

Observando atentamente las decenas de armas que se exponían ante él sobre una de las desvencijadas mesas del almacén de La Guarida, ese extraño sujeto tocaba cada una de ellas levemente con sus dedos, buscando algo que todos los presentes desconocían. Al final, ninguna de las armas de Delacroix fue seleccionada por ese hombre.

—Nunca he visto a una persona dedicarle tanto tiempo a la elección de un arma —comentó Delacroix con extrañeza mientras se preguntaba una vez más quién sería ese tipo en el que Clive Sin parecía confiar tanto—. Ni mostrar tanta reticencia a coger una de las armas que, según los rumores, necesita con tanta urgencia —finalizó, recelando de los motivos por los que

Clive Sin había requerido su presencia en el lugar.

—Le puedo referir, sin necesidad de tocarlas, todos y cada uno de los defectos que tienen estas aberraciones defectuosas que usted llama «armas»: gatillos endebles, cañones desviados, excesivo peso en la culata de éstas, esas otras tienen los cañones demasiado recortados reduciendo drásticamente su precisión... —apuntó el individuo, mientras acomodaba con un gesto de superioridad sus anteojos en su lugar al tiempo que señalaba y descartaba con unas pocas palabras

toda la mercancía que había desplegado ante ellos—. Nada de lo que veo me sirve. Definitivamente, esto no es lo que buscamos —anunció, dirigiéndose hacia Clive Sin.

—Si no tienes nada más que mostrarme puedes retirarte, Delacroix. Y seguramente me guardaré mucho de volver a hacer algún trato contigo si sólo traes basura a mi casa —anunció el frío Clive Sin, señalándole con un despectivo gesto de su mano la salida, hacia donde sus despiadados hombres no dudaron en conducirlo.

—¡Espera! ¡Espera! Me he estado guardando esto para un cliente especial y, sin duda, este hombre que me traes lo es... —dijo Delacroix, sacando lentamente de su abrigo una reluciente arma, adornada con intrincados grabados en la madera de la empuñadura, lo que llamó la atención del quisquilloso personaje que guiaba los pasos de Clive Sin en esa compra; un hombre que, si antes se había mostrado reticente a coger cualquiera de las otras armas, en esta ocasión se apresuró a arrebatársela rápidamente para observarla con detenimiento mientras asomaba a su rostro una gran sonrisa llena de satisfacción.

Sabiendo que ésa sería su elección, Delacroix no pudo evitar intentar sacar algo más de dinero en su provecho.

—No puedo asegurarte que puedas hacerte con el cargamento completo al que pertenece esa arma, ya que, para mi desgracia, fue otro marchante el que logró quedarse con esa remesa. Yo solamente conseguí esta muestra antes de marcharme con el rabo entre las piernas. Sin embargo, por el precio adecuado, sí que podría revelaros la ubicación en la que tendrá lugar el

intercambio, esta noche... —

dijo Delacroix, resuelto a sacar la mayor tajada posible... Hasta que su trato fue bruscamente interrumpido por las palabras del experto que Clive Sin llevaba consigo.

—No hace falta, se llevará a cabo en alta mar, dentro de una hora, en un barco llamado *Golondrina*.

—¿Eh? ¿Cómo? Pero... —balbuceó Delacroix, totalmente confuso, mientras ese extraño individuo pasaba junto a él, devolviéndole su arma.

—El arma me ha contado todo lo que necesitaba saber —manifestó el desconocido, confundiéndolo aún más y haciéndole preguntarse cuán peligroso sería ese individuo para que el temido Clive Sin hiciera caso sin rechistar a cada una de sus palabras, limitándose a seguir sus indicaciones.

Sin embargo, todas las preguntas que se agolpaban en su mente fueron olvidadas cuando vio a uno de los hombres de Clive Sin acercándose a él para entregarle una bolsa repleta de dinero, tras lo que Clive le dedicó unas palabras:

—Después de todo, al final me has traído lo que quería... Bien hecho, Delacroix —musitó ese perverso hombre, mostrándole con su taimada sonrisa que en esa ocasión lo había satisfecho. Aunque cuando se alejó hacia su destino, su enfurecido rostro mostraba que, como muchos aseguraban en los bajos fondos, esa noche se desataría el infierno.

* * *

El barco mercante que se escondía de todos a simple vista esperaba el momento oportuno para alejarse de Londres con un gran botín. De cara al exterior, los escasos cañones que exhibía permitían al observador experimentado apreciar que el patrón de esa nave había preferido adoptar la velocidad como principal método para evitarse problemas, por lo que se asombraría mucho al echar un vistazo al interior, repleto de armas de todas clases.

Tras permitir que se acercaran a su barco y que lo abordasen los compradores de tal arsenal, el conde de Pemberton no dudó en reunirse una vez más con su digna adversaria para hacerle saber cuál sería su destino ahora que todas las cartas vencedoras se hallaban entre sus manos.

—Esta noche Joe Hell desaparecerá para siempre —anunció jactanciosamente el conde a su cautiva, presumiendo de manera precipitada de su victoria—. Después de vender tus armas a mi contacto, también te venderé a ti. Ese traficante está muy interesado en conocerte personalmente y yo no quiero seguir corriendo el riesgo de tenerte conmigo, es demasiado peligroso, ya que me he enterado de que tu padre está vivo y se unió a tu esposo con el propósito de encontrarte.

—¿Realmente piensa que alguien creerá que soy Joe Hell, conde? —se burló Jocelyn.

—Si no te compran como inventor, te comprarán como mujer. Realmente me resulta por completo indiferente lo que pase contigo después de esta noche, querida, ya que yo huiré al extranjero con mis riquezas. ¿Por qué crees que he decidido llevar a cabo esta venta aquí, en alta mar? De este modo mi huida será más rápida. De hecho, esconderte aquí durante semanas ha sido una idea magnífica, ya que ni siquiera tu ingenioso padre ha sospechado que te tenía cautiva en uno de mis barcos. ¡Y no sabes cuánto me he reído mientras los hombres de tu esposo me perseguían por todo Londres al tiempo que permanecías escondida delante de sus narices!

—Hasta los más listos podemos equivocarnos a veces —sentenció Jocelyn, recordándole las veces que había errado con ella al creerse vencedor en esa contienda, un enfrentamiento en el que, a pesar de que la balanza se inclinara en esos momentos a favor del conde, aún no había llegado a su desenlace.

—En esta ocasión no, Jocelyn. Esta noche estoy totalmente seguro de mi victoria —aseveró el conde de Pemberton con firmeza. Y tras estas palabras dejó entrar en su barco a un frío individuo que la miró con la misma codiciosa avaricia con la que los ojos del general para el que había trabajado su padre habían seguido a éste, sellando así su destino.

—¿De verdad esta bonita mujer es Joe Hell? Si es así, veo que tal vez pueda

complacerme de más de una manera —comentó el despreciable sujeto—. Déjame entrar a su celda, quiero hablar con ella.

—Es demasiado peligrosa —replicó el conde.

—No te preocupes, Pemberton, yo también lo soy —dijo el oscuro individuo. Tras ello, se adentró con paso decidido en la celda que ocupaba Jocelyn en la bodega del barco, y tomándola de la barbilla, alzó el bello rostro de Jocelyn hacia él para comprobar la veracidad de las palabras del

conde.

—Siento desilusionarlo, pero yo no soy Joe Hell, sino una simple mujer —declaró Jocelyn, sumisa.

—Estos ojos tuyos muestran una inteligencia demasiado despierta y ágil como para pertenecer a *una simple mujer*, como pretendes hacerme creer —repuso el oscuro individuo. Y aproximándose repentinamente a ella, le robó un beso ante el que Jocelyn intentó resistirse con todas sus fuerzas.

Tras morder el labio del sujeto que avasallaba su boca, forzándola a un contacto que no deseaba, Jocelyn se hizo con un arma que ocultaba encima. Así, sacando una larga aguja de la peineta que adornaba su cabello, se dispuso a poner fin a la vida de ese indeseable atravesando su garganta.

Pero, para su desgracia, ese taimado sujeto al que creía desarmado también ocultaba una sorpresa: una afilada espada dentro de su elaborado bastón, con la que no dudó en apuntar a su estómago antes de hacerle una advertencia.

—Yo muero, tú mueres, querida Jocelyn Sin... Y eso sería un gran desperdicio para ambos.

—¿Quién eres? —preguntó Jocelyn, sorprendida porque ese tipo conociera el nombre que había llevado hasta hacía poco, ya que Clive se guardaba muy mucho de que otros que no fueran los suyos conocieran a su esposa.

—Me decepcionas, Jocelyn. Pensaba que eras lo suficientemente lista como para haberlo averiguado ya —manifestó su interlocutor mientras se decidía a

exponerle el elaborado grabado de la empuñadura de su cuchillo que mostraba una serpiente venenosa con las fauces abiertas, a punto de atacar.

—El Serpiente... —murmuró Jocelyn tras reconocer el emblema de tan temido sujeto; y siendo consciente de que no tendría escapatoria si caía en las manos de ese hombre, intentó poner fin a ese encuentro.

—Demasiado tarde; has vacilado, pequeña, y eso es algo que en este mundo nadie se puede permitir —anunció el despiadado sujeto cuando, con un rápido movimiento, le arrebató la amenazante aguja que apuntaba a su cuello con sus manos desnudas, sin importarle herirse con ella en el proceso.

A continuación, le dio la vuelta a su prisionera para encerrarla entre sus brazos. Y mientras la espalda de Jocelyn quedaba apoyada sobre su pecho, el Serpiente sujetó fuertemente la esbelta cintura de Jocelyn para advertirle que permaneciera inmóvil si no quería que la apuñalase con la hoja que se cernía sobre su cuello.

Jocelyn permaneció quieta entre esos brazos que la retenían, a la espera de que llegase su oportunidad para liberarse. Pero cuando Jocelyn observó que pasaba el tiempo y ésta no llegaba, comenzó a preguntarse si podría escaparse de ese individuo ahora que había caído en su poder.

—¡Ah, lo siento! Estás esperando a que actúe el veneno del que estaba impregnada tu aguja,

¿verdad? Lamento decepcionarte, querida, pero ¿acaso no te ha comentado tu esposo por qué razón me conocen como «el Serpiente»? —preguntó burlonamente—. Verás: me han envenenado tantas

veces que cuando mi cuerpo prueba una nueva sustancia no tarda en volverse inmune a ella. Y para tu desgracia, tu asesino particular, mi hermano Bruno, ya usó esta sustancia cuando vino a visitarme, por lo que ahora no me afecta en absoluto. ¡Oh, cuánto me voy a divertir contigo! —anunció el Serpiente, victorioso, atrayéndola más hacia sí para que notara cuánto lo excitaba su reticencia—.

Pemberton, pásame unas cuerdas para atar a esta fiera. Voy a disfrutar mucho

domando a la mujer que Clive Sin no ha podido retener a su lado —se jactó el despiadado Serpiente mientras el conde sonreía satisfecho ante el destino de la mujer que tan mal se lo había hecho pasar en el pasado.

Tras amarrar fuertemente las muñecas de Jocelyn, el Serpiente la arrastró hacia la cubierta. Y

mientras la dirigía hacia el que sería su nuevo destino, éste no pudo resistirse a preguntarle con curiosidad sobre el extraño juego que ella había llevado a cabo desde el principio con Clive Sin.

—¿Por qué no terminó ese saco en mi territorio? —inquirió el Serpiente.

—Porque no eras tú quien debía encontrarme —contestó Jocelyn, demostrándole que ninguno de sus movimientos había sido realizado al azar, aunque así lo pareciera.

—Si me hubieras elegido a mí como tu marido, tu suerte ahora sería otra —se burló el Serpiente, intentando mostrarle su error.

—Tal vez —fue la única respuesta de su cautiva, algo que lo enfureció.

—¡Deberías haber buscado mi ayuda en vez de la de Clive Sin! De haberlo hecho así, ahora tus enemigos estarían todos muertos en vez de regodeándose en su victoria —declaró el Serpiente—.

Debería ser yo el que estuviera casado contigo, y no ese desgraciado que ni siquiera sabe sacar provecho a tus habilidades —insistió, señalando con orgullo las numerosas armas que había sobre la cubierta del barco, preparadas para realizar su mortal labor.

Al igual que su padre siempre hacía cuando veía alguna de sus creaciones, Jocelyn negó con la cabeza mientras dejaba que unas silenciosas lágrimas se derramaran por su rostro, pidiendo perdón por las vidas que sus armas arrebatarían.

—Nunca podrías haber sido tú —contestó finalmente Jocelyn, mirando con decisión al Serpiente.

Y logrando al fin distraerlo por un momento con sus palabras, Jocelyn pudo deshacerse de su agarre para correr por la cubierta y lanzar contra sus enemigos su última arma: una pequeña bolita explosiva alojada en un anillo.

Cuando la bola pasó junto a sus pies, el Serpiente apenas le prestó atención mientras corría tras su presa. Pero cuando oyó una gran explosión detrás de él, por unos momentos dudó entre perseguirla a ella o salvar su pellejo.

—¿Y por qué no podía ser yo? —gritó el Serpiente, furioso, después de detener sus pasos.

Y sabiendo lo que tendría que hacer esa noche para acabar con todo, Jocelyn se volvió con calma hacia su enemigo y le contestó con la cruda verdad mientras le ofrecía una de esas taimadas sonrisas que él tanto utilizaba.

—Porque tú nunca serás Gris.

Luego, sin esperar la respuesta de su enemigo, Jocelyn saltó al agua sin saber qué le depararía el

destino, pero siendo consciente de que, tal y como le había anunciado su enemigo esa noche, Joe Hell tendría que desaparecer.

Capítulo 16

—¿Me podéis explicar por qué he tenido que robarle un barco a mi hermano? La última vez que tomé prestado uno de sus navíos me amenazó con colgarme de cierta parte de mi anatomía a la que tanto mi esposa como yo le tenemos mucho aprecio... —protestó el joven Adrian mientras ponía rumbo hacia donde su amigo le señalaba.

—Porque, ya que te has declarado mi amigo, tienes que ayudarme. Y si no recuerdo mal, yo fui tu padrino en varios de esos molestos duelos con los que te importunaban esos hombres a consecuencia de tus hazañas con sus mujeres.

—Algo que te agradecí en su debido momento con los caros licores que cogí de las bodegas de mi hermano... No obstante, como soy un buen amigo, voy

a ayudarte en todo lo que pueda —repuso Adrian antes de continuar expresando sus dudas—. Comprendo qué hace tu hermano junto a ti en este barco, incluso la sospechosa presencia de ese individuo que afirmas que es tu suegro..., pero lo que todavía no me entra en la cabeza es qué narices haces tú aquí, Miguel —concluyó Adrian, volviéndose hacia su cuñado.

—Muy sencillo: quiero ver cómo tu hermano te cuelga de esa parte de tu anatomía que mencionabas antes y regodearme en ello cuando mi hermana te abandone porque hayas perdido tu único encanto porque, sinceramente, cada vez que coges un barco todo a tu alrededor acaba estallando por los aires.

—¡Eso es mentira! Yo no... —comenzó a replicar Adrian, cuando de repente se oyó una gran explosión procedente del navío hacia el que se dirigían—. ¡Os juro que no he sido yo! —exclamó Adrian, cuando varias miradas escrutadoras se volvieron hacia él.

—¡Jocelyn! —gritó Clive, corriendo por la cubierta del barco mientras su hermano intentaba retenerlo fuertemente para hacerle desistir de su locura.

—¡¿Estás loco, Clive?! ¿Qué pretendes hacer?

—¡Sumergirme en el mismo infierno si hace falta, con tal de recuperar a mi mujer! —contestó Clive con desesperación.

—¡Pero puede que ya esté muerta!

—¡Te lo ruego, hermano, no detengas mis pasos en mi intento de rescatar a la única persona que me hace más humano o, correré el riesgo de que lo que quede de mí después no merezca la pena! —

suplicó Clive.

Sin saber qué hacer, Bennet soltó a su hermano, un hombre que siempre se había mostrado fuerte e inquebrantable ante él, pero que en esos instantes le revelaba todas sus debilidades. Y deseándole suerte, lo dejó marchar hacia un infierno de llamas donde sólo un hombre tan decidido como Clive podría sobrevivir.

* * *

Tras lanzarse por la borda, Clive nadó con la rapidez que proporciona la angustia hacia las proximidades del barco en llamas. Cuando se encontró más cerca, pudo observar cómo los hombres intentaban apagar el fuego antes de que llegara hasta los suministros de pólvora y las armas de la bodega, momento en que todo quedaría destruido por la explosión resultante. No obstante, él prosiguió su camino.

Cuando ya se hallaba muy cerca de su destino, los hombres comenzaron a saltar por la borda y el barco acabó estallando en mil pedazos, acabando con casi todas sus esperanzas de hallar a su mujer.

Sin embargo, Clive no desistió y, nadando entre los restos, buscó desesperadamente a Jocelyn.

Apenas se percató del paso del tiempo sumergido en esas frías aguas, ni de las barcas de apoyo que su amigo Adrian había hecho bajar para acudir en su ayuda, iluminando el área con las lámparas de gas. Clive se sumergía una y otra vez en las gélidas aguas, nadaba hacia las zonas más oscuras, removía decenas de restos flotantes y apartaba los cadáveres que encontraba a su paso, con el corazón en un puño, ansioso y, a la vez, temeroso por encontrarla.

Finalmente, las lámparas iluminaron un viejo barril que flotaba en el agua, alejado del navío moribundo y, por unos instantes, Clive creyó divisar unas débiles manos atadas agarrándose a él.

—¡Iluminad ese barril! —gritó Clive desde el agua, haciendo que todas las luces que lo alumbraban a él se dirigieran hacia donde había indicado. Pero cuando Clive se fijó de nuevo en ese objeto, ninguna mano temblorosa se sujetaba a él.

Decidido a no perderla otra vez, se zambulló debajo de las oscuras profundidades hasta casi quedarse sin aire. Cuando al fin dio con unas débiles manos que lo buscaban, la agarró fuertemente y, atrayéndola hacia su cuerpo, nadó hacia la superficie con celeridad.

Cuando los hombres los ayudaron a subir a la barca donde los esperaban,

mientras recibía felicitaciones por su rescate, el padre de Jocelyn rompió todas las esperanzas de felicidad que se agolpaban en su pecho al exclamar mientras sostenía el cuerpo de Jocelyn:

—¡No respira!

—¡No, no, no! ¡Jocelyn, no puedes abandonarme! ¡Te amo! —gritó Clive, desesperado, mientras zarandeaba el cuerpo de su mujer. Y recordando cierta información que había visto publicada en alguno de los curiosos libros que tanto le gustaba a Jocelyn leer, la depositó en el fondo de la barca, acercó su boca a la de Jocelyn y se dedicó a insuflar aire a sus pulmones, una y otra vez, incansablemente.

Los hombres que lo rodeaban creían que se había vuelto loco. Pensaron que la pérdida de su esposa lo había trastornado, llevándolo a perder la poca cordura que le quedaba al dirigir una y otra vez sus labios hacia los fríos labios de la inerte mujer que yacía en el suelo de la embarcación. Pero tras unos interminables y agónicos minutos, cuando Jocelyn comenzó a escupir agua, volviendo a la vida, todos quedaron asombrados por la hazaña de salvar a esa mujer de las garras de la muerte.

Ninguno albergó la menor duda de que ese hombre era capaz de hacer un trato con el mismo diablo con tal de recuperar a su esposa.

—Sólo tú eres capaz de volver desde el mismo infierno para estar conmigo —murmuró Clive, sin poder dejar de abrazar a su esposa con todas sus fuerzas. Y decidido a no dejarla marchar jamás, manifestó en voz alta las palabras que nunca antes se había atrevido a pronunciar, ya que en su mundo podían interpretarse como una debilidad—. ¡Te amo, Jocelyn! —confesó, antes de apoderarse de sus fríos labios para darle calor.

—Te amo, Gris...—respondió Jocelyn débilmente, recordándole el hombre que Clive podía llegar a ser.

—No más armas, no más intrincados planes o enemigos, no más abandonos ni anulaciones de matrimonio, ¿queda claro? —exigió Clive a Jocelyn mientras la mantenía firmemente protegida entre sus brazos.

—No. Ahora que Joe Hell ha muerto ante los ojos de mi enemigo, tan sólo queda ante ti una mujer enamorada, y eso no puede suponerte ningún problema, ¿verdad? —preguntó pícaramente Jocelyn, jugando con su granuja.

—Ya veremos —contestó Clive, sabiendo que su vida junto a una mujer como ella nunca podría ser tranquila. No obstante, nunca habría otra con la que quisiera pasar el resto de su vida, ni que encajara tan bien con un hombre tan gris como el propio pecado.

Epílogo

—Y entonces, de entre las llamas, surgió el hombre... Un hombre tan temible que el mismísimo diablo lo dejó salir del infierno, cargando con su mujer en brazos, arrebatándosela a la propia muerte de entre sus garras. Y tras volver a casa, besó los fríos labios de su amada, devolviéndola a la vida para que permaneciera junto a él, compartiendo los pecados que asolaban su alma... —relató una vez más una de las prostitutas, recordando la leyenda de amor que había surgido en los suburbios tras el rescate que el despiadado Clive Sin llevó a cabo para recuperar a su mujer.

—Y qué se supone que soy ahora, ¿un demonio o un héroe? —se burló irónicamente Clive, interrumpiendo la reunión de té de su esposa con sus inusuales invitadas.

—Creo que lo más correcto sería decir «un hombre enamorado» —repuso Jocelyn que, arrojándose a los brazos de su esposo, reclamó uno más de esos besos que siempre devolvían su frío cuerpo a la vida.

—¿Sabes qué? Desde que estoy casado me temen aún más que antes, y creo que todo se debe a ti.

Alguien ha dejado caer el rumor de que hago tratos con Lucifer, ya que bajo mis órdenes tengo a un asesino que todos habían dado por muerto; a mi lado, una mujer que ha vuelto del inframundo para cuidar de mi alma, y a mis espaldas, un enorme y temible perro que todos creen que proviene del mismísimo infierno y que no deja de perseguirme allá donde vaya, guardándome las espaldas. Por no hablar de las extrañas armas que me confecciona mi suegro, después de sufrir sus sermones... Eso sí, con la

intención de que proteja mi pellejo de la manera más eficiente.

—Yo soy totalmente inocente. No tengo nada que ver con esos rumores —sonrió Jocelyn, delatando la falsedad de sus palabras cuando evitó la mirada de su marido.

—Tú nunca serás totalmente inocente, Jocelyn, pero sí lo suficiente como para llegar a tentarme con la idea de poder pervertirte... —susurró Clive al oído de su esposa, que no tardó en ruborizarse, de manera sugerente—. Pero no me ofende en absoluto que hayas mejorado mi reputación. De todos modos, otros rumores pronto sepultarán a estos que hablan de mí. ¿Quieres saber lo que dicen de Joe Hell...?

* * *

—¡Qué pena que ese magnífico inventor que nos ayudaba con sus ingeniosas armas haya muerto en un burdel! —comentaba despreocupadamente un orondo lord junto a la mesa de manjares en la fiesta que esa noche celebraba la condesa de Cousland.

—Algunos dicen que, a pesar de su magnífico cerebro, era un poco vicioso en cuestión de mujeres, bebida y juego. Bennet Sin asegura que se marchó debiéndole una inconcebible suma de dinero.

—Sí. Y me consta que son muchas las prostitutas que se quejan de su desaparición —añadió otro individuo, sumándose a los jugosos cotilleos que corrían esa noche entre los nobles, dejando de lado la escandalosa presencia de Clive Sin y de su esposa en el lugar.

Jocelyn, que permanecía en un apartado rincón con extrema discreción, como tenía por costumbre, casi se atragantó al oír los primeros rumores que escuchó asociados a ese nombre; unos rumores de los que su esposo se había negado a hablar hasta entonces a pesar de provocarla constantemente con ellos. Sonriendo con falsedad ante todos, se dirigió decidida hacia su marido y, sin importarle interrumpir su conversación, lo fulminó con la mirada mientras exigía una respuesta. Clive se excusó educadamente ante sus interlocutores mientras le prestaba toda su atención a su furiosa esposa.

—Qué, ya has escuchado los últimos rumores sobre Joe Hell, ¿verdad? — preguntó burlonamente Clive mientras disfrutaba de su bebida—. Lo siento, querida, pero más tarde o más temprano tenía que deshacerme de ese sujeto. Y aunque el incendio del barco que acabó con la vida del conde de Pemberton y del Serpiente era muy conveniente, preferí no mezclar ese afamado nombre con asuntos tan turbios que pudieran ser investigados por la ley, así que pensé detenidamente en otra manera de deshacerme de Joe Hell —comentó Clive, riéndose de ella y de su enfado.

—Sé que Joe Hell tenía que desaparecer... ¿Pero no pudiste darle una muerte más digna?

—Querida, como yo no soy muy imaginativo para estas cosas le pregunté a uno de mis amigos cómo podría deshacerme de ese nombre sin que nadie dudara de que Joe Hell era un varón, y ya se sabe lo que ocurre cuando uno le pide ayuda a un antiguo libertino: sus ideas siempre estarán relacionadas con escandalosas orgías mezcladas con juego y bebida. Eso sí: te prometo que tanto mi hermano como yo elegimos la menos indecorosa de las opciones que Adrian nos propuso —declaró Clive mientras señalaba al sinvergüenza de cabellos castaños y joviales ojos negros que sonreía a todos con un gesto jovial y desenfadado, aparentando ser inofensivo.

—¿Crees que después de esto alguien seguirá buscándome detrás de ese nombre?

—Jocelyn, la sociedad aún no está preparada para admitir que las mujeres pueden ser tan inteligentes como los hombres. O incluso más, como ocurre en tu caso, así que no buscarán a ese ingenioso inventor en tu persona. No obstante, por si acaso ocurriera lo más improbable, tienes a muchas personas que te quieren. Por una vez, déjalas que te protejan tanto como tú a menudo haces con ellas. —Tras estas palabras, Clive abrazó cariñosamente a su mujer, sin importarle nada que los estándares de la sociedad vieran como algo escandaloso el mostrar cariño en público hacia la propia esposa. Después de todo, con su escandaloso apellido, él estaba hecho para romper todas esas estúpidas reglas. Y muchas más.

El cálido abrazo de la pareja fue interrumpido por un necio que trató de rebatir los chismes que se aireaban en ese momento, quedando con sus

palabras como el idiota redomado que todos sabían que era, a pesar de que en esta ocasión estuviera diciendo la verdad.

—¡Joe Hell no ha muerto! —gritó Ayrton Fairchild con toda seguridad. Y cuando algunos curiosos se acercaron a él en busca de más información, Ayrton, señalando groseramente a Jocelyn,

anunció a viva voz en plena fiesta—: ¡Esa mujer es y siempre ha sido Joe Hell!

Todos los que siguieron su dedo acusador hasta la apocada y pequeña mujer con anteojos, de aspecto intelectual y rostro angelical, que prácticamente se perdía entre los brazos de su protector marido, se rieron ante la ridícula sugerencia de que Jocelyn fuera algo más que una de esas correctas damas de la alta sociedad que había caído en desgracia por casarse con un hombre altamente inadecuado.

—Sí, por supuesto, Ayrton... y yo soy el rey de Inglaterra —se rio uno de los nobles, que ya conocía la corta inteligencia de ese muchacho.

—¡Preguntaos por qué una mujer como ella ha acabado casada con Clive Sin! ¡Es obvio! ¡Para conseguir su protección! —insistió Ayrton, haciendo que alguno comenzara a meditar sobre sus palabras.

Pero mientras Clive apretaba fuertemente a su esposa entre sus brazos, muy dispuesto a acabar con todo aquel que pusiera en peligro su libertad, algunas de las extrañas amistades del matrimonio entraron en escena. Y tal y como Clive había asegurado a su mujer, no dudaron en protegerlos.

—¡Vamos, Ayrton! No pretenderás hacernos creer que esta mujer, que ha caído en el pecado después de rechazar tus atenciones, nos va a revelar las razones de su perdición, ¿verdad? Te lo digo porque, después de haber compartido alguna que otra aventura con Clive Sin, puedo asegurarte que sus cualidades, aunque menores que las mías, son lo bastante seductoras para cualquier dama. Y más aún cuando lleva el nombre del pecado, algo que siempre nos atrae a todos de una u otra manera,

¿verdad, señoras? —intervino Adrian, interrogando a las agitadas mujeres de

la sala mientras les guiñaba un ojo, recordándoles las pasadas correrías que habían vivido con él, haciéndolas olvidarse de todo lo que no fuera el encantador hombre que tenían ante ellas.

Y mientras este pillo distraía hábilmente a las mujeres y hacía que los hombres cambiaran su tema de conversación, Adrian fue reclamado por su esposa que, sin importarle los cuchicheos que surgieran a su paso, hizo que se agachara ante ella para luego reprenderlo duramente, sacándolo de esa reunión mientras lo arrastraba de una oreja.

—¡Yo soy Joe Hell si con eso logro meterte en vereda! —manifestó Carmen, la fogosa española que compartía su vida con ese sinvergüenza, burlándose abiertamente del tema del que todos estaban discutiendo.

—¡No! ¡Yo soy Joe Hell, y he creado todas y cada una de esas imaginativas armas para castigar a mi cuñado! —añadió Miguel de la Cruz, mientras observaba con una grata sonrisa cómo reprendía su hermana a su marido.

—¡Hermano, di algo! —se quejó Adrian en dirección a Damian, quien se limitó a contemplar su reprimenda con un gesto risueño en el rostro.

—¿Que puedo decir, querido Adrian, salvo que yo soy Joe Hell? —se burló entonces el conde de Cousland, anfitrión de esa fiesta, haciendo que entre los invitados comenzara un extraño juego lleno de risas y chanzas, donde todos afirmaban por turnos ser Joe Hell, tomando a broma las advertencias

del loco de lord Ayrton Fairchild.

* * *

—No sé si sentirme aliviada o decepcionada... —confesó Jocelyn a su esposo cuando los rumores cesaron y Ayrton fue finalmente expulsado de la fiesta.

—¿Por qué, mi amor? —preguntó Clive, besando con ternura las manos de la mujer a la que había jurado amar y proteger por el resto de su vida.

—Por el hecho de que todos descarten con tanta rapidez la posibilidad de que

yo pudiera ser ese gran inventor.

—¡Oh, pero no todos son tan estúpidos, querida! —anunció Clive mientras la llevaba junto a la condesa de Cousland y sus hermanas.

—Queríamos conocerte... —dijo Alexandra, la mayor de las tres hermanas y esposa de Damian, el conde de Cousland, una vez que llegaron junto a ellas.

—¿Por qué? —quiso saber Jocelyn, confusa ante las sorprendentes palabras de aceptación con las que la recibía esa gran dama.

—Porque en varias ocasiones, a lo largo de los años, logramos hacernos con algunas de tus armas

—intervino Jacqueline, una refinada pelirroja cuyos ojos eran igual de intensos que los de su hermana.

—Y cuando jugábamos con ellas todas llegamos a la misma conclusión... —añadió pícaramente Nicole, una alegre rubia.

—Que esas imaginativas armas tenían que ser obra de una mujer —dijeron las tres al unísono mientras le daban la bienvenida, decididas a convertirse en sus mejores amigas.

Tras ver que su esposa no corría peligro entre esas nobles damas que la recibían como a una más de ellas, Clive besó caballerosamente la mano de Jocelyn y se retiró para que las mujeres pudieran charlar con más libertad de sus cosas: de robos, armas, engaños, trucos y trampas en diversos juegos, mentiras... Y, tal vez, de hombres... Mientras Clive se alejaba para enfrentarse con uno de los últimos obstáculos que, más tarde o más temprano, intentaría interponerse en su camino, Damian Conrad, el conde de Cousland, apodado por todos como Lord Dragón debido a su mal genio, se colocó a su derecha. A su izquierda lo hizo otro noble, el futuro conde de Wilmore, William Turner, un hombre condecorado con honores en la guerra contra Napoleón. Su espalda quedaba cubierta por su hermano Bennet, el indecente de Adrian, que siempre lo metía en problemas, y el constantemente enfadado cuñado español de Adrian, Miguel de la Cruz.

—Creo que nunca me he visto tan protegido como ahora, algo de lo que sin duda no soy merecedor.

—Discrepo de ello, querido amigo —apuntó Lord Dragón, sorprendiendo a Clive.

—No deberías sorprenderte demasiado, has hecho tantas cosas buenas como malas —añadió

Adrian, el amigo con el que había compartido más de una aventura.

—Y nosotros no somos quiénes para juzgarte —añadió William, que posiblemente guardaba en su memoria recuerdos tan turbios como los de Clive.

—Así que, por una vez, déjanos guardarte las espaldas —pidió Bennet, el hermano al que Clive siempre había protegido, que quería devolverle en esta ocasión el favor.

—Bueno, ¿y a quién hay que cargarse? —inquirió el beligerante Miguel, recibiendo más de una mirada de advertencia a causa de su comportamiento.

—Tú más vale que te quedes quietecito —lo reprendió Lord Dragón con una furiosa mirada.

Y mientras Clive se dirigía hacia el último enemigo de su lista, no pudo evitar reír de alegría, animado por los aliados que le acompañaban, mostrándole a su rival que en esta ocasión no tenía ninguna oportunidad de ser el vencedor.

—¿Ya sabe la última noticia, general? Joe Hell ha muerto... —anunció Clive en cuanto llegó junto al avaricioso individuo que aún tenía en su mira a su esposa, haciéndole saber que ella nunca más estaría a su alcance.

—Sí, algo de eso he oído. Y dime, ¿cómo está Isaac ahora que ha vuelto de su... viaje? Creo que hace tiempo que le debo una visita... —dijo el general Delwey, decidido a mantener a Isaac bajo su mando.

—Ha dejado su antiguo trabajo y le he conseguido algunos inversores para una nueva investigación sobre unas extrañas máquinas que funcionan con

vapor de agua a las que llaman locomotoras. Unos trastos bastante grandes y pesados para que sean de mucha utilidad, en mi opinión, pero ¿quién sabe? Él es el inventor. Por lo tanto, dudo mucho que vuelva a disponer de tiempo para sus visitas, general —le advirtió Clive, haciéndole saber que Isaac tampoco estaba ya a su disposición.

—¿Sabe que el abuelo de su esposa lo acusó de haber asesinado a su mujer?
—inquirió Delwey, insinuando lo fácil que era atribuirle la culpa de cualquier pecado a un hombre como él.

—Absurdas mentiras. Ya ve usted a mi esposa: está en perfectas condiciones, y así pienso mantenerla por el resto de mi vida —advirtió Clive a su enemigo, recordándole lo peligroso que podía ser amenazarlo.

—Sólo pretendía advertirle de lo fácil que es acusar de algo a alguien que no tiene una posición social...eh, digamos... de cierta relevancia...

—Sí, es cierto —interrumpió Adrian—. La verdad es que estuve algo deprimido un tiempo por las injustas acusaciones que se le hicieron a mi amigo sólo por su condición social y origen, así que decidí tomar cartas en el asunto y le he comprado un título nobiliario. Debería usted saludar adecuadamente a Lord Sin, general... —concluyó Adrian, haciendo que Clive sonriera ante sus locas ocurrencias.

—Un movimiento muy atrevido, intentar disimular lo que es mezclándose de esa forma tan poco honorable con la nobleza. Pero bueno, ¿qué más se puede esperar de un hombre de sus orígenes?

—Los orígenes de un hombre no son los que le dotan de su valor, general —intervino Miguel—, sino lo que éste hace a lo largo de su vida. He escuchado las palabras de Clive Sin en más de una ocasión y tiene ideas bastantes buenas sobre cómo organizar una sociedad más igualitaria y justa que tal vez deberían escuchar. Yo provengo de un país donde la nobleza, después de perder sus ambiguos derechos, se siente perdida porque no puede ver más allá de sus narices, algo que no creo que tarde en ocurrir aquí también, ya que la sociedad, con títulos nobiliarios o sin ellos, va avanzando —

finalizó el joven conde español, tras lo que el general Delwey dirigió un gesto

airado tanto a Miguel y sus absurdas ideas, como al hombre al que éste había pretendido elogiar.

—¡Usted es basura, viene de la basura y siempre será basura! —exclamó furiosamente Delwey, intentando provocar el conocido genio de Clive Sin para que estallase un escándalo que respaldara sus palabras.

Pero Clive no le dio esa satisfacción:

—No hace mucho tiempo, sus palabras me habrían molestado tanto que habría llegado incluso a matarlo. Pero ahora, la verdad es que lo que usted pueda opinar, o cualquiera de los que me rodean, no me importa nada, porque la única opinión que cuenta para mí es la de mi esposa, y para ella siempre seré Gris... —declaró serenamente Clive. Y sin importarle dejar a todos confundidos con sus palabras, fue en busca de la mujer que lo había sacado de ese oscuro mundo que lo asfixiaba para mostrarle que podía convertirse en la persona que ella merecía, aunque a los ojos de todos aún siguiera siendo un granuja.



Biografía

Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta

escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el

trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga,

cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar,

idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra

en: [https://www.facebook.com/profile.php?](https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts)

[id=100004625625675&fref=ts](https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts)

Jugando con un granuja

Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21489-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

NOVELA ROMÁNTICA



¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Epílogo](#)
- [Biografía](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)